

TRADICIONES

ARGENTINAS

POR

P. S. OBLIGADO

Abogado en la República Argentina.

Correspondiente de la Real Academia Española.

De la Sociedad Jurídico-literaria del Ecuador. De la Junta de Historia y Numismática.

De la Academia Argentina de la Lengua

y otras corporaciones literarias en América y Europa.

8.^a SERIE

BUENOS AIRES

COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO



Perms- 12.5.18

Un abuelo setentón
A sus nietos, en la infancia,
Les envía este montón
De leyendas, sin jactancia,
Y en ellas su corazón.

Afectuoso recuerdo
al erudito etnógrafo argentino
Dr. Luis M. Borrero
Carlos S. Pellegrini
Bis 25



INDICE DE LA 8.^a SERIE

<i>Prólogo del doctor David Peña</i>	v
<i>Manumiso</i>	3
<i>¿Bueno ó malo?</i>	13
<i>El Virrey de las indecisiones</i>	21
<i>La campana de la libertad</i>	33
<i>Baile bajo el bombardeo</i>	39
<i>Dando vuelta á la plaza</i>	45
<i>Novia á la suerte</i>	61
<i>La calumnia mata</i>	69
<i>Banquete durante el combate</i>	77
<i>¿Por qué el Pergamino se llama Pèrgamino?</i>	83
<i>El Virrey-hormiga</i>	89
<i>Niño patriota</i>	97
<i>Los colores de la Patria (su promotor)</i>	105
<i>El artillero de Maipo</i>	111
<i>El primer argentino que navegó en vapor</i>	115
<i>Rozas cautivo</i>	123
<i>El Café de la Amistad</i>	133
<i>El primer ferrocarril</i>	141
<i>La Escuela de don Juan Peña</i>	155
<i>El Capitán Pajarito</i>	163
<i>En la cima</i>	173
<i>Un Capitán de papel</i>	183
<i>Las apariencias acusan</i>	191
<i>La isla de Martín García</i>	199
<i>Amor de rodillas</i>	207
<i>La batalla de Pavón</i>	221

<i>Antonio el Calañesito</i>	229
<i>¡Amigo hasta la muerte!</i>	241
<i>El primer alambrado</i>	249
<i>¡Qué escapada!</i>	255
<i>Historia de un cañoncito</i>	265
<i>Salineros</i>	269
<i>Reflejos de antaño</i>	279
<i>Post - Scriptum</i>	285



Tradiciones



EL cincel de Querol ha traducido como una definición el asunto: al oído de una vieja, que relata á los nietos, está asentado el buho. Tal es la tradición, fórmula de la historia. Tal el enhebramiento de la sabiduría, traspasada por los ancianos á los jóvenes. ¿De dónde el punto de partida? De la sombra, que el pájaro del saber habita. Así la humanidad, desde el día primo, y así cada uno de los pueblos que la forman. Hasta donde llegan nuestros conocimientos toda civilización es una tradición recogida á su vez de una leyenda más lejana. Nuestra diáfana existencia actual será algún día brumosa lejanía como la de Babilonia ó Nínive. El pájaro de la sombra transmitirá al oído de los arcaicos la información de que una vez nosotros existimos. . . .

A la tradición acuden todas las sociedades como si fueran al origen religioso de su historia. Las más antiguas mezclan á ellas su mitología, de donde nace una especial explicación de los fenómenos que más tarde la ciencia aclarará. Arca eterna, la tradición ha servido para salvaguardar las primeras manifestaciones del candor exornadas por la imaginación. De este modo nos han legado los siglos el rico manantial de quimeras

recogidas en el viejo y nuevo Testamento, como los libros santos ó los poemas de las otras religiones son, á su vez, testimonios de cuanto bordó el espíritu humano para explicar el enigma de su hora.

El cuento cautiva la atención de los seres de todos los países por su fuerza de misterio y por resultar el más ágil vehículo para transportar conocimientos á la ávida inteligencia. De los géneros literarios es el que mejor recoge los movimientos de la vida, pues ondulan en él sueltamente desde la pintura del teatro á la exposición del drama, desde el perfil de los personajes á la filosofía del suceso, con las ventajas de la brevedad, que lo asemeja á barco liviano fácil de entrar á cualquier puerto. Si el cuento se remonta al pasado y refiere una realidad, se llama tradición, y si toma virtualmente por tema un episodio de interés general cívico, limita con la historia y es útil como ella porque entraña enseñanzas en la parte de verdad de la conseja.

La tradición de cada país es el acopio de sus tradiciones añejas, reflejo de su alma. Lento murmurar de un río que corre incesantemente, su nota rítmica comienza con las gotas de nieve que lo forman en la altísima cumbre, mientras más viejo, más distante. Recógela el aldeano, en su montaña ó en su valle y la remeda en su canturrio. Esa tradición es historia y es psicología nacional; es el pasado épico, es gloria, es fe. Si no tuviera otra forma para demostrar el concepto de la tradición, os trasladaría al instante en que Cyrano, al son del pífano, evoca la región de la Gascuña al abatido espíritu de sus cadetes y al trazo del humo de la aldea emerge lo que fué y lo que se amó. Aquellos mozos nacidos al borde de su distante golfo sienten vibrar en cada acento un himno de piedad melancólica y un hondo estremecimiento de poesía. Qué otro poder les causaría emoción tan dulce y tan intensa?

Por sencilla y nueva que la vida argentina sea, comienza nuestra tradición donde un signo propio nos define. Hace poco yo releía el más angustioso pasaje de la vida del general Paz. Oído en síntesis repetido por la oratoria:

“Bajad, señores, de su pedestal esa honrosa estatua y colocad en lugar suyo, caballero en ruín cabalgadura, con un lomillo sin faldas y dos riendas nudosas, al prisionero del año 31, con su pantalón de brin, en mangas de camisa, con su ponchito andrajoso y una mugrienta gorra de trapo; y cuando á vista de ese conjunto grotesco, sintáis que vuestros corazones se conmueven, como el del coronel don Pascual Echagüe, con un sentimiento de compasión, leed en la piedra: “Considero que soy el mismo hombre que cuando estuviera cubierto de bordados y galones” — y entonces vuestra piedad se convertirá en admiración, y la gloria del prisionero será por lo menos igual, sino mayor, que la del vencedor en Oncativo, La Tablada ó Caaguazú. Algo falta, señores, á la gloria de los héroes cuando la desgracia no ha impreso en ellos el sello del dolor. Un día el prisionero siente que la piedad de un oficial subalterno que llega á saludarle, camino de la prisión, deja en su mano con urbanidad y disimulo, algún dinero. El corazón del guerrero se conmueve y la emoción sube al rostro. Sólo entonces comprende el desgraciado toda la crueldad de su destino! Empero la resignación del héroe guarda aquéllas monedas y la gratitud del hombre escribe sobre el corazón, henchido y palpitante, el nombre de Domingo Pajón, capitán de la población del Sauce en Santa Fe.”

La especialidad de la aventura, la arrogancia del caído, la enseñanza del desastre, señalan rasgos típicos de una raza, de un pueblo, al través del episodio cuyo relato repercute singularmente en quien habite el mundo moral en que ese pueblo viva. Ese vínculo impalpable que así nos junta al héroe, es signo de una tradición, aún en sus comienzos, signo que basta á sacudir nuestros abatimientos é imbuirnos en la filosofía de un patriótico demiedo, con más fuerza que otro ejemplo extraño.

La nacionalidad es base de la tradición, entonces, de modo que un pueblo no emancipado no puede contar con tradición original. Es base de nacionalidad y de tradición una razón pública que se mueva dentro de líneas amplias, de una conciencia verdaderamente nacional, con instrumentos de expresión suyos y con modalidades también genuinas. La imitación nos llevaría á una belleza esclava, de artificio. La tradición es, pues, el pueblo mismo, como la imagen reflejada en una fuente es copia á su vez de una realidad.

La tradición es fruto de una emancipación moral y material ó sea consecuencia de una doble libertad. Por eso vaga y discurre por todos los tiempos y lugares como el viento que viene á refrescar la frente del viajero, al pie de la montaña.

La tradición se mezcla al "folklore" como que en él residen todas las leyendas con sabor aborígen. Cuna poética de un arte virginal, aseméjase á una joven india cargada de abalorios pastoriles; pureza áspera encontrada en los rincones más suaves de la tierra, grama oliente cuando la lluvia la moja.

De este lado del mundo y en la edad contemporánea hemos conocido un cultor de la tradición de su país que ha esparcido su fama con los cuentos á lo Walter Scott, sirviendo de modelo á muchos escritores de

América: nos referimos á Ricardo Palma, que hace más de cuarenta años inició en el Perú su labor personalísima, destacándose por el tema y el atrayente mérito de un estilo inimitable y claro como expresión de un otro Renacimiento. De aquel clasicismo terso de la madre patria sólo aprendió la medulosa urdimbre del decir; pero agregó la flexibilidad de los humoristas de otras tierras, volviendo el idioma delgado y grácil como liviano ésquife. En tan encantadora nave echó la carga ligera de un relato virreinal, con la más perfecta unción de colorista, á punto que, por entre sus crónicas americanas corren límpidos la época, los personajes, la trama, la indumentaria, el ambiente, la verdad.

Tan bellissimo ejemplo fué seguido entre nosotros con mayor tesón que otros y más felicidad que todos; por el doctor don Pastor S. Obligado, de quien acabamos de esbozar una sucinta biografía que compendia el juicio que ahora nos toca repetir ⁽¹⁾.

El doctor Obligado no ha tenido ante sus ojos, como

(1) Cultor tranquilo del pasado argentino, puede decirse del doctor Obligado lo que del viejo Dumas: ha enseñado al pueblo en sus romances más historia que los más grandes escritores.

Vinculado por su sangre á ese pasado patriótico, le ha sido más fácil que á otros reconstruirlo con el cierto sabor aristocrático y superior que está en los puntos de su pluma y en su temperamento personal. Ha vivido la alta vida y de ahí el trasunto virreinal de todas sus crónicas, que huelen á hogar de prosapia, á hábitos de corte, á costumbres limpias.

—“Usted ha registrado —le decía en cierta ocasión el galano y respetable don Carlos Guido y Spano— los cofres de los abuelos fenecidos y ha encontrado en ellos joyas que, si no están de moda, conservan siempre su valor intrínseco, siendo no pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia.

“Gracias por la parte que pueda corresponderme en la herencia común inventariada con tanta diligencia y primor de cariñoso ingenio, empleado en curiosear tradiciones antiguas”.

El doctor Pastor Servando Obligado nació en Buenos Aires en 1841. Hijo del primer gobernador constitucional de esta provincia y nieto del doctor don Manuel Alejandro Obligado, que desempeñó el cargo de Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda en el Directorio de

Palma, el feliz antecedente de un imperio cargado de leyendas, de riquezas y de civilización, fantástico surtidor de historia pre-Colombina, iluminado por la vida trágica de los grandes incas, descendientes del Sol. La Conquista no legó aquí, como allá, episodios inmortales por la saña, el terror y la avaricia. No hay forma de tejer romances en torno de la inquisición. El amor mismo, fuera de algunas fugitivas escenas como el de Liropeya ó Lucía, no ha dejado en nuestro oído el recóndito "leit-motif" que sirve á entonar el himno eterno de la felicidad donde quiera que el invasor penetre. Y en cuanto á los tipos para enredar la obra ¿dónde encontrar al Virrey esplendoroso, á la doncella de manto que aun hoy con su mirada impera, á Su Ilustrísima de rica magnificencia, al Ministro de las Reales Cajas, al zambo, al menestral, á la Abadesa y al Oidor?

Ha faltado al analista argentino el venero que á su maestro el de Lima y de ahí que, á las veces, se esfuerce por dar relieve al personaje más que á la trama de la tradición; y esto mismo explica el que tenga que acercarse á las épocas de ayer, entresacando figuras de un

Pueyrredón, se dedicó á la carrera de las leyes, obteniendo su diploma en la Universidad de Buenos Aires en 1862.

Su juventud es empleada en los azares de la guerra del Paraguay y en los primeros trabajos literarios en el periodismo nacional. Más tarde se contrae al estudio de cuestiones sociales y administrativas de importancia, como las de educación é inmigración. En 1871 emprende una gira por Europa, Asia, Africa y América, siendo hasta entonces el primer argentino que, como El Cano, diera la vuelta al mundo.

Los escritos que conocemos del doctor Obligado son los siguientes: "Viaje á Oriente", "Los Estados Unidos tal como son", "Cuentos bajo la carpa", "Biografías de escritores argentinos", "Las estatuas de la Universidad" y "Tradiciones argentinas", que alcanzan ya á ocho series.

El doctor Obligado pertenece: á la Universidad de Buenos Aires, á la Junta de Historia y Numismática, á la Real Academia Española y á la Sociedad Jurídico-literaria del Ecuador"

El diario "La Capital", del Rosario, ostenta en su sala el retrato del doctor Obligado como el de su primer colaborador. Está fechado en 1857.

(De la revista Atlántida, Buenos Aires, núm. 13, año II, Enero de 1912).

plano demasiado vecino á nuestra vista. Ello lo ha obligado á penetrar en la región propiamente dicha de la historia militar y civil de la República, asentando sus episodios á base de verdad inmediata y sobre personalidades también ciertas, por lo que adquirirá mayor curiosidad y mérito ante las generaciones venideras.

Esta ausencia de similitud imprime por sí solo un sello propio á la tradición de que es heraldo el autor de esta compilación, octava de la serie. Por otros lugares de esta América, andan también cultores de este género; pero afirmamos que, á excepción de Palma, el genitor, ningún otro escritor como Obligado ha envuelto con más ambiente nacional el conjunto de sus cuentos. Que son regionales y didácticos, que son en síntesis páginas de historia, afirmalo de un golpe el índice del libro. Por eso él llena la primera exigencia impuesta á los productos literarios que han de aspirar á sobrevivir, incorporándose á la bibliografía del país como exponentes de la cultura de una edad.

Páginas de historia he dicho y no he de corregir el monto de la frase: que si el relato por íntimo ó desnudo de crítica profunda carece de caracteres serios, en cambio produce de tal modo la sensación humana de lo que fué, de lo que debió ser, que alcanza á forjar la reconstrucción del episodio y sus autores con más sinceridad de pincel que el empleado por el historiador filósofo. Por eso repito que el escritor popular dotado de estos atributos y encaminado en estas determinadas tendencias, enseña más que nadie el misterio del pasado y en ocasiones inspira á los maestros que hunden en él sus investigaciones. Cané afirma que el Ivanhoe de Walter Scott engendró la obra maestra de Agustín Thierry.

La obra del doctor Obligado cuenta con la sanción de los más aventajados críticos del país y del extran-

jero. Debo á un rasgo de su caballerosidad que estas modestas líneas mías ocupen un lugar de prólogo que no tengo autoridad para escribir. Mas, utilizo y acepto esta honrosísima ocasión para repetirle las consideraciones de mi aprecio, por ser en mi concepto un verdadero alto modelo impuesto á la juventud del país, que tiene á su cargo salvaguardar el depósito literario nacional del influjo del cosmopolitismo positivo, que todo ideal excluye.

DAVID PEÑA.

TRADICIONES





Manumiso

(TRADICIÓN DEL AÑO DE LA LIBERTAD)

La libertad es aspiración innata en todo ser.

I



“¡VÁLE un negro con pito” — “con pito y todo”, — era la expresión de mayor asombro en la época que cada una de esas lustrosas muestras de ébano se adjudicaban en pública subasta, á voz de pregonero, bajo los portales de las Casas Consistoriales, en ciento sesenta pesos pieza, y doscientos si la madre venía con cría.

¡Alguna vez había de valer la mujer más que el hombre! La vanidad nos impide reconocerlo. ¡En cuántas ocasiones es superior la que nos dió la vida, y aquella en que la prolongamos!

No siempre Angolas y Mozambiques tuvieron con qué comprar un cachimbo. Alcanzando, por excepción, ser dueños de sí mismos, nada poseían. El negro que tradicionalamos, si bien se pagó en almoneda su precio en plaza, por su conducta y corrección, su habilidad, laboriosidad y virtudes, valía más. Nunca dejó de usar la faz tiznada con que viniera á la vida, pero demostró alma más blanca al salir de ella que muchas

rubias pecadoras ó arrepentidas. Testó muchos teneres, en posesión todavía de nietos de sus amos. No le alcanzamos, pero nos alcanzaron sus cuentos, y sobre todo sus cuentas, de cuánto adquirió y aumentó, comprobando éstas su generosidad y filantropía en obras de beneficencia que perduran, cual semillitas de selección en heredad hábilmente plantadas.

II

Concluidas las fiestas de San Benito el último año del siglo XVIII, más sonada que otras, por la negrería del barrio de los tambores, y en la Capilla de San Roque, con cantos y gangolina que convertían la procesión en verdadera merienda de negros, saliendo entre la multitud devota que se desgranaba por las gradas del pretil de San Francisco, descendían tres vejetes de los muchos González que poblaban el vecindario. Ellos seguían su habitual paseo y murmuraciones hacia la calle San Martín, que toda la presuntuosa aldea era de santos, al menos en sus calles, descansando de larga caminata al pie de la cruz en la barranca de San Sebastián, mojón del término fijado desde la primera repartición de solares por Garay.

Honrados vecinos de un barrio eran González Rivadavia, González Balcarce, Belgrano González, á la sazón acompañados de un otro Beruti, también González por entroncamiento, españoles unos, si bien los dos últimos procedían de Italia, continuando su paseo de la tarde, envueltos en amplias capas de paño onceno color pasa, por el *Retiro de los ingleses* hasta la quinta de Basavilbaso, donde acababa de desembarcar la última partida de negros.

Al través del corral, palizada á pique, formando corros en la *barraca de los esclavos*, veíase apeñuscamiento de éstos, amontonados como moscas, en promiscuidad de sexos y edades, tomando el sol, única cosa que se les permitía tomar por ser gratis todavía.

Fijándose Beruti en la vivacidad de movimientos y locuacidad de un negro que ni llama tenía, y al que después dió nombre,

libertad y habilitación, sin esperar al lunes del remate lo solicitó en compra particular, y previo prolijo reconocimiento de integridad, sano de lomo y planta, según examen del veterinario, convino su traslado inmediato.

III

En el primer centenario de nuestra emancipación, solemne sinfonía de fraternidad humana, en que no sólo las catorce hermanas cantaban el consorcio de argentinos y extranjeros, unidas á veinte Repúblicas, y representantes de todas las razas, pues de todos los extremos, aún del Japón concurrieron, hemos olvidado una nota al concierto universal.

No fué nota negra, aunque á tal color pertenecía, pues que el patriotismo no reconoce colores, extendiéndose por cuanto el sentimiento alcanza. ¿Dónde los nietos de aquellos abnegados y valerosos esclavos, que no todos dejaron de serlo, el día que defendieron con su sangre este suelo invadido? El batallón de pardos y morenos, que arrebató trofeos durante la defensa y reconquista y en la prolongada guerra de la independencia, sus descendientes dónde formaban? En la mañana de Mayo de 1810 congregábase mayor número de negros en esta plaza de la Victoria que el 25 de Mayo de 1911.

El negro Ventura, á quien la patria obsequió un sable para defensa de su persona, y antes y después de él, los libertos en recompensa de sus heroicidades del año 6 y 7; el tambor de Tacuarí, tocando llamada y punto de reunión con la única mano que le dejaran; el sargento de Tucumán, después coronel Sosa; Falucho, mártir del Callao; el coronel Barcala, y tantos otros, descollantes de una raza que ha marcado huella en la patria historia, habránse extinguido los descendientes de su patriotismo y abnegación?

Parécenos también no fué bastante conmemorada la acción de la mujer argentina en los impulsos de sus primeros días, cuyo entusiasmo les llevara á desprenderse de alhajas, y joyas más preciadas, hijos inberbes; la del clero argentino, cuyos

Curas patriotas, desterrados por tales, seguían predicando la religión de la nueva patria, llamando á todos á la fraternidad, como don Valentín Gómez en San José; y los niños, que sin fuerzas para el manejo del fusil, arrojaban piedras contra los invasores, si no faltó la representación de la mujer y el niño, del sacerdote y el liberto fué mínima.

Aun no se vislumbraba la aurora de Mayo cuando batallones improvisados en grupo y en fila, amos y esclavos, rindieran banderas que Napoleón no arrolló, y al año siguiente los negros rivalizaban con los tercios de patricios y arribeños. Con ellos marchaba *el tío Pablo* siguiendo al iniciador de los colores patrios, de cuyo padre tomó nombre y apellido, y del hijo ejemplo y manumisión.

IV.

He aquí uno de tantos que sin propia libertad derramó su sangre por la de otros. Cual el ciego de nacimiento que tanteando puertas y ventanas da á otros luz que no conoce, el esclavo alcanzaba para sus amos la libertad que no había conseguido para sí.

La última tarde de 1812 veteranos del rey defendían el Cerrito en Montevideo fortificados en su cumbre, que el general Rondeau ordenara desocupar. Rechazado el primer ataque, el segundo llegó á media cuesta, cayendo Pablo en montón de heridos. En el momento supremo el Comandante Soler, aproximase recogiendo su fusil, se cruza el vericú, y proclamando el diezmado batallón sube el primero con sus valientes morenos, posesionándose definitivamente del *Cerrito de la victoria*, denominado así por tal hazaña.

"Tomá asúca," — repetía con sus compañeros, exhortándoles el vehemente Soler á que triunfaran, pues si caían prisioneros, destinados serían á los ingenios del Perú. A los gritos del futuro general: "¡Viva la Patria!" contestaban negros bozales hayoneteando godos: "Tomá para azúcar".

Aun no había llegado el día suspirado de su libertad, pero

clareaban los esplendores del alba feliz. En vísperas que el General más joven llegó á ceñir la banda de tal, su ayudante cuidaba al inválido, como en otra ocasión cerró Pablo las heridas de Beruti.

Un mes apenas transcurriera cuando don Carlos de Alvear, Presidente de la Asamblea Constitucional, pronunció estas sublimes palabras:

“Siendo un desdoro, como ultrajante á la humanidad, el que en los mismos pueblos que con tanto tesón y esfuerzo caminan hacia su libertad, permanezcan por más tiempo en la esclavitud los niños que nacen en todo el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ordenamos sean considerados y tenidos por libres todos los que en dicho territorio hubieran nacido desde el 31 de Enero de 1813 inclusive en adelante, día consagrado á la libertad por la feliz instalación de la Asamblea General”...

Ocho años después el Protector San Martín hizo resonar este eco argentino á orillas del Rimac:

“Una porción de nuestra especie ha estado durante tres siglos sujeta á los cálculos de un tráfico criminal. Los hombres han comprado á los hombres y no se han avergonzado de degradar la familia á que pertenecen... Sería responsable á mi conciencia pública y á mis sentimientos privados si no preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma, conciliando por ahora el interés de los propietarios con el voto de la razón y de la humanidad. Por tanto, declaro que todos los hijos de esclavos que hayan nacido y nacieren en el territorio del Perú, desde el 28 de Julio de 1821, serán libres y gozarán de los mismos derechos que el resto de los ciudadanos”.

No sólo en América se ha comprobado que la libertad nace en medio de las borrascas, se extiende entre los desórdenes civiles, pero no dá todos sus frutos sino cuando llega á vieja. ¡Cuán presente debe tener el pueblo argentino, recordando al pasado, que su abuso engendra la tiranía!

Al mes justo en que cayera herido el valiente negro se dictó la ley que preparaba la extinción de la esclavatura, y tres días después, 3 de Febrero de 1813, regresaba Beruti loco de contento, triunfante y gozoso á casa de sus padres, cantando el himno que al Presidente de la Asamblea acababa de oír:

“Inhumano es continúen esclavos los soldados que derraman su sangre por la libertad de esta tierra”.

Y no hubo más. Aquel rico señor don Pablo de Beruti, que no era de los godos empedernidos, y probara ojo acertado al penetrar los sentimientos de este negrito en su infancia, acabó por convertirlo en el primer manumiso, noble acto, celebrando la plausible declaración.

V

Retrocederemos algunos pasos, siguiendo desde sus primeros al protegido del entusiasta patriota.

Creciendo con los niños de la familia, si no llegaba á pasar el umbral de la escuela á que todos los días les conducía, por su ingenio natural que pronto imitaba cuanto veía hacer, atrajo numerosa clientela en la chiquilina del barrio. No hubo mejor fabricante de pandorgas, estrelas y barriletes, tan livianos que remontaban solos, ni talabartero en riendas y corraje para carneritos de los niños. Activo y diligente en todo servicio doméstico como en faenas rurales, luego fiel escudero de Antonio, el Benjamín de la familia, de tal modo se le apegó, que ocultador de las rabonas del escuelero, de sus primeras calaveradas, aventuras y trapisondas primero, fué su guardaespaldas en cuantas pellejerías actuara, que antes y después del 25 de Mayo fueron muchas.

Llegado el día de su libertad no se apresuró hacer uso de ella, quedando como la hiedra adherida á viejos muros, fuera por amor á la casa, quizá por lo que dentro de ella germinaba. Verdad que si no tan rápidamente como el maíz de cuarenta días, ó el de guinea que plantaba para escobas, en cuya fabricación resultó tan hábil como en tejidos de esparto, canastas, esteras, secadores, etc., pasiones gemelas brotaban entre las rosas del jardín, y también entre flores silvestres de los cercos, que espontáneo es el amor en toda la naturaleza. Los de la niña de la casa crecían como los no menos vehementes de su doncella. Solicitada aquella por uno de los brillantes oficiales del mismo

batallón de Beruti, prometida estaba para cuando ostentase tres galones en su manga militar, siguiendo añeja costumbre en el ejército español, que en grado inferior al de Capitán no se concedía licencia matrimonial.

La otra negra pasión, ardiente como de africana, llameaba en la negrita correveidile, por lo que agregando un *Padre nuestro* y un *Ave María* al *rosario* de todas las noches, que el ama presidía frente al santo de su devoción, rodeada de toda la familia y servidumbre, á Santa Rita, porque llegara el día ansiado. Esta no tuvo qué andar mucho del altar de San Benito á la Cofradía de San Baltasar. Cercano estaba el novio dentro la propia casa, y causa era ello de continuas amonestaciones, volviendo el mate frío por la tardanza en la cocina. Quizá *in pectore* deseaba herida, aunque leve, al percundante de la amita, para que con el ascenso llegara la fecha del doble casorio. La niña Juanita había prometídole ayudar á su matrimoniamiento en seguida del propio, con el primer manumiso de la patria nueva.

VI

Antaño como hogaño no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. El día que el Capitán don Venancio Ortega, hijo del Comandante don Bernardino Ortega y de doña Juana Sumetru, desposaba á una tan real moza como la señorita Juana Beruti y González, encontró entre las blondas y encajes de su canastillo de novia. la *carta de libertad* de la negrita Josefa, puesta por mano propia de su hermano Luis, que como obtuvo de sus buenos padres la manumisión de su asistente, consiguió la de la novia de éste, celebrando la entrada á la familia de un tan bravo Oficial.

En brazos de la negra Josefa nació el primogénito y el segundo de la apasionada Juanita, que no pudieron llegar á tres los hijos de su nuevo amito, pues en el asalto á la Fortaleza del Callao bala fatal le invalidó para todo el viaje.

Si activo, perseverante é incansable en todo trabajo resultó Pablo el patriota, aparejado con morena tan apropiada para un

barrido como para un fregado, fregaron ambos el barrio, á punto de convertirlo por limpio y bien blanqueados todos los ranchos en que trabajaba, como una tacita de plata relumbrando de lejos.

Por aquellos tiempos, y muchos después, toda la chata y estrecha ciudad era blanqueada por negros; y de escobero, hormiguero, pocero, ganaba por todo medio honrado medios de subsistencia, al par que crecía la clientela de la mujer mazamorrera, acreditada en todo amasijo, saliendo á mercar su factura con tapada canasta sobre la cabeza.

Resultado, que con el andar del tiempo, á Dios rogando y con el mazo dando, juntaron amasijo que, creciendo y creciendo formó una fortunita. Para aumentarla, fuera por cariño ó vanidad, lo primero que compraron fué un negrito. A poco andar, sus posibles les permitieron tener casa propia, adquiriendo *sitio* con rancho de paja, cada año más viejo, y otra hermosa higuera cada año más frondosa y productiva, como los durazneros que multiplicó. De todo ello dejó Pablo heredera á su fiel compañera de tantos años, legando á Clarisas y Catalinas, monjas y cofradía del Rosario, otro *sitio* tras la Casa de Ejercicios.

Viuda, negra tan laboriosa como su marido, llena de gratitud en los nobles sentimientos que fué criada, en vísperas de su viaje sin vuelta, testó á favor de las nietas de su ama cuanto hubo adquirido.

VII

Escritores de fuera, pretendiendo enseñarnos mejor cosas de adentro, historian en nuestro daño lo que mal oyeron, poniendo en duda la virtud y humanidad de nuestros abuelos y la benignidad con que trataron á sus esclavos.

En esta tierra donde nunca funcionó el Santo Oficio, la Inquisición ni sus tenazas, ni se paseó otro sambenito que el Patrono de los negros, no se tenaceó á nadie, ni se plantó en panadería alguna el poste de los azotes, ni se volvió por estas calles esclavos arrastrando cadena, ni tuvo que prohibirse carimba que no existió, pues jamás se marcó aquí con hierro candente el

cuerpo humano, como en el Brasil y el Perú. Se otorgaban cartas de libertad con frecuencia al nacimiento del primer hijo, ó casamiento de la niña de la casa, cual el caso que referimos. Adoctrinábaseles como cristianos, y los atendían en sus enfermedades, dejando horas de trabajo libre á su beneficio, pues muchos se libertaron por ese medio. Si la Escuela del Rey nunca admitió esclavos, que peligroso creyó siempre abrir inteligencias á la luz, en la Escuela de la Patria se inscribieron hijos de esclavos, que soldados distinguidos se mostraron, ayudando en la gloriosa obra de la independencia, correspondiendo así con hidalguía y generosidad imitando nobles ejemplos.

Esclavo hubo que manumitido por su amo, no se alejaba del techo bajo el que naciera, é iba de la huerta á los hornos de la Quinta, en el bajo de la Recoleta, abrazando los nogales que por cuidado del amo regó muchos años con leche de las vacas más gordas para obtener mejores nueces.

Otro liberto se volvió á vender para socorrer con el producto de su venta á su antigua ama, venida á menos. Se recuerda aquel generoso Oficial inglés, que curado de las heridas recibidas en el frustrado asalto de 1807, por una negra caritativa, correspondiendo sus servicios con cantidad de dinero á objeto que adquiriera su libertad, prefirió pagar la de su anciana madre enferma, contestando: " Soy joven y robusta; puedo resistir todo trabajo. Prefiero conozca mi madre la libertad, aunque sea en sus últimos días! "

Así como nacemos sin cadenas, deseamos vivir sin llegar á sentir nunca su peso. La libertad es lo más codiciable que hay en la vida.

...Es la que usted sigue la mejor manera de popularizar sucesos históricos. Fué siempre mi convicción íntima de que más que al hecho mismo debía el escritor dar importancia á la forma. Esta ha de ser ligera y regocijada como unas castañuelas, y cuando su relato le sepa á poco al lector, se habrá conseguido avivar su curiosidad, obligándole á tomar en concienzudos libros de historia lo poco ó mucho que anhela conocer como complementario de la dadada de miel que con una narración rápida, y más ó menos humorística, le diéramos á saborear.

Adelante, mi querido señor Obligado. No desmaye usted en la labor, y que venga pronto otro volumen de *Tradiciones* á proporcionar horas de delicioso solaz á este su apreciador sincero.

Carta publicada en Lima y en LA NACIÓN por el tradicionista del Perú, Don Ricardo Palma.



¿Bueno ó Malo?

(CRÓNICA EN LA ÉPOCA DE LA PRIMERA EXCOMUNIÓN)

Cárcel! Se alquila por falta de huéspedes.

Año 1630.

I



El Obispo Carranza, carmelita descalzo, hizo época, pues que inauguró la de los Ilustrísimos; pero no es precisamente del fundador de nuestra Catedral que vamos á ocuparnos, sino por accidente, en esta crónica del siglo XVI.

Después de muchas noches en vela de invierno tan frío y lluvioso, como creíamos, pasado de moda, sobre el apollillado mamotreto más antiguo y original: "*Extractos de Acuerdos de los primeros Cabildos: 1609-1630*", quedamos en ayunas, en cuanto á los servicios y trapiondas de don Juan de Vergara.

Nuestra duda subsiste lo mismo tras investigaciones por presentar hermosos ejemplos del pasado, pues si en la página 1356 de nuestro viejo infolio manuscrito se le recuerda *rico-home*, hidalgo de ilustre prosapia, enchapado con tanta experiencia y buenos antecedentes, que como oráculo en tiempos coloniales el Cabildo le mandó consultar estando enfermo, pidiendo en-

viara su voto desde la cama, á vuelta de folio se lee: que no sólo fué este buen postulante quien estrenó la cárcel, por muchos años cerrada, sino que después de haber sido causa de choque de los dos cuchillos (entredicho civil y eclesiástico), tuvieron á la postre que mandarle á paseo, desterrado por perturbador de cuentos y cuentas.

Figúrense ustedes si serían de buen cariz las gentes que por entonces pisaban estas calles, que en la primera generación no se inauguró cárcel; y en la segunda, la visita de feria la mandó cerrar (año 1630) pues que no aparecía judío usurero, ni portugués contrabandista que hospedar; y en cuanto á cuchilladas, como no se importaba el busca-pleitos, aguardiente de grano, fabricado ultracordillera por el pacificador de la Araucanía, los cuchillos enmohecían en sus vainas. A pesar de la morigeración de costumbres y benignidad de la justicia, de qué naturaleza tan variable en su incesante movimiento sería este pájaro de tanto vuelo que en más de una ocasión tuvo que pernoctar entre rejas hasta cuando sus alas cortadas volvían á retoñar.

Cierto que no hay sér perfecto bajo el sol, bueno resulta el que mejores obras deja, como huellas imborrables de su paso por las que se le recuerda, y olvidados quedan en el tintero los que de la sombra, ó de la media luz, no pasaron.

Mas no embargante ser el de Vergara elogiado por Domínguez y Trelles, como criticado por Quesada y otros cronistas, las "Actas de Cabildo" le mencionan haber sido causa del primer cañonazo, de la primera excomunió, y primerizo que anduvo enredando la lista.

De cómo aquí figura, el lector deducirá *si fué bueno si fué malo*, el capitán Juan de Vergara y de muchas otras cosas!

II

Bien andaban los gobernantes y gobernados en santa paz y gracia de Dios, por este pacífico vecindario, pero como no era cosa de ir en busca del *cacheta-infantes* hasta el Paraguay, para confirmar sietemesinos, nó de allí nos llegó con don Juan de

Garay el mitrado, pero sí de la Metrópoli, cuando la división de la Diócesis. Al pisar esta tierra el ilustrísimo señor Carranza, carmelita descalzo, nó descalzo, pero sí de rodillas sobre la húmeda arena de la ribera, postróse humildemente el señor gobernador, quién con el pueblo todo recibiera la primera bendición papal, conmovido le besó el anillo y cuanto tenía besable el pastor de esta iglesia, hasta entónces sin pastor, y con pocas, muy pocas ovejas descarriadas!.....

Y así continúa la crónica:

“Promediando la Gobernación del ex *Vcinticuatro de Sevilla*, don Francisco Céspedes, por aquello que no hay tan sólida ó duradera amistad que resista á quiebras si intervienen chismeras, ruines terceros desunieron los dos grandes amigos: Gobernador y Obispo. Por una de las tantas bellaquerías, muchas son las que el manuscrito mencionado refiere, fué puesto á la sombra Vergara, bien emparentado y bastante caviloso, cuya amistad con el Obispo debiera escudar, según se creía, todas sus picardigüelas. Alharaca grande levantaron los paniaguados, exaltando á su ilustrísima con que se le pretendía dar garrote, aún sin los auxilios de la religión. Lo que, conocido de él, agrega Villaruel, que llegó á ésta poco después del sucedido, se lo diera, como se lo diera yo. Si bien de tan lindo pecho era el gobernador, y de corazón tan hidalgo que templábase tan presto como se había enojado, tan vehemente en ejecutar y precipitado era Carranza, que corrió á la cárcel en numerosa y armada procesión, seguido del deán, arcediano, canónigos, curas y sacristanes, prestes y arciprestes, acólitos, organistas, perdiguero, perrero, mayordomo, cancelario, ceremoniero, apuntador, maestrø escuela, con el crucifixero por delante y grupos de monaguillos por detrás, entrando á la cárcel, expofesamente para el caso reabierta, rompió sus puertas, y forzando las del calabozo, sacó violentamente al preso en medio del vecindario asombrado de ver un delincuente preso llevado en andas ú hombros de eclesiásticos.

¡Pues no era nada lo del ojo, que la autoridad eclesiástica había dejar poner mano sobre todo un tesorero de la Santa Cruzada!

Cuando la noticia llegó á interrumpir la siesta del señor gobernador, y resistiendo el obispo reintegrar el preso á donde lo

había extraído, mandó disparar dos tiritos con toda ceremonia, y por él mismo abocados los cañones: el primero de pólvora; el segundo á bala; cuando se afinaba la puntería del tercero al modesto palacio episcopal, que si no tenía techo de vidrio, lo era de paja brava de laguna inmediata, no se esperó á que la cuerda-mecha desparramara el racimo de metralla, y se puso al reo en la puerta, volviéndole á chirona donde lo encajonaron.

Así que se le pasó el susto al irascible obispo, mandó cerrar las puertas de iglesias, doblar campanas, esparcir ceniza en los altares y otros excesos, poniendo en entredicho, fulminando tremenda excomunión mayor contra el gobernador y cuantos le obedecieron!...

Y ésta fué la primera excomunión de que hay memoria, que no había de traer su ilustrísima tan pavorosa autorización á enmohecerse en húmeda gaveta. Pero como poca mella hizo todo ese ruido en vecindario tan apático, cual el humo del primer cañonazo fuése apagando el de tanta polvareda, mucho más cuando de la apelación al Consejo de Indias, vino también la primer reprimenda á su ilustrísima, por extralimitar su jurisdicción.

Aunque muy bueno el gobernador, no fué la única vez en que vióse obligado á tirar un poco la cuerda á Vergara. Los enredos y chismes seguían, y así como calumniaron unos al gobernador, de que estaba dispuesto á colgar entre dos luces á vecino de tantas luces, calumniaban otros al obispo, y hasta la Metrópoli llegó el soplo de que, sin mitra y con capa, habíasele visto, ¡asombrarse beatas! con mujer en las faldas!

Escudriñando el caso, comprobóse que hacía fiestas á una de sus ahijadas, mujercita de *dos años*, primogénita del Notario, que le distraía con el donaire y gracias de esas medias lengüitas infantiles que tanto divierten á los ancianos!

III

Don Juan de Vergara, de añejo ableno, llegó del Potosí, por los años de 1604. diez años antes que su hermano Alonso Agreda de Vergara, proviniendo de conquistadores y descubridores del

Perú, hijosdalgos. Ellos y sus descendientes ocuparon en Buenos Aires puestos de distinción.

Encarcelado, desterrado y perseguido por sus enredos desde antes del gobierno de Dávila, que siguió al de Céspedes, presentó luego petición de tierra, llamándose vecino y Regidor perpetuo de esta ciudad y puerto de Buenos Aires, que: "há más de treinta y dos años resido en ésta con casa poblada, y he acompañado (agrega) con mis armas, caballos y persona á cuantos servicios de Su Magestad me han llamado, en escursiones y campañas hasta *Matará*, cuando el castigo del cacique Pasí, todo á mis expensas, sin haber tenido ninguna ayuda de costas, y porque tengo mujer y mucha familia, necesidad he de tierras para estancias de ganados, sementeras y otros efectos necesarios para poderme sustentar".

Parece le fué mejor en esta segunda parte de vaquero que en sus primeros oficios de chismero, pues á pocos años encontrábase afincado en mayor escala, con extensas propiedades en esta ciudad, Monte Grande, Matanza, Magdalena, Cuñazaré y Río Paraná, unas compradas, concedidas otras por los gobernadores, y otras muchas embrolladas.

Ya en 1609, había adquirido de Hernando Arias de Saavedra su magnífica estancia en Las Conchas, la mejor que tenía la provincia por sus plantíos y vaquerías. Observando lo de que, si los pícaros supiesen tornaríanse honrados por conveniencia, parece que años y achaques le transformaron en hombre de bien, y aun con puntitas de honorabilidad. En una de las ausencias del alcalde de primer voto, que acompañara al gobernador en la visita de provincia hasta Santa Fe (1643) notificóse á Vergara acudiese á desempeñar sus veces, lo que excusó por hallarse enfermõ de la vista.

Del mismo libro de actas, resultó que el 14 de Marzo del año siguiente, tratándose en el Cábildo de pleito que seguía el general Juan de Tapia de Vargas, contra don Méndo de la Cueva y Benavidez, á la sazón corregidor de Oruro, en atención á la seriedad del asunto, mandaron al escribano solicitara su parecer á su casa, antes de seguir la votación, al llegarle su turno. Vergara contestó que, como antes habían celebrado acuerdos sin su asistencia, lo hiciesen también en este caso, pues él no votaría,

por cuanto no podía asistir á Cabildo, por sus enfermedades de la vista y del oído.

Lástima que cuando la experiencia se aumenta, los sentidos disminuyan. En esa época aparece Vergara con ínfulas de oráculo por su ancianidad, su práctica, su posición expectable, y el hecho de ocupar el puesto perpetuo más antiguo del Cabildo, cual era el de regidor de primer voto desde el año 1619.

IV

Asentado el juicio, á lo que su prisión y destierro no poco contribuyeron, que los padecimientos aleccionan pues nadie aprende en cabeza ajena, Vergara en sus postrimerías vino á ser uno de los hombres más adelantados en época de poca ilustración. Sus razonamientos eran siempre sólidos, apoyados en los hechos, según escritos y apuntaciones que se conservan. Muy amigo de cifras y citas históricas, algunas obras de embellecimiento y mejoramiento en la ciudad y campaña se debieron á su iniciativa.

El año 1649 se ausentó para Chile, pero la familia de su nombre llegó á ser por medio siglo, como la familia Flavia, en Buenos Aires, por su influencia y riquezas, como por su numerosa descendencia.

Aunque muy hábil en cuentas, no las presentó muy claras al regreso de la visita á las provincias, en que acompañaba á Hermandarias. Este arguye, y con razón que: "al apremiarse á él y no al responsable que llevaba, administraba la paga y el trabajo de los ministros que se ocuparon en la visita de oficiales reales, se hace solo á fin de evitar á Juan de Vergara desembolse la parte que no haya restituido y vuelto á la dicha Real Caja".

Para que el lector juzgue mejor, si fué bueno ó si fué malo este mixto de tarambana, que tanto concurría á los salones del Cabildo como á sus calabozos, en dos gobernaciones, cuando no estaba en la cárcel lo andaban buscando, reasumiremos como apéndice el *Acuerdo* que más le acusa, leída ya la glosa de su mayor admirador.

Se lee en el acta de la sesión del Cabildo que tuvo lugar el 5 de Octubre de 1630, sobre expulsión del perturbador Juan de Vergara y su familia: "Propuso por escrito don Juan Gutiérrez de Humanéz, procurador general, que teniendo noticia volvía á esta república Juan de Vergara, dió petición al Gobernador para que atendiendo á la paz y quietud de que gozaban, y á que los ánimos de muchos vecinos se comenzaban á turbar y á inquietar, se sirviese demandarle no entrase en esta ciudad. Furtivamente introducido, vanse fomentando algunas inquietudes y alborotos. Aunque casi todos los vecinos han escrito á Su Magestad, (con la que tomaron costumbre de cartearse bien que nunca contestaba), la conveniencia de mandarle salir, es necesario que este Cabildo le represente cuán de su servicio será saliese de esta república para que en ella se gozase de quietud, por lo que es perturbador de la paz conviene á Vergara salga con su casa y familia, y se le prohíba volver á ella en todo tiempo".

Lo que se proveyó de conformidad, estando oculto sin poder ser habido del gobernador, ni del contador Peñaloza, juez de la Real Audiencia que en comisión vino á llevarle preso, "y que admitiese los descargos de Vergara, en la causa y pleito en que Hernandarias procedió contra él. Tan escondido se halla, que ni por bandos, ofreciendo plata á quien dijese donde estaba, se ha dado con él, por temor que le tienen respecto de ejemplares pasados, pues con sus trazas y mañas, sin echar firmas, dando malos consejos están destruídas muchas familias, y de la misma manera vecinos ausentes, y otros por desviarse de su rigor y crueldad con que ha procedido, muchas leguas de aquí, han acabado la vida, dejando sus mujeres viudas, los hijos huérfanos y con gran miseria y padecimientos."

.....

Creemos que como la mayor parte de los mortales, tuvo éste su faz buena y su faz mala, que nada hay perfecto en este pícaro mundo, y por buenos pasan aquellos cuyas malas acciones visibles son menos.

¡Cuán cierto que la bondad es la belleza del alma! La bondad que nos eleva á Dios! No á todos es dable descollar por su ingenio ó hazañas, pero al alcance de cada uno está ser un hombre de bien y útil á sus semejantes.

Exhibiendo por ambos lados la medalla que acuñó en los días de su vida este señor de Vergara, el perspicaz lector deducirá: *si sería bueno ó malo* personaje que á los tres siglos todavía se recuerda como el promotor del primer cañonazo y de la primera excomunión, pues quien siendo tan buenito como en ráfagas aparece, viejas crónicas confirman fué por quien se reabrió la cárcel mucho tiempo cerrada. En esta bendita tierra de María Santísima y Puerto de tan buenos aires, no se encontraba inquilino, ni gratis, ni aun pagando manutención!

Bien, mi estimado amigo. Continúa encendida en su gabinete de estudio la lámpara á cuya luz escribe usted de las cosas antiguas...

Mil plácemes por su libro que ha merecido ya tantos aplausos. Visito en compañía de usted lo que otros han ido abandonando en el camino, y cuyo recuerdo se perpetúa en las narraciones vivas de su pluma amenísima. Volver la mente á lo pasado equivale á duplicar los goces ó las impresiones de nuestra vida actual. Usted ha registrado los cofres de los abuelos fenecidos y ha encontrado en ellos joyas que si no están de moda conservan siempre su valor intrínseco, siendo no pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia. Gracias por la parte que pueda corresponderme en la herencia común inventariada con tanta diligencia y primor de cariñoso ingenio, empleado en curiosear tradiciones antiguas.



El Virrey de las indecisiones

I



UY fácil parece, y sin duda alguna es algo de lo más difícil, tener carácter.

Uno de nuestros prohombres de carácter, el ilustrado doctor don Carlos Tejedor, insinuaba en su Curso de Derecho criminal: "Debían abrirse escuelas de carácter, para formar desde niño el del hombre, pues que la mayor parte de faltas, delitos y crímenes producidos son por falta de carácter, de convicción y entereza". Y otro elocuente catedrático en esa misma Universidad de Buenos Aires, doctor Juan Carlos Gómez, enseñaba afrontar las responsabilidades sin vacilar. A cincuenta años distante recordamos sus palabras: "En el transcurso de mi breve actuación política he visto á militares valientes que nõ trepidaban en dar una carga de caballería, llevándose todo por delante, medrosos al día siguiente de escenas de valor, temiendo la opinión pública ante el reproche de la prensa, no faltos de conciencia, mas temían á la responsabilidad moral". Sin enumerar muchos nombres, no son los del intrépido Ignacio Rivas y Emilio Conesa los únicos Generales de quienes presenciamos iguales vacilaciones.

Pero mientras no asistimos á la inauguración de la "Escuela del carácter", he aquí un cuentito de otro militar valiente hasta la temeridad, y víctima de sus fluctuaciones. Si á su intrepidez se debe el primer triunfo en las calles de Buenos Aires, su falta

de energía moral detuvo á medio camino las chispas que en sus hijos prendiera, siendo á poco arrollado por el carro de la revolución triunfante.

II

Media noche era por filo en la del 25 de Julio de 1809 cuando el Virrey de la Victoria levantaba su cabeza encanecida de entre el fárrago de papeles esparcidos y desbordando de su mesa de trabajo, en el despacho de la Fortaleza. No hemos podido averiguar si es que las virtudes desterradas del viejo mundo se refugiaron en el nuevo, ó acaso rebalsando abundancia en España arribaron, pues en corto tiempo llegaba al Perú un "Marqués de la Concordia", el "Conde de la Lealtad" aquí, otro "Marqués de la Fidelidad" á Lima, títulos y virtudes descollantes que naufragaron antes de llegar á Méjico y Nueva Granada. La verdad es que agraciado con título de Castilla, el penúltimo virrey eligió el de "Conde de Buenos Aires". Otro de nuestros ilustrados profesores de la misma antigua Universidad citada, el ilustre jurisconsulto doctor Estéves Saguí, inolvidable presidente en la municipalidad, nos escribía: "No llegó á usar Liniers en el título agraciado la designación de su preferencia, y en verdad que en esos tiempos bien lo merecía, pues no se lo dejó usar el Cabildo, que alzándose con el santo y la limosna á todo un rey de España replicó: "No podemos permitir se dé ese título en detrimento de los derechos de la ciudad de Buenos Aires".

Diarios, oficios, cartas, notas, periódicos, impresos, manuscritos y aún anónimos que releendo á solas transformaban la cabeza de Liniers en un horno, formábanle el atolladero sin salida en que se abismaba, en la misma sala de que poco antes había despachado con cajas destempladas al marqués de Lasse nay, quién en nombre del gran francés venía á tentarle á él, francés, antes que general español ofreciera su virreinecía bajo la protección del gran usurpador.

Sucesivamente acababa de leer:

De Fernando VII, cuya proclamación no hacía mucho presi-

diera, y de sus adoradores que clamaban por Fernando el Deseado: "No haga caso de lo que hacen decir á papá, pues está chocho, y el privado Godoy lo tiene embrujado. Yo soy el rey aclamado por mis fieles vasallos". En otro, de data anterior: "No den oídos á Fernandito, cuya truhanería es capaz de vender la misma madre que lo parió. Fuí forzado á la abdicación. Soy el rey por derecho divino". — Cárlos IV.

Otro recorte de Gaceta vieja aludía al "tuerto Pepe Botellas", menos tuerto y menos botella que el último virrey Cisneros, mandado como de encargo: "Yo soy el rey por derecho del amo del mundo, que San Napoleón impera en la tierra más que Santiago en el cielo".

En las Juntas que nunca comulgaron juntas, pues cada provincia levantó una, la central de Madrid, de Sevilla, de Cádiz, de Galicia y hasta del último rincón de España, cuando á la afligida madre Patria apenas restaba un pedacito de isla, cada alcalde repetía: "Cuidadito con dar cumplimiento á lo mandado por esos cuatro gatos, ó leones, que desde la isla de León rugen, sin haber hecho nunca otra cosa".

Y esto, mar por medio, que de más cerca, cierta amulatada Carlota, más fea que un susto, como que oficial de palacio hubo que prefirió caer en chirona antes de caer en sus reales brazos, venida de perder un reino en Portugal, próxima á perder la corona, que en cuanto á la vergüenza la había perdido por todas partes, comunicaba: "Puesto que señor padre ha renunciado la corona de todas las Españas, y el hermanito Fernando está á perder la cabeza, que juicio nunca lo hubo, únicamente por conservar la herencia de familia me sacrificaré, aunque preciso sea reembarcarme para el Plata, anticipándome pleito homenaje y acatamiento á la aclamación de única regente en todos los dominios de América".

Elío, murmuraba desde Montevideo: "Soy el virrey, no ése que, verdadero franchute, se atreve á deportar ricos y encumbrados españoles". Todavía más inmediato, los partidarios de Alzaga, rey en mientes, Martín I, repetían en coro: "Esto es venta. ¡Abajo el francés y los afrancesados!"

Dentro del mismísimo Fuerte, el coronel de Patricios, Saavedra, encabezando los criollos, susurraba al oído de Liniers: "Dejaos

de vacilaciones. El pueblo que conduciesteis á la victoria os aclama sobre toda autoridad. Confíad en sus fuerzas, que respondo á su nombre os sostendrá contra todo viento y marea, como lo probó el primer día de este mismo año. Salgamos á la plaza, y en ella seréis aclamado única autoridad en pie, sobre la del rey, de rodillas en Bayona."

¡Ni las tentaciones de San Antonio!

Todavía Huidobro, el general de más alta jerarquía, también virrey propuesto por una de tantas Juntas, desprendida avanzada en observación, husmeaba desde la otra banda el mal cariz que iban tomando las cosas en ésta, acentuando recelos del otro flamante virrey "in partibus", Cisneros. . .

¡Tal baturrillo capaz era de marear á hombre de más cabeza que Liniers! ¿Qué hacer en medio de la corriente cuando de los cuatro puntos del horizonte soplaban vientos encontrados sobre el Plata? Fácil es seguir si se presenta el camino recto del deber, pero llegados á la bifurcación ¿cuál será la verdadera senda?

A interrumpir esta narración corrida, reminiscencia de pasados viajes viene á incrustarse desde el *Monte de los loros* en que murió Liniers, á la antigua República de Esparta donde no llegó en mientes.

Durante nuestra segunda excursión por Laconia, buscando antiguallas en sus esparcidas ruinas, el cónsul de Estados Unidos que nos acompañaba exhibió fragmentos de rota lápida acabada de desenterrar, cuyos caracteres griegos traducía el intérprete del consulado: "Aquí se forma el carácter del espartano". Destinada al poeta Longfellow, rara coincidencia fué años después la encontráramos en su gabinete de trabajo en Boston. El autor de *Evangelina* comentaba cómo era muy explicable que discípulos de Solón hubieran fundado institución especial para la educación del carácter en niños que seleccionados desde sus tiernos años prescribía una ley fueran arrojados á la sima del monte si venían al mundo contrahechos ó defectuosos, inútiles para los Dioses y carga para sus semejantes.

He ahí la escuela que proponían restablecer los recordados profesores de la Universidad de Buenos Aires. El hombre, si bien honrado, pero faltó de carácter, más ó menos tarde víctima será del primer audaz que pase por su lado.

Vivo ejemplo el virrey de las vacilaciones que tradicionalizamos! Aquella fué su noche triste, tan afligida como la de Cortés. Más de una tenebrosa y de tribulaciones le rodearon. La noche triste (4 de Agosto de 1806) cabe el "árbol de Liniers", á cuya sombra escribimos en este puerto de las Conchas, perdido entre las sombras de "Miserere", creyéndose derrotado la víspera de su victoria (2 de Julio de 1807) como ésta del día de sus días, Santiago, patrón de España y de su nombre.

Lleno de zozobra á nada atinaba.

III

Levantándose de improviso, abrió la puerta, saliendo á pasearse por el baluarte, entre las garitas en que á uno y otro extremo del bastión se cobijaban centinelas.

La noche estaba serena y fría, de riguroso invierno. Luna llena de Julio espejaba visos azulados en el Plata resplandeciente, inmenso y solitario en aquellas horas. En el silencio dilatándose ecos lejanos, gritos de pescadores que salían á tender sus redes, oyóse: "¡Embárguese!" Tal exclamación á orden parecida, resonó vibrante en su oído, y cavilando sobre esa voz anónima en el misterio de la noche, aviso del cielo le pareció en medio de sus cavilaciones. Refrescada su cabeza por las brisas del Plata, dió término á sus paseos resolviendo consultar con la almohada.

Al pasar frente la capilla, por su puerta entreabierta vislumbró luz de algún cirio olvidado en la solemne misa de la mañana. Entró postrándose ante la santa de su devoción, rogando á los pies de la imagen de Nuestra Señora del Rosario, á quien otrora ofreciera banderas prisioneras arrollándolas en su peana. En las sombras de la solitaria capilla largo tiempo le absorbieron profundas meditaciones, saliendo más tranquilizado. Aquella voz de la ribera y esta luz salida á su encuentro, aclararon la selva enmarañada de sus pensamientos.

Un día pasó sin recibir ni oír á nadie. En la noche siguiente, preparada la embarcación más velera, bajó al puerto, embar-

cando sigilosamente y acompañado sólo del comandante Rodríguez. Envolvióse en su ancha capa militar, y recostado á la popa, después de largas noches de insomnio quedó profundamente dormido, mientras navegaba viento en popa rumbo á la Colonia. Durmió, soñó, ¿qué soñaba? Parecían disiparse de pronto las nubes, huyendo en girones las vacilaciones anteriores, tentaciones todas que no prendieron, al resolverse ir en busca del sucesor, á cuyo oído llegaban voces de que hasta las piedras de la ciudad se levantarían por no dejarse arrebatar al "Virrey de la Victoria".

Y era la espléndida alborada de mañana limpia y luminosa cual una de esas vagas sonrisas de invierno que sonrosan suelen la azulada faz de nuestro río, cuando saliendo de sueño agitado al terminar la noche alcanzó á divisar la última estrella que caía hundiéndose en horizonte obscuro. Desechando sinietros augurios, bien cerca abordaba al mismo viejo muelle de piedra por que ascendiera los primeros peldaños de su gloria en 1777, encaminándose á la casa de Gobierno.

Muy de madrugada, aún no había pedido el chocolate en la cama el viejo Cisneros, cuando el oficial de guardia le despertó azorado.

— Ahí está Liniers.

— ¡Cómo! ¿Se divisa del muelle?

— Más acá, señor.

— ¿Está ya en la playa?

— Más aquí.

— La guardia á formar. ¿Va llegando á la plaza?

— Más inmediato.

— ¡Mis pistolas, ligero! ¿Trae mucha tropa? — y ceñíase su rota espada en Trafalgar. — ¿Dónde, pues? — abriendo la puerta para dirigirse á la sala, en medio de la que, cuadrado y haciendo la venia militar: — Aquí, excelentísimo señor, y á sus órdenes, — contestó Liniers avanzando al caer el penúltimo Virrey en los brazos del postrero, de quien en sus primeros años había sido subalterno. Lealtad de corazón no engaña. Elío aconsejaba el fusilamiento de Liniers. Los partidarios de éste que impidiera el arribo de Cisneros.

IV

Los buenos ejemplos contagian. A mil leguas distante pocos años después el penúltimo virrey del Perú vacilaba. En la capital de la Ciudad de los Reyes, Abascal fué incitado á colocar sobre sus sienes la corona de los Incas, puesto que la de España acababan de precipitar su pérdida reyertas domésticas entre el padre y el hijo, por lo que el Espíritu Santo, ó más propiamente el espíritu maligno de la mismísima princesa Carlota, desde el Brasil pretendía la corona, caída sucesivamente de Carlos, de Fernando, de Bonaparte, sin encontrar propia medida donde encasquetarse. Asegúrase que Carlos IV le ordenó desobedeciese á su hijo; José Bonaparte le brindaba honores, y la ambiciosa Carlota le mandaba plenos poderes. Al noble anciano no deslumbró el brillo de una corona. Con lágrimas en los ojos cerró oídos á la voz del que ya no era rey, despreció indignado los ofrecimientos del invasor de su patria y llamó respetuosamente á su deber á la hermana de Fernando. La población de Lima esperaba con la mayor ansiedad el día destinado para jurar á Fernando VII, pues nadie ignoraba las encontradas intrigas que le rodeaban, la gratitud que Abascal sentía por Carlota, y la amistad que le unía á Godoy. El anhelo general en Lima era la independencia bajo el reinado de Abascal. Nobleza, clero, ejército y pueblo lo deseaban y lo esperaban. Las tropas formadas en la plaza, el pueblo apiñado en las calles, las corporaciones reunidas en palacio aguardaban una palabra. En su gabinete era vivamente instado por sus amigos. Hombre al fin, sus ojos se deslumbraron con el esplendor del trono, y dicen que vaciló un momento. Pero volviendo luego en sí, tomó su sombrero y salió con reposado continente al balcón del palacio, y todos le escucharon atónitos al hacer solemne proclamación de Fernando VII y prestar juramento al nuevo rey.

Un grito inmenso de admiración y entusiasmo acogió sus palabras, y el rostro del anciano se dilató con el placer que causa *la conciencia del deber cumplido*, placer tanto más intenso cuan-

to más doloroso ha sido vencer para alcanzarlo la flaca naturaleza de la humanidad.

Tal le perfila el literato peruano señor Lavalle, biógrafo de Abascal. Este tuvo que dar sólo un paso y asomarse al balcón. El virtuoso Liniers, virrey de quien tomó ejemplo aquél, hizo algo más: cerrando los oídos al pueblo que le aclamaba, cruzó el Plata cuán ancho es en su dilatado estuario, para entregar su autoridad al recién venido sin autoridad mayor.

V

Muchos años habían transcurrido.

Cierto día nos encontramos frente á Liniers contemplando lo que había sido cincuenta años después de su muerte, y más singular, en el momento de su último naufragio, pues el que llegó á la cumbre de la gloria en Buenos Aires, fué tan desventurado hasta después de sus días que, muerto, se fué al agua.

En otra noche de plena luna cual la en que navegaba la de sus sueños en el Plata, surcábamos el Paraná acompañando la diputación de Buenos Aires que se dirigía al Congreso en la ciudad de aquel nombre. Sumamente crecida, la corriente era tan rápida que al choque violento de la primera lancha de tierra, fuése al río negro bulto que pasando rápidamente á popa del vapor apenas alcanzamos á distinguir. Cuando momentos después regresaba la urna pescada, supimos contenía los restos del general Liniers y sus compañeros muertos en Cruz Alta. La comisión presidida por don Juan Barra y el cónsul de España en el Rosario, señor Fillol, conducía las cenizas de Allende, Concha, Moreno y Rodríguez, jefes levantados en armas contra la revolución de Mayo, y de Liniers, cuya popularidad acaso hubiese retardado la emancipación.

Uno de los congresales de Buenos Aires, el poeta Mármol, exclamó de improviso cuando se le dijo que todos los españoles se habían ido al agua:

—Estos godos protestan, aún después de cincuenta años de muertos, viajar en compañía de los hijos de la tierra que dió en tierra con los que se opusieron á su independencia.

Era aquella la noche del 20 de Marzo de 1861. En esa misma hora caía en ruinas la ciudad de Méndoz, desapareciendo por espantoso terremoto, cuyas vibraciones se prolongaron á los confines de Buenos Aires, llegando á sospecharse que la inmensa oleada que produjo el choque y casi naufragio, últimas ondulaciones fueran de los estremecimientos del Andes al Paraná. Más tarde, en el silencio de media noche, descendimos á la improvisada capilla ardiente para honrar las cenizas de las que el general Concha, ministro en el gobierno de Isabel II, había solicitado repatriación del presidente de la República, doctor Derqui, quien se apresuró á decretar honras fúnebres debidas á su rango. Y en verdad que dignos son de recordación los méritos del "Virrey de las vacilaciones".

VI

Antiguo capitán de navío, después de haber batallado con igual denuedo en Europa, Africa y América, especialmente en el último asalto á la Colonia del Sacramento con las tropas del primer virrey, con quien arribara en 1777, desde las Misiones del Paraguay que gobernó con acierto, al Puerto de la Ensenada de que fué jefe, al día siguiente de su victoria, 12 de Agosto de 1806, empezaron sus cavilaciones. Prisionero á discreción el general Berresford, tuvo en su hidalguía la debilidad de acceder al salvo-conducto que implorara, como resguardo ante consejo de guerra. Firmando por complacencia, origen fué de su primer fracaso, él francés que salvara la ciudad, con las autoridades españolas que no la habían defendido. Derrotada su vanguardia sin pelear en Barracas (al año siguiente) se refugia en Misere-re, vacilando como siempre si debía ó no penetrar á la ciudad. Venciendo con el esfuerzo del pueblo al poderoso ejército inglés, trepida exigir á los invasores derrotados sea la plaza de Montevideo comprendida en la entrega. Luego el 1.º de Enero de 1809, á duras penas consigue el jefe de Patricios rompa la renuncia que le fuera arrancada por las argucias de un Obispo. Más tarde, cuando ese mismo coronel Saavedra le exhortaba

ponerse á la cabeza de legiones de pueblo que sostenían su autoridad, temeroso de responsabilidades, tras largas horas de titubeación prefiere embarcarse é ir á entregar el mando á otro virrey, cuya autoridad venía viciada desde su origen.

Su biógrafo español repite: "Tiene Liniers el carácter honrado y lleno de honor. No conoce el miedo, pero sin la firmeza de carácter ni el vigor que se necesita para mandar. Su pasión dominante es la de hacer bien. No tiene un real, ni es capaz de guardarlo. En toda circunstancia se ha comportado en calidad de nobleza y leal caballero. Este valiente soldado que carecía de las grandes cualidades del mando, retrocedió con timidez ante el ancho camino que se le ofrecía, y siendo el árbitro de la situación se resignó á obedecer humildemente. Siempre en perpetua vacilación, á poco de oficiar á la Metrópoli: "aquí se necesita un Virrey lleno de energía y probidad, y sobre todo que venga con dos regimientos de tropa veterana", cruzó el Plata á prestar acatamiento al viejo inválido de Trafalgar, que sólo traía un ojo y un oído escaso para percibir todos los ruiditos de chamusquina revolucionaria, con más achaques y veleidades y tan blanduzco de espíritu, que al anunciársele Liniers, pregunta tembloroso: ¿Viene solo? — Solo, acompañado de su lealtad!"

Confirmó hasta su muerte la virtud del título con que fué agraciado, ya presentida al ver caer en el obscuro horizonte la estrella errante sobre el Plata, en la hora misma que él lo atravesaba para dimitir.

Nos refería en Madrid, no hace muchos años, el señor conde don Santiago Liniers (sobrino), que de allí le expidieron título de "Conde de la Lealtad" cuando nuestro Cabildo le impidiera usar el de "Conde de Buenos Aires" que él había elegido.

¡Infortunado reconquistador! Antes que su biógrafo español advirtiera de menos en el lugar solitario, testigo de la hermosa muerte de aquel hombre de bien, una lápida que recuerde su nombre y su vida, nombre que escribir debieran con emoción profunda, juntas las manos por efusión generosa, la piedad argentina y la gratitud de España, ya había escrito nuestro gran historiador Mitre:

"Fué un bravo francés que se ilustró entre nosotros como el primer caudillo militar que nos condujo por primera vez á la

victoria, al ensayar las armas con que conquistamos la independencia, siendo por la fatalidad de los tiempos la primera víctima inmolatoria de nuestra revolución. ¡Gloria es debida al héroe franco-hispano-argentino de la reconquista y de la defensa de Buenos Aires! Sobre su tumba pueden darse el abrazo de fraternidad españoles y argentinos, y honrar juntamente la memoria de un hijo de la heroica Francia”.

¡La heroicidad y el martirio tienen reconocimiento en todo el mundo!

Con el objeto único de salvar lo poco que va quedando de una época que ya se borra, este autor, con los ojos y el espíritu fijos en la tierra amorosa del hemisferio republicano escudriña el tesoro que guarda su tradición, y sin otra guía que el examen, estudiados y sostenidos sus tipos, traslada al papel escenas y diálogos que conservan todo el sabor de la realidad — después de emplear como el poeta latino, las horas fugaces de su existencia en adornarlos con las emociones más puras y más laudables. El lleva bien alto el con falón humorístico que simboliza su pluma original é innovadora, de cuyos puntos brotan equívocos y reticencias que dan forma seductora á su pensamiento.

ANGEL JUSTINIANO CARRANZA.



La campana de la libertad

(1765 - 1910)

Pocas son las mujeres, y también los hombres, que una vez en la vida, al menos, no hayan dado un campanazo. El de este bronce que despertó al pueblo á la libertad, continuará resonando mientras haya un corazón argentino que suspire por ese bien supremo.

I



HACEN pocos días el pueblo argentino se reunía en fraternal abrazo, celebrando sus primeros cien años de vida independiente.

Antigua costumbre es, ya no exclusiva de soberanos, fundir medallas grabando en duro metal la fecha del nacimiento de su primogénito, como la exaltación al trono, y cuando el nacimiento es el de un pueblo soberano más justificado sin duda es, grabar en mármoles y bronce fecha tan memorable.

Proponemos se funda la gran campana del centenario y sobre la inscripción 1810, en alto relieve, el escudo nacional, sellando la ofrenda que la generación actual lega á la que le sigue. En

cuanto á la antigua campana del extinguido Cabildo, recordaremos ligeramente los méritos y servicios que la hacen digna de conservarse en el Museo para que pueda contemplarse de inmediato una de las reliquias del nacimiento de la patria.

II

Los 20.000 vecinos que esparcían sus moradas á pocas cuerdas de la plaza, habituados á largas siestas, ni á cañonazos lograban despertar á los más copetudos señores del Ayuntamiento. Verdad que por aquellos tiempos pocos hubo ocasión de oír, á no ser allá por la muerte de un Obispo, ó el nacimiento de algún sietemesino que en la lejana metrópoli venía al mundo al parecer coronado.

Por esto, después de sesudos conciliábulos, con fecha 30 de Marzo de 1761, llegó carta orden al procurador de esta ciudad, en España, don Nicolás de Zaguinaga, remitiera para la torre del Cabildo reloj y campana iguales á los que despertaba no siempre, en la coroçada Villa, dormilones de la Puerta del Sol, donde no hay puerta ni sol. Después de muchas idas y venidas, vueltas cartas, dimes y diretes, transmitido el encargo de uno á otro Juan, el de Sánchez de la Vega, con celeridad inusitada, á los dos años (Abril de 1763), notició, según actas del Cabildo del 9 de Marzo de 1764, que en la fragata "Nuestra Señora del Carmen" llegaría dando tumbos y sonando más que su campana el ansiado reloj. Como biografiamos sólo ese bronce, el mismo que en tres relojes ha sonado desde dos torres 145 años, nos limitaremos á enunciar que, fundido por Juan Pérez de Cádiz, un tercer Juan ajustó su transporte de aquel puerto al nuestro, á razón de dos pesos el quintal, pagando suplemento por el espacio que ocupara su cajón en la nave.

Ni menor es que aquella otra campana ante la que un día (4 de Julio de 1776) nos inclinamos con respeto dejándole ósculo de paz, y que bajo cristales se venera en la Casa de la Independencia (Filadelfia), leyendo en su borde: "Proclamó la libertad triunfante á través de todos los habitantes". Hermosa

mentira, en tierra que hasta cien años después perduraba la esclavitud; ni la campana de Mayò prestó servicios de menor importancia. Este bronce centenario consagrado por la tradición, lleva el nombre de "Nuestra Señora de la Concepción", pesa 827 kilogramos, mide 1.50 metros de alto, es de buen temple y de sonoridad tal, que el poeta de *Los consuelos* recordaba templan su guitarra en noche clara y serena al oír daba las doce, desde más allá del río Barracas, antigua quinta de Piñero. Léese por el lado externo entre dos líneas: "San Martín, Obispo" — "Me fecit Johannes Perez, anno 1763". Una de sus faces ostenta en relieve la imagen de la virgen circundada de estrellas "Nuestra Señora de la Concepción", y en la otra una cruz sobre peana labrada.

III

A poco andar el reloj no andaba, mareado sin duda por tantos barquinazos en largo viaje: no así la campana, que al día siguiente de reparada su máquina por el sabio Padre mecánico de la Compañía de Jesús, dió la última hora de ella, mandando por rescripto real á los jesuítas con la música á otra parte, fuera de todos los dominios de España.

Contrastando las silenciosas horas anteriores de vecindario pacífico, tanto había dado en campanar, pues hasta corridas de toros eran anunciadas á campana tañida, que el gobernador Bucareli la llamó á silencio por perturbadora del mismo: Vértiz, progresista como americano, le desató la lengua. Restablecida en su dignidad, siguió cumpliendo su misión, hasta que paró el regulador, enmudeciendo sin duda de vergüenza, al divisar como disparaba el Virrey, Borrón de España, por no señalar la hora en que unos inglesitos en son de conquista entraron á esta plaza el 27 de Junio de 1806, silencio prolongado en los cuarenta días de la ciudad cautiva.

A tal punto quedaron los vecinos sorprendidos, y como en el limbo, que ni se les importaba saber la hora en que vivían. Para que volvieran del marasmo, el general Berresford re-

galó al Ayuntamiento un pequeño reloj, que se conserva en el Museo. Pero ni por esas encontraban hora apropiada para concurrir á prestar el exigido juramento de fidelidad. Sólo cuando asomaron los húsares de Pueyrredón empezó la campana á moverse saliendo de su somnolencia, repiqueteándola á rajarse el 12 de Agosto de 1806 á la entrada triunfante de los reconquistadores con Liniers. Fué este mismo Virrey de la Victoria, quien el año subsiguiente declaraba á la campana *revoltosa*, por haber oscilado demasiado en la asonada de Alzaga, 1.º de Enero de 1809, llamando sus partidarios que se habían vuelto suecos. Cortó su lengua metálica, mandando preso el badajo al Fuerte; pero aún sin él, siguió convocando al pueblo, en todas sus asambleas, hasta las agitadas vísperas de Mayo. El más erudito de nuestros historiadores, que también cantó á la campana de la libertad, la elogia en estos términos: "El reloj de Cabildo daba las doce de la noche, al tiempo de terminarse la votación. Aquélla fué la última hora de la dominación española en el Río de la Plata. La campana que debía tocar más adelante las alarmas de la Revolución, resonaba en aquel momento lenta y pausada sobre la cabeza de la primera asamblea popular que inauguró la libertad y proclamó los derechos del hombre en la patria de los argentinos".

Cuando en otra lluviosa mañana, 25 de Mayo de 1810, el síndico procurador Leiva se inclinaba, desde el balconcito revolucionario, cuna de la Revolución, pues que allí salió á luz la de Mayo, matriz y engendradora de las que le siguieron, preguntando: "¿Dónde está el pueblo?" — "Tocad la campana del Cabildo — contestaron de la plaza — para que la población se congrege". Y una voz anónima de la multitud añadió: — "Si no se hace por falta de badajo, tocaremos generala, y se verá acudir pueblo por todas las bocacalles".

El poeta de las "Dos Coronas", repetía más tarde:

¿Dónde está el pueblo,
Dónde?

Agita la campana del Cabildo
Y ya verás si el eco sonoro
En Chacabuco y Maipú responde.

IV

Y desde que señaló esa hora histórica, hasta la madrugada del 11 de Septiembre de 1852, en que el brazo viril del entusiasta patriota doctor Estéves Saguí le hiciera vibrar para expulsar el último caudillo, al compás del péndulo regulador de los movimientos de este pueblo altivo, ha resonado en sus horas de alegría ó de esperanza, asociándose á nuestra vida pública, sonando á gloria, señalando todos nuestros pasos de progreso. De las victorias de Suipacha y San Lorenzo, Salta, Chacabuco y Maipú, repercutieron aquí sus ecos, como en entrañas conmovidas de madre cariñosa. En la concavidad de esa ánfora de bronce resonó en la de la Independencia, en la hora histórica de Rivadavia y la del último tirano. Ella conmemora todo un siglo de acontecimientos del pueblo que resurgió, despertando á su sonido, grato á todo corazón argentino. Unica reliquia intacta de la mañana de Mayo, ¿no se le creerá digna de veneración? Por todos estos sus méritos y servicios, y otros muchos que omitimos, ¿no merecerá acaso un puesto en el Museo de nuestra historia patria?

Al demoler la vieja torre del antiguo Cabildo, levantada en 1711, fué suspendida esta histórica campana en la torre norte de la Iglesia San Ignacio. El señor don Tomás Guido, general de la independencia y testigo concurrente á las *Casas Conistoriales* en los días de Mayo, agrega en sus Memorias:

“En la mañana del 25 de Mayo de 1810 la campana del Cabildo llamaba al pueblo, y la Municipalidad citaba á los Notables para su salón de despacho. Los ciudadanos de todas condiciones acudían de tropel atraídos por la novedad.”

Bien podría conducirse al pie de la pirámide durante la ceremonia de la colocación del mármol conmemorativo que va á incrustarse en su base, llevada á la puerta de la Metropolitana, durante el tedéum, bajo los pabellones de todas las repúblicas, cuyos representantes se congregan, flameando sobre ella la primera bandera argentina, izada por Belgrano, coronada de flores,

con el laurel inmortal, rodeada de coros de niños, cantando himnos á la patria, pasearla á lo largo de la calle Defensa, cuyo nombre recuerda el día de la primera victoria y á cuyos festejos unió sus vibraciones, colocada en la entrada del Museo, contigua al primer cañón, fundido para la defensa de 1807. Allí esperaría peana digna, frente al estandarte real, que se abatió por última vez en el balcón del Cabildo, y la primer bandera arrebatada al regimiento inglés número 71, que venía de vencer águilas imperiales, en medio de los largos escaños de la casa consistorial, donde Belgrano y Castelli, Moreno y Rivadavia, sentábanse en la hora solemne la noche de la decisión.

El doctor Obligado es una simpática figura entre nuestros literatos: ha conseguido constituir su especialidad de manera tal que en las incipientes páginas de nuestra historia literaria, tiene desde ya conquistado un capítulo como el distinguido cultor de la leyenda tradicional, en cuyo concepto su fama ha traspuesto la frontera argentina haciéndose conocer y estimar por los mejores escritores extranjeros.

JORGE SELVA.



Baile bajo el bombardeo

Cuando las primeras argentinas celebraban los albores de la emancipación nacional, arrojados marinos de contrabando bombardeaban sin previa intimación, bien que ella fuera inútil, no plaza fortificada, sino esta Ciudad siempre abierta, que nunca opuso más murallas que el pecho de sus defensores.



FACHADA de antigua casa colonial, oscuras tejas asentadas en duras maderas del Paraguay, que muy poco hace cayó bajo el martillo del rematador, y casa de remates en sus postrimerías, de uno de los descendientes de su fundador, tan honorable y activo como el señor Llambí, era la penúltima en la segunda cuadra de la calle San Martín, nombre que conmemora el Patrono de esta ciudad, y casa que recuerda al general que llevó más lejos el triunfo de la Revolución. En ella encontró su cara mitad el gran Capitán, pero no allí anidó, que las águilas sólo anidan en las más altas cumbres.

Llamaba la atención el ancho balcón saliente sobre amplia puerta de escalón alto, dando paso al zaguán, á cuya derecha abría puerta de igual umbral. Por ambas penetraron lo más notable y granado, así en damas como en caballeros, que en cien años pisaron las calles de esta ciudad. Antesala á media luz, recibía la suya del gran salón siguiente, y al exterior, de ven-

tana á la calle de alta reja, ferretería toda de Vizcaya, como en las casas del Consulado y siguientes hacia la Plaza Mayor.

¡Cuántas veces los niños que concurrían á la escuela de don Rufino Sánchez en vetusta casa á la vuelta, cuyos sótanos ocultaron luego la Logia Lautaro, una de las tantas del señor de Velazco, propiedad del rico padre de madama Thompson, se detenían embobados, sin que el negro esclavo consiguiera hacerles seguir, contemplando con la boca abierta el lujo que se entreveía por la ventana!

Ese largo y angosto salón, profusamente iluminado, y el gran comedor que encuadraba el patio, bajo artístico artesonado, ostentaban el esplendor de una antigua familia, profusión de adornos de buen gusto y maciza vajilla de plata del Perú, trabajada á martillo por hábiles coyas en Potosí.

Desde aquel improvisado mirador de escueleros, al pasar divisábanse espejos venecianos sobre pequeñas mesas doradas, pata de cabra; tapices de damascó color de oro, como los cortinados, cubrían todos los muros; gran araña central de cristal pendía del alto techo, y en repisas y rinconeras, perfumando con las exquisitas pastillas, confección de las monjas vecinas, pebeteros y sahumerios del mismo metal, elevándose el estrado dos tramos en el testero principal, y á su frente cuadro de la Pura y Limpia Concepción. Descollaba en su escudo el guerrero que, espada en mano, escalaba el castillo del Moro, exclamando: "¡Escalada está la torre!", de cuyo grito de triunfo tomó nombre su descendencia, — primorosamente bordado en rico tapiz, enviado de Cataluña á nuestro último alférez real. Destinado luego para alfombra al pie del estrado, cubrió su centro un paño blanco para no pisar las armas de la casa.

Este salón, como su ancho comedor, de mantel largo permanente, fué frecuentado á diario por los últimos conspicuos del virreinato y los primeros prohombres de la nueva época, agasajados con igual cortesía de la alcaldesa, coadyuvada por la primogénita de su marido el señor don Antonio Escalada, á quien nunca trató como hijastra.

De aquí salió don Mariano Moreto para su destierro disimulado, y más tarde Rivadavia á su proscripción sin término. Del umbral enfrente saltó al caballo de guerra el que fué dejando

jirones de gloria en las malezas de los campos de San Lorenzo, de Chile y del Perú, como en ese balcón asomaba echando bendiciones á sus vecinas y cuantos pasaban, *urbis et orbi*, el primer Arzobispo, antes de serlo en la Metropolitana argentina. Más breve enumeración sería la de los que no pasaron que de los que en hogar tan hospitalario, nacionales y extranjeros, estrecharon sus manos y sus afectos en la antigua y honrada mansión de los hermanos Escalada.

En cuanto á bellezas de la época, parece que la dueña de casa no admitía feas ó medias tintas, sobresaliendo flores más donosas, como pimpollos de *bouquet* en primavera, las niñas de la casa y éstas eran tantas, que sólo con las de la familia podía formarse baile de primas y primos.

Estrado frecuentemente concurrido por las señoras de Riglos, Irigoyen, Igarzábal, Pueyrredón, Sáenz Valiente, Lasala, Ibarrola, del Pino, Castelli, Tellechea, Sánchez, de la Quintana, bajo él, diseminábanse en corrillos, *sottovoce*, á lo largo de la sillería, en hilera arrimada al muro, señoritas de Rubio, Oromí, Balbastro, Barquín, De María, y Encarnación, Trinidad, María Nieves y Remedios Escalada: las jóvenes en las sillas más bajas, los caballeros en las de más alto respaldo.

Esta última había dicho en noches anteriores, al salir los contertulianos de malilla: "No olvide decir á su hijo que no falte el *quince*. Después del rosario daremos unas vueltas." Y es por tal secretito conspirador, en confidencia á cada uno de los que salían que tiesos señorones de todas las noches, Escalada, Azcuénaga, Larrazábal, Casamayor, Luca, Aguirre, rodeados se encontraron de jóvenes que iban entrando: Olazábal, Rubio, Rezábal, Necochea, Riglos, Oromí, Barquín, paseándose impacientes por el patio, mientras concluía el interminable rosario, cuyas jóvenes devotas, al través de las rejillas de la ventana del aposento, furtivas miradas dirigían con mayor devoción á los percundantes, por descubrir cada una si llegaba su cada cual.

Más de una noche de infaltable malilla, en que la juventud bostezaba por los rincones, mientras viejos discutían su tresillo, había acabado en baile improvisado, al volver del café á la vuelta algunos jóvenes, pero aquella noche estaban en auge sala, salones y comedor, si bien no se trataba de gran baile, pues los

madre ésta del futuro Arzobispo de ese nombre), cuando mandado arrojar carga al mar para aligerar la nave, lo único que por su persistencia consiguió salvar fué una caja que contenía artístico cuadro, copia de la milagrosa imagen "Nuestra Señora de Belén", venerada en el hospital de Antón Martín (Corte de Madrid). Colocada ésta como piedra angular de la iglesia del Susto (San Telmo, en el alto de San Pedro), que por el susto de inminente naufragio fundó ese caballero montañés, vecino de esta ciudad, la familia Escalada tenía en gran veneración una copia, como antiguo cuadro de familia venerado en tres generaciones.

.....

Cuando la mayor zozobra y tribulación acrecía, entró el negro del farolito para la retirada, á aumentarla todo azorado, gritando:

— ¡No es nada, mi amita, son los godos que están desembarcando!

La alegría, expansión del alma, la dicha, el regocijo, la danza, como la de las horas de la vida, cuán rápida pasa! Celoso el sufrimiento sigue de cerca, acechando oportunidad de atrapar su presa que es segura. Somos hijos del dolor; apenas desertamos de su presión, caemos de nuevo bajo su garra. Libamos júbilo, ráfaga fugitiva que huye dejándonos un sabor amargo. Tal en el cuadro de confusión seguido al de las cuadrillas.

Militares y ciudadanos salieron apresuradamente al Fuerte y cuarteles inmediatos. Los dueños de casa mandaron apagar luces y trancar puertas y ventanas, no fuera á filtrarse algún godo exaltado de los que habrían puesto señales á la escuadrilla de la otra banda, y las empingotadas á quienes no indigestó el chocolate del baile que acabó á cañonazos, siguieron rezando trisagios, Pater noster y Ave Marías, haciendo coro á la devota patricia quién más pronto se repuso en época de sobresaltos continuos:

Agrega cronista verídico:

"En la noche del 15 de Julio de 1811, los vecinos de esta capital sufrieron los estragos de un bombardeo, dirigido desde el canal interior por cinco barquichuelos á órdenes del comandante Michelena, arrojando cuarenta bombas y algunas balas rasas, que ocasionaron desgracias y estragos consiguientes.

“Algunos vecinos, asustados por tan furibundo ataque, salieron con sus familias á medio vestir ó con lo puesto, buscando salvación en los campos vecinos. En las calles todo era confusión y alboroto, hasta que cesó el fuego, bombardeando abierta ciudad indefensa, sin preceder intimación, contrario á todos los procedimientos de la guerra”.

Así acabó á cañonazos el baile en la histórica casa del señor Escalada la noche triste del 15 de Julio de 1811.

...Para dar un juicio sobre este importante libro, no es necesario leerlo detenidamente, pues demasiado conocido es el vuelo literario de su autor, su dicción correctísima y brillante y su lenguaje castizo que le colocan entre los de primera fila de los escritores sudamericanos.

La crítica lo ha tildado de Ricardo Palma argentino. Haciendo un parangón—el biógrafo de Lima antigua no le va en zaga al brillante tradicionista de Buenos Aires. Vemos que el medio ambiente ha favorecido mucho al primero. La ciudad de los Virreyes, cuna de las intrigas en la niñez del mundo americano, tiene mucho más que Buenos Aires exuberancia de episodios dignos de las plumas privilegiadas. He ahí la ventaja de Ricardo Palma.

FEDERICO TOBAL.



Dando vuelta á la plaza

(1810 - 1910)

Ya raya la aurora del día de Mayo;
Salgamos, salgamos á esperar el rayo
Que luce primero su fúlgido sol!

I



ÓNDE van?

— ¡A la plaza! ¡A la plaza!

.....
— ¿De dónde vienen?

— De... la... pla...za! — contestaban somno-

lientos y fatigados, llevados á la rastra por la mano paterna, los niños de mi tiempo, que en encontrada corriente tropezaban, yendo y viniendo por las aceras, de vuelta de los fuegos artificiales las noches del 25! Ligeros é impacientes, bien temprano, se encaminaban saltando, contentos y en confusión (cada veinticinco de Mayo hubo un niño perdido), entre olas de populacho que desbordaba al medio de la calle, y en algazara ensordecedora hacia todas las que desembocaban en la plaza.

No había que preguntar cuál era ésta.

¡La plaza! La plaza grande, central, la de nuestras victorias: ni necesitaba otra denominación, como al "día de Mayo" demás agregar: de 1810.

La plaza de la Victoria, cual *Paladium*, fué el recinto sagrado donde nació la independencia, emprendiendo de allí su marcha triunfal por todo el Continente.

Anterior á la fecha imborrable, los triunfos de los años 1806 y 1807, la confirmaron bajo el nombre "de la Victoria". Jamás en ella se doblegó el pueblo argentino, ni pacto ó tratado indigno signóse en oprobio del que llegó allí á la vida independiente.

No era de un día sino de otros muchos en sus vísperas, que en casas ricas, modestas y aún de niños pobres, oían éstos á la pregunta, tantas veces repetida, de madres hilvanando á toda prisa trajecitos blancos y teñidos de celeste:

— Mamita, ¿me vas á mandar á la plaza?

— Si das sin un punto la lección de Catecismo, veremos!

Por aquellos tiempos, próximos á la "patria vieja", á la patria única de argentinos, uruguayos y bolivianos, inculcaba la buena madre cristiana lecciones de moral del padre Astete, á la par que adoctrinaba inocente y numerosa prole en sentimientos patrios, esa otra innata religión universal que completa al ciudadano, noble intuición que alienta á todo lo grande, bueno y generoso.

¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquellas!
Pasaron, pasaron; ni memoria de ellas
Consiente el tirano que el mando robó!

.....

No era porteño bien nacido, ni argentino de cepa el que siquiera una vez en la vida no había madrugado, apresurándose á saludar el primer rayo del sol de Mayo al dorar la cúspide de su pirámide.

Bien que lo "del sol de Mayo" fué invención de poetas que le cantaron. El 25 de Mayo de 1810 no se vió sol, ni muchos días antes, ni en muchos aniversarios después; pero las nebulosidades invernales de aquellas frías mañanas de invierno, opacas y húmedas, semillero de constipados, no amenguaban el entusiasmo de ese día aún sin sol, el más resplandeciente en la historia.

En su primer centenario, invitamos á nuestros conciudadanos

á dar una vuelta ó pasar rápidamente aquí, donde se congregaron los padres de la patria, verdadero Capitolio consagrado por todas las solemnidades de nuestros días venturosos.

II

Partiendo de la piedra fundamental que Garay puso por sus propias manos en la confluencia de las calles San Martín y Rivadavia (conmemorando los nombres del primer guerrero de América y de nuestro primer estadista) rumbo al sur, rozamos á la derecha con la primera casa construída de tres pisos, bien que cierto cronista burlón observaba, que si tal pudo ser la intención, sólo de dos pisos y medio resultó á los antecesores de Urioste. De tres altos, á no ser comparada con los viejos cuartos contiguos de Borbón, que asoman bajo decrepito tejado lagrimeando vetustez donde minúsculo ventanillo se oculta, como avergonzado, tras el gran tablero de avisos anunciando, creo, su demolición, llamada pomposamente "primitiva casa de altos".

Limita en su opuesto polo esa última esquina vieja de la plaza que está pidiendo á gritos edificio á la altura de la Intendencia y "La Prensa" con el balcón del señor Riglos, cuyo alto alféizar, baranda de flores vivas aparecía en su apiñada concurrencia las primeras patriotas entusiastas, inclinándose para ver y ser vistas, en las funciones de Mayo, arrojando rosas y laureles á los soldados que desfilaban, ora alzando sus ojos y sus oraciones al cielo, implorando la palma de la victoria.

¡Cuántos afectos en flor brotaron allí, en el más lucido agrupamiento! ¡Cuántas atravesaron á la sacristía de enfrente, deshojando la corona de azahares al salir de la Catedral vecina! Allí, nuestras antepasadas, en tres y cuatro generaciones, en los intermedios de cohetes y bombas, y músicas militares, oyeron otra más suave y armoniosa música: ¡inefable arrullo embelesador, cuando del corazón sube á los labios el primer voto del primer amor!...

Construída esta casa el primer año del último siglo por el señor Duval, hasta sus ciento cuatro años vivió en ella la más

honrada y hacendosa parda, Marcelina Entrena de Arboleda, fiel ama de llaves, en las familias de Villanueva y Riglos. Hija de esclavos, liberta, espontáneamente esclavizada siguió por el cariño, tradición viva, hiedra entrelazada en muros dentro de los que, en cuatro generaciones, asomando al balcón histórico, mecía con cariño y en fiesta perpetua, cual para ella era la venida de cada primogénito, desde el caballeresco don Miguel Riglos.

Al regreso de San Martín, victorioso en Maipú, le fué obsequiada por el Directorio. Preocupado el gran Capitán, más en llevar hasta los confines las proyecciones de la emancipación, que en descansar bajo techo propio, sólo alcanzó á echar mirada de despedida, á casa que nunca tuvo tiempo de habitar, la nublada tarde de su ostracismo sin término, cruzando la Plaza hacia el embarcadero envuelto en el estandarte de la conquista del Perú que la madre de Carlos V. bñrdó para Pizarro y llevando de la mano tesoro más preciado, último consuelo, su única hija que cerraría sus ojos, lejos, muy lejos de la patria amada.

Días más amargos le esperaban en el extranjero, y cuando la miseria llegaba á su umbral y aquel primer soldado de la América, cuya espada cimentara la independencia de cinco Repúblicas, cuando la ingratitud de pueblos y gobiernos no le habían dejado plana mayor de ejército alguno donde revistar, vióse obligado á enajenarla. Adquirida por el señor Villanueva, después por muchos años de su dignísima nieta Mercedes Riglos de Anchorena, acaba de sér enajenada para expansión de la Intendencia.

Entre ella y sobre el solar de la Casa del Obispo, Seminario, posteriormente Casa Central de Policía, se levanta, estrecha y altísima la Intendencia Municipal. Sigue la galería del Cabildo. Abajo, cárcel de presos, arriba la justicia que los corrige, coronando su doble arcada desde 1711, la torre en que cincuenta años después se colocaba el primer reloj de la ciudad, regulando sus movimientos, bronce conmemorativo que señaló la hora de nuestra emancipación.

Allí asoma el balconcito revolucionario al que, como la pirá-

mide, un año después (1811) levantada á su frente, saludamos con reverencia cada vez que cruzamos este centro de los más gratos recuerdos.

III

Termina ahí la primera cuadra frente al naciente. Al cruzar á la "Vereda Ancha" en cuyo comenzamiento se edificaron más tarde los altos de Crisol, echaremos rápida ojeada á la casa-esquina intermedia, donde un patriota de abolengo reedificó su moderna mansión de doble piso sobre el mismo solar en que se meció su cuna, la del padre y el abuelo. Menos interesa por la mayor ó menor belleza arquitectónica que por ejemplares tradiciones que entraña, y hombres que le dieron nombre. La habita hoy el señor don Manuel Aguirre, el filántropo en San Isidro, y su hija Victoria, benefactora en todas partes. Bajo sótanos existentes, guardábanse en zurrónes de cuero, peluconas y macuquinos, columnarias y ojos de buéy, plata toda que asoleaban negros esclavos sin que llegara á faltar una moneda en sus recuentos, en la época sin Bancos, que se vareaba la plata, en el primer patio, y en días en que las niñas de la familia y entusiastas vecinas, dirigidas por la memorable señora Manuela Aguirre Lajarrota, cosían uniformes para los soldados de la patria, los mismos pobres negros esclavos que formaron al lado de los Patricios desde 1807.

Otro recuerdo, pero no el último entre las tradiciones de esa antigua casa solariega de los Aguirre. En el primitivo plano del repartimiento (solar señalado á don Pedro Quirós), es el de que á poco de enajenarlo fué cambalacheado por un traje completo de paño, terreno valuado al presente en dos mil pesos moneda nacional metro cuadrado. ¡Lo que va de ayer á hoy!

El popular Café de la Revolución seguía en la Vereda Ancha, donde en el momento álgido de ella, cuando sus más exaltados se guarecían de la lluvia, agitábase entre discusión tumultuosa y gritería infernal, el grupo encabezado por French y Beruti.

— ¿Qué distintivo adoptamos, compañero, para no confun-

dirnos con los constipados ó semipatrioteros á medias? — preguntó el primero.

A lo que Beruti, asómando, al mirar el cielo, contestó:

— He ahí nuestra bandera que de las alturas desciende á nosotros: el color de ese cielo argentino en esta solemne hora decisiva.

En los precisos momentos ancha nube blanca avanzaba lenta y majestuosamente en claridad opalina entre dos fajas de azul celeste.

— ¡ Hermosa inspiración! — aprobó el primero.

Y estos dos gloriosos gemelos de la Revolución, verdaderos chisperos que adelantaron más allá su propaganda, entraron á la tienda contigua, de García, saliendo luego con rollos de cintas blancas y celestes, repartiéndolas en grupos que acrecían por momentos, siendo ellos los primeros que ostentaron colores nacionales.

Tal, y no otro fué el origen de la bandera argentina, colores que ya usaban los patricios en sus flamantes uniformes: que Belgrano izó en la batería del Rosario, jurada en vísperas de la batalla de Salta, al pasar el río Juramento, que al denuedo de heroicos soldados de la independencia tocó llevar triunfante á lo más alto de la tierra, y á nuestros jóvenes marinos, antes de su primer centenario, la gloria de flamearla por todos los mares que la circundan.

Con cuánta verdad exclamó el laureado poeta:

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
 El blanco y el celeste de nuestro pabellón;
 Por eso en las regiones de la victoria ondea
 Ese hijo de los cielos que no degeneró.

IV

Desarrollando como larga cinta cinematográfica, recuerdos de antaño de la "Plaza", prolongada hasta la que conmemoraba esa fecha histórica: "Plaza del 25 de Mayo" en 1810 separada por la Recoba Vieja, limitando con los altos de Escalada, donde

hiérguese el hermoso Hotel de Londres, encuéntrase el antiguo Congreso, Cuartel de Bustillos, antes de Caballería, mercado de pescadores, etc. Bajo esa bóveda de cristales resonaron ecos de oradores tan elocuentes como Mitre, Rawson, Sarmiento, Frías, López, Mármol, Vélez, Gorostiaga, Quintana, Avellaneda é Irigoyen, á los que sucedieron Goyena, Estrada, Del Valle, Pellegrini, Gallo, Achával, etc., en dos generaciones de entusiastas patriotas. Archivo Nacional hoy, en él se congrega la Junta de Historia y Numismática.

Aunque doblada y arrinconada á la vuelta, nos sale al encuentro (verdadero nido de generales, diplomáticos y poetas), la casa de la familia Balcarce, esquinada en la calle á que diera nombre. Su contrafrente mira á la plaza, si bien su estrecha puerta abre hoy bajo el número 161 (calle Balcarce). Entremos un momento, que nada fatiga nomenclatura tan gloriosa.

A la derecha del angosto zaguán, el cuarto donde nació el que firmó el "parte" de la primera victoria en Suipacha; á la izquierda el de aquel de sus hijos que signara el tratado de reconocimiento por España; al frente, el balconcito del poeta, y en dormitorios que encuadran el pequeño patio, grande por el brillo de los que allí vieron la luz, uno, dos, tres generales Balcarce, y otros tantos oficiales, que si no llegaron á tan alto grado, fué porque prematura muerte tronchara en flor vidas que fueron esperanzas de la patria.

Siglo y medio hace que abriera allí los cimientos de un honrado hogar don Francisco Balcarce, quien en doña Rosa Elat hubo á don Francisco 2.º, fundador en ésta de familia de tan ilustre prole. En campaña contra los pampas como jefe de frontera, comandando la expedición de salineros, falleció en el desierto don Francisco 2.º, durante el invierno de 1797. Adquirido luego el solar anexo, con frente al sud, por la señora Dominga Buchardo, tuvo aquí en su primogénito, del futuro general don Antonio González Balcarce, al plenipotenciario argentino don Mariano Balcarce y Buchardo; que representó por vez primera en la madre patria las catorce hermanas reunidas.

De Gonzalo González, sin duda regimiento de este nombre arribó de la metrópoli en una misma época, cuando sólo entre los próceres más prominentes encuéntrase González-Balcarce,

de cuya calle salimos, para llegar á la de González-Rivadavia, sin alcanzar la de Belgrano-González, que cruza la tercera bocacalle al sud. Belgrano, Balcarce y Rivadavia, tres patricios que, suprimiendo su primer apellido, ilustraron el segundo en los anales patrios. González Bonorino, González Moreno, González Fernández y otros jefes de segunda fila dejamos para investigación más oportuna, si oriundos de una misma región de España, sus ascendientes, reconocen un mismo tronco, ó fueron sólo parientes por el viejo Adán, al que no alcanzan nuestras informaciones, si llegó á ser vecino de la plaza que vamos dando vuelta.

En prosecución de movimientos de quienes dejaron renombre dentro de estas paredes, husmeábamos por todos los rincones algún rastro. El aire que tantos patriotas respiraron, ambiente propicio al ensueño de pasadas glórias, ilusionábanos percibir rumor semejante al del día que de aquí salieron futuros generales á fundar una patria. Si no huellas de sus pasos, si incisión tras la última puerta que cerró el poeta al partir para el ostracismo, la primera estrofa de *La Partida*, casi borrajada leímos:

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina,
¡Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós!

Melancólica despedida de la patria y del mundo, sobre la que alcanzamos á oír en Madrid á crítico tan competente como nuestro Ventura de la Vega:

“Creo que como obra de poeta es superior, y no temo decir, una de las más bellas composiciones de este género que conozco en castellano.”

Y con este adiós del joven poeta Florencio, damos también nuestros adioses al histórico solar de los Balcarce, de cuya su última descendiente, á la vez que de San Martín, se anuncia el laudable pensamiento, de donar, en la tierra á que no ha llegado, el perímetro (ochava Balcarce y Victoria) para la erección de escuela á la memoria de sus ilustres abuelos.

La Casa Rosada, sobre el área del Fuerte terminado en 1700. Casa de Gobierno por muchos años, hasta que Rozas trasladó el despacho oficial á su habitación. Sin duda no se creyó seguro, á pesar de gruesos muros tras los que parapetados los vencedores de Napoleón, arrojó desde la almena su espada el general inglés Berresford, el primer día de gloria de este pueblo, descendiendo en sus baterías el pabellón británico que invadiera en son de conquista. Rodeado de bastiones, coronados sus extremos por garitas de centinelas en los ángulos, circunvalado de anchos fosos, cerraba su entrada bajo el alto arco central el puente levadizo que gruesas cadenas suspendían. Sólo una otra "puerta de socorro ó escape" abría á sus fondos sobre las verdes toscas resbaladizas en la ribera, por donde huyeron desde el Virrey Sobremonte hasta el Gobernador Dorrego, cuanto gobernante mal sentado se encontró dentro del Fuerte. En aquellos fosos jugaba á la pelota en diarias rabonas la joven generación que siguió á la de Mayo, al mismo tiempo que viejos godos envueltos en amplias capas de paño onceno, sentados á tomar el sol en los poyitos de mampostería á su frente, componían sus raídas capas y la patria, más en trizas, por mozalbetes de barrio que habían tenido la insolencia de subírseles á las barbas. Sin duda no como los barbilampiños del día, poco se afeitaban. Fué uno de esos notables que resumía la situación, exclamando:

— "¡Pobre patria, en manos de mi hijo Eustoquio!"

Ultima de las cuatro aceras que recorremos, el palomar de Bosch y el edificio de la Bolsa. A su frente, más á media plaza, hallábanse los cuartujos del Piquete San Martín, donde se guardaba con la "Carroza del Santísimo" la yunta de blancas mulas

que la arrastraban, y los perros que la precedían sonando la campanilla que les colgaban. Obsequio á la parroquia de la Catedral fué la última, de un filántropo estanciero que regresando de su estancia en Zárate por esa calle, continuación del Camino Real, encontró al párroco chapaleando barro por llevar el Viático á un agonizante. Era aquel el señor de Otárola, suegro del coronel de Patricios don Cornelio Saavedra, primer presidente, al que en ese antiguo Alcázar de Virreyes naciera su hijo Mariano, en el mismo año diez, luego Gobernador de Buenos Aires. A su último hijo, el caballeresco doctor Carlos Saavedra Zavaleta, nuestro distinguido condiscípulo en las aulas universitarias, saludamos con cariño en el día de los cien años que su ilustre abuelo presidió la primera junta de gobierno.

En la manzana de Rivadavia y Reconquista, señalada al fundador don Juan de Garay y á Garay el Mozo, esquina que ostenta hoy soberbia fachada el Banco de la Nación, antes teatro donde aplaudimos desde Thalberg á Tamberlick, Tamagno, la Patti y los primeros artistas del mundo, ubicáronse modesto Coliseo, Barraca de asentistas y hueco de ánimas hasta 1810, leyéndose en su esquina: "No pasen por esta calle, que andan las ánimas".

Atravesando sin temor á éstas, donde abre sus puertas el Nuevo Banco Italiano, ya desde antes de 1810, casa del Virrey, antigua morada de Azcuénaga, célebre menos por el efímero virreinato de Olaguer Feliú, que por reunir en su salón los intelectuales al salir á luz el primer órgano de la prensa, *Telégrafo Marítimo, Rural y Económico del Río de la Plata*, nombre más largo que su estrecha página, Cabello, Azcuénaga, Real de Azúa y Vieytes, Moreno, Seguro, primero y sucediéndose alrededor del doctor Lozano y Olaguer, Gutiérrez, Quesada, Zinny, Carranza y otros amantes de las letras, investigadores del pasado, congregados en cotidiana tertulia familiar por muchos años. También el memorista y honrado patriota don Miguel Cuyar, que desaparece de la lista de los vivos en esta misma hora que le inscribimos en la de los muertos.

·VII

Detrás de la Catedral el Osario, apéndice á toda iglesia hasta que en 1822 el ministro Rivadavia mandó los muertos al cementerio trás el antiguo Convento de Recoletos. De esta manzana también se cuenta fué cambalacheada por una yegua blanca y una guitarra, en la ciudad en que hoy se ha llegado á pagar uno, dos y tres caballos en millón y medio de francos cada uno.

Después de la improvisada Capillita, dentro la cerca del Fuerte ó campo real, fué aquí donde se levantó oratorio, iglesia matriz, catedral, sede de la arquidiócesis metropolitana, todo sobre el mismo solar fué creciendo, transformando y agrandándose al par que crecían y se multiplicaban creyentes en la fe del Redentor.

Pero no era el caso que el más modesto pastor de almas viniera á vivir bajo pajiza cabaña, como cualquier otro pastor de nuestros campos. Amenazando ruina la iglesia primitiva, un buen día oyóse el siguiente diálogo en Cabildo:

— Bien podrán ser dados por adelantado quinientos ochenta y nueve pesos al carpintero Pascual Ramírez, de los mil cien pesos de á ocho en que se contrata la obra de la nueva iglesia.

A lo que el aludido contestaba:

— Hablemos claro, señores del ayuntamiento, no sea que la tal iglesia me resulte un clavo. Se me han de dar gruesos y largos todos los que necesite la obra, y á más las maderas y herramientas. No he de poner más que mis dos manos, que nunca tuve más; y los oficiales é indios carpinteros pagados por mi cuenta. Labraré y enmaderaré la dicha santa iglesia hasta quedar para ponérsele encima la caña y tejas cuando el señor Gobernador Hernandarias ordene. No se me exija tiempo—seguía despachándose el andaluz—que prometo no alzar mano de la obra con dos oficiales españoles y nueve indios, hasta encañar y cubrir. Yo les pagaré el jornal, la ciudad les dará de comer, que bueno es no olvidar cómo son éstos indios de tragones cuando por cuenta ajena, aunque con boca propia, comen.

Además de estas dádivas, pedigüeño como indio pampa era el alarife, poco adelantaba la fábrica, como toda Catedral siempre en obra, hasta la de San Pedro en Roma, en un segundo Cabildo presidido por el Alcalde de vara alta don Sebastián Ordinas, propuso al año siguiente, cuatro iban corridos desde la caída de la segunda iglesia, se entregaran todos los sobrantes de la anterior para activar los trabajos.

Aun no terminada, se inauguró el obispado y fué, por ende, Catedral de barro y paja, antes de haberse concluído sus techos, erigida por el pontífice Máximo Pío V, el 19 de Enero de 1621 y nuestro primer ilustrísimo fray Pedro Carranza la consagraba, estableciendo el 12 de Mayo del año siguiente las dignidades del primer Cabildo eclesiástico.

Sesenta años después se vino abajo (viernes 24 de Marzo de 1750). La que le siguió, no menos sólida, más tardó en hacerse que en deshacerse, derrumbándose el frontón con lo que se demolicieron las dos torres que obstruían los fuegos del cañón esquinero en el Fuerte, dominando esa "Calle de las Torres" hasta el molino de viento esquinero al actual Palacio del Congreso. Desde allí, empezaba el "Camino Real", ó de salida hacia el Oratorio del Buen Viaje (Merlo), á medio camino de la guardia del Luján.

El mayordomo don Manuel Basavilbaso propuso otro frontis, y por más que el arquitecto don Manuel Alvarez de Rocha defendiera las enanas torrecitas de morondanga, el finchado portugués que dragoneaba de constructor, Custodio de Saá y Faría — en tierra de ciegos el tuerto es rey — obtuvo preferencia para su plano y el 6 de Marzo de 1768, con el frontis sin torres, fué aprobado. Doce años más tarde se agregaron las doce columnas que sostienen el frontón triangular, por el arquitecto Catelín. En 1860, el señor Sarmiento, ministro de gobierno en el del general Mitre, tuvo dos bellas inspiraciones para la ornamentación de esta plaza. Sobre la Catedral el grupo escultórico abrazándose los hijos de Jacob, simbólica alegoría del abrazo de las catorce hermanas, celebrado ese año, y agregando en la torre del Cabildo la tercera campanita que señala los cuartos de hora, para enseñarnos que si sólo habíamos aprendido á contar los de la moneda, también debíamos contar los del tiempo, que el tiempo es dinero.

VIII

He aquí, á lo lejos, como esfumado reflejo de lo que era la plaza en 1810, sin la pirámide que al año siguiente se levantó, con la más raquítica de las tres torres que el Cabildo ha ostentado, y subdividida en dos gemelas por la Recoba Vieja, de arcos á uno y otro frente, edificada en 1800 y que en tres días demolía el progresista intendente Alvear en 1882, por antiestética, cual debieran desaparecer las dos esquinas decrepitas que historiamos.

Sus adelantos, sólo á ciegos no es permitido alcanzar. Rodeada de soberbios Bancos y espléndidos Hoteles, la Casa de Gobierno frente al altísimo Palacio de la Intendencia y edificios hasta de ocho pisos, ni de su mayor altura abarca la vista los confines del municipio.

Las huellas de los padres de la patria, que por senda estrecha seguían en grupos poco numerosos, bajo continua lluvia en la mañana de Mayo, desde el Café de los chisperos á la antigua Casa del Virrey, y de ésta al Cabildo, y de aquí al Fuerte, para arrestar al representante de un rey cautivo, poniéndole "guardia de respeto", se han borrado del pastizal que cubría una y otra plaza, donde caballos sueltos pastaban á sus anchas, pero no el eco de las aclamaciones con que fuera proclamada la declaración de la emancipación. Sus ecos, vibrando sobre las olas del Plata majestuoso, llevaron la nueva por todas partes. Al Uruguay, Paraguay y Bolivia, unidad de la patria grande, cuyos representantes saludamos hoy al pie de la pirámide como á los de veinte repúblicas que han surgido en pos de la que vió la luz aquí el 25 de Mayo de 1810.

El último Obispo que la metrópoli nos envió, epilogando trescientos años de errores y mala administración en la postrer asamblea, donde todavía adjudicábase el primer voto, declaraba:

"Yo no he venido aquí á discutir con motineros de barrio, ó mozalbetes revoltosos que no saben de la misa la media. Se dice que toda autoridad proveniente de un rey ha caducado. Mientras exista en España un pedazo de tierra mandado por españoles, ese

pedazo de tierra debe mandar á las Américas. Mientras exista un solo español en éstas, debe mandar á los americanos."

Tan tenaz empecinamiento, negación de todo derecho á los hijos de la tierra, bastaba á justificar el movimiento de independencia surgido en aquella hora.

Los cuarenta mil habitantes que contaba Buenos Aires, multiplicándose han el primer siglo en un millón trescientos mil. Sobre el solar en que Garay levantó la primera choza, elévase el grandioso Banco de la Nación, cuyo sólo anexo (Caja de Conversión) atesora más de mil millones de francos. Hemos convertido en venturosas realidades lo que avanzados filósofos apenas ideaban. Y en el balance de todo, resumiendo virtudes y defectos, glorias y desengaños, hemos ensanchado una mansión próspera para algunos millones de hombres libres.

¿Qué Constitución ha escrito al frontón de entrada: "Aseguro los beneficios de la libertad para todos los hombres de buena voluntad en el mundo que quieran habitar en el suelo argentino?" Nueva y gloriosa nación, cuya bandera enarbola por divisa: Libertad, Igualdad, Fraternidad, donde el último puede llegar á ser el primero. Como en toda obra no exenta de defectos, la aspiración de los más audaces ha solido sobreponerse y abusando de generoso llamado, filtranse algunos desesperados, arrojados de todas partes, que prefieren barrer la tierra con dinamita!... Pero, únicamente el sol de la libertad ha podido transformar en campos fructíferos los que antes eran pampas desiertas, cual continuarían sin la Revolución, cuyo centenario celebramos.

Esa resurrección que, á pesar de gobiernos á quienes ha podido pedirse menos política y más administración, origen es de prosperidad actual. Fué colonia española codiciada por holandeses y portugueses, asaltada por ingleses, pero sólo ha prosperado cuando la tierra argentina fué de los argentinos.

A pesar de contratiempos del camino, nuestras instituciones son buenas, el espíritu y la razón triunfan al fin, el progreso al que contribuyen: la fertilidad de la tierra, la difusión de la educación y la buena inmigración que se aglomera donde se encuentra mejor la que en el año del centenario arribó algún mes á razón de mil hombres por día.

¡ Paz, inmigración y libertad !

No nos limitemos á fundar en estè primer aniversario, colosal estatua á la libertad en la cima más alta, sino un gran pueblo, una nación, para que todos la gocen, aquí, donde hoy se funde con los mejores bronce de todas partes una nueva raza del porvenir.

¿ Cuál otra nación sudamericana de las que vinieron al mundo en esa época, dentro los primeros cien años de su infancia, se elevó más que la Argentina? En esto, como en todo, obras son amores. Puede dudarse de la palabra; el hecho es más persuasivo, la cifra convence con poder irresistible, ya adultere el elogio ó vitupere la crítica.

En este día, la más joven de las naciones saluda regocijada á las que le precedieron. En cien años de vida independiente, la que en doscientos raquíta colonia, es hoy la primera de las repúblicas sudamericanas.

Ya un gran filósofo lo ha repetido: "La felicidad de las naciones está en sus propias manos, á condición de usar de la libertad, saber vivir bajo el reinado de la justicia y de la razón, guardándose con el mismo cuidado del despotismo que de la anarquía".

IX

Simbólica y hermosa figura de la patria vieja, parécenos divisar en lejanías que se desvanecen, la entusiasta patriota Jeromita de San Martín, toda vestida de blanco y celeste, desde el calzadø al gorro frigio, flameando una bandera en la inauguración de la pirámide el primer aniversario patrio, presidiendo coro de niñas, que cantaban á su pie:

Calle Esparta su virtud;
 Sus hazañas calle Roma;
 Silencio! que al mundo asoma
 La gran capital del Sur!

...Sérias en el fondo, histórico y festivas al mismo tiempo en la forma con marcado sello de originalidad y perfectamente adaptadas á los asuntos que trata, son las *Tradiciones Argentinas*, modelo de las de su indole, con las que su autor, ya muy conocido, nos ha dado otra prueba de su erudición y de su talento, y ha honrado una vez más la literatura argentina.

(De *Tribuna*, Capital).



Novia á la suerte

(TRADICIÓN DEL ÚLTIMO AÑO DE LA GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA)

Origen de todo lo grande, bello y sublime, esta obra maestra de la naturaleza, la mujer, es el corazón del hombre.

I



Algo enigmático aparecerá el título, pero ni anti-gramatical resulta á la postre, como que el sucedido fué durante los postres en alegre almuerzo de camaradas, desquitándose infinitas hambrunas de larga y penosísima campaña.

En el caso de apasionamiento de corazón, la heroína, según lo refleja su carta al general Ovando, lamentando un amor trun- cado del que le inculpa, no resultó novia de suerte, pero verdad que á la suerte fué echada viudita de tan gran corazón que lugar hubo para doble apasionamiento.

Poco más de dos años duró su viudez, y muy largos parecie- ron, pues tratándose de ardiente morena de ojos negros que mataban más que los fusiles de chispa, joven, hermosa, rica, noble, pecado mortalísimo hubiera sido mandarla al archivo de trastos viejos.

Asesinado el gran Mariscal de Ayacucho al año de matrimonio, que hasta en achaques de Himeneo sufrió torturas y dilaciones, por deberes de campamento pedido había á un muy su amigo le hiciera el favor de casarse por él, guardando la prenda para oportunidad mejor, pues empinadas montañas tan distantes de fácil resbalón eran en sus bajadas.

II

Al levantarse de festiva mesa en que chistes y esprit de todo género levantaban chispas en comensales, cuyos ojos vidriados ya por el "pisco" alborotador, saboreaban rico yungas del panteón, como es el preferido, que sobre viejo cementerio de una de nuestras interminables luchas se cultiva, — café más delicioso y perfumado en su tierra nativa, que el moka de tan lejano transporte — rodeaban al Mariscal los generales Barriga y Miller, quienes en un ángulo de la sala platicaban de amores, buenas suertes y accidentadas aventuras de todo género. A dilatar la rueda con otros jefes, hizo irrupción el turbulento mayor Althaus, que por lo jaranista y chacotón semejava nada menos que oficial alemán. Olvidando con asaz frecuencia el primer artículo de toda Ordenanza: "Subordinación y respeto hasta en los actos más familiares de la vida", vivaz y decididor sempiterno, se aproximó exclamando:

— ¡Señores! ¿De qué se trata? Ya no han dejado ustedes ni un godo con cabeza, que me vuelva á tomar prisionero. Palabra de enemigo: no me trataron mal.

— Estos buenos amigos — dijo Miller, con su flema inglesa — discuten en la calma más parsimoniosa, tema tan escabroso como el de preferencia á una dama. Se trata de primacía en la que ha sido aplazada para la conclusión de esta guerra, la que al presente parece vacilar entre dos corazones. Ante todo son leales amigos, no arbitran medio de allanar camino que deje completa independencia de elección en la amable percondante. ¡Caso raro por lo sublime!

— En verdad — agregó el futuro yerno del vicealmirante Guise,

que acostumbraba resolver al momento toda dificultad, aunque de continuo pensaba las cosas después de hacerlas. Meditando un instante, dióse una palmada en la frente:

—¡Ya está! Nada más fácil en tal emulación de caballerosidad —sentenció.— Reasumamos: los dos la quieren. A nuestro jefe se la ofreció el padre. El segundo candidato se ofreció á ella, cuando el Mariscal no daba respuesta. La niña contesta que simpatiza con ambos, confiando su destino entre dos cumplidos caballeros, que por sincera amistad evitan rivalidad. A los dos estima, y por no herir susceptibilidades no se resuelve. ¡Qué diablos! En tal conflicto propongo que la suerte decida. Acepten mis generales el veredicto inmediato, ejecutivo, inapelable.

Y sacando una onza de oro, limpia y sonora, de las que poco brillaban entre militares de aquellos tiempos, tras apartado diálogo en voz baja de dos bravos hijos de Belona que Venus enternecía:

—¡Allá va! —gritó.— Una... dos... tres... ¿cara ó cruz?, —tirando por lo alto la reluciente moneda, que rodando y rodando fué á esconder sus relumbrosidades bajo el sofá.

Al afirmarse en sus viejos resortes para recoger la moneda, se perniquebró el antiguo mueble:

—¡Mal augurio! —exclamó el segundo pretendiente.

—Venturoso mi general —dijo á Sucre el provocador de la suerte.— Salió cruz, por usted preferida: á cargar con la cruz del matrimonio.

—Menos pesada quizá que la de Mariscal—agregó el de Ayacucho — en tiempos de asonada y revolutina diaria.

Confirmando la suerte disposición paterna, fué bien pronto la marquesita de Solanda casada por poder con Sucre.

III

Cerca de un año retardó el matrimonio efectivo, que no mucho más de otro prolongáronse las dulzuras de Himeneo en el hogar de este bravo soldado, siempre sobre su caballo de guerra, galopando de victoria en victoria.

Refiere uno de sus biógrafos que el mismo día de su entrada triunfal en Quito, al saludarle el marqués de la Solanda, le pidió fuera á su casa para presentarle su familia. Menos voluble que el Libertador, Sucre no siempre se dejaba querer por cuantas querendonas le salían al paso, pero á tan cortés invitación acudió de inmediato.

Domingo era el día, cuando después de misa, sin duda para precaver de tentaciones, se presentó donde la linda Marianita, teniendo previsión de dejar á la puerta sus ayudantes más buenos mozos, por si acaso.

Prendado quedó de joven tan donosita, pero mayor fué la sorpresa de Sucre, cuando á vuelta de visita el proyecto de suegro le salió con la cantata de antaño que á más de un mi tocayo oí repetir:

Vuelve, vuelve, Pastorcito,
No me seas tan descortés,
De las tres hijas que tengo
La mejor te llevarés...

¡Tres tenía este buen papá, y la mejor se llevó Sucre, no yo!

Yendo al grano y sin más preámbulo le enteró que era viudo de profesión y rico de oficio, sin vástago masculino y afanoso en buscar apoyo para sus femeninas próximas á orfandad, por lo que adelantábase á ofrecerle la mano de su amable Marianita, primogénita, heredera de pingüe mayorazgo sería en breve, pues sus achacosidades le avecinaban á la tumba entreabierta por sus ochenta navidades.

Refirieron luego sus ayudantes que no le conmoviera más la carga de Junín, donde no se oyó un tiro, como tan improvisado trabucazo á boca de jarro y sin decir ¡agua va!

Repuesto de la primera impresión y afirmado ya en sus estribos, contestó más serenado, y con exquisita galantería:

—Soy militar; ignoro en la continuación de la guerra cual sea mi destino. Si la suerte no me fuera adversa, haré lo posible por complacerle, agradeciendo generosidad tan espontánea.

Aunque forrado en gruesos duretes, capa impermeable á todo mal, salvo el postrero inevitable, á poco andar falleció el de la Solanda de chochera senil, por asegurar la niña de sus ojos.

A la ciudad más elevada de la tierra todavía no habían llegado Compañías de seguros, y al testar nombraba á Sucre albacea universal, recomendándole no echara en olvido el encarguito aquel al pasar por Quito.

IV

Muchos bemoles hubieron de oirse aún en la escala cromática para dar la nota más alta del ansiado sí. Anteriormente al ofrecimiento de Marianita, con quien apenas tiempo hubo de miraditas risueñas, de esas que prometen mucho sin decir nada, había tropezado al bajar al puerto con otra no menos gentil guayaquileña. En tales estrecheces oprimiéronles giros y vueltas de enredada contradanza, que enredada quedó la sonrosada Virgen del Guayas á la parte más atrayente del General, al menos la más abrillantada y saliente. Medallas, cruces y estrellas del peto militar, adornado de oscilantes condecoraciones, entrelazadas fueron en blondas y encajes que flotaban en su corpiño. ¡Quién atreveríase á extraerlas de tan blancas profundidades! Allí quedaron como la casualidad las prendió, esperanza entre flores, suspendida en misterioso compromiso sin palabras.

¡Cuán cierto que en el Ecuador ó en el Polo, la gloria militar en todas partes deslumbra y apasiona, atrayendo irresistiblemente corazones, con más fuerza que el imán al acero! ¡El amor y la gloria tejieron los sueños de una noche de verano! ¡Pero bajo el Ecuador todo el año es verano!

Aconteció que en los días que la novia era echada á la suerte, carta subía del puerto á la capital, de ruborosa doncella que se abrigaba con cintas, cordones y medallas en otras sangrientas lides obtenidas. Escrita entre suspiros y descifrada entre lágrimas, expresaba la prometida número "uno", á la ofrecida número "dos", que hacía bien Sucre el amado, en dar preferencia á la huerfanita heredera, remitiendo con toda abnegación las veneras que el giro fugitivo de la danza dejara sobre su pecho, y que ella lució la noche del primer baile por consentimiento del adalid.

¡En cuántas ocasiones las mujeres valen más que los hombres,

dispuestas á sacrificarse en provecho de la felicidad ajena! La bella del Guayas, más heroica que el héroe de Pichincha, cual la Poia granadina y otras excelsas americanas supo comprimir sus sentimientos para dejar franco el paso al que ella amó.

V

Y en verdad que parece cuento de sobremesa esta tradición que á los ochenta años extraemos de anales olvidados. Bien que éstos referir suelen novias que lo fueron aún antes de nacer, predestinadas por razón de Estado á algun príncipe en la cuna. Otras novias, todavía después de muertas, como la del infortunado Oficial de Granaderos que en vísperas de caer prisionero en el Alto Perú, encomendó á uno de sus camaradas que partía de chasque á Buenos Aires le representara, para asegurar compromiso de antigua data y se casara en personería. Escribiéndole á su esposa en ciernes, súpose luego que cuando el novio había salido de prisionero, sin duda cansada de esperar la novia había salido de este mundo.

“Novias á la suerte” sólo conocíamos las que en frías noches de invierno, al suave y dulce calor del hogar, sacar suele maliciosa misticadora, á quien la señora mayor despidiendo entre cotorreo bullicioso de niñas alegres, agrega:

“A quien San Juan se la da, San Pedro se la bendiga”.

VI

Si grande fué por sus hazañas el Mariscal de Ayacucho, á mayor altura eleváronle virtudes de que dió ejemplo y abrillanaron su acción.

Ninguno le superó: más modesto que Bolívar, ni él le hubiera precedido en el camino de la gloria á no habersele anticipado algunos años en el de la vida. Ochenta y uno cumplen que al saber el bárbaro asesinato de Sucre en el despeñadero de Berrue-

cos, exclamara el Libertador acongojado: "¡ Gran Dios! ¡ Han sacrificado al justo Abel del Nuevo Mundo!"

Del Cuzco á Quito, en la antigua Colombia toda que le aclamara "Wáshington de la América del Sud" doblan fúnebremente campanas, que otrora repicaron á gloria, cuando el más grande cumanés cosechaba laureles en Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho. Como en la capital del Ecuador, en la de Venezuela se inaugura hoy en bronce imperecedero la estatua del fundador de la república boliviana, cuya capital consagró su primer monumento.

Apenas horas fugaces llegó á gozar las dulzuras del amor en el hogar el que signó la última victoria de la Independencia, á quien exaltó la gloria y segara el crimen. En vísperas de ser sacrificado, la suerte le dió novia, y la veleidad de su destino, el martirio.

Como llamas celestes, el amor y la gloria fueron las inspiraciones generosas que guiaron siempre á los héroes de la independencia!

Digna es la obra del escritor argentino de la del poeta limeño. Ella viene á confirmar la justa fama de que como literato é historiógrafo goza desde hace años el doctor Obligado, que ha dado ya á las letras de su patria otros libros de subido mérito. Su estilo castizo, como el de pocos escritores americanos, la gracia con que borda sus narraciones, la verdad con que hace revivir la época del coloniaje, el entusiasmo con que retrata las figuras principales de la independencia americana, son cosas todas que se unen en armónico consorcio, colocando este libro entre aquellos que deben figurar en toda biblioteca.

(*La Razón*, de Montevideo).



La calumnia mata

Calumnia! Calumnia! que de la calumnia algo queda.

I



UANDO se reunía á campaña tañida en la capilla de San Miguel el lunes 21 de Septiembre de 1755 la Hermandad de Caridad, con paso lento y majestuoso entró el señor de Campana y expuso:

“Que en vista de la precaria existencia que arrastraba la Cofradía después de treinta años, comprometiase á fundar el Colegio de Huérfanas, costeando de su propio peculio edificio y cercados, reservándose el patronato y título de fundador.”

El discursito no podía ser más sabroso. Aplaudiéndole todos, se levantaron para congratularle por su piedad y cristiano propósito. Algunos se admiraban que ofreciendo tanto, pidiese tan poco.

—Ni siquiera un par de huérfanas para alcanzarle el mate de leche matutino — murmuró la mulatilla que por ahí andaba sacudiendo santos y flores de trapo viejo en el altar del arcángel.

No sólo sus cofrades le aplaudieron, sino los filántropos de entonces que sin lista impresa, ni bombo periodístico, hacían más caridad sin tanto ruido, y los señores González, Goyeneche, Ochoa, de Almarita, el obispo Agramonte, el gobernador Ando-

naegüi, y hasta el mismísimo rey, desde España, mandó agradecer por su desprendimiento á tan magnífico señor.

.....

Seis años después, todavía en el Capítulo celebrado el 25 de Noviembre de 1761, volvía á exponer Alvarez Campana, "que habíase visto en el empeño de pagar la obra, los gastos de alimentos, vestuario y muchas otras etcéteras, cual consta, no sólo á los hermanos, sino á toda la ciudad, llevando miras de fundar el Hospital de Mujeres y una Casa de Expósitos". Contestaron los presentes, testigos de cuanto refería y era notorio, como lo atestiguaron, y no habrá quien lo niegue, declarando, que el patrono y fundador de dicho Colegio era y debía ser el señor Campana, pues que lo inició, lo ejecutó, recibía las limosnas, administraba sus cortos productos, corría con la fábrica del Colegio, y también con las colegialas por los vericuetos del jardín á falta de otra gimnasia ó ejercicios para el mayor desarrollo. Esto último no lo decían, pero se suponía.

Los mismos señores González, fundador el padre, de la predicha Hermandad, y posteriormente el hijo, del Hospital anexo, firmaron el acta, y por segunda vez su ilustrísima aplaudió el santo celo con que empleaba su caudal. Llegaron á querer tanto al señor de Campana toda la gente de sacristía que hubieron de elevarlo á la altura de sus tocayas, y si no lo realizaron fué por que la torre no se había concluído.

II

No transcurrieron muchos años, cuando en el de 1766 era arrestado por orden de su Majestad, confiscándosele sus propiedades durante la prisión.

¿Qué había sucedido para caer de alto pedestal, que cuanto más elevado mayor porrazo produce? ¿Qué causa cambiaría la opinión pública, tan variable, que ni permite proyectar buenas obras sin levantar emulaciones?

.....

"¿Qué me importa?" suele decirse. "¡Me río del que dirán!"

“Tenga uno la conciencia tranquila, sin hacer caso de lo que se diga”. Y adagios semejantes, más ó menos estoicos, se repiten con frecuencia. Pero la verdad verdadera es otra, cuando la procesión anda por dentro de esos honrados á medias, no enchapados á la antigua, como los que enseñaban que preciso es no sólo ser honrado, sino también parecerlo. ¿En qué cascarita de naranja ó mal paso habría resbalado este promotor de tantas obras buenas, para ser conducido entre rejas, él, que muchas y muy pesadas hiciera venir de Vizcaya, en precaución de escalamientos, gatuperios ó tentaciones del mundo, y también de la carne, á escuálidas huerfanitas por tantos abandonadas y que sólo él guardaba?

Mientras lo adivina el adivinador, seguiremos éste que es mucho cuento.

.....

Engorroso sería reseñar las diversas peripecias de traspasos y divisiones en los campos de Campana, desde que en noche de trueno y sobre la verde carpeta los ganara el capitán Lomes, obtenidos por donación del rey; ni de cómo de esa sucesión, los adquiriera la sociedad Escalada y Armstrong. Escenas hubo y algunas de melodrama al cederlos después el padre Escola al coronel Ibarrola y Martínez, á quienes compraran los señores Costa en 1853.

Misteriosas leyendas recuerdan aquellos pagos, como la de *El Pirata Correntino*, *La Salamanca de Juan Sin Ropa*, y otras; pero ni en la celebrada carrera, (parejeros de don Ladislao Martínez y el padre Escola), hasta el cañón de la Recoleta frente á la antigua quinta del doctor Cayetano Campana, podemos detenernos en esta tradición, también á la carrera, destinada á recordar cómo la calumnia dió muerte al que dió vida á esos campos y nombre al *Rincón de Campana*.

III

En el transcurso del largo pleito no faltó, ni aún de los mismos beneficiados por el señor Campana, quien se prestara á declarar con un:

Así se dice!...
 Eso se asegura,
 Esto se murmura
 Por la vecindad...

como que si en la estancia "Los Remedios" (en Las Vacas) éstas sólo daban leche para el patrono, siendo propiedad del Colegio, y de pichuleos en huevos y quesos, frutas de corral, etc.

Otro de sus émulos declaró que el rinconcito consabido servía para arrinconar muchas cosas, y que si detrás de cada rancho del camino quedar solía alguna *campanita*, resultado de frecuentes idas y venidas del enamorado estanciero, ninguna de sus tocayas sonaban á tiempo, para despertar al guardacosta, cuando por esas desiertas barrancas del Paraná se introducían mercancías del *Buque del Asiento*, fondeado frente á la Recoleta, donde nunca acababa su carga y descarga, olvidando pagar alcabalas, ocupado en sus huérfanas y tanta obra pía, piadosa ó de pillería.

Y de cuantos declararon, apenas resultaba con algún viso de apariéncia, que si del contrabando provocado por tantas prohibiciones y gabelas, almojarifazgos y altos impuestos, alguno había desembarcado allí, no fué para provecho del rico hacendado, y si en un mismo libro llevarà cuentas de propios y extraños, y asentado á su nombre propiedad para otros adquirida, exigencia era del vendedor, á quien inspiraban más confianza los fondos del señor Campana, que todas las huérfanas sin *fondos*, que si de todas ellas, apenas la más talludita apartaba, no para su uso particular lo era, sino para servir el chocolate de la señora, quien como muy piadosa, bien la adoctrinaba así de día como de noche.

IV

A rumorcillo de contrabando agregáronse añejos rencores suscitados, pues que á petición de Campana vino la Real Cédula prohibiendo á los curas cobrar *derecho de muerto* que habían inventado, pues ni morir de balde era permitido. En caso de fallecer alguno, muerto quedaría pero enterrado no, mientras no apareciera alma piadosa que pagara por quien tuvo ese mal

gusto. Entonces, como al presente, tan irresistible persuasión tenía el mal, que al referir el embustero vicios inventados, mayor crédito alcanzaba, que narrando el veraz virtudes ciertas. Su reconocida virtud no impidió largos y fríos días de prisión al doctor Campana.

Mayor que el de muchas cuchilladas es el daño que una calumnia produce. Aquellas heridas cicatrizan; abierta siempre ésta, su cura es dolorosísima é ineficaz. ¿Llegaría la rectificación al que la oyó? Una hiere; la otra, asesina moralmente y sin prevenir, por la espalda. Como toda traición, la calumnia es cobarde.

Campana, rico de nacimiento y hasta después de sus días, poseía desde antes que las huerfanitas del Colegio nacieran, mayor caudal que la limosna para ellas recolectada. Cuando al fin la verdad se abrió paso, uno tras otro y antes de dirigirse á su casa, los dirigió detrás de San Miguel, que la experiencia le había enseñado yá á cuidar más de su buen nombre que de sus peluconas.

A la puerta del Colegio de Huérfanas nuevos inconvenientes se opusieron para franquearle entrada, que obstruían los últimos escombros de la calumnia. No obstante salir absuelto de culpa y cargo, desconocíanse sus prerrogativas de Patrono y fundador. Abatido, pero no vencido, cuando se le cerraba la institución á que consagrara tanto tiempo, dinero y paciencia, nuevo pleito siguió, aunque á la larga llegó el día de su triunfo!

Cierta mañana, pasando por esa misma iglesia de San Miguel, desfigurado por los sufrimientos, á oír alcanzó la murmuración de dos beatas saliendo de comulgar, al no serles contestado el saludo por el buen mozo que pasaba.

— Pero has visto, mujer! — chismografiaba una á la otra, — ¿qué tieso se ha puesto el sobrino del encarcelado, desde que salió el tío de chirona, purgados sus gatuperios?

Quebrantado por la pesadumbre, desde ese día cayó en cama el benefactor, pues hasta en el umbral de la iglesia tropezaba con la calumnia. Herido quedó y ensimismado por tenaz idea que le carcomía. ¡Cuán cierto que de la calumnia algo queda! Siempre hay oídos más abiertos para el mal del prójimo que para la justificación del inocente.

Hay quien exclama: “Ande yo caliente, aunque se ría la gente”. A lo que otros agregan: “Tenga uno la conciencia tranquila

y no habrá almohada que le quite el sueño". El abuelo setentón, á quien oí cuando niño muchas de las consejas que hoy transmito á mis nietos, enseñaba lo contrario. Notando al cruzar la Plaza de la Victoria la desaparición de la torre del Cabildo, al pie de la pirámide de Mayo exclamó apesadumbrado: "Si alguno de esos cronistas atolondrados, que por anticipar noticias narran sucedidos antes de suceder, publicara que te has robado esa alta torre, apresura á vindicarte. Posible es no falte testigo que confirme: *Es cierto; yó lo he visto!*"

V

Otros tres años transcurrieron en trámites y apelaciones, engrosando, subiendo y creciendo el expediente, como una montaña.

Llegó la hora de reparación, y saliendo Campana de nuevo más limpio que patena, al tapar con ésta el cáliz, dió vuelta el Cura en la solemne misa del desagravio, dirigiéndose á la puerta de San Miguel, donde la ofensa se le infiriera y en cuyo propio sitio establecía la ley tuviera lugar la reparación.

Parado frente al párroco á la entrada de la iglesia, le rodeaba numeroso grupo de vecinos y curiosas, de entre las que, viendo á Campana tan demudado, se escapó más de una exclamación compasiva:

— ¡Cómo lo han dejado! pobre hombre! ¡La calumnia mata!

Ya el cartulario bajaba las antiparras, leída la sentencia en que, entre otras penas imponía al ofensor que tomando al calumniado de la mano presentara al público como inocente y le pidiera perdón por la ofensa, declarando tres veces en alta voz que no había tenido razón en su dicho.

A cumplir esta primera parte de la reparación dirigiase, cuando Campana, todo trémulo y emocionado, retrocedía á la vez que se le aproximaba el calumniador. Los sufrimientos y amarguras de largos años habían de tal modo consumido su físico, que agotada toda energía en la prolongada comprobación de su inocencia, desfalleciente el ánimo y quebrantada su naturaleza toda, al extenderse la mano para satisfacerle, se desplomó como fulmi-

nado por invisible conmoción, cayendo para siempre el anciano en el mismo sitio que se le había afrentado.

No fué que el honrado señor de Campana llegara á ser convicto de malversación de fondos, sino que la última justificación, marchando como toda justicia, con pies de plomo, tardó tanto, tanto, que llegó al fin de sus días!

La calumnia mata, y ni es el único ejemplo que recuerda la crónica del siglo pasado. Esta tocó de rechazo á todos los que de más ó menos cerca tuvieron participación en tan escabroso berenjenal.

Hasta el prelado que amenazara al capellán de San Miguel con la excomunión en voga, si no prohibía la entrada del Colegio á su fundador, murió en el destierro. A su vez le mató la calumnia el día antes de fondear el galeón de Indias en Montevideo, cuyo cajón de España traía la real comprobación de su inocencia.

.....
Lectora amiga: ¡no calumnies, no calumnies jamás! ¡Cuántas veces, sino de pronto, lenta y sorda, va interiormente minando!
¡Oh! ¡en cuántas ocasiones la calumnia mata!

...Hechos que la historia no se ha detenido á analizar ni á juzgar, ni siquiera á exponer, acaecidos durante la época del coloniaje, y la que á ésta siguió, que permanecerían por siempre olvidados, si una mano cariñosa no los hubiera recogido, aparecen en este libro en forma de amenísimas narraciones, escritas con estilo delicado.

Desde la primera página hasta la última, el libro que nos ocupa, se lee, mejor dicho, se saborea con deleite.

(*El Nacional*, de Buenos Aires)



Banquete durante el combate

Festejando al héroe de Junín, jefe de toda la caballería cuando quedó fuera de combate el general Necochea, en batalla que no se oyó un tiro, otro inglés, su compatriota, distrajo á los comensales del banquete en su honor, en la ribera del Plata, dispersando á su vista las naves del Imperio, que no asomaron más sobre sus aguas.

I



EL 9 de Febrero de 1826 cuanto inglés de viso había en esta ciudad, y de muy largas vistas los más, pues ricos dejaron á todos sus descendientes, de frac y encorbatados hasta las orejas con anchas corbatas blancas de dos vueltas, se encaminaban por la calle del Fuerte entrando á la fonda de Faunch, dentro de la que todo era büllicio y movimiento. Más confortable que el otro hotel de Keen, satisfacía por completo el gusto inglés, prefiriéndose para suntuosos banquetes en días de festividad nacional y cumpleaños del soberano reinante.

A punto de dar cinco campanadas el alto reloj de "cuco" que tras el mostrador oscilaba brillante péndulo, pasaron los comensales al comedor, de cuyas amplias ventanas se abarcaba el esplén-

dido estuario del Plata y la magnífica perspectiva de sus dilatados horizontes desde la terraza sobre el Paseo de Julio.

Era alrededor de uno de los Generales que se habían distinguido en la guerra de emancipación, regresando del Alto Perú caminito á la isla británica, que se agrupaban nacionales y extranjeros. Al separar la silla para tomar asiento á la cabecera, retumbó un cañonazo estremeciendo los cristales.

—¿Esto también está en el programa?— interrogó el flemático inglés.— No es para tanto celebrar con salva real la vuelta de un modesto soldado...

Atropellando sirvientes y volteando asientos penetró de la azotea Mr. Faunch. todo azorado, exclamando:

—Señores: la fiesta va á empezar á cañonazos.

—¡Sensible!— objetó el comensal.— Más bien con la salutación "Dios salve al rey ó á la patria", que no es propio de otro sentimiento levantar la copa en la hora que se combate.

—Pero es en honor de uno de los que de más lejanas tierras ha venido á defender la América,— agregó el anfitrión en momentos que todos salían precipitándose con objeto de observar lo que el pueblo coronando las barrancas divisaba á simple vista.

Era el combate á que la escuadra de la República había salido á provocar la del Imperio, cuyas evoluciones, avances y retrocesos se divisaban claro al través de azulada humareda.

—Caballeros! la sopa se enfría,— anunció el fondero, más interesado en que apreciaran la obra maestra de su "cordón bleu". Y tratando de combinar ambas curiosidades, desde la sopa de tortuga hasta el "puding", con cañoneo á manera de ensordecedora orquesta, propuso muy en serio:

—Señores, si ustedes prefieren trasladaremos las mesas á la azotea.

—Podremos dar fe al mismo tiempo de aquel singular combate y ésta suculenta mesa,— chanceó cierto irlandés muy íntimo del anfitrión, testigo de los combates á diario que se habían vulgarizado más que los banquetes.

Y así se procedió, produciendo más algarabía y risotadas de buen humor el retintín de copas y cristales inmediatos que el lejano cañoneo, ya menos nutrido hacia mitad de la comida, desmayando en los confines, cuya última copa llegó á tiempo de

levantar el guardamarina que saltando de su bote al muelle, pasaba á la Capitanía del puerto como en andas por la multitud delirante de entusiasmo, aclamando:

—¡Hemos triunfado! Victoria al bravo inglés! ¡Ya no volverán naves portuguesas sobre el Plata!

II

Según las crónicas menos mentirosas, las fuerzas de los imperialistas, además de ser superiores en número y armamento, aventajaban por haber estado mucho tiempo en el mar. Con todo, el almirante Brown trabó combate á la vista de la ciudad, manteniéndole sólo con su buque más velero por una hora, pues retardaban los otros. Fingiendo falsa retirada para atraer los enemigos, persiguieron éstos á cortar las cañoneras en cuya salvación viró el "25 de Mayo" renovándose el combate, apoyada especialmente por el "Congreso". Después de vivísimo fuego de una y otra parte, las naves imperialistas emprendieron la fuga río afuera, mientras la escuadra republicana regresaba al fondeadero de los Pozos. Las maniobras avanzando, retrocediendo ó virando en las alternativas de evoluciones, parecían reflejarse en el ánimo y movimientos de los convidados, levantándose á cada rato para seguir con el catalejo las peripecias de la lucha, en perpetuo movimiento, de la mesa á la baranda, con exclamaciones de entusiasmo poco usual en mesa de mantel largo rodeada de serios ingleses, bien que poco frecuente fuera festín con orquesta á cañonazos. Ibanse apagando los fuegos más distantes y encendiéndose los de inmediata sobremesa, efecto de esa otra líquida pólvora en botellas que inflamaba rubicundas mejillas, poco antes pálidas y místicas, de graves residentes ingleses.

Mientras el almirante Brown, Rosales, Espora, Parker, Bouzely, Warms, en heroica emulación arrancaban nuevos gajos de laurel con la victoria, otros compatriotas del General británico le festejaban, recordando episodios de heroicidades.

No faltaban algunos argentinos testigos de su gloriosa carrera, y así el coronel don Manuel Escalada que venía de recibir los

restos del Regimiento de Granaderos á caballo, del que fué primer alférez, y en el cual días antes regresaban sólo seis soldados del año de su fundación en el Retiro, entre los veintiséis que depositaron en el Parque sus largos sables que brillaron del Plata al Ecuador.

—¿Pero, al fin, quién es al que festejan?—interrogaba un recién metido.

—Al que después de haber vencido en Waterloo no envainó su espada mientras quedó un opresor en América.

A lo que agregó el comandante Nadal:

—En mar y en tierra ha combatido con igual éxito, no como inglés ó argentino, sino como defensor de la libertad en todas partes.

El caballero Riglos (don Miguel), “el porteño-inglés”, como por sus maneras y correcta pronunciación llamaban, dijo:

—Indudablemente, ingleses son los que con más eficacia han colaborado en nuestra independencia hasta con sus derrotas. En 1806, obligándonos á ensayar armas que no conocíamos. Al año siguiente, esparciendo gérmenes de emancipación que ni soñábamos. Más tarde, amparándonos por la propia declaración de su gran ministro: “No se puede declarar rebelde á todo un mundo”. El comercio con el primer empréstito en nuestro crédito naciente, y hasta este momento es un inglés quien hace resonar los cañones de naves argentinas como veinte Oficiales compatriotas de Cochrane, Brown y Miller ayudaron con abnegación, inteligencia y constancia en la contienda.

III

Y era á los postres de este banquete que llegando la noticia del triunfo de nuestras naves, el anfitrión levantó la copa brindando por las glorias de ese heroico compatriota.

Presidía la mesa el primer inglés que en los días de nuestra independencia se apresuró á tomar carta de ciudadanía argentina. Alto, robusto, sonrosado, sin las blancas hebras que le ornaron como corona de plata en su ancianidad, hablando tan precipitada-

mente, como luego su hijo Mariano por costumbre del martillo, se levantó pronunciando el brindis que como la nómina de comensales tomamos de una de las crónicas de antaño.

Descollaban entre los residentes ingleses, Hardiman, don Juan Harrart, Fair, Eastman, Duggan, Anna, Armstrong, Wright, Oughan, Lowe, White, Taylor, Sheridan, Robertson, Ramsay, Dickson, Willis, Smith, Rusell, Thomson, Head, Reverendo Bürke, King, Campbell, Barton, James, Bevans, Whitfield, Clarck, Parish, Parvin, Brittain, Waine, etc.

Con la mayor verbosidad y entonación, de pie el señor Roberto Billinghamurst, ofreció la manifestación en estos términos:

“Señores: No por su larga ausencia habéis olvidado su nombre y sus hazañas, pues cruzó estas calles hace ocho años, joven anónimo para la mayor parte de sus compatriotas en ésta, rico de ilusiones y proyectos, trayendo por único tesoro su espada, que, como la de Wéllington, bajo las órdenes del futuro vencedor de Napoleón brilló primero en España hasta arrojar al invasor y luego hasta derrotar las huestes del gran Capitán.

“La misión de nuestro heroico compatriota no había concluído al expulsar los franceses de la península, ensayando sus pasos en la senda de la gloria, y después de cooperar con los españoles arrojando la invasión francesa, vino con su espada libertadora á luchar por la independéncia.

“La dama de uno de los caballeros ingleses (Mr. Dickinson) que honra esta mesa de confraternidad, y en la inauguración de cuya Estancia pasó una de las primeras noches de su arribo, profetizó: “Si yo fuese un hombre joven como usted nunca abandonaría la carrera de la gloria por alcanzar riquezas”. Y he aquí que el bienvenido llega antes que lord Cochrane al Pacífico; Las Heras pide á O’Higgins, el inglesito capitán, en las vísperas de Maipú y de allí á Puertos Intermedios, y en rudo combatir en el Alto Perú descuella mandando en jefe la caballería en Junín, aprisionando al último virrey en Ayacucho. El “sheperd” irlandés se ha hecho rico levantando su hogar en la Pampa, y este valeroso soldado de la libertad, cuya carpa se asentó en España, Bélgica, Inglaterra, Chile, Perú, Colombia, todavía no la ha plegado del todo, acaso llegue á tiempo de arrojar el único imperio en América. Vuelve cubierto de heridas y condecoraciones, pero

su gran fortuna, su satisfacción mayor es haber contribuido á la libertad y á la independencia de América.

“¡De pie, señores! Brindemos por el heroico guerrero que regresa cargado de laureles, en noble lucha conquistados, á la patria de su nacimiento y de quien el Libertador Bolívar dijo al despedirle: “El primero que desembarcó en el Perú con el ejército auxiliar y el último que lo deja ya libre de opresores, siempre la América del Sur le reclamará como uno de sus hijos más gloriosos”.

“¡Brindemos, señores, por la prosperidad del señor General don Guillermo Miller!”

...Obra útil y hermosa, está calcada sobre el precepto horaciano del *miscere utile dulci*, deleitando con la galanura de la forma, y enseñando con los ejemplos de nuestros mayores, como que hace revivir el pasado del pueblo argentino, en un desfile continuo de personajes y de lugares, verdadero cinematógrafo de la vida colonial.

(La Nueva Provincia, de Bahía Blanca).



¿Por qué el Pergamino se llama Pergamino?

Recuerdo á la gentil poetisa del Pergamino, señorita Rosa Blanca de la Fuente.

I



UAL las *postalcas*, enmudecido habían corto tiempo innumerables preguntonas, interrogándonos incesantemente como si fuéramos *Correo de La Nación*, el origen ó etimología de pueblos, plazas y calles. Sin ser autor de *Los por qué de Susanita*, libro de mayor volumen coleccionaria, las tradiciones ya publicadas de *¿Por qué Buenos Aires se llama Buenos Aires? San Isidro, San Fernando, Bella Vista, Martín García, Merlo, Luján, Mercedes, Chivilcoy, Azul, Tuyú, Ajó, Pehuajó, Giles, Peregiles, Pigüé*, y *¿Por qué Plaza del Retiro denominaban á la última plaza de toros?* (hoy San Martín). Cuando terminado creíamos tal rosario de preguntas y respuestas, lléganos billetico de una de nuestras más constantes lectoras en la *Ciudad de los astrónomos*, interrogando: *¿Por qué el Pergamino se llama Pergamino?*

Respóndele esta tradición, ya que al regresar de la tierra del *papyrus*, saludamos á Pérgamo, origen del *pergamino*, en momen-

tos que se descubría el capitán de la nave, exclamando: "¡Aquí fué Troya!"

Recordábamos el origen de la hoja que el tiempo no corroe, durable más que las propias ruinas de Illión, evocando el nombre del Rey Euménides, fundador de la Biblioteca en Pérgamo, que ansiando la mayor suma de conocimientos para su pueblo, mandó por toda la tierra copiar en *papyrus* incorruptible cuanto el saber humano había acopiado.

Acaso se creyera inoportuno remontarnos á esa abuela de la tierra, el sabio Egipto, para desentrañar el origen de este nombre. Pero coincide un Rey de tan lejanas riberas, con la causa indirecta de la invención del pergamino, nombre á su vez de la región en la que florece una de las más hermosas poblaciones de nuestra provincia natal. Otro Rey, cuyo nombre silencia la historia, y bien callado queda, celoso de su colega en Pérgamo, prohibió la exportación del *papyrus*. Fué entonces que avivado el ingenio creóse la industria de curtir pieles de burro, hasta perfeccionar la transparente hoja del pergamino que, conservando en signos imborrables la sombra de lo que pensaron griegos y romanos, refleja la imagen del alma antigua, y no llegaron los hombres á ser como los animales que les enseñaban en su piel.

Sin duda que no es posible llevar á tan remota antigüedad, la de nuestro pueblo. Noticia no hay, al menos la tradición no lo confirma, que enrollada hoja de pergamino, rodando y rodando llegara á este arroyo, cuyo hilo de agua corre al Paraná.

II

Descendiendo ya del cielo á la tierra, no mucho más distante que de Pérgamo al Pergamino, arribamos en tiempos más inmediatos, cuando el primer Correo fundaba Posta allí, y el arroyo que dió nombre al Fortín se denominaba ya con el que conserva, no porque á redoble sobre pergamino de tambor semejara el rumor de sus aguas, sino por pergamino de estudiante de la Salamanca argentina extraviado por aquellos pagos.

Cuenta el primer escritor, cuyo arroyo pasó por los años de 1747, que en aquel desierto encontró un pequeño fortín rodeado de profundos fosos, con débil puente de palos levadizo, en cuya estrechez se alojaban las cuarenta personas de su población, todos milicianos, con sus Oficiales. Cuatro minúsculos cañoncitos de campaña, mohosas armas de fuego que no daban fuego y docena y media de sables sin punta, completaban el armamento para detener continuos malones de *pampas*, en cuya frontera estaba situado el presidio, al mando del teniente de dragones, don Francisco Bamphin. “La Maestría de Postas primera, — agrega el Visitador de las mismas — fué con dificultad aceptada por don Juan Joseph de Toro, único capaz en muchas leguas á la redonda de desempeñarla. Cuatro soldados pagaba allí el rey, y los caballos, por lo que no faltarían en punto tan importante para postas y trajinantes. De las dieciséis leguas que del Pergamino dista India Muerta, sólo las tres más inmediatas están pobladas, muy de distancia en distancia con uno que otro rancho, tan pobre, que parece esconderse entre el pajonal, avergonzado de alzar su cumbre un palmo sobre los altos cardales que lo rodean y casi lo ocultan.”

Pero si de tan humildes cimientos nació la población que actualmente hermosea las florecientes márgenes del Pergamino, no era con todo la más pobre. Agrega el mismo cronista que seguimos: “Otro teniente con cuatro dragones, que á la vanguardia de ese fortín encontrara, ayudó á convencer á don Bernardo Suelo, único vaquero de esas vecindades, aceptara ser Maestro de Posta. No podía ser más estrecha su posada, pequeño carretón donde con bastante aseo, tendía su cama de solitario, crónicas tan calladas como esas soledades, no cuentan pernoctara allí *pampa* alguna. Servíale de mesa su propio baúl, y en él, papel de cigarros con manchas, para escribir, tres libros sucios y un asiento, poco menos. Comió éste con el Visitador, y con franchela le enseñaba su palacio, excusándose no alojarle dentro por su concisión, que no daba lugar á dos personas. Esa otra Posta es tan pobre, que ni agua se encuentra en su travesía, cuando no llueve, y únicamente manadas de avestruces numerosas, que corren por todas partes, y en las nidadas de sus huevos, pasan éstos de cincuenta. Modelo de madres pudieran

citarse sus avestruccitas. No se cuentan hembras más descastadas, pues hasta los cuidados á sus polluelos delegan en robustos avestruces, que son los que empollan, defendiendo de todo peligro: pollitos, polluelos y pollancones.”

También fué en otra sobremesa, ciento sesenta años atrás, en la del teniente de dragones don Francisco Bamphin, que preguntaba al Maestro Toro el Visitador Carrió, lo mismo que hoy se nos pregunta: “¿Por qué el Pergamino se llama Pergamino?”

III

Sedientos y fatigados sesteaban á la sombra del gran ombú que hasta no ha mucho se divisaba su inmensa copa, elevándose en la más alta loma á orillas del arroyo, frailes y estudiantes de Córdoba, que en arria de mulateros bajaban camino á Buenos Aires en el año de las fundaciones gemelas (1725): Montevideo y Rosario, no las únicas del progresista gobernador Zabala, cuando el menos leguleyo tiró su Nebrija, exclamando como otro estudiante del mismo Colegio, un siglo después: “¡La ciencia de los libros no sirve para nada!” — Y el *Catón Cristiano*, tapas de pergamino, y otros mamotretos forrados en lo mismo, ahí quedaron abandonados á la vera del camino, por donde, desde los viejos claustros del Colegio máximo de Monserrat, pasaban estudiosos y desaplicados, como todo lo que pasaba hasta Buenos Aires sin Colegio, pero como puerta abierta á la tierra, filtrándose cuanto bueno siguió tierra adentro.

He aquí exhumado el vero origen del nombre de esta ciudad, pues que al primer Oficial que avanzó entre esos cardales, hace ciento ochenta años, persiguiendo malones de indios, se le ocurrió fechar el parte á su jefe desde el “Arroyo del pergamino”, en cuya ribera encontró la hoja en que cierto *quidam* abjuró todo aprendizaje.

Ya desde entonces pretendía el muy ducho convencer á dómines y estudiantiles, y aún á burros colegas del rey sin nombre, cuya burrada dió origen á la industria de pieles para per-

gaminos, que, no quien más letras acopia en su cabeza sino quien más cabezas de animales cuenta al parar rodeo, es el que en más largas siestas á "la bartola" goza, sin preocuparse de pergaminos, familia, patria ú otras futilizas, que sin sueño deja á cavilosos bien intencionados...

...Tiempo ha se ha conquistado este autor sobresaliente lugar en la literatura argentina, por sus excelentes obras, dando mayor brillo á su nombre su último libro. Con su pluma delicada el señor Obligado ha pintado con colores llenos de vida innumerables cuadros de la vida argentina y de la historia de la República, desde su fundación hasta el presente. *Tradiciones Argentinas*, obra es de alto valor literario, que el autor, no solamente une á un estilo correcto rica forma de idioma, maravillosamente expresado, sino que demuestra en sus ideas y sentimientos profundos estudios y experiencia de hombre de mundo, de modo que atrae al lector y le conmueve agradablemente.

No sólo su patria y su pueblo, que tanto ama, ha estudiado, sino también ha observado el resto del mundo, y hecho grandes viajes. Esto es lo que da al libro tanta ciencia y tanto sentimiento, y le permite transmitir impresiones vivas y verdaderas, dándole un brillo poético por lo que sus narraciones nos dejan un cordial sentimiento de calma.

(Del diario alemán, *Deutsche La Plata Zeitung*).



El Virrey Hormiga

Perseverante en su labor como la hormiga,
unía á su movimiento el de la ardilla.

I



URGIDO de la nada hasta volver á la misma, ó de Caballerizo á las gradas del trono, quizá un poco más arriba de las gradas, y después de haber sido Montero mayor de su graciosa Majestad, no hay que avanzar maliciosas suposiciones, que título fué siempre de grandeza y privanza acompañar á Reinas cazadoras, casaderas ó cabalgadoras, y luego de General convertirse en polvo, humus, ceniza, humillante es para quien en su soberbia denominase Rey de la naturaleza. Pero mucho más mortificante sin duda, á poco de ser Virrey, de transformación en transformación, llegar á hormiga, multiplicarse éstas sobre sus restos, aposentándose en el hueco de su cráneo, cardumen del animalito que más imitó en vida, sino en lo laborioso, en lo movible.

Bien que cuando esto sucedía, en su brevísimo virreinamiento, cuando se sulfuraba la Virreinita á quien tales andares disgustaban, mirando su corto cabello rojo y movimiento de hormiga, exclamaba:

— ¡Ave María, Periquito! ni que tuvieras hormigas en la tras...tienda! Siéntate en alguna parte. Está quieto; fijate si quiera por la majestad que representas.

A lo que contestaba el Virrey-hormiga:

— ¡Cállate, mujer! Si donde siento eso, no es ahí. Tengo la cabeza que es un hormiguero.

Y hormiguero fué. Hormigas tenía el andariego como ellas: coloradas, blancas, negras, aladas, etc.

Y he aquí al caso un vago recordamiento de nuestras anterioridades, ó presentimientos de transformaciones sucesivas, que un muy amigo nuestro, médico é inglés por más señas, creyente en metempsícosis, telepatía, sueños azules, diablos idem, clarovidente, nos repetía con toda seriedad: "Recuerdo muy bien que antes de llegar á hombre, fuí pez!"

Si Melo fué antes de hormiga, átomo, oruga ó mariposa, si lo recordaba ó no en su mente, dificultad no pequeña hay para interrogarle al respecto; pero, que de él naciera, no sólo una hormiga, sino hormiguero numerosísimo, pronto lo comprobaremos.

Melo arribó con humos de ser, ó haber sido, *el bello de la Reina*, subiendo en la Corte de la coronada Villa, de niño de corte, paje de una Reina y privado de otra, á *caballero cubierto*, y por ende, su esposa, á *señora sentada*. Luego de salir del Colegio de Nobles de Madrid Oficial de la Guardia Real, fué haciendo la guardia ó la corte á la Reina, ésta fijóse en el buen mozo, y subió con más aceleración que las gradas de la real escalera, las de carrera á vapor, antes del descubrimiento de Fulton. Paje, Oficial, Caballerizo, Montero de María Luisa, Gobernante de la Colonia más lejana de Madrid, Ministro General, Virrey, fué todo lo que quiso, y también algo de lo que no quiso el señor don Pedro Melo de Portugal, aunque no era sino de España. ¡Lo que vale una mirada á tiempo, sobre todo si es mirada real!

El historiador Domínguez, de tan mesurado criterio histórico, incapaz de levantar la puntita de cortinaje alguno, observa cómo serían las prendas que le adornaban cuando tan rápidamente ascendía el antecesor á Godoy, en todos sus cargos y cargas. Ello es que nombrado Teniente General, llegaba este quinto Virrey de la Plata, el 17 de Marzo de 1795, dando las doce la campana de Cabildo, la misma que sigue contando las buenas y malas horas de esta población, desde la alta torre del Colegio de San Ignacio.

Y fué su primer ensayo el desenmarañar cierta revolucioncita de encargo, algo más impalpable que otra de marras, cuatro años preparada con todo sigilo y en nocturno laboratorio subterráneo, que al despuntar el alba (4 de Febrero de 1905) se evaporó *nonnata* por el atraso de otro reloj.

A Don Martín I, proyecto de Rey quedado en ciernes en esta bendita Ciudad, también por aquellos días se le había metido entre ceja y ceja que cuatro franceses querían arrebatarse este Virreinato para el gran hombre que entre el Alpes y Pirineo se alzaba, eclipsando el sol de España. Corrió con el chisme á la Colonia á contárselo al Tenorio, que á resguardarlo venía, y si esa revolución de los franceses no abortó fué porque nadie estuvo de parto, sí sólo de susto Antonini, en cuya relojería encontré subversivamente introducida la Libertad desnuda, ó en camisa, bajo gorro frigio, grabada en la tapa interior de otro reloj. ¡Cómo influyen los relojitos revolucionarios!

A pesar de nunca estar quieto, con movimientos de hormiga, de Madrid al Plata, de Buenos Aires al Paraguay, de allí á Montevideo, inmóvil aparecería Melo parangonado con el Rey Eduardo, y su sobrinito Emperador, que padece de hormigas y en todo se mete, con moros y cristianos, desde Marruecos al cabo Norte, del país del sol á media noche, al país del sol á medio día, de Berlín á Betlem, y sobre todo, comparado al Rey de los belgas, que en todas partes se encuentra menos en Bélgica. ¡Cosas de la época!

Antes de inaugurar el puente de su nombre, sobre la *Calle del Empedrado* (Florida esquina Córdoba), solemne recepción hizo á la Comisión de los siete sabios, no de los siete sabios de Grecia, sino de Misiones; casi lo mismo, aunque faltaba el astrónomo Marqués Sourriera de Souhillac que había ido á descubrir pasajes de cordillera. Llamábanse sus colegas ó cosa-bios: Félix de Azara, Diego de Alvear, Andrés Oyarbide, Pedro Cerviño, V. Varela y Juan Valentín Aguirre.

Mientras descubrimos algunas otras de sus grandes obras, que en los dos años de Virreinato se contaron por los dedos, recordaremos algunos de sus antecesores, quienes en prosperidad más progresista caminan hoy, sino como el andariego, con más reposo y provecho por estas calles que él no alcanzó á empedrar.

III

Bueno es advertir que de este Melo de Portugal, su abuelo, al pasar de España perdió una letra del apellido, y entre las melosidades lusitanas al caerse la *r* en el Tajo, Melo quedó, aunque no proviene de Melo, Merlo, Merlón la etimología de su pronombre, según cierto Rey de armas. Los Archivos de familia remontan á la del célebre triunviro romano Melonia, que de las Galias pasara á Portugal.

Regresó su stirpe á España, y antes que el Virrey que tradicionamos, su parentela arraigaba en este mundo con Miguel Antonio de Merlo, porteño, á principios del siglo XVII. Don Suero Raymundo de Rivas de Avignola, noble portugués, acompañó al Rey Ricardo de Inglaterra en 1191. Pobló á su regreso el sitio de Paralopamimón, y al volver de Jerusalén, la Villa de Melo en Portugal. El año 1204 hizo allí casa su hijo Mens Suero de Melo, y el Rey Don Fernando concedió jurisdicción á don Martín Alonso de Melo de Portugal, *rico home* del Ruiz de Melo. Los Señores de Güimaraens, en el Valle de la Sierra de Estrella, á cuatro leguas de Guanta, conservaron muchos años en la Villa de su nombre el Palacio de Melo. Alfonso V dió el título de Villa, donde empezaron población en Portugal los Caballeros de Melo. En las montañas de Cantabria, el primer pueblo fundado por Melo llámase al presente *Campo de Reinoso*, y don Dionisio fundó el Monasterio de San Juan de Trollo, en Braga, año 1520.

No pudiendo remontarnos en la alcurnia de los hijos de Adán hasta el bisabuelo de éste, recordaremos de paso que don Miguel Antonio de Merlo, nacido en esta Ciudad, desposó en la misma

á doña María Teresa del Sar Guerra, padre del Coronel don José Ignacio Merlo, cuyos hijos fueron de los jóvenes argentinos que se distinguieron en Trafalgar. Esposo era éste de doña Rafaela Basavilbaso Urtubia y Toledo, señora á quien por sus virtudes y filantropía recuerda lápida funeraria que en la Capilla, contigua al mausoleo de San Martín, yace en nuestra Catedral.

Don Domingo Reyes Corvalán Chirino casó en Mendoza con doña Manuela Sotomayor y Videla, de los Videlas dulces, y uno de sus veintiún hijos general don Manuel Corvalán, que logró salir incólume, aún dragoneando edecán de don Juan Manuel el malo, hermano de sus treinta y un hermanitos, desposó la hermana del ayudante Merlo, don José Ignacio. Primogénito de éste, don Rafael, Relator por largos años, casóse con la señora Pérez del Cerro. De aquel Chirino descienden, sino todos, la mayor parte de los Corvalán, en Belgrano, Buenos Aires y otros pagos. Como su maestro y tocayo, doctor Rafael Casajemas, infaltable fué durante todos los años de la tiranía, viniendo desde Barracas, lloviera ó tronara, bajo su raído ponchito y sobre su caballo blanco, á dictar el curso de Derecho en la Universidad, desde que Rozas la cerró;—de igual manera divisábase de alto sombrero blanco éste su predilecto discípulo, galopando por el *Camino de las Cañitas*, al honrado doctor Corvalán, Don Rafael, desde Belgrano al Cabildo, Relator perpetuo de Cámara é incorruptible en sus honestos procedimientos de justicia con los que coadyuvó la alcanzaran tantos desheredados.

A don José Ignacio Merlo, en 1767, siendo ayudante mayor, tocó ser conductor á Charcas del pliego real ordenando la expulsión de los jesuítas de España y todos sus dominios. Sin duda, en desagravio, donó á los Mercedarios campos donde hoy se estanca el pueblo de su nombre (Provincia de Buenos Aires), para que fundaran la Capilla, que después se llamaba del Buen Viaje pues que allí bajaban á rezar la última oración los que peregrinaban para Luján, Provincias de arriba y Alto Perú.

Cláusula primera de la donación fué que volviera la donación á la familia Merlo si los Mercedarios eran expulsados. Se fueron éstos con la música á otra parte, pero no volvieron terrenos tañ

valiosos. Caso semejante agítase al presente con terrenos de la sucesión Arriola, donde la Iglesia de Belgrano fué, pero en ésta papelito canta, por lo que la Señora Municipalidad será vencida.

No sólo Llavalloles, Buchardos, Corvalanes y otras distinguidas familias, descienden de la antiquísima alcuernia tradicional de paso, sino todos los Melos, Merlos y Merlines, ya de España ó Portugal, y por ende, en sus Colonias, sean de la sábana de arriba ó de la sábana de abajo.

Volviendo al marqués Ferreira Braga, título que también llevaba el de Villena, agregaremos que pocos años después fué á *matear* por el Paraguay sin jesuítas, este segundo Melo en Portugal, y Merlo en España, que con *r*, ó sin ella, oriundo del mismísimo tronco que el general don Ignacio, era don Periquito el Virrey. Nada más hizo en aquella Gobernación, que en diez años en la corte. A fin de no seguir dándose tanto corte, cuando en privanza subía el de Godoy, interrogado éste por qué tan lejos enviaba al privado que sustituyó: "Porque no hay otra más lejana", repuso. Ni antes ó después, ni allí ni aquí, produjo otra cosa que moverse mucho sin hacer nada, como hormiga incansable, y declararse protector de doncellas, para seguir durmiendo contíguo á las Vírgenes del Señor al pie del locutorio, donde ha cien años descansa.

IV

Ciento diez años transcurridos iban desde el día que empezó el sueño sin despertar, cuando en uno de nuestros matinales rebuscamientos artísticos, contemplábamos por centésima vez el más espléndido Gobelino de verdad, de cuantos á esta bendita Ciudad llegaron (Iglesia de San Juan), suspendido sobre el coro, bajo de las Clarisas. Comezón de curiosidad nos agitada al regreso de la Fábrica de Gobelinos en París para comprobar su autenticidad, cuando otra comezón en pantorrillas nos hizo bajar los ojos del cielo á la tierra, descubriendo bien á nuestro pesar, caminito por ellas, de hormigas más coloradas

que el Virrey y más picantes que este picador de vestales y Princesas.

Interrogado el Sacristán que por ahí pasaba, de donde procedían, dijo con calma:

—Sí, son pocas. Han de ser algunas que han quedado del hormiguero del Virrey.

—¿Y qué Virrey era ése, tan rico, que hasta hormiguero en su propiedad tenía?

Entonces contó cómo al levantar el mármol, cuyo epitafio pisábamos irreverentes, se había descubierto á lo largo de la vaina en la espada de Melo, reguero de hormigas, cuyo caminito provenía de las que anidaban en el cráneo del Virrey. Al partir para su último viaje, que en verdad fué el último, volvió á despedirse de sus vírgenes protegidas, cuando la Virgen Mayor, Madre Abadesa, se atrevió á decirle con la más melosa voz, como á un Melo correspondía, preñada en lágrimas, que preñeces de otra naturaleza prohibidas son en Convento:

—No se embarque, señor Virrey, que el tiempo va entrando en agua y sus achaques en frío para tanto movimiento.

Como el de Melo insistiera, tímidamente agregó la caritativa sierva del Señor:

—Aquí no creemos en agüeros, ni en uso de hechicerías, ni cosas supersticiosas. Pero anoche no he podido dormir, cuando se nos anunció la visita de despedida de Su Excelencia bajo persistente alucinación, de que el Señor Virrey no volvería de Montevideo. Toda la comunidad queda en ayunas y en perpetua oración, implorando á nuestra Madre Santa Clara nos devuelva bueno y sano cuanto antes á Vuecelencia, cerca de las siervas del Señor que tantos beneficios le debemos.

—Y bien, Madre, si muero que me entierren. Si esto acontece pronto, para que el ayuno de las siervas del Señor no se prolongue, solicito ser enterrado aquí mismo donde la piadosa madre me pronostica viaje sin vuelta.

Y así aconteció. Fué, vió, pero no volvió. Lo volvieron dentro caja muy lujosa, pero fúnebre, cavándosele sepultura en el mismo sitio que oyó el mal agüero de tan cándida monjita.

La vaina de plata de aquella espada virgen, sin punta ni filo, á cuyo lado empezara su sueño eterno, convertida en límpida

bandeja, actualmente se usa para dar la comunión á las monjas al través del enrejado. Si doncellas le ciñeron algún día esa espada, cuando ya sin fuerzas para manejarla, Vírgenes del Señor guardan hasta el presente los restos del Virrey que se convirtió en hormiguero.

Tradiciones. — ¿Quién duda que realiza una utilísima obra el que á tales estudios consagra talento y tiempo?

En esta labor, el doctor Obligado es un maestro, pero un maestro á quien no fatiga la ímproba tarea de desenterrar manuscritos y que no se deja seducir por los agasajos de la fama, para entretenerse en saborearlos, dando tregua á su incansable actividad investigadora. Verdad que Pastor Obligado no vive más que para sus tradiciones.

PEDRO BOUREL.



Niño patriota

(TRADICIÓN DE MAYO DE 1810)

REMINISCENCIAS, CIEN AÑOS DESPUÉS, AL JOVEN JUAN BAUTISTA
PEÑA Y MURGA, BIZNIETO.

El amor á la Patria es más sagrado
Que el amor que te debes á ti mismo;
Estudiadlo en tu nombre, que en él tienes
Modelo que imitar de patriotismo.

I



ERAN Juan y Juanito los niños de más hermosa letra entre los numerosos de la mejor escuela de la época y ésta, la que dirigía don Francisco Argerich, de familia tan honorable que gran número de médicos, abogados, militares, contadores y hasta canónigos de campanillas dió, desde los comienzos de la familia argentina.

Ubicada el año de nuestro cuento en la primera cuadra de la antigua calle Reconquista (hoy Defensa), de ella salieron Lavalle, Rozas, Córdoba, Riglos, Peña, Lezica y otros que luego descollaron, ya por sus virtudes ó maldades, como "Juan el Malo" tras "Juan el Bueno", derramando éste toda su sangre

por independizar la patria, y aquél la de sus conciudadanos por cimentar su dominio; el Capitán General Concha, que rindió la vida por su rey, y Concha "el cruel", así apodado (futuro capitán general en la Habana) á la sazón de los más grandulitos, servía de poste de ignominia, sosteniendo sobre sus lomos, en azotaina diaria, el niño sentenciado:

Al rincón.
Quita-calzón.

Comezón revolucionaria sentíase ya ardiendo desde años atrás por el virreinato y la América toda, contaminando hasta los bancos escueleros.

Virreinaba en el Perú por esos tiempos aquel gallardo granadero, Abascal, que sin otro padrino que su buena estampa, — ¡cuántas veces la buena figura es la mejor carta de recomendación! — cautivó las miradas de Carlos IV. Observando éste al pasar en la carroza real lo bien que disciplinaba sus soldados, sin decir agua va, de Capitán lo ascendió á Coronel, de Madrid á México, y de allí á Virrey del Perú. Bien que tal favorecido de la fortuna y de su Majestad, se cita como uno de los modelos de virreyes honrados.

Cierta noche que jugaba fuerte con sus palaciegos, cayó sobre la mesa de tresillo, sin saber qué tapada lo echara por el balcón, papelito revolucionario que le maltraía sin sombra, por más de haber sido poco asustadizo en sus mocedades el Virrey Abascal.

Tantas y tan repetidas correspondencias llovían como goteras en palacio viejo, interceptadas en Potosí, Cochabamba, La Paz, el Cuzco, Quito, Caracas y sobre todo del Plata, que á punto de convencerle estaba de que el nido debía hallarse por estos barrios.

— No hay más, — se dijeron, — allá anda el "busilis", funcionando la máquina revolucionaria. ¡Chamusquina mayúscula, peor que la inquisitorial, habrá en la Plaza Mayor para el primer autor que se atrape de tales misivas!

Y al fin cayó uno. Le sorprendió el Mariscal Nieto, que lo era de su abuela la tuerta, como biznieto era de su tatarabuelo. Lo mandaba el Virrey de Lima, descubierta en Chuquisaca, ciudad á la que arribara con algunos patricios engañosamente llevados.

Antes que él habían llegado Arenales, Monteagudo y otros activos chisperos de la revolución emancipadora.

De esa Universidad doctoral acababan de salir graduados: el doctor don Mariano Moreno, don Manuel Alejandro Obligado, don Vicente Anastasio Echevarría y otros hijos de Buenos Aires, quienes desde aquí se costeaban á lomo de mula por estudiar en la Universidad más vecina, distando apenas mil setecientas cincuenta millas, y el doctor Vicente López y Planes que recibió las borlas doctorales sobre su sahumado uniforme de capitán de Patricios, vencedor de los ingleses, cantor de las primeras glorias argentinas, como después por su ejemplo y entusiasmo personificación viva del "himno de la patria andante".

¡Cuántos de los escueleros que siguen con fastidio el diario caminito de unas cuadras á la escuela, se encontrarían hoy dispuestos á viaje tan lejano y lleno de peripecias!

II

Entre paquetes de cruces, escapularios y novenas, uno iba de clara letra y de más claro espíritu revolucionario, que clarito rezaba:

"Ya somos grandecitos. Trescientos años de tiranía se cuentan, dobles, como en la frontera. Edad tenemos para gobernarnos y tiempo es dejemos los andadores. La América es de los americanos como España de los españoles. Recordad que si los tiranos aparecen gigantes, sólo es porque sus vasallos siguen de rodillas. De pie, y erguidos, á la misma altura llegaremos. Sacudamos el pesado yugo. Si con Tupac fuimos vencidos, fué por falta de unión. Que de la Tierra del Fuego al Golfo Mexicano se oiga sólo un grito: Libertad!"

Estas palábritas mal sonantes en catilinarias por el estilo, repetía el papelito sorprendido que con otros, bajo sobre, recibió el 3 de Febrero de 1810 el Virrey Cisneros, del de Abascal, transportado á toda carrera y en cien días desde Lima á Buenos Aires.

El Virrey del Perú encargaba seguir la pista con suma reserva

hasta descubrir al autor del libelo que habían substraído al correo en el Alto Perú y en momento que á Nieto daban tanto trabajo "coyas" y revolucionarios.

En esquinas, postes y cancelos se fijaron avisos ofreciendo alto sueldo, al escribiente de mejor letra, que se presentara.

¡Ni uno! Todos eran garabatos de cartulario y patitas de mosca. No se encontraba casi, casi, como al presente, plumífero de buena pluma, ni escribano que supiera escribir; apenas medias *plumas*, sin ser del barrio de las Magdalenas que tenían, no como ahora, barrio propio.

Oidores y Cabildantes, oficiales, alguaciles y ministriles, chamuscábanse las pestañas por descubrir la incógnita.

¿Quién será?...

Que el papelito partiera de aquí no había duda. No solamente era grueso, feo, ordinario, como el escaso que de España llegaba, sino que aun la fecha estaba groseramente tergiversada: "Buenos aires tomen ustedes", empezaba, acabando con la simulada exclamación: "¡Santa María purísima!"

¿Quién no descifraba de corrido: "Puerto de Santa María de Buenos Aires"? El seudónimo era más intrincado, pero fuera Juan ó Diego de aquí se había expedido.

Por vencidos dábanse, cuando casualidad "rosarina" colocó al Inquisidor sobre la pista.

De misa mayor salía compungido y persignándose con agua bendita de la iglesia de Jesuitas (colegio de San Ignacio), el testarudo fiscal Villota, doctor de campanillas, quien con su gerundiana elocuencia pretendía confundir á los doctorcillos de la Revolución que empezaban á embrollar la lista.

A descender iba del cancel al pretil, cuando á curiosidad llamóle blanco papel, recién pegado, que en hermosa letra se ofrecía buena gratificación al alma caritativa, que á más de serlo, fuera también honrada y quisiera entregar en la sacristía un grueso rosario con "paternosters" de oro, que en la última azo-taina y tinieblas de maitines se había perdido.

Limpiando el caviloso fiscal sus viejas gafas:

— O mucho me engaño, — se dijo, arrancando el aviso, — ó es la misma letra que la del papelito insurgente.

Y doblándole lo echó al bolsillo!

.....
 A primera hora acudía á la audiencia cotejando con el oidor Caspe los dos manuscritos y encontrando ambos similitud tal, exclamaron satisfechos:

— ¡Ya apareció aquello!

Llega Leiva, síndico del Cabildo, y apenas nota semejanza; viene el alcalde Lezica y la encuentra menos.

¿Pero de quién será la letra?

¡De quién ha de ser! ¡De su autor!

Cítanse calígrafos para el cotejo. No existían. ¡Qué habían de encontrarse en tiempos que se vendían hombres (esclavos) pero no libros porque no había, ni necesidad de otros que Astete, Catón cristiano y la Novena de Santa Bárbara con su trisagio contra truenos y tempestades!

De una á otra investigación, del coro á la sacristía, por curas y sacristanes sacóse en limpio que el rosario en mala hora perdido pertenencia era de la señora Lezica, que el plumífero escribiente de tan importuno aviso su propio sobrino, el niño Juanito, y que donde tan linda caligrafía y otras lindezas se enseñaban la escuela de don Francisco Argerich.

III

El fiscal inquisidor hizo llamar ante la audiencia al niño, y entre elogios y halagos dictándole la misma frase: “Cansados estamos de amos, y tiempo es ya de que mandemos en casa”, púsole frente al reciente dictado la carta devuelta por el virrey del Perú.

Tan semejantes aparecían que al ser interrogado Juan Bautista ni pestañeó.

— ¿De quién es esa letra?

— No sé.

— ¡Pero... es la misma!

— Parecida sin duda.

Y de ahí no salía, ni le sacaban de sus trece.

Hubo conciliábulo, y el señor don Francisco de la Peña vol-

vió á llevar á su hijo, y el alcalde Lezica (su tío) le apadrinaba y Rivadavia recomendaba al niño: "Cuidado con revelar nada", y el otro Francisco (Argerich) iba y venía y no se le pegaba la camisa al cuerpo, con cerote mayúsculo que los causados por su palmeta.

Entre ellos, Villota y Caspe, segundo conclave celebróse, donde oidores y ministriles con dulces promesas primero, y amenazas finalmente, volvieron á interrogar al niño de la buena letra.

— Confiesa, niño. ¿A ti te han hecho escribir esto? Serás inocente, pero...

Y el niño, enérgico desde la cuna, como lo fué toda su vida de honradez y patriotismo á la antigua, nones que nones:

— ¡Esa no es mi letra!

Y recaditos van, y consejos vienen, y por fin dice el Virrey á su secretario:

— Si la letra es la misma y no hay modo que declare, aplíquese el principio de su propio maestro: "¡La letra con sangre entra!" Después de la azotaina confesará. ¿Quién le mete á jeroglíficos comprometedores?

No hubo más. Por tercera citación comparecieron padre, hijo y espíritu santo; es decir, el señor de Lezica, el marido del rosario ó de la tía Rosario, á mal tiempo perdidosa, del que le había regalado el reedificador de la iglesia de Luján.

Nada que sospechar dejaba niño tan formalito. Menos el señor don Francisco de la Peña, español serrote, grave, y más godó que el rey que, como el otro, ignoraba ser llamado para presenciar azotaina de su vástago.

— Confiesa niño, la verdad, — repétiale al subir con él de la mano la ancha escalera del Cabildo.

Y la verdad declaró.

Le los quedaron todos y asombrado el padre, cuando al ser por última vez interrogado:

— ¿Es de usted esta letra á la suya tan parecida?

— Sí, — contestó Juan Bautista.

— ¿Dónde la ha escrito?

— En la escuela.

— ¿Quién le mandó escribir?

— Señor maestro.

— Anote el Notario.

— ¿Cómo se llama su maestro?

— Don Francisco Argerich.

— ¿Dónde vive?

— Reconquista, número 70.

— ¡Alguacil! — ordenó el magistrado. — Vaya usted, é inmediatamente conduzca aquí al maestro Argerich.

.....

Por mucho que volaron corchetes y alguaciles, antes había volado el pájaro, y á la sazón, viento en popa, sin detenerse en Montevideo, iba Argerich muy de prisa por esos mares de Dios á toda vela, sin parar hasta el Brasil, de donde sólo regresó cuando nuestros padres ya tenían patria.

¿Qué había sucedido? Pues nada: que halagando á Juancito, el señor Argerich hacía copiar por su discípulo de mejor letra cartas, proclamas y toda la correspondencia que Rivadavia, Moreno y Belgrano propalaban, incitando á la emancipación á los patriotas del Alto Perú, y cuando llegóse á sospechar allá que los cábecillas anduvieran por acá, bajo pena de azotes, que aun sin prometer muchos daba, conjuróle Argerich al más riguroso secreto sobre el papelito extraviado.

Azotes por azotes, comprimido el niño entre dos azotainas, y desconfiando de la frágil infancia, el maestro, advertido por Rivadavia que sus amistades en la secretaría del Virrey teníanle al corriente de la investigación, aconsejó á uno pusiera pies en polvorosa, aviso que no se hizo repetir, y al otro, confesara la verdad y cantara de plano, pues ya no habría peligro ni para el inocente copista.

En verdad, empezabà siendo mucho niño, el que bien pronto fué mucho hombre en todas las circunstancias, tan olvidado patricio. Ministro, presidente del Banco, de la Municipalidad, de asociaciones de crédito, senador, comerciante, hacendado, no fué de esas reputaciones de vidrio de aumento, sino por el contrario, de las que crecen y se acentúan con el tiempo, pues que á larga distancia se recuerda con aplauso su múltiple actuación.

Desde sus primeros pasos los dió con la firmeza que procedió toda su vida en el recto camino del deber y el patriotismo. La economía proverbial del señor Ministro de Hacienda don Juan

Bautista Peña y Lezica puso coto á muchos despilfarros de la hacienda pública.

No reconocía más que una moral y como hombre público y particular fué hombre de bien y honrado á carta cabal. La misma diligencia observaba en la hacienda pública que en la propia, preservándola de sus perseguidores y tantos que de puros patriotas nos van dejando sin patria. Alguna vez se le criticó de excesiva estrictez, quedando como adagio: "Más económico que don Juan Bautista Peña".

Pero si no supo despilfarrar los dineros públicos, ni empeñar al Estado en onerosísimos empréstitos, supo sí hacerlo prosperar sin salir del presupuesto.

.....

En la tarde de su vida, refiriéndonos candorosamente sus primeros tímidos ensayos de revolucionario novicio, terminaba su relato:

—“En verdad que la primera sangre que estuvo más expuesta á correr en esta plaza en vísperas de la Revolución de Mayo, fué la de mis nalgas”.

Si quedaría bien sentado el señor Ministro de Hacienda, don Juan Bautista Peña, sobre sólidos principios, cuando desde muy niño defendía el secreto confiado hasta exponer en inminente peligro “el de sentarse”.

Fué todo un carácter, y el recuerdo de este digno ciudadano, tan lleno de virtudes y valor cívico, perdura en la generación que le sucedió, por lo que á los cien años de su primer servicio renovamos á sus biznietos tales reminiscencias como digno ejemplo que imitar.

... Como lo dice el título del libro, se ha consagrado á relatar en un estilo sencillo, lleno de fluidez y de alto valor literario, las tradiciones nativas que hablan con elocuencia de nuestro carácter y de nuestras costumbres, tarea concebida y llevada á término bajo un plan meditado.

(*El Orden*, Tucumán).



Los colores de la patria

(SU PROMOTOR)^o

Indiscutiblemente Beruti fué el promotor de los colores de Mayo.

I



EN aquel momento escampaba. Breve intermitencia entre dos garúas.

Toda la semana fué lluviosa.

En la nublada mañana del Viernes 25 de Mayo de 1810, fría y melancólica como la de esperanza lejana, grupos del pueblo se aumentaban sobre la Vereda ancha, cuando French preguntó á Beruti:

— ¿Qué distintivo llevamos para evitar confusión ó desórdenes de entrometidos que vengan á aguar la fiesta?

Los retrógrados y empecinados juzgaban que aquello era todo un desorden, pero los jóvenes chisperos pretendían completo cambio de todo en el mayor orden.

Beruti señalando al cielo, contestó:

— He ahí nuestra bandera, el color de nuestro cielo en esta solemne hora decisiva.

Como frecuentemente sucede durante largos días de lluvia, en aquellos momentos aclaraba, y ancha nube blanca cruzaba

lenta y majestuosamente dividiendo en dos fajas el celeste de inmensa bóveda opaca que cubría la plaza de la Victoria — cuna desde aquel día de la independencia americana.

— ¡Bella inspiración! — contestó el compañero. Y estos dos gloriosos gemelos de la revolución de Mayo (French y Beruti), entrando en la tienda de García sobre la Vereda ancha, al Café posteriormente bajo la Recova nueva, salieron con rollos de cintas celestes y blancas, siendo Beruti el primero que ostentó tal divisa.

Luego ambos se mezclaron entre los grupos, repartiéndolas á los más entusiastas, y muy pronto se vieron penetrar en la plaza cuantos á ella llegaban, con el distintivo de los patriotas en el sombrero, en el ojal ó sobre el poncho.

Jóvenes patriotas peroraban por todas partes. Vedia, Balcarce, López, Viamonte, Ocampo, Martínez, Guido, Gómez, Melián, Albarracín, Mansilla, Darragueira, Thompson, Moldes, Peña, Chiclana, Irigoyen, Moreno, iban y venían del comité de la casa Azcuénaga al Cabildo, y de éste al Café de la *Vereda ancha*.

II

De ahí se originó la bandera nacional: de ese moño blanco y celeste, colores que ya usaba en su uniforme el Regimiento de Patriotas, quienes si pudieron tomarlos de la banda de Carlos III, cuando soldados de su hijo, no para marchar contra el Rey. Consagra igualmente esta tradición de familia en la de Beruti, la hermosa inspiración del poeta, que con verdad exclamó:

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres.
El blanco y el celeste de nuestro pabellón.

Con los colores de la divisa del primer día, convertida en escarapela patria, dos años después, enarboló el general Belgrano el pabellón en la batería del Rosario, donde se levanta hoy el monumento á la bandera. Esta fué la que al año siguiente (1813) hizo jurar al ejército vencedor en Tucumán, sobre las riberas

del río Juramento, al llegar á Salta en vísperas de su victoria, y que fuimos á saludar en Jujuy, conservada hásta hoy bajo cristales en el Salón de Gobierno.

Otra hermosa inspiración del joven Beruti, en la fría mañana del 25, en que vino al mundo una nueva y gloriosa nación.

“Asonada de manolos encabezada por mozalvetes de tanta influencia como French y Beruti, no pasará del barrio del Alto.” murmuraban empecinados.

Y como demoraran los primeros delegados que el pueblo envió al Cabildo (Chiclana, Moreno, Irigoyen), volvió á observar French:

— Parece que por allá arriba hablan de componendas y andan descomponiendo la lista.

— Pues alcance, compañero, el papelito; nosotros mismos llevaremos la de los que han de dirigir al pueblo como más genuina representación.

Y al pie de la torre del Cabildo escribió los siguientes nombres, que momentos después, desde lo alto de su balcón, eran proclamados primera Junta Gubernativa: Saavedra, Belgrano, Castelli, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Paso, Moreno.

Las dos más hermosas inspiraciones del 25 de Mayo, distintivo y gobierno, fueron debidas al entusiasmo y actividad de Beruti.

No es sólo el testimonio del historiador Mitre que comprueba lo que afirmamos de que este chispero de la Revolución, como él llama, fué el primero que ostentó los colores pátrios por él iniciados en la mañana de Mayo.

Nacido en esta ciudad en 1772, falleció en la de Mendoza en 1842, y concluida que fué su primera educación descollante alumno en la Universidad de Salamanca, se graduó de Licenciado, formando después en Madrid con los Guardias de Corps.

Hablaba como escribía con la mayor nerviosidad y elocuencia natural, reflejando sus entusiastas páginas la jovialidad de su carácter, á lo que agrega el historiador antes citado: “era verboso, lleno de petulancia y animado por una chispa del fuego sagrado que iluminaba su fisonomía y calentaba su palabra”.

III

Y he aquí, de paso, como apéndice, rasgo genealógico de familia patricia cual la de Alberti, Castelli, Belgrano y Beruti, oriundas estas últimas de las rientes montañas del Piamonte, no lejos de la cuna de Colón que descubriera un mundo, y la de Garibaldi, que luchó en él por la libertad. Entre Cogoleto y Cúneo nació el abuelo de este Beruti, que también era González como Belgranó, Rivadavía y Balcarce.

Al pie del monte vecino al Castillo de Moncalieri, antigua residencia de los Reyes del Piamonte, nació su ascendiente de más renombre, eximio teólogo Amadeo Beruti, fallecido allí en 1525 después de haber sido Obispo en Asti y Gobernador de Roma.

En 1750 llegó á Buenos Aires con el padre del futuro general Belgrano, don Pablo Manuel de Beruti, hijo de don Juan Bautista, natural también de Moncalieri, marino al servicio de Génova, y de doña Juana de Oda, turinesa. Don Pablo Manuel era abogado italiano, y ocupó en ésta el puesto de Escribano de la Real Audiencia. A los pocos años de establecerse, desposó á doña María González de Alderete, hija del hidalgo marqués don Lorenzo González Alderete y doña María Susana Flores de Estrada Olmos de Aguilera, en quien tuvo ocho hijos en el orden siguiente: doña Catalina, desposada por el impresor Jacques; doña Ana, por el coronel don Lorenzo Manterola; don Francisco, con doña Rita Sol; don Juan Manuel, con doña Ana María Rolón; don José, con doña María Josefa Mercedes Rocha (*) (abuelos éstos del vicealmirante Cordero); don Antonio Luis Beruti se casó en Mendoza (en 1818) con doña Mercedes

(*) *Señor don Dardo Rocha*: Al encontrar en este ligero rasgo genealógico conjunción de origen en algunos de tus antecesores con descendientes míos, te dedico esta primera página de mi último libro. Grato me fué siempre inscribir el nombre del amigo que desde los bancos de la Escuela, en Universidades y en todo el largo camino seguimos la misma propaganda por tantos años. — EL AUTOR.

Ortiz. Si nos detenemos en esta progenie de dobles escudos que por el de la designada señora de tantos nombres Estrada Olmos de Aguilera, (al frente de cuyo Castillo central, en sus armas arde una hoguera que dos águilas con alas desplegadas custodian, rodeando la leyenda: "Es lumbre que nos obliga — para que virtud se siga") no es por halagar vanidades, sino por desvanecer tizne con que rancios godos encocorados pretendieron menospreciar al autor de los colores de la Patria.

Aquel mismo ricaço de escasa mollera, que chafando su propio hijo exclamara: "¡Pobre Patria en manos de mi hijo Eustoquio!", asomando al balcón del Cabildo en día de revolutina y polvareda en plaza, agregó: "Haga usted patria con chispes del *barrio del Aito*, French, Mansilla y Beruti".

En contraposición á la malquerencia que en toda época atrajo sobre sí la nueva generación, aspirante siempre á un más bello ideal que el de los pelucones, rezago en toda época: "Tiene inteligencia y corazón; este activo y enérgico joven irá lejos!" había dicho al observar tan entusiasta propagandista el patriota señor de Escalada, uno de los criollos que desde el primer momento entró con más fe en la emancipación de Mayo. Su talento natural, su perspicacia y experiencia le hicieron ver claro desde la aurora. Con presentimiento semejante profetizó el éxito del coronel San Martín, bien pronto su yerno, desde que le penetró al día siguiente de arribar el vencedor en Bailén.

Beruti, oriundo su padre de las mismas montañas que provino el de Belgrano, sus dignos hijos defendieron la Patria naciente con igual abnegación.

Es demasiado notorio el gran efecto que sobre las masas populares produce la leyenda inspirada, la anécdota oportuna, la tradición nacional, y es por ello que debemos mirar en estas tradiciones algo más que el trabajo del hombre de letras, debemos atribuirles un extenso alcance en el campo de nuestra nacionalidad, considerándola como un extenso factor de la escuela argentina.

(Los Principios, de Córdoba).



El artillero de Maipo

Es uno de los olvidados de la tierra de Güemes, fecunda en notables patriotas antes y después del caudillo salteño.

I



NAPOLEÓN acostumbraba dormir sobre el campo de batalla, que fué de victoria continua. En el que atravesaremos, durmió vencedor el general San Martín. Objetando Las Heras el "Parte" oficial tan lacónico en lo referente al ataque oblicuo que decidió el combate, contestó:

— Mejor es enviarlo así como está. De otro modo van á creer pretendo compararme con Napoleón.

De pocas palabras prefirió más imitar los hechos, que las palabras del Gran Capitán.

En nuestras peregrinaciones al través de los campos de gloria en la patria grande, señalamos en cada uno de sus aniversarios las huellas de los que en su engrandecimiento se sacrificaron, que recuerdos tales avivan el patriotismo.

Así un 3 de Febrero conmemoramos en San Lorenzo la aparición de los Granaderos á caballo, y triunfos de Belgrano en Tucumán y Salta el 24 de Septiembre y 20 de Febrero, respectivamente. Otro 12 de Marzo descendiendo la cuesta de Cha-

cabuco escribimos al Cura de la iglesia votiva levantada sobre el mismo sitio en que cayó el bravo comandante Bueras que peleaba con un sable en cada mano, celebrara un servicio fúnebre el día 5 del mes inmediato, elevando preces por argentinos y chilenos que rindieron allí la vida defendiendo tan noble causa. El piadoso vicario don Germán Gamboa, sin ser godo, preguntó si debía también aplicar sufragios por los españoles, que hijos del mismo Dios todos éramos hermanos. Recordando el epitafio de Belgrano en el Campo de la Cruz: "Aquí yacen vencedores y vencidos", contestamos de acuerdo, que en la mañana de Maipo concurriríamos acompañando á las familias argentinas que veraneaban en Viña del Mar.

Las viejas memorias del último superviviente de esa batalla Ramón Bruno Vicencio, cabo de pieza en la batería argentina entonces, que allí le oímos ratificadas en el "Parte" referido, y publicaciones de Mitre, Barrós y Vicuña, dieron origen á la presente tradición.

II

En la mañana del 5 de Abril de 1818, recorría San Martín la formación del Ejército de los Andes, en línea sobre Lomas Blancas. Las once y media marcaba su reloj, que señaló invariablemente la hora de la victoria, cuando deteniendo su brioso caballo de guerra en la batería de la izquierda, valle por medio al enemigo, dijo:

— A ver, comandante de la Plaza; usted que salvó todos sus cañones la noche aquella en que los chapetones creen haberlos dejado sin ninguno, pruébeles lo contrario. A usted el honor de empezar. Dispare algunos tiros para descubrir dónde ocultan su artillería.

Y volviendo éste algunos pasos hacia el cañón inmediato del subteniente Espejo, graduó puntaría tan exacta, que disipado el humo, antes de expirar los ecos repercutiéndose de uno en otro cerro, se percibió por el catalejo, remolineando el grupo más avanzado de caballería.

Súpose después lo acertado de ese primer cañonazo, que si no dejó sin cabeza al ejército enemigo, dejó á su cabeza sin caballo.

.....

Era de la Plaza uno de los jóvenes salteños que se presentaron voluntarios con entusiastas y patriotas vecinos que rodearon á Belgrano, habiendo recibido el bautismo de fuego y sangre en el campo de gloria, Tucumán. Cuando del ejército del Norte pasó San Martín á formar en Mendoza el que había de trasponer los Andés, le eligió con otros Oficiales distinguido ya por sus conocimientos y pericia. Ya era sargento mayor la tarde que en rueda de mate, á la sombra del célebre pino que aun se yergue en las ruinas del convento de San Francisco, comunicaba á San Martín:

—¿Por qué no interroga, mi General, al frailecito ceba mate, pues ha pasado varias veces la cordillera, y es tan dado á mecánica, que toda la noche me estuvo hablando de técnica y maestranza, y cómo se atrevería á fundir cañones de las rotas campanas de este convento, con detalles que demuestran afición al oficio?...

Siguiendo observaciones sugeridas por las altas montañas al frente, concluyó San Martín:

— Para transportarlos, sería preciso que los cañones tuviesen alas.

— Alas tendrán, señor! — contestó gravemente fray Beltrán, que no era otro el nuevo interlocutor que se aproximaba...

Deshaciéndose la rueda de contertulianos, siguió San Martín por la avenida de su nombre que en la ciudad de los álamos plantó para recreo de patriotas mendocinas, que hasta de sus alhajas se despojaron para costear "ojotas" con que los soldados pisaron las cumbres más altas; descendiendo al campamento de Plumerillos, en amistosa plática con el joven salteño y el franciscano del cimarrón que agregado desde entonces al Cuartel General, esparcidos dejó recuerdos de sus cañones en Chile, Perú y el Brasil.

III

De tan exacta y larga puntería siguió el experto jefe de artilleros, como de tan largas vistas financieras su sobrino el doctor Victorino de la Plaza, quien á medio siglo distante ocasión hubo de imitarle, afinando punterías bajo jefes tan distinguidos como los coroneles Vedia y Arenas, en los campos del Paraguay.

¡Cuántas veces un primer cañonazo certero, feliz augurio fué del triunfo final!

En pos del referido, alzáronse las tres banderas en el Cuartel general, señal de avance, y descolgándose la infantería del Coronel Las Heras cruzaron sus soldados, arma al brazo, la hondonada intermedia coronada por los veteranos de Ordóñez y Primo de Rivera, que habían arrollado en Bailén las águilas de Napoleón.

La artillería de Chile, mandada por el mayor Blanco Cicerón, convergía sus fuegos con la argentina en tan nutrida lluvia de metralla que, conmovida la línea española, la caballería de los coroneles Freire y Zapiola le arrollaron persiguiéndola bien lejos. Oficiales argentinos y chilenos rivalizaron en heroísmo, no menos que los bravos españoles, con cuyos generales á la cabeza quedaron prisioneros.

Esta gran batalla de primer orden, ganada por un general del mismo, ha sido magistralmente descripta, entre nosotros, por otro general historiador de primer orden también. Agregaremos únicamente que de aquel campo donde sellaron la fraternidad dos pueblos, alzóse la joven República, llevando en su frente la estrella de la Libertad que desde Chile difundiera nueva é inextinguible claridad por todo el Pacífico.

El artillero de Maipo, que siguió haciendo resonar los bien montados cañones por Beltrán, en todos los ámbitos donde la independencia fué amenazada, el bravo Comandante de la Plaza, tan olvidado quedó como otros muchos heroicos soldados de la independencia!



El primer argentino que navegó en Vapor

Fué el primero que propagó más lejos de su Patria el pensamiento argentino.

I



EN el octogésimoquinto aniversario del día luminoso de nuestros fastos en que el estandarte de humo y llamas de un barco reflejó sobre las aguas de este puerto, acaso no sea del todo inoportuno exhumar el nombre de un argentino ilustre, que lo era desde antes de ser el primero que navegó en Vapor.

Viajero, periodista, poeta, comerciante, fué progresista, liberal de pensamiento y acción, impulsando la emancipación americana con más fuerza que el propulsor que le conducía hasta Cartagena, en propaganda por las costas mexicanas, para auxiliar la independencia de la "perla de las Antillas". En la Argentina y Chile, Perú y Colombia, huellas dejó de su apostolado, ejemplarizando con sus donaciones y abnegación, con la elocuencia de su pluma y de su palabra, predicando los principios de la religión de la patria nueva.

No obstante todos estos nobles antecedentes, razón tuvo uno

de nuestros eruditos poetas en llamarle “¡forastero en su tierra!” Firman publicaciones en su honor: Vicuña Mackenna, Palma, Menéndez Pelayo, Ticknor, Fernández Madrid, Florentino González, Vergara, Basavilbaso, en periódicos de Chile, Perú, Ecuador, Venezuela, Colombia y Méjico. Mientras excursionamos por descubrir su nombre, he aquí cuento al caso de otra excursión memorable!

.....

Un año antes fondeaba en Montevideo cierto bergantín, nombrado como su propulsor: el “Vapor”, pero hasta el de 1825 no levó anclas el que tampoco salió del Plata, ni llegó á él. ¿Quién fué el argentino que primero se arriesgó á los peligros de lo desconocido en elemento pérfido como la onda?

Poeta en acción, en alas de su fanfarsia emprendió vuelo un domingo, y fué á oír misa, á hacerse oír de su cara suegra, desde un barquito á vapor, desmintiendo la afectuosa carta que da la noticia, el adagio: “Amor de yerno sol de invierno”.

Siguiendo el rastro de ese afanoso cultor de las letras y del tabaco, oímos á nuestro sabio codificador, reclamara su cuna para la ciudad del Deán, de quien era sobrino, y al que por intermedio de Mosquera le propuso representante de Colombia, en la Argentina, cuando el andariego compatriota llegó á desempeñar el Ministerio de Relaciones en Bogotá, según lo confirma el doctor Florentino González.

No ha mucho la viuda de otro poeta, y poetisa ella misma, mi señora y colega Soledad Acosta de Samper, noticiábanos que la dolorida Elena, hija única del compatriota cuya memoria evocamos, deslizaba sus melancólicos días en la hacienda “Tucumán”, á las afueras de Bogotá, que denominara así en homenaje á la tierra del padre amado.

II

Espléndida mañana la del domingo 13 de Noviembre de 1825, al recordar de nuestros abuelos, que inasistentes á la “Plaza de Toros”, dos días antes, festividad del Patrono San Martín,

por prohibición de toda corrida en día festivo, no pudiendo ir á la plaza se fueron á la playa.

Con la boca abierta lelos quedaron los curiosos al divisar "¡mirabile visum!" cómo se movía y empezaba á virar, sin rumbo ni norte fijo, una embarcación sin velas ni remos que á poco andar salió echando chispas entre silbatos y espesa humareda, barquito que parecía ardiendo por dentro, y cuya alegre caravana embarcóse intrépida á descubrir el vello-cino de oro, que tal resultó la exportación de vellones de lana del Plata, mina de mayor rendimiento que las del Potosí. Era el bergantín "Druid" (Capitán Bell) que á todo vapor y en sólo seis horas efectuó rapidísima travesía de tres leguas, enfrentando las barrancas de San Isidro, en cuyo microscópico puerto del borrascoso Sarandí, escondido entre ceibos y sauzales, no se arriesgó. De popa á proa, de la quilla al mástil, todo era inglés. Sobre cubierta ó entrepuente, por todos lados se oía el idioma del mar, y hasta la sirena silbaba con pronunciado acento inglés. No faltó quien murmurase "sotto voce" andaba el barco con los tornillos flojos, ó algún tornillo faltaba á quienes tan vanamente se exponían.

Esos audaces hijos del mar, los ingleses, están acostumbrados á ahogarse, pero atrevidos debieron ser argentinos que se embarcaron con los compatriotas del Comodoro Brown, único extranjero que llegó á ser nombrado gobernador de Buenos Aires, á tal punto le argentinizaron sus hazañas en defensa de esta tierra. En aquella ocasión no mandaba el barco: platicaba con Miller, O'Brien, Harrart, Shéridan, Armstrong, calculando no sería difícil aplicar la máquina que ensayaban á buques de la escuadra.

Once mil quinientos pesos costaba el "Druid", suma igual, en Europa, á la de la primer locomotora que al rodar sobre la Plaza del Parque doblara su dispendio. ¡Qué comisiones! sobrepasadas únicamente en los tiempos de la manzana de oro, Congreso presupuestado en cuatro millones, en el cual absorbido se han treinta, faltando otros tantos para su terminación! Calculábase que cuando se duplicara el número de esos primeros cuarenta pasajeros, se reduciría á cinco pesos el pasaje de ida y vuelta. En el primer Paquete establecido diez años después á Montevi-

deo, se cobraba una onza de oro por trayecto que, á toda máquina, no siempre terminaba en tres días.

Cinco años apenas de la invención de Fulton, que desconociera el gran genio de Napoleón, un armador americano (1812) obtuvo privilegio del gobierno argentino para navegación semejante á la establecida sobre el Hudson. Fenecido el plazo, sin que nuestras interminables contiendas dieran tiempo para ensayo de tanto progreso, informe firmado por Wilde y Bevans opuesto á su renovación, proponía se diera el privilegio á una compañía de accionistas, mil acciones de trescientos pesos, prontas á subscribir las comerciantes de Buenos Aires, Montevideo, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay.

III

Por entonces en cafés y salones, los doctores García y Belgrano, Erézcano, Irigoyen, Riglos, criollos que acompañaron á Brown, eran saludados con entusiasmo hasta en los bancos de la Alameda, corrillos del muelle, y vejetes que envueltos en sus amplias capas españolas tomaban el sol y rapé, contertulando por las tardes en los poyitos que rodeaban los fosos del Fuerte.

—¡ Ahí viene uno de los audaces argonautas! — se aclamaba. La valiente argentina que acaba de subir al cielo en aeroplano, no es más aplaudida hoy de lo que admiraban nuestros abuelos de aquellos días á los pasajeros del "Druid". Bien que los más jóvenes, llenos de vanidad, erguían la cabeza en los estrados, principalmente en el de Madama Mendeville, primera entusiasta que más tarde navegó en vapor hasta el Janeiro.

No dejó de amenguarse la agigantada nombradía de los porteños, cuando á poco andar llegó noticia que meses antes, el 9 de Julio de 1825, un otro argentino, de las provincias de arriba, habíales tomado la delantera. "¡ Sic transit gloria!"

Semejante á la única casa colonial, hoy en pie, del doctor Medrano, conocida por de la "Virreina Vieja," y contemporánea á las de Costanzó y Basavilbaso en la misma calle Belgrano,

ostentábase desde las postrimerías del siglo XVIII la casa del Virrey, más digna de recordarse por haber sido primitivo aréopago de intelectuales, que por el efímero gobierno de Olaguer Feliú, virreynando de carambola, muerto el primer reemplazante del virrey Melo, según pliego de mortaja.

Hasta entonces ese camposanto tras la iglesia, ó campo de ánimas, reputábase tan peligroso desde oraciones que todavía el primer periódico recuerda el letrero de la esquina: "No pasen por aquí que andan las ánimas". Y es por el núcleo de sabidores que allí se reunían como primitivo centro de luces que espantó ánimas, fortaleciendo é ilustrando ánimos, que mejor se recuerda la casa solariega frente al teatro Colón.

En periódicos de épocas respectivas se recuerdan los nombres del fundador del *Telégrafo Mercantil*, coronel Cabello, y Araujo, Cerviño, Muñoz, Vieytes, Belgrano. Real de Azúa, en esa antigua casa de Azcuénaga el que congregaba allí el primer centro de amigos de las letras.

Veinticinco años después, los canónigos Gómez, Funes, Seguro, al salir del coro de la Catedral contigua, subían los dos altos escalones de su gran puerta, sobre cuyos umbrales tres y más generaciones han presenciado, en cien años el desfile de festividades patrias, á reunirse en tertulia literaria con de Luca. Lozano, Real de Azúa, el periodista, y don Pedro Feliciano Cavia. Otros veinticinco años más tarde, en ese mismo estudio del doctor Miguel Olaguer, corto de vista pero de muy larga vista intelectual, concurría ya en su interesante biblioteca ó en la sala de los Virreyes, cuyos retratos ostentaba, alcanzamos á oír instructivas conferencias al doctor Juan M. Gutiérrez, Quesada, Navarro, Carranza, Zinny, Cuyar, Lozano, etc.

En la segunda generación de contertulianos (1825) cierto día que presentes se hallaban Riglos, Sarratea y Belgrano (el doctor), entró el Deán misiva en mano, llegada de luengas tierras, exclamando regocijadamente:

—Señores argonautas; mucho siento que se les vaya el gozo al pozo. Habéis sido los segundos, mas no los primeros que navegaron en vapor.

Y con cartas del señor Mosquera leyó copia de la de un su sobrino con la fausta nueva que enorgullecía á éste, comprobando

que el 9 de Julio del año anterior, es decir, con cuatro meses de anterioridad, otro compatriota había navegado en vapor desde uno de los puertos de Colombia. Extractamos el texto: "El lunes tenemos un paseo en barco á vapor, para que vea Elvira lo que es, y vaya acostumbrándose á vivir á la inglesa. Su consignatario, antiguo amigo mío, lo tendrá á mi disposición".

Aclarado el enigma de cómo sin haber llegado al Plata el primer Vapor, pues se agregó máquina á un barco en la Boca del Riachuelo, se divisó de estas barrancas haciendo los primeros pininos, virando y maniobrando dentro del puerto, proseguiremos en la aclaración de firma borrajada en cartita encocoradora tan intempestivamente llovida.

IV.

El autor de la correspondencia, bachiller en el Colegio de San Carlos, estudiante de medicina en Lima, conspirador en todas partes y comerciante en la Habana, entretenía sus ocios escribiendo sobre sacos de café, la poesía que empieza:

Hay en el mundo dos felicidades:
Una ser rico y otra ser soltero!

firmada en vísperas que en alas del amor volaba á Bogotá, á ofrendar sus laureles de poeta ante la hermosa bogotana Elvira Zulueta, hija de la señora Teresa Domínguez, modelo de suegras sin duda, que no era sólo cariño en cartas el que en delicadas expresiones le enviaba, y el Soneto con que cerraba la sátira, largamente sostenida con su íntimo amigo y poeta José Fernández Madrid:

No más el tiempo en versos malgastemos,
Porque á la sombra del laurel de Apolo
Coronados y hambrientos moriremos!

Estos sí fueron bellos conceptos que en papel quedaron, pues que así como cantaba la independencia del solterismo en momentos de caer en redes del matrimonio, muchas páginas siguió im-

primiendo, ya con la hermosa versión de "Cartas de Jacobo Dortis", ora con la magnífica traducción "El Cementerio de Aldea", (Gray) que autoridad tan competente como Menéndez Pelayo designa la mejor en lengua castellana.

.....

Pesando pilones de azúcar y enfardando tabaco se hallaba en el establecimiento á su cargo, calle San Ignacio número 6 (Habana) cuando cierto día, que no vaciló en grabar en piedra blanca, uno de los más alegres de su vida, se le presentó otro de sus íntimos discípulos, que con don Juan Andrés Gelly y don Epitacio del Campo se habían encontrado en el mismo banco de escuela veinte años atrás. Era este heroico defensor de nuestra independencia el Coronel de granaderos don Angel Pacheco, que colgada su espada al terminar la guerra, y antes de volverla á desenvainar para cosechar nuevos laureles en Ituzaingó, comerciaba allí su cargamento de carnes del Plata á la Habana, siguiendo después por achaques del corazón hasta Génova á solicitar del alto magistrado que ejercía justicia allí, le concediera en justicia la mano de la beldad que aquí le aprisionaba, dignísima señorita Reinoso, si bien apasionada por el joven guerrero, esperaba la bendición paterna que á tan larga distancia fué á solicitar.

Cuando más esperanzas prometía,
Le sorprendió la muerte en su camino;
Bajó la noche en la mitad del día!

escribió Zalazar sobre este periodista de fama continental, según Fernández Madrid, de quien Urquinao dijo: "La América debía vestir luto, sobre todo, la Habana, por el primitivo propagador de su independencia". Distinguido americano, hombre de superior talento, versado en los clásicos latinos, poeta fácil, elegante para hablar, encantando la sociedad que le escuchaba, agrega González y Vergara: "Hablabá con igual facilidad y corrección el español, francés, italiano, inglés y portugués, teniendo conocimientos bastantes extensos del griego y el latín, llamándole el "Príncipe de la conversación" los granadinos y el "Adonis de las damas" las colombianas".

Confirmándose una vez más que nadie es profeta en su tierra,

agregado á la indiferencia con que desdeñamos todõ lo de casa por ser propio, de extrañar no es que el "forastero en su tierra" fuera más conocido lejos de ella.

De tan notable compatriota, de quien el crítico Gutiérrez repite: "Fué poeta como Heredia y vivió como él la duración de un relámpago", encontramos al fin su nombre en un rincón de la Biblioteca Nacional, en el primero de los treinta y siete volúmenes (edición in folio de Bodoni), que por conducto de su amado condiscípulo Pacheco envió, y también, según oímos á este General, una cantidad de dinero para costear lujosa encuadernación en Buenos Aires, que en la Isla no había quien la hiciera. Obsequio en testimonio del agradecimiento que guardaba hacia su respetable rector, doctor Chorroarín, jefe á la sazón del establecimiento fundado por el inmortal Morenø, y hacia la gran ciudad donde recibió su instrucción, según la carta del 27 de Julio de 1822, firmada con el nombre de JOSÉ ANTONIO MIRALLA.

Un buen humor que no le va en zaga al del mismo Palma, caracteriza las tradiciones del doctor Obligado. Las beatas, monjas y curitas que aparecen en algunas se desempeñan con cierta desenvoltura y donaire encantadores; y otro de sus tipos, como el de "Pobre en España, rico en Buenos Aires", (Antonio el calañesito), están admirablemente presentados. También juega con el vocablo y dice picardías de cuando en cuando para lo que le sobra intención é ingenio, por todo lo cual resultan sus páginas muy alegres y vivaces.

(*El Tiempo*, de la Capital).



Rozas cautivo

Hermoso tipo de raza criolla como el padre, el hijo; con la diferencia que éste se desvió desde su infancia de los buenos consejos de aquel honrado patricio.

I



CRISTIANO rubio apartando *pa* semilla", había gritado el Cacique, dispersando á *caballazos* el grupo de indios que, al concluir la refriega, atropellábase por repartirse su chapeado y prendas de plata. Sin duda á su belleza debió Rozas su salvación en tan apurado trance.

De don Juan Manuel se dijo, posteriormente, que fué uno de los más hermosos tipos de su raza.

En aquel terrible año 40, que todo lo coloreó, cuando bajara de la Escuadra Francesa el Vicealmirante Mackau á visitarle, en circunstancias que en un mismo sofá de crin negra sobre caoba conversaban ambos, salía el General Guido del salón de Gobierno exclamando con admiración:

— ¡Jamás he visto juntos dos hombres más buenos mozos!

Agregando la hermana del Gobernador, al ver entraba el General Mansilla:

— Ni militar de más gallarda planta que mi marido.

— Tiene razón, Agustinita; ni mujer más hermosa que la que con tanta perspicacia lo observa.

Y el galante diálogo entre una dama de *esprit* y el más culto y galante de nuestros diplomáticos, seguiría derramando rosas en el salón del mismo, más largo sin duda que aquella visita.

Pero, como ninguno de los referidos personajes lo es de esta tradición, agregaremos solamente que tratándose de cristiano tan gallardo, nada extraño fué anduvieran *Cacicas* y *Capitanejas* á tirones de las mechas, cuando cristianas muy recatadas, caso hay más de uno acostumbraban imitarlas.

.....
 Cómo, cuándo y dónde cayó Rozas cautivo, tema es de capítulo aparte. Mientras alguna alma caritativa ruega á San Pedro Nolasco por su redención, de cajón viene aquí una manito de historia pampa...

II

Recuerda la tradición que un viernes trece, Diciembre de 1783, caía postrado, de un bolazo en la frente, el Mayor de milicias don Clemente López Osornio.

Cerca del palenque, frente á las poblaciones de su Estancia, Rincón de López, se encontró cubierto por el del padre, el cadáver de su hijo Andrés, á quien defendiera hasta el último aliento.

La invasión de indios fué aquel año terrible y devastadora.

Pasado el Río Salado, sólo se divisaban por todas partes ruinas humeantes por el gran malón.

Lo que poco se recuerda es que el mismo día y más de cien leguas al Sur, por otro certero tiro de bolas que le enredara los brazos, dejándole indefenso, caía también cautivo el Alférez don León Ortíz de Rozas.

.....
 El 3 de Enero de 1785, salía del fuerte de Patagones don Francisco Javier Piera, al comando de cincuenta soldados, hacia las tribus más cercanas, refugio de cuatreros y desertores.

No había transcurrido veinte días cuando, derrotados sus ex-

ploradores en los desfiladeros de la sierra, apenas escapó el que llevara el cuento.

De notar era que contra las órdenes superiores y advertencias de subalternos más prácticos, desoyendo los consejos de la prudencia, iniciara Piera su injustificada invasión.

Confirmando una vez más que á la crueldad unida va la cobardía, á este jefe, que tan inhumanamente había pasado á cuchillo toda una tribu el año anterior, no sólo se le aflojaron los calzones, sino que cayó muerto del susto, al saber la pérdida de su hermano, Oficial de vanguardia.

La situación era bien afligente; pero quedaba Gómez, á quien no se le cayeron, porque llevaba bien puestos los muy ajustados que por entonces se usaban.

Este Oficial en quien recayó el mando, no era hombre de atormentarse, y no obstante quedar á pie en media pampa, rodeado de indios, su prudencia y serenidad salvó á los que la impericia de su jefe dejara á punto de perecer en el desierto.

Improvisado un atrincheramiento al pie de la Sierra de la Ventana, mientras que entretenía á los indios con parlamentos, acechaba la ocasión de hacer salir algún chasqui bajo las sombras de la noche, pidiendo auxilios á Patagones. Aunque pocos ó ninguno aguardaba de la tierra, puso su confianza en Dios, y esperó. . .

Era de los soldados cristianos que, como los oficiales de Belgrano posteriormente, tanto enseñaban á un tiempo la carga del fusil en once voces como el rosario en cinco *paternóster*.

Con esta ciega confianza en el buen Dios de su destino, al venir el día, y cuando acababa sus devociones matinales, se le presentó un indio como llovido del cielo, y la lenguaraz Catalina, trayendo *papelito que habla* (papel pintado, carta ó comunicación). El Cacique mandaba decir que todos los cristianos habían sido derrotados, que pasaría á degüello los cautivos y también á los de ese campamento, si no se retiraban prontito. Que fuera el Capitán grande y el cirujano, para tratar de las paces y auxiliar á los heridos.

Genuina muestra de la correspondencia de cautivos, transcribimos la carta del Piera cautivo al Piera muerto, copiada del diario militar de Gómez:

“ Querido hermano: Estoy bueno, á Dios gracias, y cautivo en poder de Catruén, el que me considera en ciertas cosas; pero estoy esclavo en poder de todos los del toldo. En fin, hazte cargo cual será nuestra miseria; pero no debes darte por entendido de nada de esto, pues me han encargado todo lo contrario, y así me conviene. Avisa á Buenos Aires de nuestra infelicidad y la de Rozas, que está aquí en poder del Cacique Negro; los demás están con Dios.

“ Me mandarás un barrilito de vino, un par de arrobas de yerba, el tabaco que tiene Varena, catorce ó diez y seis cuaderillos de papel, una muda de ropa, el poncho y cuentas de las que tienen en los cajones, para pasarlo menos mal. Y así conviene los trates bien, y les digas que te digo que me tratan como á ellos. Mándame uno ó dos reales de jabón, para lavar; y mándame, ¡por Dios! todo cuanto te pido, y te puedes retirar que no te puedan hacer daño; y reza; y encarga nos encomienden á Dios, por los cautivos y muertos, por nuestra redención, y á Dios que te dé feliz viaje y á todos los compañeros. Yo me quedo á poca distancia.

Domingo Gabriel Piera.

P. D. — Creía que á Gómez lo hacían para Río Negro, para ir á traer la paz. Trata bien á éstos, y dí que te digo bien de todos; y no hay que hablar porque hay ladinos; y será para nosotros un infierno. La dicha Catalina es sobrina del gran Cacique, regálala bien; y mándame un tintero con pluma para escribirle al Virrey.”

III

Cuando allá por los años de 1742, llegó nombrado Gobernador y Capitán General, don Domingo Ortiz de Rozas, trajo un segundo Domingo, en calidad de sobrino y ayudante; y cuando don Domingo 1.º pasó á desempeñar la Presidencia de Chile, donde por las poblaciones que fundó, fué agraciado con el título de

“Conde de poblaciones” el sobrino de su tío, vencido ya en otras lides, próximo á caer en las de Himeneo, quedó en esta ciudad de la Santísima Trinidad, pasando á servir en el batallón real de infantería como Capitán.

Este alto y erguido señor de Rozas, que poco se daba con la mayor parte de los Oficiales, encontró entre ellos un otro más alto y no menos Capitán, que le caía en sayo, así en humos, pergaminos y estiramientos.

De Castilla la Vieja ambas familias, á un tiempo casi llegaron á ésta; y si las preferencias de sobrino del tío Gobernador realizaban propios méritos en el flamante Oficial, últimamente incorporado, los del más antiguo en el batallón, sirviéronle de intermedio para la aproximación con los demás.

Alto, delgado y de morena faz, el uno; rubio, sonrosado y grueso, el otro; si aparecía entre ambos contraste físico, así se armonizaban en lo moral, como en lo noble se igualaban.

Si el rubio descendía de los duques de Normandía, el moreno provenía de los antiguos Condes de Gómez, abuelos de doña Ximena, esposa del Cid Campeador, don Rodrigo Díaz de Vivar, castellano á las derechas.

Y larga lista de Condes, Duques y Marqueses, en líneas paralelas de ambas prosapias ascendían á las alturas, como que los dos tenían Santo en el cielo.

Los Capitanes don José Gómez del Canto y don Domingo Ortiz de Rozas, con mayor predilección por el estrado que por la carpeta y otras distracciones de cuartel, galantearon en la flor del coloniaje descollantes pimpollos de belleza, por lo que, si no al mismo tiempo colgaron la espada, en la misma hora misteriosa del corazón, levantaron el velo nupcial de la frente virginal de sus prometidas.

Gómez desposó á una de las más hermosas doncellas del Virreinato, doña Juana Rospilloso, (cuya estirpe contaba tres Pontífices en la Corte Romana y un Santo en la Corte celestial) y el señor de Rozas á doña Catalina de la Cuadra.

Lo que poco acontece en estos tiempos del telégrafo y el vapor, que todo pasa rápido, y ni caudal ni amistades duran tres generaciones, los hijos de ambos siguieron hasta la tumba, la amistad que heredaran de sus padres.

Venidos á la vida en corta diferencia sus primogénitos, como á hijos de Capitanes del Rey, á un tiempo les llegaron de la Metrópoli los cordones de cadete; juntos entraron á la escuela del Rey, don Lázaro Gómez y don León Ortíz, menos porque vivieran en un barrio, que por ser la única en muchos años. Más tarde, ingresaron al batallón en que sus padres habían seguido carrera. En un mismo buque se embarcaron para su primera campaña; una era la fecha de sus despachos; juntos arrollaron con sus valientes soldados del Fijo á los veteranos ingleses de la Plaza de Toros, en la tarde del 11 de Agosto de 1806. Cuando el Capitán Rozas supo que Gómez había caído muerto en la brecha de Montevideo, el 3 de Febrero del año siguiente, tan gran sentimiento le apesadumbró, que antes de concluir ese año, colgó la espada.

Tales antecedentes explican la clase de íntima y sincera amistad que estrechaba á los dos alféreces del Fijo.

¡Cuál sería, pues, la sorpresa de Gómez al tener la primera noticia de su amigo! No sólo vivía Rozas, sino bueno y sano se encontraba á poca distancia de su campamento.

Como la desgracia le había hecho desconfiado, poco creía en promesa de indios; pedía mayores pruebas, algo como una muestra que le dejaran ver, de lejos siquiera, la punta de la nariz de tan deseado cautivo.

En estos parlamentos, chasques y mensajes se estaban, cuando un buen día se le presentó de cuerpo entero y tan entero de alma como de cuerpo, el mismo Rozas; tan llorado compañero....

IV

Abrazándose entre lágrimas, pasados los primeros momentos de efusión, dijo Gómez:

— Y bien, hermano: ¿qué debemos hacer para que tu visita en mi campamento pase de tal, refeniéndote por siempre?

— Lo primero, empezar por retirarse. Enviar el parlamento pedido, que yo dejo el terreno preparado en el ánimo de los Caciques, haciéndoles ver cómo siempre les fué mejor vivir en paz con los cristianos.

— Pero empecemos por el principio, y puesto que estás entre nosotros, quédate.

— ¡Imposible! He dado mi palabra, y me conoces desde chico, esciavo de la palabra de honor.

— ¿Palabra á indios?

— Palabra de cristiano, que yo siempre cumplí.

— De aquí no te sacarán, sino después que nos hayan muerto á todos.

— Lo que no tardará mucho, pues te encuentras rodeado de *indiadas* sedientas por no dejar un cristiano con cabeza, y son los Caciques aconsejados por su propio interés, *que no sólo entre indios es el mejor consejero*, los que hacen esfuerzos en detenerlas. Catruén, principal de los que aquí acampan, quiere mucho al hermano que fué de parlamento ante el Virrey. Escribirás á éste, para terminar el tratado en el que los indios prometen someterse. Ha sido la mayor imprudencia traer invasión con tan poca gente, como se te inculpará que, rechazando esta proposición del Cacique se malogre ocasión tan propicia. No es fácil salgas bien en tan afligente circunstancia, mientras que por interés de algunas yeguas y que les devuelvan los rehenes, te dejarán regresar sin hostilizarte.

Los últimos *malones* han dado pésimos resultados, pues están las haciendas muy reconcentradas. Más cuenta hace á los indios vivir de las raciones y regalo del Gobierno, que de los robos y asaltos, convencidos hoy, por mi propaganda, que les es mejor ser honrados por conveniencia.

— Todo esto está muy bueno; pero lo que es á tí, no te largo.

— Así será, señor Comandante; pero como León Rozas siempre tuvo una palabra, y ésta la he empeñado en volver, me largo solo, dijo, dirigiéndose al palenque y montando el picazo.

No hubo razones que le hicieran apearse; ni los cariñosos pedidos de sus compañeros, ni las afecciones que á Buenos Aires le atraían.

Algunos días más pasaron en idas y venidas, chasques, mensajes y parlamentos; pues, si bien Gómez aceptaba las proposiciones, hacía hincapié en la entrega inmediata de Rozas.

Quedaría el Capellán y demás prisioneros en rehenes, entregaría todos los víveres, y objetos pedidos, cuya lista era larga como

pedido de indio. La comisión de éstos y la de cristianos marcharían juntas hasta la Capital. Harían las paces según lo convenido; pero nada de esto tendría cumplimiento, sino cuando, en libertad Rozas en el campamento de Gómez, pudieran juntos emprender la marcha de regreso...

Y tanto alegó y lo sostuvo, que al fin lo consiguió, cumpliéndose el adagio de que:

"Más te vale un buen amigo
Que en tu troja mucho trigo".

V.

Espigado, enjuto, puro nervios y puro corazón, era don Lázaro Gómez un pundonoroso Oficial, y á su perseverancia y buen tino debióse la salvación de los expedicionarios; redimir á Rozas, abreviar el cautiverio de sus compañeros y hacer la paz más duradera.

Aquí y en la otra banda, se distinguió batallando contra portugueses y *charrúas*, pampas é ingleses. Instruído y valiente, heredó con la virtud de sus padres el honor, herencia legada á sus descendientes, que han sabido conservar como religión de familia ciento cincuenta años en esta tierra.

.....
No había, pues, sido muerto don León, ni siquiera herido, apenas sí, cautivo; y aunque al principio trafado con severidad, más humanamente fué, desde que lo cambiara el Cacique Negro, como lo demuestra en dejarlo ir, bajo su palabra, al atrincheramiento de los cristianos.

Este Cacique recordaba que su padre había hecho la paz más duradera con otro Rozas (1743); como un hijo de él repetía á don Juan Manuel, en vísperas de Caseros, donde le ayudó á bien disparar, que su padre (don León) había sido cautivo de su progenitor.

Comprueba esto una vez más que siempre es bueno ser bueno, aun con malos; pues supo don León portarse como hombre honrado y buen cristiano en todas las circunstancias de la vida.

Consiguió hacerse querer de todos. Primeramente por las prendas que vestía; reservado para canjearlo, por su varonil belleza y hasta por el recuerdo de su humanitario tío, gobernante que consideró á los indios, y en todas partes llegaron á apreciarlo.

De más de una toldería lo pedían prestado, cuando en compañía del Padre Montañés empezaron á instruir á las indias, en cristianos principios y, quizás en muchas otras cosas...

VI

Así acabó ésta que pudo llamarse la expedición de los milagros; pues milagro y no chico fué que no mataran á Rozas, que lo conservaran intacto por tanto tiempo; le exhibieran comprobando su existencia; volviera, resignado cristiano, á seguir la suerte de sus compañeros cautivos; que al fin lo entregaran por las exigencias de Gómez; y, por último, y no el menor de los milagros, que una partida tan reducida salvara en su travesía al través de indiadas sedientas de pillaje.

Sobre si dejó, ó no, semilla entre pampas el hermoso cautivo, aunque poco dados á genealogías de princesas y *cacicas*, agregaremos únicamente que más raro fué la aparición entonces de un cacique negro entre lampiñas caras bronceadas, que posteriormente, más de una de las nietas de éste, peinar rubias trenzas sobre blancas mejillas color de rosas.

Misterios son estos que Darwin á su paso no profundizó, ni tampoco nosotros...

Hombre honrado á carta cabal, era don León de Rozas, humanitario y valiente; contemporizando por su prudencia, supo conquistarse simpatías hasta en los salvajes.

De temperamento suave y afable, irradiaba buen genio en su abierto semblante, y por su bondadoso carácter paternal arreglaba toda disidencia, así entre indios como cristianos.

Proverbial fué siempre su distracción, y, sin duda, para evitar volviera á caer entre pampas, á su regreso, ya sin padres, congreso hubo de tías que le condenaran á cautiverio perpetuo.

Encargado de casamentera misión, su guía espiritual, como

en tales tiempos era usanza, llegó á descubrir que otro colega mercedario contaba entre sus hijas de confesión, la más hermosa flor del verjel espiritual.

También sin padres, pues entre las calamidades que al señor don León persiguieron no conoció la de suegra, crecía la más bella mercedaria, que hábito de tal vestía desde el fatal *viernes trece* en que su padre y hermano fueron muertos por los indios, la misma tarde que cayó Rozas cautivo...

En la del martes 30 de 1790, desposó el Capellán Castrense, en el Convento de Mercedarios, al señor don León Ortiz de Rozas con doña Agustina López de Osornio...

Y así salió de un cautiverio para caer en otro sin salida. Pero si angustias hiciera pasar la enérgica Agustinita al blando y cariñoso marido bonachón, misterios fueron que encubrieran cortinajes de aposento conyugal á que nunca fuimos dados des-correr.

A pesar de su nombre, don León Ortiz de Rozas fué bondadoso y honrado en este valle de rosas, que el hijo regó con sangre.

Conocidos como son el autor y la índole de sus producciones, poco queda por decir en su elogio que no haya sido repetido por los muchos escritores nacionales y extranjeros que han hecho justicia á sus apreciables condiciones de la labor histórica y literaria, en las difíciles cuanto instructivas tareas á que consagra sus preferencias.

El sabe dar esa justa armonía de la parte histórica y de la parte literaria que es el escollo más difícil de los trabajos de este género é ilustra muchos episodios de la vida nacional que contribuyen á hacer conocer lo que podríamos llamar la esencia de los acontecimientos y de las ideas en la época en que se desarrollan.

(*La Prensa*, de la Capital).



El Café de la Amistad

...fe!... amistad!...

I



UNQUE aclaración á título semienigmático, sencilla y naturalmente fluirá, anticipamos no se trata de endilgar homilía teológica sobre la fe y la amistad, por más que predicamos en época que tanto escasea una como otra. Sin duda necesario no es viajar á Iscariot en procura de Judas, donde á la vuelta de cada esquina peligro hay de tropezar con un traidor.

Sólo resta del antiguo *Café de la Amistad*, á más de los recuerdos en tres generaciones que intimaron afectos, humeante taza de aromático moka por medio, fragmentos abollados de ovalada tablilla metálica que tenemos sobre la mesa, descifrando apenas en fragmentos de letras medio borrajeadas:... FE... AMISTAD. Lo que falta, lo carcomió el herrumbre. Sabio arqueólogo, exhumador de antiguallas, consiguió restaurar letrero en cuyo desciframiento se leía: *Café de la Amistad*.

El afamado establecimiento abría su única estrecha puerta, antes de dos amplias ventanas, todos los días del año, de siete de la mañana á diez de la noche, y desde el subsiguiente al *año negro* (1840) hasta el ennegrecimiento de su frente, ocasionado por chamusquina de la Estación al frente...

Esto aconteció cuando la empresa del Ferrocarril del Norte,

haciendo oídos de mercader á repetidas órdenes para trasladar su viejo casucho indiano, demoleador anónimo juzgó más expeditivo prenderle fuego ante la reincidente desobediencia con que, esa y otras compañías extranjeras, acostumbran menospreciar la autoridad del país donde enriquecen.

Destarada la parroquia de viajeros retrasados, marinos que ya no desembarcaban por el largo muelle vecino, y asiduos más viejos esparcidos ya en diferentes cementerios, cerró puerta y ventanas café tan limpio y confortable, después de haber hecho la fortuna de sus dueños y estrechado con apretado nudo amistad de numerosos comensales.

Verdad es que su origen nos remonta al cariño en los cuartos chicos, anterior á la invención de Clubs, que á desalojar han llegado contertulianos de confianza, del mate, noche á noche al calor de la estufa, sin que el humo del cigarro separara todavía, del comedor á la sala, niñas y mozos, ancianos, ni pisaverdes de cabezas canas. Pasado habían aquellas largas noches de invierno lluvioso en que el negrito del farol precedía alumbrando al atravesar bocacalles, oscuras como boca de lobo, saltando sobre albañales y malos pasos, que por entonces lo eran todos, aunque únicamente llegaran al *Café de Marcos*, anterior al de don Ramón y el de *Catalanes*.

Luego de la introducción de clubs (el de *Residentes Extranjeros* es decano) entre el *Café del Plata* y el *de Colón*, fué el *Café de la Amistad* de mayor concurrencia en las primeras horas matinales y en las últimas de la tarde. En parte alguna servíase mejor café con leche, ni tostada más tostada. ¿Qué estudiante no hizo *rata* por un par de ellas? ¿A qué marino no se le iban los ojos y el olfato tras el humo de esa gran taza gruesa, como antigua jícara de aromado *soconusca*?

No en valde letrero tan atrayente! Sin los inmensos cristales que reflejan cientos de luces eléctricas en sus congéneres de la Avenida de Mayo y Buen Orden, si no se vendía allí amistad á son de música, al calor del café y la amistad compenetráronse muchas almas en armonía. Concurrentes conocimos que desde su primer rabona, por cincuenta años consecutivos, infaltables fueron á la mesa de *dominó*, y muchos de ellos cuando sus manos se entrelazaron sus almas quedaron abrazadas.

II

Fué por los años de 1842 que los Dirube, bayoneses de honrada raza, establecieron el *Café de la Amistad* en el Paseo de Julio, bajo el número, hoy 160. Rico estanciero escocés, de los numerosos pastores, cuya laboriosidad acumuló en nuestros campos gran fortuna; donó ese inmueble para que sus alquileres costearan la educación de dos menores, que debían seguir enviándose mensualmente á la Sociedad Escocesa luego, á objeto de contribuir al sostén del Colegio de esa colectividad en esta ciudad, como hasta el presente se cumple.

El más joven de los hermanos Dirube, después de veinte años traspasó el Café á su consocio Cancillo y Gómez, vendiéndolo más tarde á Posse y Durán. Fué bajo esta dirección que se clausuró, cuando ya el hijo de su fundador, laborioso joven, levantaba fortuna más allá de Luján en su Estancia, comarca vecina á los ricos campos de Areco, donde falleció el propietario escocés de la casa Paseo de Julio.

Desde las primeras horas de la mañana, la concurrencia era de marinos. En sus lustrosas mesitas, llenas á todas horas, yendo ó viniendo de á bordo, entre dos sorbós del fragante moka y mucho humo, conversaron y discutieron largos años los tenientes Ballesteros, Rodríguez, el mayor Seguí, ó Zacarías Pereyra y su inseparable, infortunado Massini, cuando de un poco más distante del Japón arribaron; *Don Pedro el Cruel* (capitán Carreras), Pedraja, Cabal, Jorge, Folly Brown, Turner el rubio, y el rubicundo capitán Badía, Morris que salvó el vapor "Buenos Aires" y Constantino Jorge el griego que perdió los dedos de una mano por defender á Murature en el drama de traición, herido el padre sobre el cadáver del hijo; Marzano y Marzanito, Py, Neves, Fianza, el Comandante Somellera y hasta el Capitán del Puerto alguna vez, Coronel don Francisco Seguí (el vencedor en Juncal), Sinclair, que alcanzó su centenario, Murature y su suegro Galeano, viejos y jóvenes, marinos de ese barrio de la Marina, que en cuanto desembarcaban, era por su devoción la primera parroquia donde oficiaban.

Aunque no con tanta frecuencia, solía encontrarse en la mesa de entrada, un grupo que casi llegó á ser grupo histórico. Cuando de su rancho de Belgrano llegaba el *corneta de Ayacucho*, á echar su cuarto á espaldas con el antiguo grumete de "La Argentina", copita de coñac en medio, sesentones ambos, Obregoso y Manrique, en continua disputa, sobre quien había hecho resonar más la trompeta de la Fama, ó conducido más lejos la bandera. Verdad que este último, la hizo flamear sobre todos los mares, en la nave que el Comandante Buchardo condujo hasta el Mar Indico, y Obregoso, mellado tenía el labio de tanto tocar á la carga en el Regimiento de Granaderos que por hábitud, á degüello le salía cualquier toque. Tras la inacabable narración de sus hazañas, sobre quien obtuvo más heridas y medallas, apéndice infaltable tenía el último sorbo de café, si el de Yungas *dcl panteón* que él bebió al pie de la planta donde en Bolivia florece, desde antes de haber Bolivia—según la frase del Mayor Obregoso—ó el te de Honkong, que sin azúcar le brindaron al Teniente Manrique, antes, mucho antes de ser Teniente, en tacitas tan minúsculas como las que en Arabia mascan el moka. A cortar el diálogo solía pasar don Manuel Pedro de la Peña, despidiéndose de este par de porfiados patriotas, repitiendo: "Digan lo que quieran, no hay mejor te que el del Paraguay, bebido á la sombra del yerbal. Ya lo probarán ustedes si llegan á mi tierra".

Llegaron y ocasión de ello hubieron, pues que estos dos meritorios servidores de la patria, que en su prolongada vida abarcaron la primera y última batalla por su independencia, siguieron íntimos camaradas de campamento hasta los combates en el Paraguay.

III

En horas centrales la concurrencia raleaba un poco, pero luego, ya antes de caer la tarde, venían cayendo los infaltables, comentando nuevas del día. Cansados unos por las tres vueltas del largo muelle, obligado paseo digestivo, detenidos otros por el fresco de la oración, sobre los bancos y poyitos de mam-

postería en los que bajo añosos ombúes en la alameda, encocoraban discusiones trascendentales á vecinos tan graves como los señores Escalada y Llambí, sobre sí don Felipe Senillosa ó don Felipe Arana habían pasado la cuchara de plata á Manuelita Rozas en la inauguración de la muralla del Paseo de Julio, ó si era de ese *Café de la Amistad* que salieron marinos ingleses bamboleando entre San Juan y Mendoza, gritando un ¡Viva Rozas! al divisar á éste, embarrándose entre sus soldados bajo la lluvia torrencial (9 de Julio de 1851) última parada en que él formó.

Por mucho tiempo fueron frequentadores Balbín, Aramburu, Molino Torres, Quintana, Callejas, Pestaña, Monasterio, Dozal, Uribelarrea, Bengurúa, Lalama, Eastman, Islas, Sagasta, Rodríguez, Basso, Delfino, Basabe, Olazarri, Terencio Moor, Acevedo, Uriarte, Gallardo, Temperley, Llavallol, Carreras, Rossi, David Bruce, los doctores Ocantos, Villegas, Garrigós, Migoni, Tamini, Descalzo, Matti, Rossi, don Manuel Mansilla, don Lorenzo Gómez, Cranwell, Canaveri,— en fin, todo el barrio de la Merced y la Merced misma, pues que tarde hubo que sobresaliera la teja de su primer Párroco Olavarrieta, ó del Teniente Coronel Canónigo Argerich, ó don Felipe Elortondo, después Deán, no el último de los Felipes de tan feliz época.

Pero la mesa principal, donde largos años, dominando su vozarrón todas las voces, fué la de don Emeterio de la Llave, infatigable lector de *El Nacional*. Todo era entrar este antiguo consignatario de frutos del país, de tan buena ralea como la que sus descendientes continúan, que aproximársele el risueño Cancillo brillando sus ojitos celestes, de tan suave carácter, como el gordiflón de su consocio Dirube. Excelentes bayoneses, en mangas de camisa, en veinte años no tuvieron una palabra, donde no se oían más gritos al través de espesa gangolina de humareda y comentarios que: ¡Copas para el dos!—¡Café para el siete!—¡Media para el ocho!—¡Completo para el cuatro!—¡Chocolate y tostada para el seis!—¡Dos para el doce!—¡Te y ron para el trece! —siguiendo la numeración de las pequeñas mesas de cedro lustrosas. Llegaba, pues, don Cancillo, sonriendo con *El Nacional*, número reservado para los reservados. Bien pudiera repetirse, en aquel solemne momento, la salutación de Eneas:

“...intentique hora tenebant”.

Todos callaban, agrupándose los que esperaban, y entrando los retardados, mientras que, limpiando sus gafas con inmenso pañuelo á cuadros, sorbía su riquísimo café, refiriendo como introducía novedades de Bolsa y Mercado de Frutos, al desplegar con calma el diario repetía sonriendo su muletilla: "Bien está San Pedro en Roma, mientras yo coma".

Acercaban con ruido sus sillas á la mesa del rincón el grave don Cayetano Grimau, marino en cesantía, poniéndose los anteojos para mejor oír, Larrosa cobrador de Pestalardo, (Teatro de Colón), los señores Amadeo, don Luis, don Vicente, de rematrimoniamiento reciente, á sus sesenta, padre, hijo y nieto, trinidad de Amadeos, tan religiosos como honrados; don Evaristo Pinedo, Lugones, Esnaut, etc., siguiendo impertérrito, con su voz aguda y chillona, desde el artículo de fondo hasta el último hecho local, inalterable y sin pausa, sin tomar aliento, aunque sin alientos dejaban los comentaristas de alrededor, y grescas en que los más fosforescentes intrincábanse por quítame allá esas pajas y con salidas como ésta:

— Bien dice don Juan Bautista que de nada sirven todos esos pelagatos que escriben en los diarios, y vienen descomponiendo el pandero. No han sabido atender su hacienda, y pretenden dirigir la del Estado gentes todas que si las cuelgan patas arriba no les cae un cobre.

— Mejor acaba de replicar Sarmiento, — decía su contrinante, — que á muchos de esos ricachos, porque anduvieron más despabilados para atrapar tierras, ya se les ponga patas arriba, patas abajo ó de cualquier forma, no les cae una idea de parte alguna.

— No hay más, mi amigo, — agregaba un tercero, — la Patria se viene perdiendo por tanto patriota afanoso en levantar la hacienda pública, al día siguiente de haber perdido la propia.

Y otro viejo de voz aflautada, que nunca sirvió para maldita la cosa, alzando su roja nariz, agregaba:

— ¡ Sálvense los principios! los principios ante todo, señores; la ambición y la intransigencia, lo echan todo á perder. No bien acabamos con el fanatismo de los frailes, nos impusieron los caudillos de poncho, aunque dice el manco Páz que estos caudillos de frac son peores. Nos llega á su turno numerosa tribu de doctor-

bitos pastores, que se han dado á fabricar por ristas leyes rurales sobre lo que no entienden.

Y dejando caer por un momento la hoja, agregó una tarde don Emeterio de la Llave:

— ¡Vean, vean, cómo andan las cosas! Bien se dijo la otra noche en la Cámara que al último Rector jesuíta, se le ha puesto recuperar los terrenos adyacentes á la antigua Chacarita de los Colegiales, en que Munita tragina con los ayunos de éstos. Oigan: “Diablura ingeniosa: Esta mañana, los madrugadores del barrio de *El Nacional*, formaban corro frente á la ventana del Rector del Colegio Seminario, Canónigo don Eusebio Agüero, sobre la que flotaba una ancha sábana blanca, que todos veían, menos él, resaltando entre cuatro calaveras, pintadas en sus extremidades, el esqueleto de un estudiante escuálido, muy flaco, cuya boca exclamaba: ¡*Socorro!* ¡*Socorro!* que nos morimos de hambre!

¡Pobres colegiales! Aún muy tarde se apeñuscaban los curiosos paseantes, hasta que el Jefe de Policía don Cayetano Cazón, entró á denunciar el cartel, para que lo descolgaran. El Rector se preocupó más que de indagar la verdad de la queja, en averiguar quién era entre los discípulos de don Martín Boneo, que regenteaba la clase de dibujo, el que tan lindas calaveritas pintaba”.

IV

Así continuó por muchos años este conclave inofensivo de comentarios del día y eruditos á la violeta, mariscaleando y enderezando la Patria, ya que no podían enderezar sus escuálidas figuras que los años curvaban.

Numerosas mesas en cuatro largas hileras poblaban el único salón cuadrado al que en su fondo se agregó últimamente complicada y altísima maquinaria para triturar, torrificar y mezclar el grano, cuyo café hervido á alta presión corría líquido por tubos, desde el piso alto.

Sesenta años después, en la Metrópoli, de millón y medio de habitantes, en cada esquina ha brotado un café, cuando nó dos,

pero no otro más agradable, tan abrigadito, lleno de dulces recuerdos y amistades duraderas, como el modesto y confortable *Café de la Amistad*, en el Paseo de Julio (1842-1892).

¿Dónde estará ese grupo de cabezas canas que noche á noche disputaban sin alterarse jamás?

¿Dónde aquellos honrados ancianos que creían reconstruir la unidad de las Provincias, comentando la propaganda de Vélez, Sarmiento, Piñeiro, y provincianos que la predicaban todas las tardes? Tan pegada á nuestro oído dejó su imperturbable lectura que á veces creemos que ése buen señor de la *Llave* sigue comentando *El Nacional* en el otro mundo.

Cerca de cincuenta años fué dado saborear allí conjuntamente con el más aromático café la más dulce amistad...

IMPRESION DE UN NONAGENARIO

Más de una vez me han hecho llorar sus tradiciones, reviviendo escenas que presencié cuando niño. Mucho me gusta su estilo, primero: porque es suyo, propio, por los temas tan criollos, entusiastas y patrióticos en época que se tiene por inservible cuanto al terruño se refiere. Me gusta como relata, sin desconfianza, con buena intención y sin malos juicios, indulgente cuando encuentra algún bellaco sobre quien no le sale un elogio. No deje de escribir sobre personajes olvidados para enseñanza de niños y consuelo de viejos, pues bien sabe usted que el que sabe conmovier lo sabe todo.

FERNANDO GARCÍA DEL MOLINO.



El primer ferrocarril

Las vías férreas aproximan la tierra y dan paso á las naciones.

I



No hay temor que engolfemos al lector en la enmarañada y eterna controversia de si fueron rubios hijos de Albión, ó los más *coloradotes* del extremo opuesto, que se clasifican modestamente ingleses refinados, los inventores del primer Ferrocarril, del primer Vapor, del primer Telégrafo, y de muchos adelantos de que se jactan esos primerizos del Nuevo Mundo.

Menos dilucidaremos, si griegos ó romanos usaban en sus caminos algo á rieles parecido, ó si dos siglos antes del tren que cambió en 1825 su carga de carbón por carga humana, trasportábase ya la hulla de las minas al embarcadero sobre carriles de madera.

Desde que el célebre Newton ensayara en 1680 la primera máquina á vapor, precursora de la locomotora, hasta que el americano Oliver Evans, declarado bienhechor de la patria, presentó el primer año del pasado siglo, carro anfibio, que tanto servía de locomotora, como de buque á vapor, exhibiéronse muchas locomotoras; pocas más perfecta que la primera argentina, construída hace treinta años en los talleres de Tolosa, por aquello

de que siempre lo último resume los perfeccionamientos anteriores.

Recordamos simplemente la inauguración del ferrocarril entre nosotros, como si dijéramos dentro de casa, para nuestro uso doméstico, aquí, en la plaza más central, aunque ya se ha alargado viniendo á ser de uso y provecho mundial.

Referir lo que antes de transcurrido medio siglo, parece ya olvidado hasta en su fecha y promotores, cae del modo más natural bajo nuestra pluma...

.....
— ¿Qué significa ese pequeño lingote de hierro, en que descansa la pluma? — preguntaba el niño terrible, encargado de hacer más ruido alrededor de nuestra mesa de trabajo.

— Doble significado tiene, que debes no olvidar, pues es fragmento del hierro que mayor riqueza ha producido en nuestra campaña, llevando bienestar á todo el país. Pero como larga es su historia, pues se extendió en camino algo más largo que el de la casa á la escuela, si luego vuelves con buenas notas, la oirás al lado de la estufa.

Y pues es el de hoy, día de San Justo, recordaremos haciendo obra de justicia, olvidados promotores del progreso actual.

No habían transcurrido tres meses del gobierno del doctor Obligado, año 1853, cuando llamaba éste á preferente despacho la solicitud del señor don Fabián Gómez, el primero en proponer una vía férrea. — Objetó el recto doctor Ferrera, el fiscal catoniano, que debía ésta sacarse á licitación, como dictaminó ya en las propuestas de aduana, muelles, puentes y caminos, gas, telégrafos y otros benéficos proyectos que no quedaron en proyecto durante aquella laboriosa administración; pero el 9 de Enero de 1854 ya aprobaban las Cámaras otra concesión.

Tuvo origen ésta en el Club de *Pelucones* de la calle de Corrientes, como denominara Juan Carlos Gómez en *El Nacional*, á los asiduos contertulianos de tantos años del señor don José Manuel Guerrico, por cuya sala ha desfilaro, en dos generaciones, lo más notable que pasó por esta Capital.

Allí se discutía en asamblea de amigos cada idea útil, y apoyada con la influencia de tan respetable grupo de honrados y laboriosos ciudadanos de iniciativa, rara vez quedaba sin realizarse.

Verdadera antesala del progreso, pocas fueron las empresas que en los veinticinco años siguientes á la tiranía, no tuvieran su origen en ese inolvidable conclave de progresistas.

II

Tan escabroso fué el calvario de esta obra, que un año después de ofrecerse en *dos años* la terminación de las veinticuatro mil varas de vía, hasta Morón, vióse obligada la empresa, á solicitar la sustitución del vapor por caballos, en las estrechas calles—tal era el cúmulo de obstáculos que vecinos y propietarios oponían.

Firme en su propósito, y venciendo todas las dificultades, un buen día el señor don Felipe Llavallol, presidente de la comisión, con su hermosa faz sonrosada, siempre sonriente y bonachona, entró al pasar, en casa de su vecino del barrio de la Merced, saludándole lleno de satisfacción, con estas palabras:

—Al fin, hoy empezamos la magna obra. Si el señor Gobernador quiere clavar el primer riel, en su vida tendrá otra ocasión de remachar clavo de más provecho...

Desde antes del primer tramo, ya tropezó con inconvenientes, y no fué el menos grave hacer llegar la enorme locomotora hasta donde debía llegar. Nunca había cruzado mole de tanto peso por las calles de esta ciudad, y no encontrándose medio de camionage hasta se proyectó, ya que no podía trasportarse por tierra desde la entrada, al *Once*, conducirla por agua, aprovechando alguna créciente, como la de *Santa Rosa*, que acostumbraba empujar más de un buque dentro las calles, profundizando el *tercero* que con gran caudal corría por el Parque.

Pero el ingenioso señor don Valentín Cardoso, se acordó del que subió el diablo al cielo, y así don Sebastián Casares, que acababa de remontar por ingenioso procedimiento el pesado grupo del Arcángel vencido sobre el alto frontis de la Iglesia de San Miguel, con los marineros de sus numerosas lanchas, trasportó desde la Boca al Parque la primera locomotora, hasta el lugar destinado.

La obra del ferrocarril duró uno, dos, tres y cuatro años, y empezada á tramitar en el primer trimestre de la administración Obligado, no pudo inaugurarse hasta tres meses después de su terminación.

Vencidos los mil obstáculos y oposiciones, sucedió que una vez construido, no hubo quien se animara al viaje de ensayo, ni entre los mismos señores de la comisión. Así dejaremos sobre los rieles coches vacíos por falta de pasajeros, mientras van almacenando coraje, los más guapos, al ver pasar día á día, el tren de carga, sin accidente.

III

Si entre la primera y última locomotora, fuera del *miriñaque*, *el ojo de cíclope*, las ocho ruedas, tornillo de menos ó resorte de más, para simplificación del mecanismo — poca es la variación, mucha sí es la de la plaza de donde rodó la primera máquina.

Metamorfoseada la del Parque, hoy Lavalle, en parque inglés, por obra y gracia del hábil horticultor Mr. Favier, mucho antes de 1857 ya había desaparecido de su centro laguna en que el General Nazar, en sus rabonas, cuando sólo era el hueco de Zamudio, recordaba haber cazado patos.

De aquella inolvidable época en que la Plaza del Parque con su mala banda de música y árboles sin sombra, hacía competencia á la del Retiro, lugar de cita de las más elegantes domingueras, apenas se conservaba la fachada del cuartel, pero sin el Coronel Martínez en su balconcito, como en los días en que Monasterio y el poeta Luca fundían los primeros cañones y balas que anunciaron al mundo nuestra independencia. En tan precioso sitio osténtase actualmente el hermoso Palacio de Justicia.

Donde se alza el palacio Miró, amplio y selvático jardín del mal servido *Restaurant* competía con el vecino café del Parque, contiguo á la botica del mismo nombre, en cuyas glorietas no cabían tres personas...

Por la soledad y tinieblas de esta plaza donde crecía el visnagal antes de la llegada del tren, pocos eran los que se atrevían

cruzar á media noche, temiendo encuentros con la viuda del Parque. Desde entonces quedó el refrán callejero:

“Por la plaza del Parque
No se puede pasar
Porque todos predicen
.....

Del propio solar (antiguo basurero) donde se levanta hoy el monumental Teatro Colón, salió la primera locomotora, á cuyo influjo se modificaron costumbres y paisajes.

En lo relativo á éstos, recordaremos soñamente que, donde se yergue la estatua de Lavalle, se instaló *el banco de las camelias* y en él, al caer la tarde, viejos patriotas se congregaban en la melancólica tarde de su vida á suspirar por las cosas perdidas, recordando que siempre el tiempo pasado fué mejor.

IV

Y al fin, pues todas las cosas lo tienen, el día del último reconocimiento, se decidió la Comisión Directiva á subir en cuerpo y alma, aunque llevando el alma en un hilo, afrontando con gran valor el viaje de ensayo.

Sólo el inglés don Daniel Gowland y Larroudé, de los señores del Directorio, habían tenido ocasión de viajar en Europa en ferrocarril, pues no menos de diez mil kilómetros hubieron de recorrer para juzgarlo, llegando al más cercano del Callao á Lima, los que del nuevo mundo no habían salido. Dos leguas sólo medía ese primer ferrocarril en esta América, en 1848. La conclusión del de Valparaíso á Santiago, celebrábase por aquel mismo mes (Agosto 1857), trayéndonos esto el recuerdo del oportuno brindis del ilustrado ingeniero chileno don Santiago Arcos (hijo):

“Brindo, dijo, haciendo votos porque el riel que empieza en esta plaza se extienda y continúe hasta ir á enlazar su último tramo con el que ya ha salido de Valparaíso, viniendo á formar vínculo tan inquebrantable, entre los dos pueblos hermanos, co-

mo el que estrecharon las armas desde este mismo Parque, conducidas por mi padre, Ingeniero del Estado Mayor de San Martín, á nuestro Chile, á cuya emancipación coadyuvaron”.

Y como á la ida, en el viaje de última inspección fuera todo bien, regresaba la máquina con más velocidad, á razón de veinticinco millas por hora, cuando cerca del puente del Once de Setiembre, sin decir, agua va, agua fué, por demás caliente en su descarrilamiento, cayendo desde el alto terraplén á la zanja.

Tumbado el vagón de encomiendas, las cabezas del Secretario Van Praet y del Vicepresidente Gowland chocaron fuertemente, al mismo tiempo, que la del Tesorero don Francisco Moreno golpeaba al robusto señor Llavallol hasta dejarle un momento sin respiración.

Don Mariano Miró que fumaba, fité fumado, saliéndole por la espalda, y no por las narices el humo, pues asustado el *habano* huyó de su boca, dando media vuelta para ir á esconderse entre ropa y carne, bajo asentaderas.

El señor Larroudé saltó sobre el primer caballo á mano, jaca rabricorta, por más señas, cruzando á escape entre tunaes del Bajo de los Hornos, á guardar el susto en casita, en la que se entró de galope hasta la cocina.

Los otros señores de la comisión directiva, don Manuel José de Guerrico, don Esteban Rams y Rubert y don Francisco Balbín, salieron mejor parados, y en asamblea improvisada á campo raso, resolvieron no resolver nada, es decir, no decir cosa alguna á persona viviente, sobre aventura locomotriz tan poco edificante, y taparse oídos y boca, y alguna otra cosa machucada, para que no se fuera á traslucir algo del sucedido.

Cuando llenas de ansiedad sus inquietas esposas salían á preguntarles cómo habían pasado, los maltrechos y graves señores, con semblante compungido, que se esforzaban en presentar risueño, contestaban que *muy bien*, disimulando chichones y cardenales.

Primeros mártires del progreso, al sentarse inadvertidamente, alguno de ellos, más que de pronto se levantaba y seguían refiriendo entre suspiros mal disimulados, las delicias de un viaje de placer, no fuera á ahogarse la fiesta de un ferrocarril, que inauguraba su descarrilamiento antes de su inauguración.

Con todo, terminado quedó este último, gozando sus constructores de muchos días de asueto, pues no asomaban los guapos que se decidieran á viajar por él.

V

Aquel año no hubo *Santa Rosa*.

La linda limeña, caprichosa como todas las bellas, no se daba á los vientos de otros años.

Reservaba sus ímpetus, sin duda, para el siguiente, en el cual, como en 1780, no dejó títere con cabeza, viejo con peluca, mástil con vela, ni chimenea con veleta.

De entonces viene el adagio popular: "Como el temporal de Santa Rosa".

La mañana del 29 de Agosto de 1857, á la hora en que generalmente se andan atrancando puertas y ventanas, en previsión de tormentas y ventarrones, apareció tibia, perfumada, transparente, llena de dorada luz y de tan suave brisa, que parecía primicia de anticipada primavera.

Leve viso de tisú plateado, con que la aurora cubría sus encantos, veló las primeras horas matinales, y cuando el sol desde el zenit derramaba su claridad más esplendente, todos los habitantes se echaron á las calles, en traje de día de fiesta.

Para fijar la fecha de esta tradición hemos tenido que consultar no menor número de sabios, memoristas, anticuarios, historiadores, numismáticos y astrónomos, que para fijar la llegada del primer vapor al Plata.

Bajo el frontis de la antigua estación del Parque, léiase en grandes letras: "Inaugurado el 30 de Agosto de 1857". Pero nuestro recuerdo de testigo ocular, queda confirmado no sólo con los documentos que se publicaron con anterioridad, señalando el día 29 para la inauguración, sino también con la descripción de ésta, insertada en los diarios de la mañana del día *treinta*.

Apareciendo ocho horas antes de la fiesta, ni que fuera crónica de baile escrita la víspera, como suele acontecer.

Banderas y gallardetes de todos colores flameaban al viento, y músicas militares poblaban los aires con alegres armonías.

Hombres, mujeres, ancianos y niños, se dirigían al Parque, y aún cuando ya la estatua enana del dios Marte coronaba el ancho portal del viejo establecimiento al frente, era fiesta de paz lo que allí celebrábase.

La concurrencia se desbordaba por puertas y ventanas, balcones y azoteas, y multitud de muchachos colgados de árboles y faroles, aumentaban con bullicio ensordecedor el de las bandas, cohetes y petardos.

No menos de treinta mil espectadores, — se calculó tercera parte de la población de la ciudad, — cuyo número duplicábase á lo largo de la vía hasta la Floresta, por uno y otro costado. A pie, á caballo, en carruaje, en carreta, carro, carretilla, *castillo* de cañas, y en toda clase de vehículos, el pacífico ejército formado en línea de dos leguas, saludaba con aclamaciones, pañuelos y sombreros, á la primera locomotora que adornada de flores y de banderas, corría á triunfar del desierto, flameando al viento su estandarte de humo y llamas.

En el centro de la plaza se alzaba improvisado altar, entre altos mástiles revestidos de los colores patrios, y cargado de guirnaldas, escudos y gallardetes de todas las naciones, anunciaban la fiesta del progreso y de la fraternidad.

Concluído el *Tedéum*, con majestuoso paso adelantóse el Ilustrísimo señor Escalada, á tiempo que, de flores coronadas, acercábanse lentamente al altar *La Porteña* y *La Argentina* (primeras locomotoras) para esparcir sobre ellas el agua bautismal, bendiciendo tan venerable prelado la vía, la locomotora y el tren.

En ese momento, que era la primera hora de la tarde, se asataban sobre aquel punto anteojos de cuatro daguerreotipos, y el clisé conservado por el hábil fotógrafo Pozzo, reprodujo con fidelidad la viva escena de aquel instante solemne y conmovedor...

Al pasar el tren rápidamente sobre el elevado puente del Once de Septiembre, un *compadrito* de clavel en la oreja, cruzó al galope debajo de aquél, golpeándose la boca y dando vivas.

En aquella plaza de frutos del país doscientas carretas vacías abrían sus negras bocas al cielo, con sus pértigos en descanso, como á la funerala, vencido el buey por el vapor; y cuando algo más adelante una paisana, después de encender dos velas á la Virgen de Luján, salió de su rancho agitando la bandera de la patria y vivando, la banda de música del 2.º de línea, mandado por el Teniente Coronel Emilio Mitre, contestó á la espontánea manifestación tocando la marcha de Lavalle.

Siguió á ésta otra escena menos estruendosa, pero más característica. Un viejo paisano que venía entrando entre nubes de polvo con su tropa de ganado á los corrales, desmontóse é hincado sobre el pasto se persignó al pasar la locomotora.

El padrino de *La Porteña*, Obligado, que viajaba en el tren de honor al lado del Gobernador, apercibió silenciosa lágrima que se deslizaba por la rugosa faz del sencillo campesino de blancas barbas.

Durante el *lunch* servido dentro del kiosco de la Floresta, se derramaron en abundancia *champagne*, flores y elocuencia.

¡Qué inmenso horizonte abría á la esperanza aquel corto ferrocarril, cuyo silbato estridente anunciaba al coloso que llevaría por todas partes la fecundidad, el movimiento y la vida! El se repetía y dilataba, escuchándose con placer como eco armonioso del himno de victoria de la civilización sobre el desierto.

“Aproxima el día, — agregó el Gobernador Alsina, — en que sea posible borrar del derecho público la desgraciada palabra *extranjero*.”

“Y se vió, recuerda el cronista de la fiesta, después de treinta años, por primera vez, al lado de las personas del Gobierno que recién llegaban á él (Alsina, Barros Pazos, el General Zapiola), al ex Gobernador doctor Obligado y sus ministros Mitre, Vélez

y Riestra, quienes decretaron el primer ferrocarril, haciendo resaltar su presencia el hecho hasta entonces desconocido, de una administración la primera que descendía pacíficamente del poder, siendo dignamente honrada por la que le sucede."

"¡Honor y gloria á la administración del progresista gobierno del doctor Obligado!"—exclamaban los diarios del 30 de Agosto, al describir la fiesta de la inauguración en el día anterior.

VII

Al regresar en treinta minutos, cinco menos que en el viaje de ida, para recorrer los diez kilómetros, no faltaron episodios curiosos, como el del muchacho que por apuesta se tendió sobre la línea pasando el tren sobre él; y el cacique Yanquetrús, que subió buscando dónde escondían el caballo come-carbón y respira llamas....

Diez pesos papel moneda de entonces, costaba el pasaje de ida y vuelta, y cinco en carruaje descubierto, en toda la extensión de la línea, cuyo primer viajero fué el doctor Vélez, y su primera víctima el filántropo señor Miró.

Aquellas dos primeras leguas de rieles, han valido más á la vida y al adelanto de Buenos Aires, no obstante las guerras posteriores, que cuanto se proyectó y realizó cuarenta años atrás.

Si los millones gastados en guerras desde 1857, se hubieran invertido en la prolongación de líneas férreas, apenas distaría hoy dos leguas de una Estación, la estancia más lejana.

El ferrocarril fué también la mejor arma contra la guerra. Su rapidez ha reducido las últimas á su menor expresión, y sin duda no se habría prolongado cinco años la del Paraguay, á haber llegado entonces los rieles á Formosa.

El confirmó nuestra carta de ciudadanía ante el Congreso de las Naciones. Desde entonces se nos invita á todas las reuniones internacionales de vías y comunicaciones postales, telegráficas, ferrocarrileras, etc., etc.

Gastar mucho pareció el empleo de doscientos mil nacionales en una legua de vía; pero los últimos diez kilómetros se han

pagado tres veces más caro de lo que costaron los diez primeros, del Parque á La Floresta . . .

Tras ellos se han extendido luego catorce mil kilómetros, sobre los que fueron transportados, el último año, catorce millones de viajeros (cuatro veces la población de la República) y siete millones de toneladas de carga, ascendiendo el capital de los treinta ferrocarriles á cuatrocientos cuarenta millones de pesos oro. Hoy en 1911 se recorren ya más de treinta mil kilómetros.

Objetóse en aquel tiempo que no recorrería sino de un centro á otro por campos poblados; pero el primer Gobernador constitucional presentía que alrededor de cada Estación había de surgir un pueblo, por lo que planteó, á la par de las primeras escuelas, las primeras vías de comunicación.

Tan profunda era su fe en que el ferrocarril venía á transformar por completo la campaña, en la que no sólo el gaucho dormía sus siestas, sino muchos gérmenes de industrias, que despertaron al silbato de la locomotora! . . .

¿Podría imaginarse el pilón inmenso de azúcar de Tucumán, la montaña de trigo de Santa Fe, la torre de lana de los millones de ovejas en Buenos Aires, transportados por la antigua carreta tucumana? . . .

VII

He ahí la historia de este clavo que no fué un clavo, cuando su administración estuvo confiada á comisiones de ciudadanos tan honorables, como las que presidieron los señores Llavallol, Haedo, Castro, Madero, Hergo, Cambaceres, Elizalde, asistidos por ingenieros de la competencia de don Guillermo Bragge, Otto Arning, Tomás Allam, Augusto Ringuelet, Brián, etc.

Posteriormente, más sabios economistas, considerando sin duda á este ferrocarril como verdadero clavo, y cuando otras muchas líneas ya recorrían gran extensión de la campaña, se deshicieron de él como de carga onerosa; á los setenta días de su enajenación la provincia de Buenos Aires se había quedado sin

un kilómetro de vía férrea de su propiedad, y también sin un peso de su venta...

¿Sospecha alguien dónde fueron á parar los cuarenta millones consabidos?

Si alguna alma caritativa quisiera adoctrinarnos, cumpliendo el precepto tan cristiano de enseñar al que no sabe, mucho se lo agradeceríamos, en punto tan interesante, sobre todo para los contribuyentes.

.....
 Quédanos en el tintero muchos cuentos del primer día del ferrocarril, como los que le sucedieron, y no es el menos curioso cómo vino á nuestro conocimiento que por la locomotora que sólo había costado once mil dollars en fábrica, se cobró al gobierno *veinte mil*, de la casa de Londres que la envió. ¡Misterios de sábios comisionistas!

Cierto día que nos mostraba en Nueva York sus libros de fábrica, contestó el gerente de los talleres de Brawdwing Locomotive á nuestra pregunta de curioso viajero:

— Hoy podríamos dar por algo menos una locomotora con todos los perfeccionamientos de los últimos adelantos, pues por la primera que exportamos á Buenos Aires nos pagaron *once mil dollars*.

El mismo precio que Brown calculaba en 1825, al primer barco á vapor en el Río de la Plata.

Pero eso sería ya extendernos en zona tan vasta como la que abarca la actual red de ferrocarriles, bifurcada por toda la República.

Y he aquí, en resumen, la historia y el significado de este lingote de hierro que sirve de asentador, fragmento del primer riel extendido en tierra argentina...

¡Benditos los tiempos en que, con la sencillez de costumbres de la época, un vecino de la Merced entraba al pasar en casa de su convecino el Gobernador, y le invitaba sin ceremonia ni etiqueta á acto tan trascendental, con estas palabras:

— Si el señor Gobernador quiere clavar hoy un pedazo de hierro, empezará la obra más benéfica para el país.

.....
 Hombre práctico, poco dado á frases, no pronunció largo dis-

curso al asestar el primer martillazo en la vía férrea que hoy llega á los confines de la República, siendo en esta América la que más extensión mide, ni derramó *champagne* sobre los rieles, á guisa de agua bautismal, imprescindible en ceremonias semejantes.

Tenía un granito de esa fe, que sembrada desde la cuna, germina en el transcurso de la vida, y esparce consuelo hasta en los postreros días.

Por esto, al retirarse del despacho de gobierno, entró aquella tarde en la Capilla de San Roque, arrodillándose sobre la tumba en que reposan los restos de su abuelo, cristiano viejo, benefactor de la Iglesia, y dió gracias por haberle permitido vincular su nombre á una obra de la importancia de aquella, cuyos trabajos inauguraba.

Y encontró su primera satisfacción, en esa muda lágrima del sencillo paisano, que como al paso de una cosa santa, se arrodillaba en medio de los campos para reverenciar al ferrocarril, que vino á dilatar la tierra y abreviar la distancia.

Las dos primeras leguas de vía férrea, el mayor timbre en la administración del primer Gobernador Constitucional, sólo costaron cuatrocientos mil pesos nacionales. Sobre los treinta y dos mil kilómetros que les han seguido, menos interesa saber su costo que el del importe de las riquezas que han transportado. Tal reflexiona este último sobreviviente de los invitados á la inauguración del primer ferrocarril!

... Es un cantor de las glorias patrias, y á este fin consagra el autor de Tradiciones Argentinas brillantes páginas, que son hermosos himnos en prosa, — si se nos permite el concepto, — y los que por la índole del asunto tratado no se prestan á tan elevadas inspiraciones descuellan así mismo por lo castizo del lenguaje, el vivo y riquísimo colorido y la elegancia verdaderamente ática del estilo.

Ilustración Sud-Americana.



La Escuela de don Juan Peña

TRADICIÓN DEL ÚLTIMO DÍA DE LA TIRANÍA

Aquí se enseña á amar á la Patria.

I



ALLÁ por los años de 1825 en una casa vieja se abría una escuela nueva. El maestro era joven, y su sistema de enseñanza rejuvenecido con las innovaciones de Lancáster. Sin escribir libro alguno, muchos ejemplares publicó que, á la vez, sin ser reimpresos, perdura sino su lectura su enseñanza en numerosos descendientes de sus educandos.

Puede recordarse en justicia que la Escuela de don Juan Peña hizo escuela. No fué simple maestro de palotes, si bien muestras de su propia letra decoraban los muros, notables por su hermosa caligrafía. A la enseñanza primaria agregó la de dibujo y francés, no llegando á la de solfeo ó canto, pues éste se oía á todas horas en desconcierto, que por oleadas entraba á interrumpir el silencio de la clase, gangolina infernal de chinas y gringuería en el mercado contiguo que parecía merienda de negros.

Allí se había abierto en 1792, el primer Teatro de la Ranchería; desde entonces todo el barrio quedó cantando por esa

“calle de los mendocinos”, ó arribeños con tonada antes de napolitanos ambulantes.

Casa vieja en la esquina de Santa Clara y Chacabuco, frente la “Botica de los Angelitos”, transformados hoy en discípulos de San Crispín, sin duda, por exigir más fuerte calzado nuestras malas calzadas, que unguentos y cataplasmas la progresiva ciudad de los aires buenos. Detalle de memoria infantil: una de las pocas casas de tres pisos en los tiempos de antaño, esa en que don Juan Dillón estableció su farmacia, actual zapatería, y en cuya propia calle, á pocas cuabras, elévanse actualmente catorce pisos. Oficina de Ajustes, no atinamos si para tornillos flojos, de tantos que cruzan la bajada, ó para ajustarles las cuentas á empleados en la aduana vecina, acostumbrados á que se les quemem los libros, y también los depósitos, á razón de incendio por mes.

II

Puerta ancha, zaguán espacioso, á la derecha abría la que comunicaba al interior de las habitaciones de familia. A la izquierda, salita donde el maestro recibía bondadosamente á cuanta madre afligida llegaba á confiarle sus retoños. Alta parra de uvas siempre verdes, que los escueleros se encargaban no dejarlas madurar cubría el primer patio, conduciendo húmedo corredor al segundo de oficinas indispensables. Frente á la puerta de calle, el salón chico para los grandes, y haciendo cruz, el salón grande para los chicos, con dos ventanas y puerta intermedia condenada, debido este nombre, no sólo por férreos brrrotes fijos, sino por ser paradero perpétuo de penitenciados, con larga lengua de bayeta colorada á charlatanes, ó cucurucho alto de papel marquilla, única condena, substituyendo la azotaina en la escuela de Argerich y la dura palmeta con agujeritos de don Rufino Sánchez.

En la conjunción de ambas salas se alzaba sobre tarima de dos tramos alto pupitre, desde donde la mirada vigilante del maestro, que lo ve todo como la mirada de Dios, abarcaba su pequeño mundo infantil. Poco lo ocupaba, paseándose de con-

tinuo á la cabecera de largos bancos en filas sucesivas, corrigiendo las planas ó examinando gramática á los monitores ó mayores de cada uno, bien que algunos de engreñados cabellos sólo seguían la gramática parda.

Añeja costumbre inveterada fué de apodarse aún entre los más compañeros, subrayando el nombre propio con adjetivo picante ó picaresco. Así denominábase al último, el "banco de chocolate, pan y manteca". Tres aplicados niños delectaban allí su Cristo, A. B. C. Hijo el uno de un laborioso vecino don José Uranga, quien seguía multiplicando chocolates y chocolateritos, calle Piedad número 52. De la no menos acreditada panadería del señor Villanueva, Piedras número 221, el segundo; y lindo rubiecito el tercero, de vivos ojos grandes como hermosas cuentas celestes, retoño del almacenero, Santa Clara núm. 151 $\frac{1}{2}$, sobre cuya pintarrajeada muestra, colgada frente la puerta traviesa del Colegio, leíamos todas las mañanas al pasar para la escuela: "Manteca fresca de Holanda de hoy". Por más que niños preguntones interrogaban á don Juan Caamaña, nuestro gentil maestro de ojos y narices, nunca llegó á explicar cómo pesadas Urcas de Países Bajos, que otrora intentaron adueñarse de esta plaza, podrían transportarle "en un día" al almacenero Binel producto de las gordas vacas holandesas.

Seguía á éste el "banco del rompeplatos", proveniente etimología del sueco, que sordo había dejado á su primogénito, al nacer filarmónico, futuro compositor argentino, tamborilando incesantemente en el inclinado pupitre, ensayando pininos musicales, preludios que orquestara luego con música de platos, rompiendo sus altos rimeros en el almacén de loza de Mr. Hargreaves* (Piedad núm. 55). Acabó por poner en escena en Suecia la primera ópera de un argentino con buen éxito, comprobando una vez más que nadie es profeta en su tierra.

Tan paciente pecoso, poco se enalabrinaba cuando el más travieso buscapleitos llamábale: "¡Ché, rompeplatos, no te chupes los caramelos de Monguillot que le birló Fasquel al pasar en su propia vereda por la confitería!" (Victoria núm. 15).

III

Una, dos y tres generaciones adoctrinó bajo aquellos viejos techos el señor Peña, entre cuyos sobresalientes algún tradicionalista clarovidente pudiera haber señalado "el banco de los Obispos", donde ilustrísimos Aneiros, Boneo, Terreros, Espinosa garabatearon sucesivamente sus "cartillas", como el siguiente, "banco de los Generales", codeándose en él los Campos, Bernal, Garmendía, Obligado (Manuel), Balsa, Octavio Romero, é igualmente "banco de los Magistrados", en el cual González Garaño, Langheneim, más tarde Areco, Beláustegui, Martel, aprendieron desde entonces principios de moral y de justicia que pusieron siempre en práctica. En aquella modesta casa de un hogar ejemplar, jamás resonó el eco de pasiones políticas, que dividía la familia argentina, ni penetró como en otras escuelas, el retrato del tirano, que vecinos de la otra cuadra (Chacabuco y Chile, Cuartel de Cuitiño) pasearon en procesión saturnal, para ser reverenciada la imagen del Restaurador sobre el ara santa, donde el Padre Magesté, director del Colegio Federal Republicano, inciensara en el de San Ignacio, Colegio de Jesuitas.

Como guárdian avanzado del pensamiento en su primer desarrollo, cuando se ordenaba cerrar la Universidad, con más ahinco y contracción multiplicaba su afán, cumpliendo la obra santa de enseñar al que no sabe. Bien quisiéramos recordar sus numerosísimos discípulos desde la generación en que Domínguez, Lanús é Irigoyen descollaban, hasta la que en 1864 recogió los últimos acentos de un alma honrada, ¡cuántos y cuántos proyectan en sus hijos las luces que él propagó!

He aquí reducida nómina de los que en una memoria de setenta años no se han borrado: Canónigo doctor Víctor Silva, de la Serna, Amadeo, en la primera generación de sus escolares: y entre otros, de la segunda, en el banco de los Gómez, (don Manuel, Pedro y Eliseo); el de los Aguirre: (Manuel, Rafael, Pedro); de los Marín: (Miguel, Plácido, Domingo); Enrique Urien, Perdriel, Ramón Basavilbaso, Sagastizábal, Bo-

norino, Ezeiza, Sulpicio Fernández, Jaime Arrufó, Juan y Fabián Molina, Lucio, Lucito y Carlos Mansilla, Melchor Arana, Pedrito Vela y hermanos, Antonio y León Monguillot, Velarde, Solveyra, Constantino Vélez, Morel, Rosendi, Fasquel, Achinelli, Giménez, Escalada, Escalante, Alfredo y Juan Antonio Seguí, Enrique Singler, Narciso Vivot, Leonardo y Luis González. Luciano Aveleyra, Pablo Pacheco, Hargreaves, Biedma, Pedro Piñeiro, Juan Cosio, José María Monasterio, Miguel Crisol, Miguens, Epitacio del Campo, Somoza, Bayá, Marcial Cano, Sáenz Valiente, Meabe, Rodés, Custodio Moreira, Angel Estrada, Luis Palma, Blas Olivera, Borches, Juan Rivera, Pérez del Cerro, Juan Robio, Juan Bautista Gill, Deagustini, Larrazábal, Bullrich, Enrique Peña, José María Rosa, Demaría, Pazos, Ocampo, Díaz, Saavedra, Jerónimo Zaldarriaga, Chas, Timoteo Calivar, Diana, Lima, Nazar, Uribelarrea, Sagasta, Benguria, Llanes, Enrique Carboni, Cervellón.

En diversas épocas, repetimos para evitar protestas de discípulos que empezaron unos en 1824, no acabando todos en 1864, pues más allá de sus días perdura la enseñanza de don Juan Andrés de la Peña.

A sesenta años de distancia parecemos verle, como en todas ocasiones, acariciando los niños que tanto amó, única pasión del Maestro de virtudes, despertando esas plantas en flor, diamantes al natural, labrados en el taller de la Escuela, pulimentados por más amplia instrucción. Pulido él también en sus modales, en su decir, de blanda expresión, de manos suaves cual la suave pluma de ave que adiestraba en nuestras manos, todo de blanco. su cabello sedoso, brillante aureola de plata resplandeciente, su alba cara perfectamente afeitada, blanco su traje, blanca su alma, paseándose al costado de los bancos en hilera, entre las paredes de aquel estrecho templo de la verdad inmaculada. Notábase como vago reflejo luminoso en la dulce mirada de sus ojos grises claros, transparentando alma sin doblez. Leíase tan claro en sus grandes ojos, pegándose su persuasiva voz venida directamente del corazón á toda hora, paternal. Como al gran Maestro alguna vez se le vió sonreír, nunca se le oyó reír.

Así infiltró con paciente constancia infinita, sanos principios de moral cristiana, base la más sólida, de toda educación.

¡Cuántas otras cien obras bellas podríamos recordar del primer maestro de escuela que abrió el libro en nuestras manos, venido al mundo en el último lustro del siglo XVIII! Ni la muerte concluyó su obra que aun se proyecta en nietos y biznietos, luces que encendió en antepasados iniciando el camino de la verdad y de la buena voluntad.

IV

El último día de la tiranía, fué el primero de nuestra libertad de escuelero, que en tal hora dejamos los bancos de la escuela. Las diez de la mañana daban á la sazón en la campana de Cabildo el día más caluroso, (3 de Febrero 1852), cuando al entrar á ella de mala gana, cerraba sus puertas el mismísimo maestro, diciendo á los retardados: "Vuelvan ligero sin detenerse á sus casas". ¿Asueto impuesto? Sin averiguar el por qué volamos, bebiendo los vientos por esa larga y desierta calle Santa Clara. sorprendiéndonos el negro tambor que desde la antigua casa del viejo general Mansilla marchaba por media calle tocando "general". precipitadamente, en rojo tambor de roto parche que á caja fúnebre resonaba, á tiempo que de las rotas filas del tirano entraban á todo escape los derrotados de caballería en Caseros, y retumbaban los tres cañonazos de alarma en el antiguo Fuerte

Todavía por doce años más prolongó su propaganda, cayendo como fiel artillero al pie del cañón sobre los bancos en que incansable por cuarenta años había adoctrinado numerosísimos discípulos.

Sus restos mortales entraron á la ciudad del reposo, en brazos de representantes de tres generaciones. Sobre el pedestal en cuyo relieve se ve á Jesús rodeado de párvulos, álzase en modesta columna funeraria su blanco busto, repitiendo el mármol lo que hizo en toda su vida: "Dejad que vengan hacia mí los niños." Se decretaron honores oficiales, amigos, discípulos y admiradores, el gobierno y el pueblo se agruparon en justísimo homenaje.

La Tribuna menciona que cabezas encanecidas de discípulos

se descubrieron al abrirse la madre tierra, y rubios ángeles, pequeños discípulos en sus postreros días, cubrían el féretro de flores. El ministro Domínguez pronunció la oración fúnebre en nombre del gobierno de que formaba parte con don Emilio Castro y el doctor Malaver, igualmente discípulos, y al que estos recuerdos evoca tocó unir su palabra en nombre del Departamento de Escuelas, de que era Secretario.

A los cuarenta y siete años de día tan angustioso al corazón de los condicípulos, me es dable pedir á mis colegas en diversas asociaciones de propaganda educacionista, de Historia, Numismática y otras, honremos la memoria de tan eximio benefactor. Muy especialmente del señor Presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Ramos Mejía, que con tanto aplauso inicia el "Monumento al maestro de escuela", solicitamos que una de las Escuelas proyectadas, en memoria de educacionistas como Argerich, Montero, Rufino Sánchez, Sastre, Sarmiento, Juana Manso, se denomine "Escuela Juan Peña", colocándose en sitio preferente el artístico busto en mármol que costean sus discípulos.

Bueno es no olvidar que la escuela es el secreto de la prosperidad de los pueblos. Recordar á quienes en tiempos más difíciles ejercieron su apostolado, es levantar manto más pesado que el de la muerte: el olvido, frecuente ingratitud de los beneficiados.

Lamentamos que de este Maestro de bondades que enseñando cientos de niños pasó haciendo el bien, ninguna de los millares de Escuelas abiertas desde que la muerte cerró la suya, le recuerda. Todavía el mármol blanco como su carácter espera la inscripción sobre frontis: Escuela Juan Peña.

El tradicionista nacional, dice Angel Justiniano Carranza, urde con acentuado colorido narraciones que parecen cuentos de hadas, por más que tengan en el fondo su médula de verdad.

Recomendamos sinceramente á las familias la lectura del ilustrado escritor nacional cuyas narraciones interesantísimas y estilo ameno deleita é instruye, á la vez que forma una verdadera literatura histórica.

(La Libertad, de Córdoba).



El Capitán Pajarito

A LA MEMORIA DE MI BUEN AMIGO DOCTOR FÉLIX AMADEO BENITEZ

No siempre chocaron en rivalidades la espada y la coyunda. Cuando el soldado y el misionero unieron sus esfuerzos, la propaganda civilizada como la de emancipación, no dejó de vencer todo obstáculo.

I



EN esa tarde, 8 de Diciembre de 1865, salía la procesión de la Iglesia de la Cruz en el piso alto, (Corrientes) frente á cuyo pórtico se levanta hoy la estatua de Juan Bautista Cabral, valiente correntino que salvó á San Martín en San Lorenzo. Sable en alto en defensa de la Provincia y de la Nación, se halla á la entrada de ésta, como centinela avanzado, recuerdo de aquellos bravos correntinos tan entusiastas y decididos por toda noble causa.

La solemne procesión continuaba su marcha. Banda militar á la cabeza de la columna, tras ella la cruz entre altos cirios y filas de escueleros á uno y otro costado, formando calle sobre verde tapiz de fragante hinojo esparcido. El pendón de la Her-

mandad del Carmen delante las andas de la Virgen, precedida de otra pequeña orquesta de flautas, violines y triangulito.

Detrás el prelado, acompañamiento de curas y hermandades, sobresalía el jefe de la Escuadra Imperial fondeada en ese puerto de San Juan de Vera de las siete corrientes, vicealmirante Barrozo, y su brillante estado mayor, que no solamente los brasileños se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena.

Al detenerse un momento el numeroso gentío en la primera bocacalle de la plaza, habló este jefe al ayudante Saldanha da Gama y adelantándose con otros tres ayudantes cargaron las andas ¡y adelante con los farosies!

Entre niños que cantaban, multitud devota lagrimeando de emoción y ancianos rezando en voz alta, más curiosos que contritos, un grupo de oficiales argentinos recién llegados del inmediato campamento de Ensenaditas, cerraba la marcha.

No sólo el pobrerío agrupábase en encontrones tropezando al gangosear la interminable seguidilla del *ora pronobis*, sino también en lucida concurrencia lo más notable: señoras de las principales familias seguían rezando en alta voz. Tras las bellas señoritas Juana Zeláya, Ercilia Camelino, Carmen Mohando y Adela Billinghurst, bella entre las hermosas correntinas, deshojando rosas por delante de la Virgen, veíanse representadas familias de Madariaga, Pampín, Cabral, Gelabert, Vedoya, Justo, Derqui, Cossio, Lagraña, Igarzábal, Baibiene, Guastavino, Torrent, Escobar, López, Vidal, Rolón, Ferré, Acosta, Pujol, Molina, Virasoro, Astrada, Vivar, Mantilla y otras muchas piadosas de aquel jardín de azahares. Resaltaba la devoción de la entusiasta patricia señora Berón de Astrada, hermana del gobernador sacrificado en Pago Largo, nonagenaria actualmente.

En la estación de la segunda bocacalle se adelantó el anciano patriota don Serapio Mantilla, que á sus ochenta inviernos todavía preludiaba el *trémulo* en el famoso violín, recuerdo del general Belgrano, y dirigiéndose al grupo de oficiales de Buenos Aires, en que era tan querido, exhortó:

— “Mis jóvenes amigos. Bueno es no dejarnos poner el pie adelante por nuestros aliados, en decisión ni en devoción. Con razón ó sin ella, los porteños no son aquí tenidos muy en olor de santidad. Hasta de buena política sería imitaran á los brasi-

leros en el respeto y acatamiento que muestran por las costumbres de este vecindario.”

Asintieron algunos á sermoncito tan edificante, tolerándole otros encogiéndose de hombros como sordos de ese oído, y en grupo que caminaba con el doctor Alcorta (Amancio), cuchichearon indecisos otros.

Acompañaba éste á nuestro almirante Murature, de quien era secretario, rodeado de Py, Neves, Howard, Sívori, Ramírez, Erasmo Obligado, marinos y marineros. Al lado del gobernador Lagraña, su ministro doctor Benítez.

Lo recordamos con gratitud. En aquella ocasión encontramos uno de esos raros y sinceros amigos, que hallados por suerte en el camino de la vida perduran por toda ella. Enérgico, entusiasta y afectuoso se nos acercaba con el corazón y los brazos abiertos, que después cuarenta años cerráronse sólo cuando cayeron sin fuerzas, en el sepulcro.

Sonriente y bondadoso, Félix Amadeo Benítez si un tantico incrédulo, leal y complaciente, cuando Campos, devoto como los generales de su raza, dijo: “¡Vamos, compañeros!” decidiendo á todos, y al concluir de dar vuelta la plaza las andas de la Virgen, regresaban en hombros de los capitanes Gaspar Campos, Manuel Rocha, Alcorta y Benítez.

Aun no disipado el humo de incensario, se les acercó un sacerdote, invitándoles en nombre del señor cura, hicieran el obsequio de pasar al refectorio.

Sabido es por lo que pueda tronar, que el soldado práctico en campaña, de aquellos que no se ofrecen ni se esquivan, debe tener siempre un sueño y una comida adelantada.

Así nuestros jóvenes oficiales no se hicieron repetir tan agradable mensaje, mayormente incitados por cierto tufillo á pavo relleno, de larga fecha olvidado.

En honor á la galantería porteña, justo es recordar que sólo abandonaron las gradas por donde descendía otra procesión de bellezas, cuando doblara la bocacalle la última morocha, volviendo tentadoras miradas sobre el grupo galoneado.

II

Ancha mesa de mantel largo, y en ella formadas en columna botellas de diferentes colores, abrían el apetito. A uno y otro lado de su Paternidad bendiciendo la mesa desde la cabecera, un oficial argentino y otro brasilero, seguían alternando mangas de frailes con mangas de galones, en larga hilera, por ambos flancos en comida, si de suculenta cocina de convento, de mayor importancia por las personas que la rodeaban.

Frente al célebre padre Quintana, digno colega de su connómino cuya fama no ha muerto en Cātamarca, Medrano, quien regresando de evangelizar en el Japón, naufragó frente á Martín García, continuando su propaganda religiosa y educacionista en esa Provincia de Corrientes, que le recuerda agradecida. Seguía el hábil franciscano que con escasos elementos acababa de fabricar un magnífico órgano, resonando hasta el presente desde el alto coro de la Merced, y vis á vis al padre Filiberto, el capellán Fortunato que tantas heridas cerró en los campamentos del Paraguay.

Roto el hielo, ó más propiamente el fuego graneado por el que caían botellas como adversarios, entre otros muchos temas abordó el capellán castrense, canónigo Sevilla Vázquez, que más conmovió.

— No es tan poco frecuente como parece la fusión de uniformes y sotanas, que en sincera fraternidad nos reúne. Si algunos clérigos dejaron el hábito por el uniforme, mayor número de militares colgaron la espada, por tomar el sayal.

Y el capellán Machado, dirigiéndose al gentil marino, ayudante de Tamandaré después, é infortunada víctima de lucha intestina en el Brasil, capitán Saldanha, agregó:

— Sin ir más lejos, señor, aquel curita tan modesto que divisa usted al confín de la mesa, pues por humildad anda siempre á la cola, hoy ejemplar sacerdote, ha sido ¡quién lo creyera! uno de los bravos soldados del regimiento de granaderos á caballo, fundado por los heroicos correntinos San Martín y Alvear, y en

el que alcanzó el padrecito, los tres galones de capitán, no por asimilación, sino como oficial de fila, y en acciones heroicas.

— ¡A ver, á ver, que cuente sus recuerdos de campamento el capitán Ortiz!, — exclamó uno, haciendo coro á tal pedido sacerdotes y militares, argentinos y brasileros, mientras que el prior decía:

— No lo conseguirán porque es muy corto. — Aprovechando el aludido la confusión y vocinglería desapareció como por escotillón.

.....
“¡Fray Pajarito!”, solía gritar en la calle pifiona muchachería, así apodándole por su escualida figura de ayuno perpetuo y andar acelerado á saltitos; pero la verdad era que poseía algo de más valor que otras abillantadas ilustraciones: un gran corazón y una abnegación sin límites.

Más dado á tocar la campana en la que colgada en horca de sauce contigua á la iglesia de San Miguel, llamaba á misa de alba desde chiquito, cambió luego el instrumento de cuerda por otro no menos sonoro: la trompa cuyas dianas celebraron la victoria de San Lorenzo.

En el contingente que enviara el gobernador de Corrientes destinado al regimiento de granaderos, compañero de fila fué de Juan Bautista Cabral y otros grandotazos vecinos de Saladas, San Miguel y Yapeyú, seleccionados los hombres más robustos que formaron vanguardia del ejército de la Patria. Desde la primera, en la acción de San Lorenzo, recibió su bautismo de sangre y fuego, continuando con la escolta de San Martín hasta Salta, y después en el campamento de Plumerillos (Mendoza) de donde trasmontó los Andes, ya de sargento.

Llevado á la Maestranza que otro fraile Beltrán, organizaba, en Putaendo fué alférez, en Chacabuco teniente, y después de Maipú, capitán. Una conducta ejemplar y un valor como de correntino, distinguiéronle en todas las comisiones de paz y de guerra.

Antes de partir San Martín de Mendoza y emprender su cruzada al Perú, encontró al “Capitán Pajarito”, que se hallaba en comisión reclutando reemplazantes para cubrir las “bajas” que la muerte abrió en el famoso regimiento.

Ya fray Beltrán capitán de Maestranza, le había recomendado por su conducta ejemplar al general en jefe, á quien no era un desconocido su hermano de cuna. Entonces, por tercera vez insistió, pidiendo la "baja", pues que su vocación primitiva le atraía á la vida claustral, pareciéndole que la campanita de su aldea le llamaba, sobresonando al través de las del campamento.

III

Escandalizado al oír comentar en los fogones la noche de Chacabuco, que cruzara entre los gritos y lamentos de heridos, arrastrándose hasta la rueda de sus compañeros, hizo un voto prometiéndose asimismo seguir, no el ejemplo de fray Félix, que se arremangaba el hábito tinto en sangre para proseguir mantanza, sino de colgar la espada, cuando la guerra de la Independencia terminara, y propagar bajo el hábito seráfico los principios de caridad cristiana y de humanidad, socorriendo al caído, y procurando cerrar mayor número de heridas que las abiertas por los corvos famosos de su regimiento.

Así procedió. Después de Maipú, cuando los argentinos creyeron concluída allí su misión, pidió la "baja" ingresando al convento. Tenía el buen cristiano más de valiente que de instrucción, y cuando San Martín le llamó á solas con objeto de disuadirle, no lo consiguió.

— Un capellán no ha encontrado inconveniente para convertirse en militar; menos encontraré yo, soldado que he cumplido con mi deber, para seguir con honor una orden que por severa que sea, no es más rigurosa que la militar.

Cuenta Fray Félix que por una promesa de su madre, si salvaba de las viruelas en su infancia, lo prometió para la Iglesia, y que encontrándose con hábito y corona á su mayoría, creyó deber cumplir la promesa maternal; pero que luego seducido por la carrera de sus hermanos, de capellán ascendió en grados militares de asimilación, y de ésta á soldado de fila.

— ¿Pero, entonces, pretende dejar usted en él su personero en

el ejército? — replicaba el general, á las repetidas solicitudes del capitán.

— Ni tampoco ser su personero en la orden religiosa que escandaliza, pero me eligió el señor general asistiendo heridos en San Lorenzo, y ya los franciscanos de aquel convento me auguraban inclinación natural á otra orden que la militar. Fuí soldado por accidente. Usía tiene sobre su despacho mi foja de servicios.

Ahora que se ha terminado la guerra, ó al menos la misión del ejército argentino, más allá de las fronteras de la patria, solicito respetuosamente de Su Excelencia venia para tramitar la baja y entrar en el convento de mi predilección.

— Por sus meritorios servicios cuente con mi apoyo, capitán; por más que en eso de haberse acabado la guerra hay mucho que andar. Si bien no hay un soldado español en la Argentina, por sus vecindades asoman codiciosos acechando la presa. La independencia americana obra es de mancomunidad. Fuera de esto y en otro orden de ideas, me informa el capellán del ejército no sabe usted ni el “musa muse” del latín.

— Regresaré á mi pueblo á predicar en guaraní. También los que sólo ese idioma entienden son cristianos. Soy de Misiones y en vecindad del pueblo de su nacimiento, señor general, he nacido cerca de Yapeyú.

Acaso por esta intermediación de cuna, ó porque al fin á cada uno “le llega su San Martín”, insistió tanto, apadrinado por el capellán del ejército de los Andes, que no pudo negar el general en jefe lo solicitado después de Maipo.

Muro de inconvenientes más alto que el de los Andes se levantaba ante “Frñ Pajarito”.

El obispo de Chile lo descartaba por no ser de su diócesis. El obispo de Cuyo, le daba otro empujoncito para atrás porque no era de su feligresía. El de la capital de la República, porque era guaraní. Y así comentaba tanto tropiezo el bravo granadero andando de Herodes á Pilatos, como en la vía crucis de toda aspiración humana.

— Para derramar mi sangre en Corrientes, como en Santa Fe, Salta, Mendoza y Chile, no averiguaron de mi procedencia, y en todas partes la encontraron de igual color á las de los más

decididos patriotas. Para consagrarme á la carrera de mi inclinación, pues aprendí á llamar misa antes de tocar llamada en el clarín, tropiezo con mayor número de inconvenientes. ¡ Bendito sea Dios! Pero el santo de mi devoción, "San Juan de Vera de las siete corrientes", me ha de alzar de las siete caídas, ó en alguna de ellas me ha de dar la mano.

Y el milagro se produjo. Antes de embarcarse San Martín en Valparaíso en el segundo memorial apoyado por el padre capellán, escribió San Martín al Deán Zavaleta empeñándose dispensara todo lo dispensable al capitán Ortiz para que se metiera á fraile, ya que en tal quería transformarse.

IV.

Tiempo pasó para llegar á domar la aspereza de lengua más indomable que mula cuyana dura de boca, atascado en el "quís vel qui": todos los burros se atracan aquí. Pero tras largos años de estudios de consagración ejemplar, logró vestir hábito, alcanzando corona, y al fin cantó misa. Misa de Gallo, entre gallos y media noche, que era para el tenaz correntino la primera, sin duda para que no se percibieran galones bajo el sayal, y de sacristán ordenado "in sacris" de padrecito de misa y olla, aun no siempre contando con esta última, eleváronle á cura de almas, nombrado párroco en la iglesita de San Miguel en Corrientes. Allí predicaba en guaraní, según había ofrecido, y como más fácilmente se hacía comprender por los rurales de su feligresía, practicaba todas las virtudes, descollando en la enseñanza evangélica, en caridad cristiana y vida ejemplar. Día y más de uno hubo, que pobre mujer iba á decirle: "Padre, vengo á encargarle una misa por mi madre que en gloria esté, pero no tengo con qué pagarle, sino este único huevito que la comadreja olvidó en el biznagal que rodea mi pobre rancho."

— Bueno, no importa hermana; será servida.

Todavía ese huevo no lo destinaba á su alimento, llevándole á otra vecina más pobre. En cuanto al propio sustento, bien mezquino por cierto á su flaca humanidad tan económica, no se

preocupaba, contando mesa puesta en todos los ranchos de la vecindad, donde se le llamaba al pasar, bien que en muchos no había mesa ni pernilrota. Cuando al sonar las doce la campanita de la iglesia, salía por cualquiera de las estrechas calles que la rodeaban, seguro estaba que en más de una asomaría correntina dadivosa á rogarle entrara á partir su pan de cada día.

— No caso único, — terminó el padre Quintana.

En los ejércitos de la Patria, aquí y en otras provincias, como en la misma España, en lucha por la independencia primero, y en la de los carlistas, ¡cuántos sacerdotes á imitación de los Levitas del pueblo del Señor tuvieron que encabezar huestes para repeler invasores!

Si algunos sacerdotes tomaron armas, mayor número de hombres de armas colgaron éstas en las postrimerías de su vida, acaso desencantados de gloria mundanal.

El capitán Argerich que cargó en andas la imagen de Nuestra Señora de Mercedes hasta el campo de la gloria en la ciudadela, al día siguiente de la victoria de Tucumán, fué uno de los más ilustrados curas de la parroquia de ese nombre en Buenos Aires, y el capitán fray Ortiz no será su último colega en la cuna de San Martín y Alvear, que milicia es la vida y batallar continuo toda ella.

(Carta escrita desde la presidencia al autor
(en Córdoba, año 1869).

Acabo de leer en el folletín de *El Nacional* "El primer Maestro de Escuela". Se lo agradezco por mis colegas. Siga con abnegación su tarea. No le amilane la indiferencia de la actualidad por todo lo que no es el interés del tanto por ciento. El tiempo también aumenta valores, no sólo el de la tierra entre nosotros; y mañana serán rebuscadas estas piedras con que usted va señalando jalones del camino que hemos andado. No olvide los consejos que le daba el Rector de la Universidad de que la ciencia nos da abuelos como la naturaleza, y no podemos desconocerlos sin cargo de ignorancia ó de malos hábitos de educación moral.

SARMIENTO."



En la cima...

Mucho criticaron al señor Sarmiento de autoritativo, y fué sin embargo único Presidente que respetando la ley colgó el bastón de mando supremo en su rancho de Carapachay, compareciendo personalmente ante el Alcalde de campaña, citado por su colindera. Rústica bearnesa le demandaba en defensa de su derecho para avanzar sementeras á una y otra ribera de un arroyo. Acatando sin apelar sentencia por demás dudosa, dió nuevo ejemplo que todos son iguales ante la Ley.

I



LA cima del mástil aspira llegar el cadete menos ambicioso, desde el día en que pisa el puente de la nave, cuyo rumbo sigue. Tonto de capirote comprueba ser, falto de bríos, pusilánime de nacimiento el que no aspire á ascender. Faltos de ánimo y ambición estos tales, rezagados quedarán á medio camino ó irresolutos sin emprender ninguno, fuere cualquiera el rumbo á que se dirijan, y como ellos son los más, mísera sociedad la que no cuenta con ambiciosos, que avanzan vencedores.

Y esto último es lo que sucedió á cierto sanjuaninito, desde que se ocupaba en tirar piedras al aire, — copiando sin saberlo,

— á otro chiquilicuatro de Córcega, algo conocido más tarde bajo el nombre de Bona-parte, aunque de mala parte llegara el *corso*. En la batalla del *Piojito*, que célebres Anales comentan como los del César, tiró con un General por la cabeza (piedra mayúscula) al Ayudante que no había leído la *Orden del día*, cuando las columnas infantiles se dirigían al Pocito, donde más tarde murieron de verdad, algunos de los que allí ensayaban jugar á motines y degollatinas. Autoritativo desde niño, preguntó con altivez:

—¿ Por qué no le ha leído la orden del día?

— Porque no sé leer, mi General.

Y aunque éste no llegó á Napoleón, sí á la cima que se propuso, y á *General de la Cartilla*, título que más le enorgullecía, de todos los que obtuvo por su génio y constancia.

Cincuenta años han transcurrido desde el día señalado con piedra blanca, en que conocimos al gran luchador, vencedor en los combates contra la rutina y estancamiento que enerva. Siguió su incansable propaganda en escuelas esparciéndolas por apartados extremos, en anales, periódicos y folletos en ambas Américas. Cuando llegamos á los toldos de Calfucurá, (empapelado su rancho con las caricaturas de Stein, *El Mosquito*), el célebre lenguaraz Santiago Avendaño leía *Facundo*. Entrando a! estudio del poeta Longfellow (Boston) saludamos el retrato del autor sobre la edición allí impresa. Todavía la fría noche que en Heidelberg, esperábamos tren para Baden-Baden, hojeamos ese libro, único que en francés hallábase en la biblioteca de hotel alemán. De la patria de los sabios á la toldería del salvaje ¿no son los extremos de la tierra habitada? Apóstol en la más hermosa propaganda, también fué su mártir. En vida no faltaron detractores que le lapidaran. La gloria nace del otro lado del sepulcro, por lo que los que le siguieron encontrando á piladas esas piedrecitas, formó con ellas el basamento de su estatua, inscribiendo frase también lapidaria: "Puso la cartilla en manos de tres generaciones".

Bien pudiéramos denominar á éste "Cuento en el aire", agregado á la colección de *Cuentos en la montaña, sobre el agua, en el valle ó el desierto*, á paso de dromedario, de mula, en barco, tren ó globo, que en tan zarandeados movimientos recogimos

tradiciones; no por falta de base, de verdad ó fundamento, sino porque en alturas lo escuchamos. El improvisado comedor, cruja á cada suave mecimiento de añosos sauces, ligados y solidificados á la vez por escalera que en espiral les envolvía, almorzando bajo el ramaje de su copa. Casi rozando su nivel pasaban los mástiles de balandras, goletas y pailebots, deslizándose por la suave corriente del Carapachay.

II

Una tarde de verano, treinta y cinco años há, nos encontró el señor Sarmiento, al entrar á nuestra quinta, en la más grata habitud, libro en mano.

— ¿Qué está usted leyendo? — fué su saludo.

— Un libro que usted no puede leer, señor Presidente, — contestamos.

— ¡ Hombre! usted creyente de buena fe, peregrino de Tierra Santa, que al volver de Jerusalén ha ido á pedir la bendición de Pío IX (á quien antes de ser nono, se la pedí yo por encargo materno en Mendoza) conserva libros prohibidos, inscriptos en el Indice?

— Nada de eso, señor. Son viajes de Vicuña Mackenna, que nos ofreció su autor al pasar por Chile, los que de Santiago á Buenos Aires sólo han llegado un poco después de nuestra vueltecita por América, Europa, Asia y Africa, un continente más de los que usted recorrió.

— Ligero han venido. Sin duda no á lomo de mula, sino á lomo de hormiga. ¡ A ver, á ver!

Y arrebatándonos el libro que desde que lo supo chileno, hojeando con curiosidad de una á otra página llegó á la 392 del “Diario durante tres años de viajes, etc.”, precisamente aquella que esquivábamos de nuestro ilustre huésped.

Cabalgando sus gafas de oro, díjonos: “Présteme su pluma”, nunca tan honrada, escribiendo al galope: “En 1864, siendo Sarmiento nombrado Ministro Plenipotenciario, cerca del gobierno de Chile, al día siguiente de su arribo á Santiago, recibió

temprano por la mañana, visita de un antiguo amigo, diciéndose enviado por Vicuña Mackenna, que á la sazón estaba esperando á la puerta del Hotel Inglés. Su mensaje era el siguiente: Diga á Sarmiento que yo he escrito contra él conceptos desfavorables, y que reconociendo mi sinrazón le pido me señale hora, y en presencia de cuantos desee, haré esta declaración". Mi contestación se adivina: "Que pase adelante". Y saliendo á recibirlo, nos dimos un abrazo. Después hemos residido ambos en Estados Unidos, prestándonos ayuda en un objeto y fin común. Un telegrama recibido en el Parque 3 de Febrero durante su inauguración, es el último recuerdo de la simpatía de Mackenna. — San Fernando, Diciembre 25 de 1875." (Conservamos este autógrafo en el ejemplar que nos obsequió don Benjamín).

Largos serían los comentarios de aquélla visita tan interesante, como todas las del autor de *Faundo*, cuyo objeto era invitar-nos á un almuerzo en su Isla, en la que nos encontrábamos la mañana siguiente.

Rodeaban la mesa más alta, compartiendo de sobremesa: á su derecha, el General don Tomás Osborne, plenipotenciario de Estados Unidos; á la izquierda, uno de los más hermosos tipos yanquis, don Eduardo Hopkins, concesionario del primer ferrocarril á San Fernando, que se le empacó por largos años. Haciendo vis á vis, sentábase á nuestra derecha uno de los más ilustrados jóvenes abogados del Paraguay, doctor Decoud (José S.), á la izquierda el inolvidable Edelmiro Mayer, militar, doctor, músico, poeta, Coronel del ejército norteamericano que se costeo allá para dirigir al combate y á la victoria batallones de negros, rompiendo cadenas de sus hermanos. General en México, Gobernador en el Chubut, allí reprimió á los colonos galenses, sin ningún derecho para apelar, como lo hicieron ante el Parlamento inglés, porque el gobierno del suelo donde prosperaban, en la hora de abrir sus hijos la Biblia el domingo, les citaba á otra enseñanza: el ejercicio del fusil, cuyo peso argentino alguno ha rehusado.

El señor Sarmiento acababa de narrar con vena humorística, cómo á poco de recibirse de la presidencia y en sus primeras incursiones carapachenses, tuvo que concurrir ante el Alcalde, demandado por la vecina, cuyos golpes de hacha resonaban en el monte vecino en ese mismo momento, por cuestión de límites, no conforme con lo que le señalaba la bearnesa, que repetía á gritos, apelando á su aguja de marear:

— Mi *brujóla*, mi *brujóla* me da más terreno! Usted ha medido *sesjado!*

Terminaba ya el servicio tan correcto, cual si no fuera entre islas á medio poblar, y en el seno de la más franca hospitalidad, salpicada por el fino sprit del jovial educacionista. Habíase ido zungado dentro canastos de mimbres, cuyo cultivo introdujo en la comarca, el plato ó bebida que en su exquisita amabilidad había preparado de la procedencia de cada uno, agregando á los postres:

— Para mí, y como buen cuyano, á lo que te criaste... prefiero el vino de San Juan!

Uno á uno sucesivamente, derramara ya á quitamanteles, su cuento en el aire, ó á los cuatro vientos, cuando invitado de nuevo el señor Hopkins, principió, echando una fumada del rico Virginia, que en pipa curada le alcanzaran:

— Pues, señor, mi llegada al país de la yerba, la primera noche que pedí me sirviera un poco de amor á una hermosa guaraní, y que en verdad de cuento me contestó: *Di ande yerba... puros palos!* y estos últimos son los que á punto estuve de recibir, aunque no de quiebrahacha, cuyo tanino enriquecido me hubiera.

— Por lo que poco faltó nos los devolviera, no en palizas berte-factoras, sino en cañonazos, escuadra yanqui, que su gobierno mandó y el Paraguay supo detener en las Tres Bocas, — interrumpió el abogado de la misma.

— Eso es harina de otro costal, — siguió el narrador. — Venía de visitar al sabio Bompland, en Misiones Argentinas predicién-

dome no lograría substraerme entre otras, de dos cosas sobre todo, en el país de las naranjas: larguísimas siestas de enervante clima tan caluroso, y á la influencia de la yerba, que él recomendaba purgativa, diurética, refrescante, chupadita su infusión en bombillas que todos chupan, y otros efectos estomacales, pues que el sabio compañero de Humboldt, la recetaba como sánalo-todo.

Cruzando por la Tranquera de Loreto, pernocté en las ruinas de refugio del famoso Artigas, digna entrada á la región de la trinidad de tiranos, que tras los jesuitas asolaron esa rica región, con perdón de mi ilustrado doctor, — añadió sonriendo.

— Adelante el demócrata de la República cuyos esclavos libertó cincuenta años después de su manumisión en el Paraguay, retardando tanto nuestro ejemplo, — devolvió la pulla al aire el joven doctor Decoud, de tan inagotable verba, que las cazaba al vuelo.

— Siguiendo la picada entre Jesús y Trinidad, atolondrado por gritos y chillidos de monos y loros del monte, desemboqué á un descampado, y divisando el corral de la única población entre el palmar, desmonté á la sombra de su empalizada. Mientras ataba mi caballo desensillado á pastar, calentando agua para el mate del camino, afinaba mi guitarrita. Debo confesar que, en los más grandes pesares, la música me fué siempre grata compañera y de gran consuelo, así en viajes como en melancólicas horas de soledad. Mi hermano, el Obispo que nuestro anfitrión ha conocido en Baltimore, me enseñó desde muy niño á leer toda música, y aunque no tuve mucho tiempo para cultivarla, cuando el órgano de Capilla aparecía resfriado, (por borrachera dominguera del sacristán) recordando sin duda á David bailando al son de su arpa, ante el Arca Santa, el Vicar de mi parroquia me hacía tocar la guitarra, para acompañar el monótono canto llano de los Salmos. No era aquella precisamente una misa con guitarra, pero se anunciaban oficios con música, llegaba de oír misa con triángulo en Yapeyú.

Á poco de resonar las bordonas, cruzó el patio una china á escape, de la enramada de la cocina al rancho de sus patrones, y á los primeros arpegios, cuando la tapa de la calderita bailaba, por el agua en ebullición, una *vidalita* á su compás, atracción

tuvo para levantar de la siesta la desgredada chinería de igual bronceado matiz, patronas y peonas, avanzando medrosamente algunos pasos la de más blanco *tipoy*, de vichadoras en la entornada puerta del corredor.

Los bordoneos seguían; yo mateando, mi caballo pastando, y la mujerería curioseando. Largo tiempo pasaba sin mudación de escena, hasta que alcé la vista, cuando una sombra se interpuso entre mi fogón, la del dueño de casa sin duda, que despacito á mi espalda, habíase venido acercando paso á paso.

—Buenas tardes,—habló la sombra.

—Buenas tardes,—contesté sin mirar.

Y como inmóvil y muda siguiera aquella, con ojeadas furtivas á mi caballito, sin duda en mejores carnes que los matungos del pago, agregué alcanzándole la calabaza:

—¿Quiere un mate?

—Gracias, Caray Guazú, Gran Señor. Pero te estás asoleando al cuhete. Venite, ché, á guitarrear bajo el alero.

Haciéndome de rogar un poco le seguí, fingiendo desgano, aunque no apetecía otra cosa, no sin antes echar manea á la tropilla, que por el momento componíala solo el desensillado ensillado.

Poco después toda la casa estaba en pie, hombres, mujererío y cardumen de sucios muchachos desnudos, desperezándose algunas chinas con cara soñolienta, por demás deshabilladas otras, ofreciéndome refrescos, naranjas, mandiocas, chicha y limonada.

Me pidieron que tocara, que cantara y hasta que bailara, lo que no hice, pero ayudado de mi guitarra inspiré confianza en las sencillas gentes del campo, que me brindaron generosa hospitalidad mi primer noche en el Paraguay. Al recogerme, y en intervalos de la garúa que seguía cayendo, oía salmodiar en guaraní, que entendía tanto como los Kyrie Eleyson del hebreo, algún rosario, y otras plegarias, comprobando cómo en las horas de recogimiento, así en la lejana Jerusalén, como en las montañas Rocallosas, ó en las selvas del Paraguay, bajo todas latitudes, en el silencio de altas horas de la noche, gustan las almas entrar en conversación con su Creador. El hombre en todas partes es el mismo: cambia el traje, nó el espíritu.

IV

Tras breve pausa, tocó cerrar los cuentos á mi vecino de sobremesa, doctor Decoud. Saboreando rica caña del Paraguay, que el propio anfitrión escanciara la especialidad de cada cual, comenzó:

— Mucho había estado insistiendo el capataz pagador ajustando el jornal de semana al joven Asunción, no lejos de la capital de ese nombre, quedara un poco más, para la faena yerbatera, no concluída en el establecimiento. Pero él fué á la pulpería del obraje, y comprando algunas pilchas nuevas se despidió de sus compañeros. Camina que camina, saltando y tarareando iba en guaraní, (todavía no había cantado nuestro poeta Guido: “Llora, llora, urutá”) cuando al cruzar el naranjal sintió, ó creyó percibir cierto ruido inmediato, que detuvo su marcha, sospechando crujido de ramas por león que se acerca, pisada de tapir, ó arrastre de serpiente que ya no ha dado en hablar, como en los días del Paraíso, pero que sigue su misión de envenenar todo placer, disfrazada de mujer ó de ambición.

Paró la oreja y el paso, y todo oídos llegó á distinguir rumor entrecortado saliendo de un pequeño claro entre monte tupido, donde sobre un poncho, barajaban y recogían mugrientas cartas de ennegrecida baraja hasta media docena de obrajeros. Todos callaban, acercándose Asunción á la muda rueda de espectadores, que sólo para triunfos tenían ojo. Partida de *monte* seguíase, juego infernal que en pocos minutos descamisa á los que tal prenda usan, que no siempre soporta los calores en país que ni *piques* respeta al transeunte.

Silencioso é inmóvil continuaba, fija mirada á las peripecias del juego, introduciendo un palito de yerba en los agujeritos del calzoncillo cribao, á falta de *fichas*, apuntando así cuentas los que no saben contar. De cuando en cuando hacía sonar sus pesos el recién llegado, dentro el bolsillo, y al ruidito atrayente, apenas dió una vuelta el correntino de la carpeta, poncho extendido sobre el pasto, sin hablar nada. Después de largo ob-

servar, Asunción estuvo acariciando una moneda, como dudando exponerla. Luego apareciendo entre dos jugadores su mano menos sucia, la dejó sobre la *verde carpeta*.

Perdió. Con intervalo más ó menos largo volvía á hacer sonar el dinero, que retintinaba, y apareciendo ya *dos cuatro*, monedas de nuevo cuño, y con alternativa de ganancia y pérdida, seguía el juego, y el silencio, y la emoción reprimida, sin alterar sombríos rostros cobrizos. Perdió dos, y ganando cuatro redobló ocho, y cuando la parada fué de dieciséis pesos, se alzaron las miradas sobre el ganador, que en la última parada quedó sin una blanca, y parado mirando al de la banca que á su vez admiraba aquel Rothschild llovido de improviso, ó banquero en quiebra.

Después de pesaroso ensimismamiento, sacó el sombrero nuevo, tirándolo en medio de la rueda, preguntando: “¿Cuánto?” — A lo que el correntino que tallaba, dijo: “Dos pesos.” — “¡Va por dos pesos!” — Los perdió. Transcurrido otro intervalo, sacóse el poncho rabón: “¿Cuánto?” “Nuevito!” agregó. — “Ocho”, contestó uno.— “Dieciséis, recién comprado”, replicó Asunción.— “Doce”, ofreció otro. — “Paro los doce.” — Volvió á perder. Y desnudándose de la camisa. hizo su última apuesta: “Un peso” que menos tardó en perder que en cambiar de camisa el ganador.

¡El vicio le dejaba sin camisa! Tras un par de tragos de caña, que fué todo lo que ganó, se volvía, aunque ya no cantando y contento sino cabizbajo y pesaroso, por el mismo caminito que saliera satisfecho de su faena á llevar un bocado á sus hijitos: pan amasado con su trabajo de toda una semana, y que el maldito vicio le convirtiera en piedra, en miseria y hambre, pues que el pan se le volvió *pambaso*.

A la tardecita, volvía cayendo á la misma ranchada de donde salió tan garifo y contumaz contra el trabajo. Ahora volvía sin el pan y sin la torta, habiendo perdido hasta la camisa.

— Conchavando de nuevo, patroncito, — dijo al acercarse el capataz.

— No necesito.

— Pero, ché, rogabas quedara.

— Como estuviste empeñado en irte, cayó otro reemplazante.

— Quedo por mitad de paga.

— Ni de balde, haragán jugador...

— Bueno, sin que me des nada. Trabajaré por la comida.

— Pero no por la bebida...

Y así, esta víctima del juego, que no es excepción entre los peones de la campaña, por un puñado de maíz y escasa ración de mandioca, quedaba trabajando otra semana, en la tarde del mismo día, cuya mañana despreciara ocho pesos que es alto jornal en mis paisanos."

V

Tan perseverante tenderito tras el mostrador en San Juan, de modesto maestro de primeras letras en escuela de provincia, llegó por su sólo esfuerzo y constancia á cima un poco más elevada que la del sauce en cuya copa aéreo comedor improvisado, nos obsequiaba. ¡Excelsior! A la cima del poder, raro caso sin haber atravesado charco de sangre en repúblicas tan turbulentas. Maestro, periodista, diputado, senador, ministro, congresal, soldado en la hora del peligro, diplomático, propagandista en todas horas, presidente de la república, escaló todas las alturas por sus cábales á la cumbre de su obra, á la que dió glorioso coronamiento. Educacionista, soldado, historiador, viajero, reformador, constitucionalista, ¿qué ramo del humano saber no abordó? ¿Qué semilla dejó de ensayar en terreno por sus propias manos preparado? Desde moreras en San Juan, á mimbrales en Islas, desde los granos de primera enseñanza á la propaganda en acción, sembrador de ideas planteó escuelas á lo largo de su largo camino. Al final, todas esas bancas, montaña tan alta formaron que trepando por ellas llegó á la cima.

El señor don Domingo Faustino Sarmiento, demoleedor de *cáscara de fierro*, desquició desde sus cimientos al golpe incesante de su pluma-ariete, hasta derrumbar la guarida del más grande tirano. Sobre sus ruinas, se eleva hoy estatua al General de la Cartilla.



Un Capitán de papel

De papel y de papel estraza se introdujo más de un Oficial, deslustando las filas del heroico ejército argentino después de los tiempos de la Patria vieja.



ENTADOS estuvimos en dedicar la presente tradición del año de Judas, á la honorable Comisión de Pensiones en el Congreso argentino.

Mas como de cualquier modo, trátase de un Capitán, que no lo fué, si bien reconocido por el Congreso, no queremos enmendar la plana, siendo poco dados al oficio de Maestro Ciruela, menos en las actuales circunstancias, en que los padres de la patria agobiados se hallan bajo el peso de tanta viuda, rodeados, atosigados, seguidos y perseguidos de innumerable ejército de agraciadas, ó desgraciadas pensionistas, ó graciosas pensionadas.

Por esto, al dejar correr la pluma, que murmurar nunca supo de viudas, doncellas ó casadas, nos dirigimos únicamente á un antiguo y querido colega, que convencido fué, al fin, de la verdad de ésto que parece cuento.

Al principio dudaba, replicando nuestro amigo:

— Que pueda presentársenos un Capitán de papel, todavía.

Los hay de yeso, de barro, de hierro, de carne y hueso, de alfeñique y hasta de corsé. Pero que se hubiese establecido fábrica de viudas tan ingeniosamente montada, no lo comprendo.

— Ya lo verá usted bajo sus propios ojos, por lo mismo que es salteño.

— ¿Se tratará de alguno de esos capitanes hechos por los Sanglas, Turderas, Claret, ó sastres militares de toda época?

— Nada de eso, ni siquiera como otro comandante á *dedo*, que tuvo la candidez de introducir su nombramiento de tal, á la firma del señor Gobernador de Buenos Aires, General don Manuel Guillermo Pinto, la víspera de su muerte, entre el despacho del Ministerio de Guerra, del que era simple escribiente.

— No entiendo la cosa.

— Más y menos que eso.

— Menos tal acertijo.

— Más, porque mi *Capitán de papel* exhibió firma auténtica del General Belgrano, al presentarse pidiendo reconocimiento de su grado. Menos, porque no la introdujo subversivamente.

Fué el mismo Honorable Congreso que acordó pensión de Capitán retirado á quien nunca hizo otra cosa, ocupando su habitual retiro en *intrínquilis* y trapisondas, y manteniéndose tan alejado, que jamás se le vió en campaña, ni siquiera en formación ó parada, ni en las planillas del ejército se encontró homónimo con quien equivocarle.

Oído á la caja.

.....

II

Allá por los años en que el doctor Belgrano, General del *Ejército chico*, avanzaba á vencer, como venció, los numerosos veteranos de Tristán, quien se firmaba General del *Ejército Grande*, vivía á los fondos de la casa donde se hospedó en Salta el vencedor de Tucumán, un joven casi un niño, listo pero muy listo.

Ligero, experto y vivaz, parecía de tan bello carácter, como de carácter era su letra hermosa, entre las bien feas de su tiempo.

Sin duda, los calígrafos arribeños de antaño no habían hecho la observación, posteriormente notada por el poeta de más confusa letra, entre los buenos de nuestro Parnaso, cantor del Edén Argentino, en la espléndida naturaleza de la zona tucumana.

Repetía Mármol con la ingenua candidez de su genio, haberse observado en los que sacan nítida letra desde niños, por lo general, quedan en letra solamente y niños hasta caer de viejos.

.....

Varios años fué el General Belgrano en los confines de la República, el representante político y militar de la revolución de la independencia. Cuando desceñía su espada, tomaba la pluma, para encarrilar mejor la propaganda que se le había confiado.

Algunos exaltados oficiales de Castelli hacían sospechosa la revolución, llegando en sus calaveradas hasta santificar desde el púlpito los errores de la revolución francesa.

Cuando no daban abasto al cúmulo del despacho los empleados de su Secretaría de Guerra, solía el mismo Belgrano llegar á los fondos de la casa, gritando al pequeño vecino de buena letra, que amansaba su petizo reyuno.

—¡ Mi Capitán! salte el cerco, hay mucho que copiar.

Y el niño más que listo, de un salto estaba al lado del General, y de un segundo en la mesa, pluma de ganso en ristre, copiando partes, proclamas, circulares, mientras que él dictaba á otros, paseándose de uno á otro extremo de su improvisado bufete, notas sobre éste y otros temas:

“Oficio al Capellán castrense para que después del toque de oraciones, haga rezar el rosario por el Sargento Brigada, á los soldados de cada compañía dentro de sus cuadras.”

“Orden del día, haciendo saber al ejército, y principalmente á los guerrilleros de vanguardia, que incurrirá en pena de muerte el que robe, bien sea una gallina.”

“Circular á los curas, para que en la plática durante la misa, enseñen á los indios que *la patria no es hereje*, ni viene á quitarles nada. Que Dios es Dios para todos los hombres de la tierra, y el mismo para los blancos que para los indígenas. Que los patriotas no vienen á variar sus creencias ni costumbres.”

“Nota al Mayor General Díaz Vélez, jefe de vanguardia, para

fiestas criollas, que no se les prohíba en las procesiones sus endriagos, vestiglos, minotauros, tarascas, enanos ni gigantones.”

“Haga propagar por todos los medios, que los soldados de la patria, sólo traen *la buena nueva de la libertad*. Que la revolución iguala á todos ante la ley, respetando lo que cada uno tiene.”

.....

En otras ocasiones, cuando apurado se hallaba el General, sin levantar cabeza de su mesa de trabajo, en la tira de papel á mano, escribió más de una vez, de su puño y letra:

— ¡ Mi Capitán! — nombre con que familiarmente llamaba en su paternal cariño al pequeño vecino, — venga un momento, hay mucho que escribir.

Muy lejos estaba entonces tan recto y honrado jefe, en suponer que tales minúsculos mensajes volantes, valorizándose con el tiempo, como todo lo que á él perteneció, habíanse de convertir en auténticos despachos de Capitán, para quien nunca llegó á cabo...

Vencido Belgrano, menos por los años y prematuros achaques que por la ingratitud de sus conciudadanos, dejó á Salta, avanzó hasta Potosí, y al fin, regresó con el corazón deshecho á morir en esta ciudad de su nacimiento, y en la casa descrita en la calle á que dió nombre.

III

El covachuelista de marras, que sin duda siguió estirándose y creciendo entre soldados y papelotes, si no tomó olor á pólvora, sí tomó olor á viuda, á las que ellos dejaban, y las que no dejaban también, hasta establecer fábrica de viudas.

— ¿Cómo, matando á sus maridos?

— Nada de eso. Mi capitán Lacosta ó langosta, (le pondremos, y esto es lo único puesto de nuestra cosecha), incapaz fué nunca de matar á sus homónimas, sino fabricando documentos tan bien presentados que aparecían como viudas de verdad.

Para algo le sirviera, sin duda, experiencia adquirida desde

niño, al frecuentar la secretaría del General Belgrano, que como á célibe empedernido rodeaban con insistencia viudas y doncellas.

.....
Tropezaba el Capitán con vieja de más ó menos sahumero de sacristía, en negro rebozo envuelta, saliendo de alguna de las que rodeaban la Iglesia del Señor de los Milagros, y de buenas á primeras, emparejando sobre la misma vereda, en pos de respetuoso saludo, inmiscuíase galantemente:

— Mi señora doña Mariquita: ¿quería usted ser viuda?

— ¡Atrevido! siempre fuí doncella, ni viuda de nadie, — contestaba la beata sulfurada.

— No se altere usted, mi buena señora. Nadie pretende atentar á su estado honesto. Pero bien pasar pudiera por la viuda del Capitán Mentirola, que nada pierde con eso, y sí ganar algunos pesos para aumentar sus limosnas, ya que por devoción es tan caritativa. No me parece que á nadie venga mal una pensoncita, así como llovida de lo alto.

A poco andar la muy santurrona tras exageraciones de virtudes, que sin duda apenas conociera de oídas, contestaba la más de las veces:

— ¿Y qué hay que hacer para eso?

— Para eso, poca cosa, menos. Por su parte, nada; dejarse hacer. Por mi parte corre lo demás...

Y rumiando para su conciencia, la timorata célibe ó ex doncella solía reflexionar:

— Como no salga de ello un gatuperio, en verdad no me vendría mal para remediar mis necesidades, en estos perros tiempos que tienen cara de hereje, una mesada con que colocar á mi pobre sobrina, que trazas lleva de morir con su ramito de azahares.

Y como fué siempre de Evas dejarse tentar, ésta, por la meliflua palabrería del locuaz *viborón* que la seducía, y se le enroscaba en forma de caridad al prójimo, rara era beata, ó mundana, que á la noche siguiente, si no en la misma de diálogo semejante, dejaba de concurrir al escritorio ó *fábrica de viudas* del lindo oficialito de la hermosa letra.

IV

Y así, en poco tiempo, el Capitán Lancosta agrandó su despacho de *despachos*, extendiéndolo luego á Salta, Jujuy y todas las provincias del norte, bien que limitándose á especialidad de viudas de Cabos, Sargentos, Alféreces, Tenientes, Ayudantes y Capitanes, pues que más fácil encontraba simulada comprobación, cuanto menos alto el grado.

Nunca le escasearon viudas, ni faltaban dos ó tres que las atestiguaran como tales, sobre todo, ante la autorizada palabra del *Capitán de Belgrano*, como habían oído llamarle á Lancosta desde sus antepasados.

El hombre fué tomando nombre, creciendo y extendiéndose especialista en fábrica tan singular, y como sus cábalas y patrañas daban resultado, caían á su bolsillo *cuatros* bolivianos y plata de Güemes, que era un gusto.

¡Lo que vale tener buena letra aún contra la opinión del poeta Mármol!

¿Quién no había oído desde Salta y sus alrededores llamar el *Capitán de Belgrano* á este nuevo Capitán Langosta?

¿Quién atreveríase á poner en duda su testimonio?

A vuelta de correo volvía revestido de todas las formalidades y con decreto al pie el expediente de la señora Mengana, reconocida como la viuda de Zutano.

Comprobado quedaba el derecho á la pensión, aunque ésta no llegara tan pronto, bien que con los tales *derechos diferenciales* de pagar no hubo la Confederación.

Pero al fin cayó aquello, la Confederación, sus flamantes derechos y todo lo que tenía que caer, al desmoronarse el caduco edificio.

Entonces al *Capitán de papel*, que regimiento de numerosas viudas había hecho reconocer, fácil le fué atestiguar con el testimonio de las mismas, que si no era él, viudo de todas, acreedor sí, á sueldos por tantos años devengados como Capitán, desde el tiempo de Belgrano, pues con tan popular renombre se le conocía.

Aunque extraviado se hubieran sus despachos, ahí presentaba no una, sino muchas misivas y autógrafos del mismísimo General, llamándole por su grado: mi Capitán!

V

— Puede que por los años de 1813, se fabricasen tan fácilmente capitanes de papel, y que aun cuarenta años después, el Gobierno de las trece, revalidara nombramientos así en papel mojado; pero al presente no serían posibles semejantes falsificaciones, pues que para eso está bien llevado el archivo en el Estado Mayor del Ejército, que ha venido á sustituir con ventaja la antigua Inspección General de Armas, desde que ocho clavos y un Espejo á ella llegaron, según afirmó el cáustico poeta del Campo.

— ¿Lo creen ustedes así? Tan cierto es el Capitán Lancosta y eso que se quedó corto, contentándose con su pensión, al revistar en inválidos, sin duda por las muchas viudas que había hecho, como el susodicho Teniente Coronel, por engañifa. Todavía oímos á éste, veinte años después, defendiendo uno de los prisioneros de *La Verde* con su espada virgen al cinto, que nunca tuvo ocasión de desenvainar; pero sí de ascender al grado inmediato, según los muchos años transcurridos en el Ministerio en el empleo de Teniente Coronel, tan ingeniosamente alcanzado.

Verdad es que este buen señor, manejaba mucho más hábilmente la pluma que la espada.

¿Creen ustedes que hoy no se repetirían semejantes *desaguiados*, en perjuicio del tesoro y de militares de verdad?

Vaya como apéndice este último caso reciente:

Poco ha, cierto amigo nuestro, pidió justificar ante la autoridad competente, algunos modestos servicios militares, que allá en sus mocedades había prestado, para dejar sinó huella de sus pasos, de que hubo servido alguna vez siquiera para taco de cañón.

Honrado era nuestro amigo, y Modesto de nombre y condi-

ción. Fué, anduvo y vino el expediente de una á otra oficina, cuando, al cabo de algún tiempo, el Oficial ayudante del Archivo militar, le dijo un buen día:

— Vaya, amigo, aquí tiene usted su despacho.

Y tan lindamente informada aparecía la brillante foja de servicios, que tentado estuvo nuestro amigo de resignarse á vestir las plumas del grajo.

— Este no soy yo, señor, — contestó después de releer bien lo mal escrito.

— ¿Cómo, no se llama usted don Modesto Maldonado?

— Sí, señor.

— Nacido en Buenos Aires, Capitán en 1854, Teniente dos años antes?

— Sí, señor; pero el de esta foja de servicios, no soy yo...

Aparecía haciendo campañas antes de venir al mundo, con más tajos y reverses, cintajos, cordones y medallas que Judas de Sábado Santo, más acciones de guerra que las que tuviera tiempo haber asistido.

Trabajo costó persuadir al archivero de paciencia, que la había tenido ímproba para revestir el voluminoso expediente de informes tan errados, que, mirando para todos lados, ofreció quedar en uniforme de Adán, para probar ante propios y extraños, no había en su cuerpo huella de heridas, atestiguando galardón que no pretendía:

Todavía quedó dudando el bueno del empleado, que por seguir la virtud de su nombre, con modestia apartaba de sí gloria que tanto trabajo habíale costado consignar, desempolvando archivos...

Puede ya no sea tan fácil reabrir fábrica de viudas; pero sí lo es reconocer Capitanes semejantes, alegando el percundante que se le quemaron los papeles.

Leyendo estas tradiciones, resulta inaplicable la máxima de Paúl de Saint Victor, de que en el arte lo malo no debe ni mencionarse siquiera, porque para él era malo todo lo que no revelaba genio, talento, inspiración. Tres cualidades éstas que abundan en el doctor Obligado.



Las apariencias acusan

Investiga, escudriña, averigua hasta comprobar la verdad. Ay! cuántas veces las apariencias acusan!



UNA madre para cien hijos, suele repetirse, pero ; cuántas veces cien hijos no son el sostén de una madre! Así, cuando encontramos en nuestro camino alguna de esas hermosas esmeraldas, color de la esperanza, donde el amor resplandece, nos inclinamos á recogerla para engarzar en el precioso joyel de nobilísimos sentimientos que honran la humanidad y que felizmente no han desaparecido entre nosotros.

I

En una de nuestras más avanzadas fronteras, aconteció el sucedido que referimos.

Hallábase en su modesta mesa de campaña, rodeado de los oficiales de la guarnición, el Comandante de ella, cierto día sin sol de crudo invierno, cuando sacando una pequeña cigarrera con cantos dorados dijo, enseñándola á sus subalternos:

— No está de más que de cuando en cuando recuerden á los olvidados que vegetamos en el desierto. Me acaba de llegar este obsequio de un amigo de la infancia.

Y pasando de mano en mano por cuantas cortaban pan, llamaba la atención de unos el cincelado labor sobre la tapa, representando dos hermanos de armas, espalda con espalda, defendiéndose en apurado trance, rodeados del grupo de indios que les sorprendiera en media Pampa, y la de otros el monograma y dedicatoria: "A un amigo de cuarenta años". El Alférez recién llegado, que contaba de vida la mitad de esa larga amistad, más curioso, olió cigarros que hacía tiempo no olía, volviendo el obsequio concluída la ronda á manos del dueño.

Siguió al churrasco criollo el clásico puchero de choclos, y al guiso con zapallitos el arroz con leche, y la conversación y la francachela entre buenos camaradas, sin traspasar la circunspección debida; pues por más franqueza que el jefe dispensara no se olvidaba la subordinación y respeto fiasta en los actos más familiares.

Al servirse el café, con sabor de achicoria y no á Yungas, el Comandante deseó celebrar el buen recuerdo, doblemente valioso por los mil recuerdos que despertaba, dando participación del contenido á los subalternos. Por más que registrara el bolsillo donde la guardára, no la encontraba; ni entre servilletas ó bajo manteles aparecía la muy perdida, y abarcando con mirada escudriñadora todos los circunstantes, acentuó muda interrogación sin palabras.

Como tocados por automático resorte, los oficiales se pusieron de pie, dando vuelta sus bolsillos, menos el Subteniente del extremo, quien, más colorado que un tomate, dijo sin pararse:

— Afirno bajo palabra que yo no la tengo.

No faltó quien comentara el sonrojo denunciador, dividiéndose en opiniones, elogiando unos su entereza, murmurando otros, al notar lo abultado del único bolsillo no abierto. El más adúlón chismografió:

— Entre pura gente honrada la cigarrerita no aparece.

Otro, cuchicheaba al vecino:

— ¿Se ha fijado que *el nuevo*, siempre sale precipitadamente de la mesa?

Los más criticaron su proceder, sin que faltara quien añadiera:

— Me parece que ha hecho bien. Al fin no estamos entre jugadores de mala fe, donde al primero que se agacha, achácasele la desaparición de la moneda que rodó.

— Si el Jefe lo hubiera impuesto, — agregó un tercero, — no vacío la faltriquera. Mera sospecha, deprime. Pero ha sido tan espontáneo el movimiento general, que corajudo debe ser resistiendo la corriente, bien que no ha podido evitar le salieran los colores á la cara.

— ¡Al fin nuevo! — dijo el más antiguo. — Sabe Dios de dónde viene. Estos oficialitos que exporta el Colegio Militar, llegan al ejército con más humos que locomotora, echando planes y planos sobre el p papel, antes de haber acostumbrado la mano al sabor del sable, y aprender   tirar tajos y reverses, en vez de líneas curvas y rectilíneas que nunca dieron el resultado de una carga   fondo.

Los días pasaban y la tabaquera de cocodrilo exornada de oro y plata no aparecía. Ni que alguno de esos anfibios de laguna inmediata se la hubiera tragado. El subteniente continuaba retirándose el primero, siguiendo el bultito sospechoso en el bolsillo. Los concurrentes empezaban   retirar sus asientos del suyo, haciéndole el vacío hasta dejarle aislado en el extremo de la mesa.

Al distanciamiento de compañeros, fuese agregando el de la palabra. Algunas manos ya no se le extendían; otras oprimían friamente la suya. El Jefe nada decía, pero los subalternos decían demasiado, condensándose atmósfera malsana al sospechado.

Ya se tramaban sordamente murmuraciones contra el que, si para unos estaba convicto, para pocos era el oficial digno que había dado lección de delicadeza. Serio, silencioso, imperturbable, seguía   cumpliendo todas sus obligaciones, observando al pie de la letra la Ordenanza, en cuyo examen obtuvo diez, y alejándose precipitadamente con el bulto acusador.

II

Y en tanto no aparece la dorada cigarrera, que se había hecho humo antes de convertirse en tal su contenido, pero n  en lo mismo el honrado joven, á quien se inculpaba su trasapelamiento;

prendiendo un *puro*, echemos un parrafito hablando de bueyes perdidos; que tal parecerá recordar ese hermoso sentimiento de amor filial tan escaso ya como los diamantes del Cabo en la lejana región que al fulgor de los cañonazos de la más poderosa de las naciones, la más pequeña aparece al mundo dando ejemplo de amor patrio.

La antigua Róma, cabeza del mundo que deificaba toda virtud antes que los vicios le prostituyeran, levantó un templo á la Piedad en el mismo sitio de la prisión, al través de cuyas rejas, una joven madre prolongó la vida de su anciano padre, condenado á morir de hambre, ocultamente sustentado á sus pechos, en diarias visitas.

Escena en algo semejante dió origen á nuestra iglesia del mismo nombre (Calle Piedad) alzada sobre los ruinosos cuartos de otra hija que se sacrificó por su padre, donde hoy relumbra á la mayor altura ampulosa media naranja de templo que nunca terminará, según la profecía del ingeniero Canale, que pretendió enmendar la plana á su colega, el ilustrado señor Pellegrini.

Sin mencionar notables ejemplos que en el aniversario patrio piadosas damas de la Sociedad de Beneficencia presentan cada año dignos de premios al amor filial, recuerdan nuestras propias tradiciones el hijo que, loco de amor por su madre, vino desde Londres para darle el último abrazo, y encontrándola monja profesa, saltó las tapias de San Juan, bajo disfraz de acarreador de leña, se introdujo en el Convento y al reconocerla de novicia á través del velo monjil, se desvaneció de ternura en los brazos maternos. También hemos recordado ese otro buen hijo, que al saber la desgracia de su padre, condenado al cadalso, que evadiera, recorrió toda la Argentina en su busca, para llevarle en consuelo su cariño, perdiendo la razón al entrar por una puerta en la casa de la cual los remordimientos hacían huir al padre por la opuesta, sin poder resistir la presencia de hijo tan cariñoso.

III

En una de las fronteras de la hermosa región, donde el suave algodónero y la dulce caña florecen, y también sentimientos tan suaves y dulces, fué donde se produjo el suceso que tradicionalizamos.

.....
 Ya los más atolondrados hablaban de pedir la separación del sindicato, con la única razón del *porque sí*, cuando un buen día le llamó reservadamente el Jefe á su alojamiento, diciéndole:

— Usted no ha tomado la cigarrera...?

— Señor Comandante, lo he afirmado bajo palabra...

— ¿Tiene usted inconveniente en decir por qué no siguió el movimiento de sus compañeros, que tan espontáneamente dieron vuelta sus bolsillos?

— Lo que de ningún modo demostraba no pudieran ocultar la cigarrera en otra parte. ¡Aunque libreme Dios sospechar de mis compañeros!

— ¡Perspicaz es el subteniente! No lo he llamado para reconvenirle, menos para que delate á nadie. La cigarrerita apareció. Hablo á usted paternalmente. ¿Quiere usted decirme por qué no imitó el ejemplo de sus compañeros?

— Ante todo por decoro propio, y también por otra causa. Si me interroga particularmente, no como Jefe, diría á usted lo que no hubiera declarado ante sumario alguno.

Y mirando á todos lados como abochornado, agregó en voz baja y entrecortada, temblorosa por la emoción:

— Tengo una madre muy pobre, que llegó á empeñar hasta sus ropas para que yo, su único hijo, siguiera en la Escuela militar. Aunque la asisto con mi escaso sueldo, desde que empecé á ganar doce pesos en el Colegio, muchos días falta pan en su rancho. Consiguiendo hacerla venir cerca del campamento, guardo la mitad de mi ración y yo mismo se la llevo. Feliz para usted fué el día que recibió tan delicado recuerdo de un leal amigo, fecha fatal para mí, pues desde entonces no me ha quedado un

amigo. Todos se me alejan. Pero el día antes la ví comer con tal ansiedad el pan más blando que reservara á mi pobre viejecita, que me parecía no quedaba satisfecha, por lo que, entre dos rebanadas, agregué otra de carne fría que abultaba más mi bolsillo. Ya ve usted, señor Comandante, que para mis propios compañeros habría sido bochornoso sacar la cena así escondida: hubiera preferido sacar el sable antes que dejarme registrar.

El Comandante que recordaba haber debido socorrer en sus penurias una anciana madre en la indigencia, se levantó conmovido á estrechar las dos manos del joven, volviéndose con prontitud para no dejar percibir dos gruesas lágrimas descendiendo á perderse entre sus blancas barbas.

.....

En época ya lejana fuí soldado; no recuerdo si la Ordenanza que castiga al que se agacha al paso de las *silbadoras*, prohíbe á un jefe emocionarse ante subalternos.

Fué otro bolsillo ocultador el que sindicó sospechoso al honrado hijo, ejemplo de amor filial. Descosido un forro interior en el capote del Jefe, resbaló la cigarrera al fondo. Inmediata investigación justificó la sinceridad del hijo bien amado, como la situación afligente de la anciana madre, y que el bultito denunciante del que se retiraba precipitadamente de sus compañeros, alimento era para el rancho que á lo lejos se divisaba.

Comprobados los hechos, el Comandante volvió á llamar ante su presencia al pundonoroso joven, le hizo un obsequio, y desde entonces asignó ración á la madre.

Agregaba el Comisario pagador algo que honra el noble corazón del soldado argentino, tan exaltado en general sí irreflexivo en ocasiones. Los que más le vituperaron fueron los primeros en pedir disculpa. Desde entonces, cuando llegaba la valija, y su deseada venida era esperada como la del Mesías, cada dos meses, cuando no tres, llevando paga de uno, entregaba *treinta pesos* á esa madre pobre, á quien todos habíanla declarado *pensionista del Regimiento*, hasta su muerte, que no tardó en llegar.

Recién entonces vino á saber *él nuevo* que entre los oficiales, los mismos que tramaban su separación, se impusieron en desagravio subscripción de un peso cada mes, que por intermedio del pagador le hacían llegar reservadamente...

¡He aquí un hijo pundonoroso á punto de ser expulsado del ejército que sigue siendo digno jefe, por la forma en que el amor filial le permitía socorrer á la anciana madre!

Como éste, en cuántos otros casos las apariencias acusan!

Mucho camino ha andado desde la época de las verdes esperanzas de la vida que recuerda escribí sobre usted en *Los Debates* de 1856 y que muy pronto se convirtieron en realidades. Sus tradiciones eran ya populares en su patria como lectura de hombres y niños. Hoy han traspasado las fronteras, y tienen la sanción del mundo literario. Felicitándolo cordialmente por el éxito de su obra, me es grato repetirme de usted su siempre afectuoso compatriota y amigo.

BARTOLOMÉ MITRE.



La isla de Martín García

Bella Ondina del Plata, adalides de todos sus contornos rompieron lanzas por adueñársela.

I



VERDADERAMENTE es una perla y de color gris-perla el nimbo que la circunda entre neblinas matinales, como engarzada al aire en la corona de plata, del majestuoso río de este nombre. En otrora, ésta la más bella isla del gran estuario,

aparece como una hermosa esmeralda sobresaliendo apenas su cima verdeante en medio la inmensidad del agua, cuyas olas azules se desdoblán suavemente sobre dorados arenales que la contornan. Todavía bajo el sol resplandeciente surge, encendido rubí de frisados cambiantes á los reflejos lejanos del miraje.

Perla, esmeralda ó rubí, según la hora, la isla, piedra preciosa, más que calcárea, codiciada fué desde su aparición por todas las naciones: de españoles, portugueses, ingleses, franceses antes; brasileros, uruguayos y hasta paraguayos después, argentina perduró siempre, desde que la Argentina nació.

Fué el descubridor del Río de la Plata el primer europeo que la abordó en 1512, dándole el nombre de su timonel Martín García, allí enterrado, unido al recuerdo del primer muerto el del primer vivo de que memoria ha quedado. Don Pedro de Men-

doza no dejó huella, pero Garay arranchó en su costa al descender ó remontar el Paraná. Y tras de Solís, Gaboto, y en pos de Diego García todos los exploradores tuvieron aquí su primer punto de descanso. Azara recaló en la isla que Bompland visitó, y que recién (1856) el sabio Coronel de ingenieros Camilo Duteuil describiera científicamente, antes que Lobo el marino sus alrededores.

Mar Dulce llamó Solís al río que sus compañeros denominaron con su nombre. A este descubridor del Plata, como al del Río Uruguay, capitán Rodríguez Soriano, cinco años después, 1520, tocó igual fin desgraciado: muerto á palos éste por los zebúes en Filipinas, como en forma no menos cruel Solís en la vecina costa uruguaya.

.....

Seguíamos subiendo la barranca y contemplando todo. A la derecha del viejo muelle prolongado en piedra y antecediendo al de madera, sobre el que se desliza estrecho ferrocarril Decauville hasta el Lazareto, el arco á la entrada, del que se colgó un centinela en su demencia. A la izquierda encontramos otra garita, donde cuarenta años antes, con la estrecha cámara de popa de náufraga embarcación, con lo que muchos años hace improvisamos confortable refugio de oficial de guardia, á la entrada del puerto principal, centinela avanzado de la Comandancia militar. Este viejo edificio, convertido en oficina telegráfica, comunicación que no llegaba entonces á ningún punto de la República, es hoy vergel de flores, donde asoma la bella *Rosita de los secretos*, empleada telegrafista. A su frente siguiendo amplio boulevard, desde el embarcadero al interior de la isla, adornado de paraísos y casuarinas la nueva Comandancia, rodeada de jardines; los pabellones de cuarentenarios, capacidad para tres mil; entre verde arboleda la casa del médico, todo con sumo orden y limpieza mantenida. A lo lejos, en el centro más alto de la Isla, cual blanco fantasma surgiendo entre la selva de espinillos, el alto faro contiguo á la torre metálica, construida para observaciones en la triangulación del gran estuario. Más distante, á la izquierda sobresale la alta chimenea del horno crematorio, y por todos lados, polvorines bajo continua vigilancia, depósito de toda clase de inflamables. En la bajada de la Cruz,

camino al puerto viejo, entre desquiciados ranchos de piedra y techos de cinc, de picapedreros y pescadores en receso, descuelan escuelas para varones y niñas, estrecha senda que conduce al saber. Grupos de penados tapando canteras y desagotando otras. Casi escondida por los árboles, irguiendo la cruz de su frontis, la capilla, cuya campanita llama á la oración dos veces al día en aquel apacible ambiente de tranquilidad, de calma y de silencio.

II

Tan espléndido panorama revive mil gratos recuerdos á los argentinos. A la entrada del Infiernillo "Punta Cañón", el primer combate donde Brown abordó la Isla de Martín García (1814), y en el que, si aun victorioso, perdió un marino tan bravo como el capitán Seaver, reconquistó para la Argentina otro no menos bravo Capitán español, Romarate. Convencido en el derecho de independencia americana para sus hijos, coadyuvó luego con toda lealtad.

Diez años más tarde volvió á fortificarse, pues codiciaba engastar esta perla del Plata en su corona el monarca portugués, lo que nunca lograra. En 1838 buques franceses la abordaron, no sin cruento combate, en el que un heroico soldado argentino, único que en nuestro ejército obtuviera dos ascensos durante la mañana de Ituzaingó, detuvo por mucho tiempo numerosísimos asaltantes. Cuando sólo un puñado de soldados le restaba, hacíales aparecer como numerosa guarnición, cambiando gorras militares de diversos colores, lo único que sobresalía del Reducto de piedra. El Coronel don Jerónimo Costa, como su segundo Capitán Thorne, fueron devueltos por el jefe francés que les aprisionara, tributando honores al valor desgraciado. Poco después llegó el General Lavalle, formando el primer campamento de su cruzada libertadora, y en 1845 el Coronel Crespo para transportar sus cañones á fortificar el paso en Obligado, que la poderosa escuadra anglofrancesa sólo consiguió forzar tras reñidísimo combate.

Presidio abandonado por mucho tiempo, en un motín de cuartel fué muerto el Comandante Sánchez. Auxiliadora de desertores era una yegua blanca á cuya cola prendido se dejaba arrastrar el fugitivo, por la rápida corriente en el estrecho Canal del Infierno. Hábilmente adiestrada cuando el viento soplaba hacia la ribera oriental, el olor á la cría relinchando ésta por la madre, le hacía volver á la querencia. ¡Sublime rasgo de amor maternal!

¡Aberración humana! Aquí, en esta isla, donde apacible atmósfera infiltra su calma nobles sentimientos, y en la que hasta animales de mansa índole se exponían por salvar el hombre, hombres tiesos como artículos de ordenanza le siguieron consejo de guerra, formaron cuadro y fué fusilada la yegua blanca con las formalidades prescriptas contra todo auxiliar á la deserción!

Muerta la yegua salvadora, otro preso vaqueano y experto nadador, arrancó un grueso gajo de los espinillos que rodean la Isla, y aspirando libertad, se echó al río en día de bajante.

Nadando en angostos canales, descansaba en los placeres de arena ó bancos y caminando, caminando en río tan ancho y de poco fondo, que suele perderse de vista, vino á salir fatigado y hecho sopa, frente las barrancas de San Isidro. Menos favorable que el agua le fué la tierra pues á pocos pasos capturado, sólo pudo salvarle el Coronel Costa, solicitándolo de Rozas por el valor con que le había acompañado en lucha con los franceses, premiando á la vez el acto de arrojo.

III

Entre otras tradiciones locales, nos fué recordada por sus vecinas esta de que fuimos testigos en nuestros años juveniles. Una fresca mañana primaveral, florecientes todos sus bosques de aromos y durazneros, ayudamos á exhumar los restos de una hermosa napolitana. Atándose un adoquín al cuello, Catalina Flaman, ingenua hija de picapedreros, arrojóse en las profundidades de la cantera donde trabajaba el padre, despechada del amor

fugaz de un joven oficial de la guarnición que en poco tiempo arraigará!...

Cierto oficial inglés propuso transformar la isla en inexpugnable Gibraltar, y al día siguiente de haber solicitado un sindicato francés para improvisar nuevo Monte-Carlo, — ruleta libre y permanente, — cierto español de España, empresario de lo mismo en la Colonia, proyectó establecer plaza de toros.

Los hijos del Plata la han preferido como oasis de descanso y de reposo, lazareto y puerto de refugio para las banderas de toda nave que llegue en son de paz.

Por su importancia estratégica ya sea de aluvi6n, como afirma alg6n naturalista, 6 prolongado desprendimiento de la inmediata costa oriental, como quieren los uruguayos, convergiendo ah6 antes de subdividirse las corrientes del Paran6 y Uruguay al ensanchar el Plata, en desarme 6 fortificada, ser6 siempre la llave de ambos r6os.

.....
Al bajar de la bater6a en cuya construcci6n cooperamos cincuenta a6os ha, en el mismo lugar rememor6bamos una de las escenas tocantes que m6s nos impresion6.

La escuadra de la Confederaci6n, al mando de un bravo marino, Mariano Cordero, forzaba el paso al frente principal. Uno de los j6venes oficiales de Buenos Aires, p6lido y nervioso, se paseaba agitado sobre el puente del "Pont6n Castelli", y como el cabo de ca6n6n diera vuelta cara, impaciente por la orden de fuego retardada, pareci6le descubrir en los h6medos ojos de su valiente oficial alguna l6grima. Vi6 luego que descubri6ndose salud6 al jefe del vapor enemigo pasando 6 tiro de pistola, y al exclamar "¡Adi6s, mi padre! ¡Dios le ayude!" corri6 6 la bater6a de babor, y desvi6 un poco la punter6a de la carronada, dando la voz de ¡fuego! saltando en pedazos el castillo de popa del buque al mando inmediato de su padre.

¡Conflicto entre dos deberes! Muchas noches de insomnio y de pesadumbre se siguieron. El mayor Clavelli perseguido era por la obsesi6n si habr6a muerto 6 su padre. Espesa humareda le impidi6 divisar las luengas barbas blancas de aquel rostro querido, y como d6as despu6s corri6 la voz de que hab6a muerto el jefe de un buque de los que forzaron este paso en la ma6ana del

14 de Octubre de 1859, su desazón crecía y le atormentaba, hasta que se confirmó había sido en otro vapor el Comandante Mauricio, quién cayó á los certeros tiros de revólver del guarda marina Tollo. ¡A qué extremo arrastran las luchas fratricidas!

En gracias al fatigado lector, omitimos otras muchas interesantes tradiciones que bordan la isla, donde cada piedra guarda una leyenda de amor, de heroísmo, de abnegación ó sacrificio.

IV

El clarín tristísimo de la oración dilataba sus écos como nota quejumbrosa en la melancólica hora ñe la tarde.

Mi primogénito, Mayor de artillería, desprendiéndose de los incursionistas que nos acompañaban, atraído por la voz familiar del cuartel, corrió á observar los conscriptos en correcta formación, y al vecino más anciano, que como hierba adherida á las grietas de la profunda cantera, donde pasara toda su vida trabajando, vacilara sobre sus bordes, ayudé á subir el parapeto de la batería. Emocionado hasta las lágrimas por el toque solemne de oración, recordando los días de su juventud lejana, se descubrió. Nuestros camaradas de medio siglo atrás, dormían muchos de ellos bajo la hierba que pisábamos!...

En esplendorosa puesta de sol, se divisaba éste hundiéndose tras las islas de verdinegro sombrío que festonean el Paraná, como se hunde todo en el abismo, el hombre y sus obras!

Alzando en brazos al pequeño nietecito que me acompañaba, dije:

— Hace cincuenta años hice aquí mi primera guardia en fría noche de invierno, al pie del asta bandera ya derruida. Dentro de otros cincuenta traerás á tu nieto, previniéndole aprenda á defender éste, y todo otro paso de pabellón extranjero que pretendiere atentar á la integridad nacional. En el porvenir, más feliz la generación á que perteneces, no empuñará yá las armas en luchas fratricidas.

Y el pequeñuelo, en sus adioses despidiendo con su manito al sol que alegra los niños y calienta á los ancianos, cuyo último

rayo envolvía su rubia cabecita cual fúlgida aureola en hora gris que reviste todo de tristeza y melancolía, horizontes, paisajes y pensamientos, preguntaba cándidamente:

— ¡Papá, gran papá! ¿qué, siempre será preciso nos enseñen desde la escuela á matarnos? ¿No caben todos los argentinos en la tierra? En tu tiempo, ¿por qué se mataban entre hermanos?

rayo envolvía su rubia cabecita cual fúlgida aureola en hora gris que reviste todo de tristeza y melancolía, horizontes, paisajes y pensamientos, preguntaba cándidamente:

— ¡Papá, gran papá! ¿qué, siempre será preciso nos enseñen desde la escuela á matarnos? ¿No caben todos los argentinos en la tierra? En tu tiempo, ¿por qué se mataban entre hermanos?

A quien no conozca la brillante obra histórica-literaria de Obligado, le diremos que es un monumento vivo de Buenos Aires antiguo; una historia de verdad de palpitante interés narrada en estilo lleno de amenidad, que así instruye como deleita. A la manera del historiador de Montevideo antiguo, ha desentrañado con raro talento del fondo de la ciencia de la tradición, lo verdaderamente útil, lo que revela más netamente el carácter de la antigua ciudad, de sus habitantes, de sus hábitos y costumbres.

ARTEAGA.



Amor de rodillas

A mi buena amiga, señora de . .

¡ Amor! Amor soberano en el mundo, su imperio subyuga todos los corazones.



USTED sabe, mi amiga, los quilates de verdad del sucedido, y aunque no faltará pintarrajeada romántica que lo juzgará novelesco episodio sentimental, repetimos que no vale la pena dejar tome vuelo la *loca de la casa*, cuando aparecidos de carne y hueso, nos salen al camino con más inmediato aleccionamiento.

Y con esta advertencia contestamos la observación hecha, de que en nuestra receta para confeccionar tradiciones entra por mucho lo extraordinario de un sucedido, por algo, título llamativo, y por poco, en escasa cantidad la verdad verdadera.

De exhumador de antiguallas se nos ha criticado, cual si fuera vano ó inútil oír toda esa experiencia que acumula la vida en sus postrimerías.

Ella es madre de la ciencia, según el refrán, y los que pretenden reformarlo todo, apenas á este respecto se han permitido motejar al Creador haberla colocado al final y no al principio de la vida.

Si de cuentos de viejas para adormecer niños junto al hogar se tildaran éstos, bueno sería recordar, que en todas esas consejas de viva voz, la tradición oral entraña enseñanzas que más hondamente se graban.

En cuanto á nosotros ; qué no daríamos por interrogar de nuevo todas esas queridas cabezas emblanquecidas, sobre las que el tiempo con su nieve virtió sus consejos! De rodillas correríamos á su lado para oír de nuevo la voz del pasado.

Dejando la réplica de tal crítica para otro lugar, punto en boca, y seguimos.

I

Cara lánguida, pálida, ojerosa, cuello ebúrneo y negra cruz de azabache pendiente de él, boquita de beso siempre en proyecto, grandes ojos rasgados negros, más negros que sus cabellos, y entre éstos una blanca flor del aire; nerviosa, toda sensitiva como la flor de su predilección, modesta en su vestir, fanática en su decir, en sus pasiones y creencias era la enamorada Marta, hija primogénita en una honrada y antigua familia de las provincias de arriba, y linda hasta la pared de enfrente.

Bien que fuera ésta la muy sólida de la Catedral, más inmovible que sus viejos muros aparecía el corazón de la pálida beldad, pues no obstante haber doblado la esquina de sus veinticinco abriles seguida de muchos pretendientes, la niña no tenía novio.

Cartas van, mensajes llegan, dueñas cuchichean, pasantes quedan pasando, y Martita nones, rehusaba emparejar; firme en sus trece y en su doncellez, *billeticos* deja sin respuesta. Virgen de alma y de cuerpo, no se decidía á dejar de serlo.

¿Por qué prefería quedar para vestir santos, ó pasear sobrios, como ahora se dice? ¿Por qué hacía repulgos á don Deogracias el de enfrente, don Tadeó el de la esquina y don Apolinario el boticario?

Es que tenía un su *percundante*, más presentido que presentado, y su bello ideal no llegaba.

A veces desde la huerta del fondo, con el canto matinal de la alondra, oíase letrilla malsonante para los huasos del barrio, cuando la niña bajaba á regar su rosalito en flor.

Yo no quiero dar mi mano
A un veletero salteño,
Que ha de llegar con Belgrano
Mi oficialito porteño...

Y cuando el Cura de la Merced, ó el familiar ó Su Ilustrísima, volviendo de su visita pastoral se permitían alguna familiaridad en la tertulia de malilla y chocolate, al pie del estrado de señor padre, ó algún coronilla malicioso decíale entre risueño y grave: ¿Cuándo nos da un gustazo Martita? ¿Cuándo es el gran día?

--- No se aflija Padre, — contestaba sonrosándose, — que me ha de echar su bendición cuando llegue el oficialito del ejército de Belgrano, ó se quedará sin echarla... Me he de casar con un porteñito ó con ninguno.

Y en eso llegó Belgrano; pero tan de prisa bajaba la montaña el General, que no venía para andar dejando novios en el camino, pues que él mismo, por falta de tiempo para el año del noviciado, paseó su soltería así en las Provincias de abajo, como en las arribañas.

Casi pisándole los talones, ¡trás tris!, Tristán, que nada de triste traía por entonces, y sí con aire de vencedores sus oficiales, descolgábase de las sierras, hasta que al llegar á Tucumán, á pie firme, aquel puñado de patriotas hiciera dar vuelta cara, con la de Tristán, á la mala fortuna, y éste regresó huyendo á Salta, por el mismo caminito que la vispera cruzaba en aire de perdonavidas.

Desde entonces los patriotas de Güemes no le dieron descanso. Tras su retaguardia apareció Belgrano vencedor en Salta, para que no volviera más á flamear por sus calles la bandera abatida en el campo de la Cruz.

Vencedor allí y en todas partes, entre los oficiales de Belgrano llegó también el porteñito del presentimiento.

Dos galones en la manga, rubio bigote, afable rostro tostado por el sol del campamento, arrojo en el corazón y palabras de miel en los labios, era Dionisio Alvarez, enamorado de naci-

miento, dispuesto á hacer la corte á cuantas encontrara á su paso, bien fueran devotas de la Merced, ó de Santa Rita.

Los venoedores en Tucumán encontraron en Salta todas las puertas abiertas, y también muchos corazones.

No podía *él* llegar en mejor oportunidad, pues tan parladores eran los grandes ojos, centelleando pasión de la beldad, como poco mudos los labios del bigotito dorado, por lo que con pies y manos, con miradas y palabras, tan instantáneamente lograron entenderse que á poco repasaron en fuga rápida todas las notas, llegando ó casi llegando hasta lo desconocido, desde el *do* de pecho al *si* sostenido...

Do-re-mi-fa-sol-la-sí!

Y esto de oído, sin haber estudiado música, de afición únicamente, y sin maestro la niña, *sotto-vóce* ensayaban largos duos. ¡Pero qué duos!

Letra de amor con música de besos, al resplandor de luna, en la penumbra del balcón, lo que hacía murmurar al malicioso campanero de enfrente, cada noche que á las ocho subía á dar toque de ánimas:

Canela y azúcar fué
La bendita Magdalena.

Pero de Dios está que no ha de haber dicha completa en este valle de lágrimas, ni en el de la Virgen del Valle ó el Señor de Sumalao. El mismo sacristán celoso, á quién por más plata de Güemes que ofreciera un Ayudante del mismo, no había conseguido hacer tomar en la pila á su vecina billetito subversivo, en lugar de agua bendita, canturriaba despechado al divisar el portañito de plantón, ó centinela perpetuo en la esquina:

Amor de soldado
Amor de una hora;
Cuando toca la caja
Adiós. señora!...

Bien pronto sonó la caja, y á su redoble todos se reunieron en torno de la bandera, ante la cual los batallones de Tristán juraron por cierto en falso no hacer más armas, y por la cuesta de Jujuy siguieron subiendo y subiendo al Alto Perú, llegando, los que llegaron, que no fueron muchos, hasta Chuquisaca y Potosí.

Pero con cuán aviesa fortuna los vencedores de Salta atravesaron Vilcapujio, Ayohuma y Sipe-Sipe, cayendo y levantando, ora vencidos ó vencedores! Los diezmados batallones de Belgrano, sin él y sin Díaz Vélez, sin Rondeau, ni Balcarce, ni Arenales, regresaban uno que otro cojeando ó al tranco de mula de paso, habiendo dejado un brazo ó una pierna, un ojo, cuando no los dos, en defensa de una Patria que, detenida en sus primeros triunfos, fuéralo sólo en hora ingrata que la ambición de sus malos hijos despedazaba sus entrañas!

Partió el alegre Dionisio después de dar palabra de casamiento para su vuelta, si tenía vuelta, que no siempre cuenta con ella el soldadito que marcha á la guerra.

Uno, dos y tres años transcurrieron sin saberse de él.

Las viejas beatas del barrio, que la bella de la Matriz desairara con sus misivas, afanábanse en multiplicar las angustias de aquel corazoncito torturado por la duda y los temores, saboreando sólo en sueños el primér beso del primer amor.

Una, lo sabía de buena letra, dicho del *coya*, chasqui en Tambo Nuevo, Dionisio había muerto por Sipe-Sipe. A otra habíanle escrito de la misma casa que, con las dos piernas cortadas por una bala en Ayohuma, le asistieron hasta sus últimos momentos. La tercera, la sobrina del Cura por más señas, decía que su mismísimo tío el Párroco de Vilcapujio presenció su desfile entre los prisioneros á Casas Matas.

Pero, presentimiento tenaz é inquebrantable la sostenía en su última esperanza, y desde el primer momento en que malas noticias vinieron á conturbar su alma apasionada, cayó de rodillas ante el Señor de Yique, en Sumalao, á cuya imagen, entre flo-

res y velas encendidas tenía en suma devoción, y al lado de su blanco lecho virginal, haciendo de rodillas y con el corazón sobresaltado la más solemne promesa de ir por las mismas, al Santuario donde se venera milagrosa imagen, á dar las gracias si volvía el novio bueno y sano.

Y uno, dos y tres años pasaron entre suspiros, novenas y promesas, ya con cilicios que desgarraban sus carnes, ora durmiendo sobre una vieja desnuda... tarima.

En tan larga espera, al través de sus lágrimas, sólo veía ante sí, como su vida toda, desierto el camino, sin que en las lejanías del horizonte se divisara el polvo del ansiado mensajero.

Ya no pedía tanto, se limitaba á desearlo bueno, últimamente aunque no sano, pero que volviera novio.

Un día llegó ó más bien una noche de luna, semejante á aquellas de tan dulces recuerdos cuando entre ensueños de amor arrullábanse como dos tórtolas, balanceadas sobre una misma rama, confundidas sus sombras en la penumbra del balcón de la promesa. Recogida y triste suspiraba revolviéndose en el lecho, consumida por la pesadumbre. Había ya hecho sus oraciones en aquella monótona, fría y larguísima noche de desesperanza. Mal dormida, oyó, ó creyó sentir ráfaga acariciadora entre sueños, esta expresión:

— ¡Al fin llegó el resucitado!

Y más tardó la vieja chola, cariñosa *dueña* de la doncella, en subir tropezando para anunciar que el deseado acababa de llegar, que ella en sentir como un vuelco del corazón, saltando del lecho.

Entre el ruido de sables, carabinas, rodajas y rumor de mulas y mulateros á la puerta, reconoció al Dionisio de sus pensamientos, llorado por muerto, ¡vivo, bueno y sano!

Al momento, toda conmovida, y antes de correr al encuentro del bien deseado tan largo tiempo, cayó de rodillas sobre el mismo reclinatorio que años antes, y renovó entre lágrimas y suspiros la solemne promesa, tantas veces repetida:

“Pues que me lo devuelves, milagroso Señor de Sumalao, á tu Santuario iré de rodillas, á dar gracias por este gran consuelo que me vuelve á la vida...”

Y cumplió como lo dijo. Una semana no había transcurrido de la noche del aparecido, cuando la niña salía de hinojos desde el pretil de la Matriz á la peregrinación prometida.

Toda la familia le acompañaba rezando, con hachas y faroles, madre, hermanas, tías, vecinas, curiosas y entrometidas seguían la procesión á pie, que de rodillas continuaba Marta, adelantando menos de una legua el primer día, pero sin avanzar una cuadra ni avanzar cien pasos ó rodillazos, el último de los muchos que empleó en las doce leguas.

A poco andar se le desollaron de tal modo las rodillas en el pedregal de la montaña, que menester fué adherirle rodilleras de piel de carnero, y aún ayudada con el bordón de peregrina apenas conseguía adelantar á paso de hormiga.

Algo incrédulo el novio, en lo de milagro de amor, votos, ex votos y promesas de la misma esencia que, como tal se evapora, no acompañó á su macilenta y dilacerada prometida, pretextando listas y revistas, retretas, faginas y asambleas, toques diarios que le retenían en el cuartel, como Capitán de campo.

Fué, estuvo y regresó, ó más bien, la regresaron transportándola en una camilla, en menos de dos días, por el camino que hizo en muchos otros.

Y si angustiada y larga había sido la peregrinación al Santuario de la que invocó protectora en sus amores, más larga fué la velada de muchas noches, en que *la ingenua novia de las rodillas* pasó curando éstas, sin poder moverse de la cama. Tiempo tuvo el veleidoso Dionisito para emprender campaña más lejana que la de Vilcapujio y Ayohuma...

Rodeaban noche á noche el lecho de la enamorada doliente, entre primas y primos que tales primadas mayúsculas permitirse suelen, alrededor del brasero, calentando agua para que *otro tome mate*, y vecinas y dueñas y curiosas. Alegraba la reunión una joven parienta, que durante la prolongada ausencia del niño perdido había rápidamente desarrolládose, así en hermosura y

gentileza como en ingenio y travesura, y era esta menorcita, que no hacía cosas de tal, á quien primero encontraba en antecámara el ex muerto, cada noche que entraba á preguntar por las rodillas de su ex novia, ó por la novia de las rodillas.

Tardaron tanto en curar, y mimo y seducción tanta gastara Cleta en los nocturnos recibimientos de su cuñado en proyecto, que el oficialito causa de la enferma, andando el tiempo varió como veteleta porteña, y la primita enfermera matrimonióse con el no convaleciente.

Si mucho había esperado Marta, poco tardó Cletita en sustituirle, y entre la preparación de dos cataplasmas para desinflamar llevó su inflamado corazón á la Vicaría. Si cuando al dejar su lecho no dejó la vida, fué sin duda porque ya nadie se muere de amor.

Amor, amor más fuerte que la vida, más fuerte que el honor. Creyó ella ver en tal sustitución castigo del cielo por su poca fe, pues si le aconsejaba su guía espiritual se limitara á pedir á Dios lo que más le conviniera, ella acababa así sus oraciones todas las noches:

— “Permitid, Señor, que vuelva; os pido el milagro de su resurrección. Dejad que vuelva siquiera un día á mis brazos el amado de mi corazón”.

El tiempo transcurrió y la virgen de las rodillas entraba al Convento de Carmelitas, pronunciando un año después sus votos solemnes al consagrarse esposa del Señor.

En aquellos días venía al mundo la primogénita de su prima hermana, hija de Dionisio el mangullero.

IV

Muchos años habían pasado cuando esta hija de Cleta encontró cerca del torno, en el mismo Convento que frecuentaba á saber nuevas de su tía, al joven Moisés Maldonado, comerciante de las provincias de abajo, que conducía su arria desde las márgenes del Paraná á la feria de Sumalao.

Entre encargues de las monjitas del tránsito, conducía duros

confites de Córdoba, rosarios, escapularios y varias encomiendas para las hermanas de Salta.

Fatal fué el encuentro, primer tropezón de la sobrina de su tía, con el tropero que en mula chúcara emprendía la peregrinación hacia el mismo Santuario, donde de rodillas llegó un día, la que en otros muchos pidiera el regreso del que, novio de la tía entonces, en padre de ésta su sobrina se había convertido más tarde.

Muchas idas y venidas de Buenos Aires á Salta, y la feria de muladas se sucedían, y como fatigoso era el viaje descansaba donde Genoveva, más frecuentemente desde el encuentro casual.

La noche del último viaje, quedó concertado en la misma sala el próximo casamiento de don Moisés con Genoveva para su vuelta.

Largo tiempo pasaba y el tropero de mulas de Tucumán no regresaba.

Mala estrella perseguía á las doncellas de esa casa, desde el día que premeditaban dejar de serlo; y tías como sobrinas quedaban destinadas sino para vestir santos en la Iglesia de enfrente, para cantar en coro desde el Convento á la vuelta, entre las virgenes del Señor.

La predilección por amor á los porteños resultaba fatal en la honrada familia de aquella casa por la inconstancia de los de *abajo*.

Y un año, y dos, y tres se deslizaron sin noticia del segundo desaparecido.

—¿Se lo habrá comido la tierra?— decía una desdentada vecina, madre de Candidito, á quien como candidato de conveniencia se le tenía en conserva para Genoveva.

—¿Habrá muerto en Caseros?— agregaba un casero de enfrente, donde Maldonado y sus mulas ya no paraban.

En estas y otras dudas, la inconsolable novia desesperaba, yendo como su tía víctima de amor ó de engaño, á buscar consuelo, refugiándose en la misma celda vacía que aquella otra víctima de profundo amor fracasado, recientemente por su fallecimiento.

Otro año transcurrió, saliendo Genoveva según los reglamentos de la Santa Casa á pasar la última semana entre los suyos antes de pronunciar votos perpetuos.

V

Tres días faltaban apenas para terminar sus postreros en el mundo, cuando á mata caballos ó revienta mulas apareció Maldonado, ostentando en su pecho el escapulario del Carmen, último bordado de la flaca y transparente *desenclaustrada*.

— Vengo en busca de mi novia, que un criollo de mi raza nunca engaña, — dijo al entrar á la sala fatal de los desengaños.

— Aquí no hay ninguna novia, — contestaron.

— ¿Qué? ¿Ha muerto?

— No hay novia.

— ¿Se ha casado?

— Sí, — contestó la novicia, saliendo en traje de tal, con los ojos bajos y más blanca en su palidez que la alba toca que la embellecía.

— ¿Cómo? ¿No me esperabas? ¿Te casaste? ¿Enviudaste y has profesado?

— Te esperé y desesperé al recordar que el compromiso se contrajo en esta misma sala, donde otro porteño fué por tantos años esperado. Contagiosa enfermedad es por tu tierra engañar á crédulas salteñas.

Luego entró á explicar don Moisés temblándole el corazón y también los labios, cómo arriada su mulada al pasar el arroyo del Saladillo, le llevaron entre las primeras levas que el General Mansilla mandó á engrosar el campamento de Santos Lugares. Prisionero en la batalla de Caseros, el General Urquiza le envió con los negros á Calá, de donde recién había podido desertar. Azotándose al Paraná, desde el Rincón de Coronda emprendió viaje á su dicha, al paraíso terrenal ansiado, en cuyo dintel su misma Eva le cerraba las puertas. . .

— Así será y debo creerle, pero me encuentro desposada.

— ¿Cómo? ¿Con quién? Rasgaré el corazón de quien te me lo ha robado.

— Poco á poco, paciencia. ¡No desespere hermano, por Dios! El le resignará. Rogaré por su tranquilidad. *Todo pasa, se olvida ó desvanece.*

— Perdón, yo no pido perdón á quien te me ha robado. Ven, vamos, huyamos; he venido á cumplir mi palabra. “Mía ó de nadie” juraste aquí ante ese mismo Crucifijo, que donde estaba se está sobre el testero del estrado y bajo de él tu madre, y ante ella nos juramos amor que unió nuestras almas. Mía ó de nadie dijiste, y ahora...

— Yo ya estoy casada Virgen del Señor, Dios ha recibido mis votos.

— ¡Oh! esto rio puede ser. Vengo desde el Calvario, tan largo me ha parecido el camino, para cumplir mi palabra honrada, y la mujer fiel en la casa donde se muere de constancia me falta así.

Luego salió dando vuelta á la manzana, enfurecido y desesperado, clamaba en busca de su media manzana...

VI

En vano que Canónigos y familiares y hasta el mismo Obispo de Tucumán, de visita accidental, pretendiesen tranquilizar aquella conciencia fanatizada, explicando que, ni caso de dispensa era, ó relajación de votos, aun no pronunciados, por lo que debiera estar á lo primeramente prometido. Pues que su consagración á los altares del Señor, ofrecida fué bajo la suposición de haber muerto aquel segundo resucitado, que volvía en la fe de su promesa, volando en alas del amor á cumplir la suya, recordara el deber de satisfacer las obligaciones en el orden contraídas:..

Genoveva sobrina de su tía hasta en lo tenaz, persistiendo creerse ya consagrada al Señor, por más que milagro creía su ex novio haber llegado á la puerta del Convento donde la conociera, á tiempo de detenerla en sus umbrales el último día que pasaba en el mundo.

No hubo remedio: ruegos, lágrimas y oraciones; obsequios, limosnas ofrecidas, dádivas y llantos. Lágrima de mujer conmueve el bronce, se dice, pero cual sobre fría lápida suele deslizarse muda y silenciosa por la faz del más enérgico, sin que acuda á detenerla alma piadosa. La puerta cercana al torno se abrió para girar y cerrarse por siempre tras del amor que gimiendo quedó el torno.

Cuentan que el desdichado día de esta profesión, traspasado y herido en lo más íntimo, á pie, desesperado y deshecho, siguió como ebrio desatinado hacia el Santuario de Sumalao, en la borrascosa noche que pronunciara los últimos votos la virgen de sus últimos amores.

Por muchos años y hasta el fin de su vida, melancolizado y suspirando, arrastró tristísima existencia hasta que le mató la pena negra.

Cuando todo corre y vuela como exhalación, en el siglo de la electricidad y del progreso ¿á qué responde ese estancamiento en el claustro, sustrayéndose á todo movimiento? Si á penas de votos perpetuos restar puede el matrimonio, fundamento de la familia, ¿debe suponerse natural que jóvenes á quienes el primer desengaño arrojó á una celda resignadas sigan enterradas en vida?

A los cuarenta años no se piensa como á los veinte, y muy diversamente á los sesenta. "Ni viva ni muerta, pasarás esta puerta", se lee á la entrada del locutorio.

"Pagar justos por pecadores" reza el refrán en casos semejantes con los que á cada paso tropezamos en el camino. No aplaudimos la reclusión conventual, estéril mortificación, retrayendo supino egoísmo, del mundo y sus peligros. Se nos ha dado pies para caminar la recta senda. Las rodillas, que no se han hecho para substituirles, dóblanse sólo ante el Dios Supremo, suplicando por la extirpación de la ignorancia, del fanatismo, que es su fruto, de los errores que enceguecen, pidiendo la paz, la tranquilidad de la propia conciencia, que no es poco pedir, y sí algo más duradero que el frágil amor que se desvanece! ¡Cuántas veces implorado aún de hinojos, resultó causa de tormentos continuos!

Los amores infortunados de Marta Luján se recuerdan en la sociedad salteña, como los de Genoveva Corvalán, descollantes flores del pensil andino.

.....

Muchos años han pasado. Ciertó día nuestra peregrinación nos llevó á esa hermosa ciudad. Regresando del Campo de la Cruz, al pie de la cual inscribió Belgrano con caridad cristiana:

Aquí yacen vencedores y vencidos

entramos al cementerio viejo, en la ciudad de los temblores. Siguiendo estrechas y tortuosas sendas de arrayán á la sombra de ciprés tan achacoso y polvoriento como las rotas piedras caídas, en una de las más ennegrecidas por el tiempo desciframos este epitafio que anticipadamente dejó él escrito para su lápida:

Aquí yace Maldonado;
Vivió y murió enamorado.

Obligado ha recogido de boca de los ancianos esas anécdotas, esos cuentos, muchas veces picarescos, que sin sus piadosos propósitos habrían corrido burro como vulgarmente se dice. Es la resultante de la labor patriótica de largos años, como á nadie mejor que al que subscribe le consta; pues he visto al autor infatigable durante largos años, ser el concurrente asiduo de la Biblioteca Nacional, revolviendo colecciones y legajos vetustos en busca del dato exacto y de la remembranza pintoresca, y lo he visto en su gabinete de estudio, entre montones de libros, de empolillados manuscritos y de notas, confeccionar estas tradiciones que tanta luz proyectan sobre Buenos Aires moderno.

JUAN ANTONIO ARGERICH.

(La Nación).



La batalla de Pavón

(SU TRADICIÓN)

Esta batalla, desgraciadamente no la última entre argentinos, tuvo la fortuna por sus resultados, fuese el punto de arranque de la definitiva organización nacional.

I



INCUENTA años han pasado!

¿Por qué marchaban á la muerte el 17 de Septiembre de 1861 treinta y seis mil argentinos, unos frente á otros, por iguales partes más ó menos, como se encontraban divididos el resto de sus conciudadanos?

Sobre verde campo dilatado, pradera en flor de anticipada primavera incitando á la alegría del vivir en la fecunda provincia de Santa Fe, cuya prosperidad le ha convertido en granero de la República, cuyos sobrantes de riqueza en millares de millones del dorado grano se exportan, ¿por qué resonaban en todos sus ámbitos órdenes y clarines de matanza? ¿Es que para tener ópima cosecha, indispensable fuera abonar la tierra, una vez más, con sangre de hermanos?

Nada más distante de nuestro ánimo al tributar homenaje á los promotores de triunfo tan benéfico en sus resultados, que el de revivir apasionamientos ó reabrir heridas cicatrizadas.

Las acciones se valorizan por sus consecuencias, y fué la de aquel día algo más que la brillante carga de caballería llevándose todo por delante, de un lado, á la vez que por el opuesto el ímpetu de la infantería de Buenos Aires vencía todo obstáculo hasta formar sus armas en pabellón en los jardines de Palacio, durmiendo sobre el campo de batalla.

Esas armas en descanso, cuyos pabellones desarmáronse sólo cuando déspota extranjero invadió el suelo de la Patria, marchando desde entonces en estrecha fila los que allí se desgarraban, y esas mismas denominaciones “porteños” y “provincianos” que empezaran á desvanecerse, no fueron los menores timbres de jornada que acabó en el abrazo nacional...

II

Las 2 y 20 señalaban, en esa nublada tarde de un viernes, relajes que se abrieron al resonar el cañonazo con que el mayor Nelson (de la artillería al mando del Coronel Santa Cruz) inició la batalla, en momentos que el General Urquiza bajando de la azotea en la Estancia que respaldaba sus infantes, repetía: “¡Y se nos vienen los porteños; se vinieron!” Descubriendo por el orden de marcha dirigianse á atacar el centro, tratando de dividir su línea, mandó al General Galarce cargara con la caballería de la derecha la que se veía á su frente.

Hora antedicha era cuando se divisó nubecita azulada ascendiendo en espiral, ensanchando círculos de humo, y en pos de relámpago fugaz, negra bala silbadora transportando la muerte, que después del primer y segundo rebote picó en medio del brioso “oscuro” cabalgado por Mitre y el “picazo” que montaba su secretario.

Con la apacibilidad de siempre:

— No se ha decidido por ninguno de los dos — dijo indiferente el General.

— ¡ Por lo que no le quedamos resentidos ! — contestó con igual aplomo el doctor Gutiérrez (José María).

Alguna de las que le siguieron á corta distancia de los tenientes Dardo Rocha y José Ignacio Garmendia, dió en tierra con un ilustre médico. Alma de la joven generaci3n de Córdoba, era á la vez eco elocuente del partido liberal en el interior. Discípulo de otro cirujano notable, última víctima en Caseros, fué, como su maestro, una de las primeras en Pav3n. En la prensa de su ilustrada provincia, en el Congreso del Paraná, como en el campamento á que llegó de los primeros encabezando jóvenes liberales de todas las provincias, el doctor Modestino Pizarro fué la representaci3n genuina del partido liberal. Porque bueno es recordar que no obstante acriminaban los defensores de la ley federal jurada de estrechas ideas de localismo á Buenos Aires, en sus Cámaras, en su prensa, en su ejército, hallábanse dignamente representadas las catorce provincias en el partido liberal de ideas más avanzadas.

Buenos Aires no se encontró sola en lucha tan prolongada por constitucionalizar la República. Si Corrientes, Salta y Tucumán no arribaron á tiempo, no fueron las únicas que impidieron se levantara muralla china en el Arroyo del Medio, á manera de cord3n sanitario contra el contagio del progreso á este lado.

Expulsada la representaci3n de Buenos Aires del Congreso Federal en el Paraná, uno de sus diputados exclamó :

— Abriremos las puertas á cañonazos para congregarnos definitivamente !...

III

Sordo rumor lejano primeramente, aumentando luego, creciendo y creciendo hasta retemblar toda la tierra, se aproxima, llega y pasa como tromba devastadora. Espeso terragal entenebrece los aires, y gritos, ayes y exclamaciones aumentan confusi3n. ¡ Es la caballería de Buenos Aires que se dispersa ! A pesar de rebalsar las dos alas de la contraria, deserta del campo sin disparar un tiro ni cruzar una lanza.

El Comandante Ortega en su última noche había dicho en el fogón de la gran guardia avanzada desconfiando de milicos novatos, los mismos que dispararan en Cepeda:

— Al soldado que dispare debe rasurársele un bigote, semejando el castigo con que Wéllington afrentó los cazadores ingleses, vistiéndoles con polleras en España, al doblarse frente las águilas imperiales.

Y ambos jefes, éste y el Coronel Benavente, beneméritos en la Cruzada Libertadora con Lavalle, cayeron los primeros al arrojarse á detener fugitivos. Estaba reservado al decano hoy del ejército argentino, Teniente General Alvarez, volver el lustre de la caballería porteña sobre el extranjero, reviviendo las hazañas de los Granaderos de San Martín con el regimiento de ese nombre y en los cenagosos esteros paraguayos.

Las infanterías, calzando guantes blancos jefes y oficiales, sonreían con desprecio al ver desapareciendo el poncho flotante que corría á esconderse en los confines del desierto.

Ese primer contraste, lejos de ser precursor de otra derrota, sirvió para hacer resaltar el triunfo de los disminuídos, pero no apocados. No á pie firme, sino con paso acelerado llegaron éstos á apoderarse de baterías á su frente; después de un fuerte cañoneo que conmovió la línea de los federales. El Coronel Paunero, jefe de Estado Mayor, recibió orden de avanzar con los batallones del centro, apoderándose de la infantería y cañones, secundado por batallones al mando de los Coroneles Agüero y Mitre. Este saltando sobre un segundo caballo (muerto el primero por bala de cañón), persuadía con su voz de trueno á los entusiastas del 2.º de línea de que avanzando precipitadamente desviaban la muerte, pues descendiendo de la loma más pronto salvaban la zona peligrosa, pasando las balas por elevación. El Comandante Gainza, espada y revólver en mano, enderezaba á caballazos los reclutas de Zárate y don Mateo Martínez ensayaba el "2 de Oros" para sus hazañas en la guerra de cinco años.

Una hermosa carga de diez mil caballos lanzada á media rienda sobre la verde pampa pasó con alas de huracán entre torbellino de tierra: los clarines tocando á degüello, choque de vainas, retintín de espuelas, gritos y órdenes de mando rozó el cos-

tado de los cuadros de la reserva, persiguiendo fugitivos la famosa caballería entrerriana, reguero de muertos y heridos; hombres y caballos rodaban en confuso tropel.

IV

Múltiples episodios de valor realizáronse en uno y otro ejército, como antes y después se repitieron en toda ocasión.

Pero algo más que dos ó tres cargas á fondo fué aquello, si el éxito se valoriza por sus resultados, y Pavón hizo época, como observamos punto de arranque de luminosas proyecciones que aclararon el camino.

Desde aquella hora histórica, la República toda, una é indivisible bajo el imperio de la más adelantada Constitución sin caudillos que levantaran la cabeza sobre las tablas de la ley, á su fuego forjó el eslabón que solidificara unión no más quebrantada.

¡Cuántos progresos sobrevinieron! Difundiéndose por todas partes la escuela, riel que encamina y adelanta, cuya difusión de conocimientos atrae y pone en contacto los más distantes miembros de la familia argentina, á la par que ese otro riel que importa y exporta ensanchando la heredad, empezaron allí!...

Desde que observó el General Mitre la dispersión de su caballería, varió de estrategia, y en un movimiento de conversión hizo avanzar todo el ejército á coronar la cuchilla que á su frente dominaba, y luego por ataque oblicuo, en rápido movimiento envolvente dió el golpe de gracia final.

Brillantes hechos de uno y otro lado. Mas á qué detallar los certeros tiros del cañón de José M.^a Moreno y Melchor Romero que hicieran remolinear la división de López Jordán y Sáa, quien venía á enseñar como se rompen cuadros á lanza seca; las banderas tomadas por el 6 de línea, cuyo jefe Arredondo, rehusó la que le ofrecieran las arroyeras, prometiendo tomarla del enemigo que eran del mismo color; la última víctima, en aquel bello joven romano, (el recomendado de Garibaldi, conde Pezzutti-Peglione) caído entre las sombras de la noche al avanzar á orillas de Pavón; y tantos y tantos otros dignos de recordación.

V

En luchas de hermanos no hay victoria. Aquí se obtuvo la preponderancia de un principio. Si Rivas, Faccio, Abella, Roseti, Orma, Lavalle, Nazar, Campos, Somoza, Balza, descollaron por su bravura, no menos en filas opuestas Virasoro y Victorica, Arnold, Fontes, Gálarce, Laprida, Goytía, Nadal, Barrera, Leguizamón y Lamela, persistieron en la lucha con tenacidad de raza.

No hubo sólo el triunfo de una idea; fué el complemento de la revolución de Mayo, sustentado por largos años de cruentos sacrificios. Lo repetimos: de su escenario levantóse inmovible la nacionalidad, por lo que confirma la más grande victoria. El pueblo liberado de toda la República estuvo allí de parabienes.

.....
Después de 50 años, volvemos á ese palenque. ¡Cuánto ha cambiado el campo de batalla! El progreso todo lo transforma. Ya no campo, ni batalla, ni otras armas brillan al sol de este Septiembre, sino las de trabajo. Pluguiera á Dios encontráranse todos los campos estrechados por la agricultura, impropios é inconvenientes para desplegar iras y furores, ambiciones y rivalidades que la civilización enfrena. Sólo cuando la razón calla, el tambor toca generala.

Por aquella hermosa portada entró un día triunfante la nacionalidad; por ella las catorce hermanas emprendieron marcha al progreso, que es la marcha triunfal que mejor hoy resuena en clarines argentinos.

Nuestra rica naturaleza, más humana, ha extendido manto de verde grana como velo de olvido á viejas contiendas. En el sangriento escenario donde la muerte se condensó, la vista abarca doradas mieses por todas partes. Cien molinos elevan el agua que corre fertilizando la heredad subdividida; las huellas de cañones que rodaron en doble contienda (años 1820-1861) están borradas por verdes taludes y altos terraplenes sobre los

que rueda la locomotora civilizadora. Media docena de vías férreas en todas direcciones. Doble número de Estaciones comprueban que allí donde se detiene una locomotora, alrededor de cada Estación brota un pueblo.

Finalizando con números cuya elocuencia es más convincente: uno de los resultados no menos plausibles de la acción que conmemoramos en su cincuentenario, de notar es que el estrecho campo entre Cañada Rica y Pavón, adquirido en siete mil pesos bolivianos en 1860, acaba de valuarse en millón y medio de pesos nacionales la legua.

¿En qué parte del mundo la tierra aumenta de precio doscientas veces en cincuenta años?

He aquí otro resultado de lo que surgió de Pavón.

¡Cuán cierto que diez millones gastados en vías férreas, atraen más prosperidad y producen mayor riqueza que doscientos millones en buques de guerra!

¡Un piadoso recuerdo para los argentinos que cincuenta años ha perecieron en defensa de sus ideales!

El doctor Obligado, en su modestia, trabaja más por su patria, por su nación, por su raza, que tantos dorados por la fortuna, que ni siquiera por gratitud á las encumbradas posiciones que no merecen, viven y responden á los altos fines de libertad y de civilización que encarna nuestra madre América.

FEDERICO TOBAL.

(La Nación).



Antonio el Calañesito

(CRÓNICA DEL AÑO 1737)

Cuántos abuelos que no se decidieron salir de casita restaron pobres en su terruño, mientras sus descendientes cruzando el océano transformado se han en poderosos terratenientes en esta tierra de promisión.

I



Es la sencilla historia de cómo un pobre se hizo rico y como seguir pueden hacerse ciento.

Antonillo, Antonio, don Antonio, el señor don Antonio de... así fué creciendo y alargando su nombre al par que su fortuna, sin milagro de ésta, ni privilegiado ingenio, ayudado el trabajo por su tesón y honradez; emprendedor cual pocos, y activo como el que más. La receta es de las más sencillas y sin solicitar privilegio de invención la damos gratis, en tiempos que nada se da, ni los buenos días entre vecinos, que pasan años sin conocerse porque no les han sido presentados.

De honrados padres pobres nació en Calañas, el 22 de Enero de 1737, en el solar de su bisabuelo, sobre el que aun existe, con

el número 14, bajo su balcón, calle *de la Quemada*, vieja casa de fachada color chocolate.

Doce años contaba apenas, cuando huérfano de padre, y no queriendo servir de peso á la madre, con la bendición de ella y de Dios, salió á correr tierras en busca de fortuna, que si más de un tropezón halló en el camino, animoso y testarudo topó al fin con señora tan veleidosa, prendiéndose á su cola con dos manos, que no largó á dos tirones.

Bajando iba de Calañas, caminito á Sevilla, cuando fatigado y mientras arbitraba medio de pasar á la otra banda, cuyo vado crecido no daba paso, entró á encomendarse y rezar la oración del caminante en el pequeño Oratorio de la Coronada.

Aliviado de cuerpo y de alma por el descanso y la plegaria en que pedía la protección de la Virgen de España para la pobre madre de que se alejaba, encontró pasando el río Odiel una recua cuyo conductor le invitó á saltar en la mulita trasera, descabalgando sin mojarse. Fué este el primer beneficio que recibió de la Patrona de su pueblo.

El conductor de muías que por el mismo camino iba, cayéndole en gracia la animosidad de chico tan resuelto, le invitó á seguir juntos, en lo que Antonillo no se hizo de rogar.

A la oración de ese día, entregados los fardos y mercancías en Sevilla, habiendo recomendado el Capataz ante su principal al Calañesito que alzara en el tránsito, ocurrió dentro su escritorio el siguiente diálogo:

— ¿Y tú, para qué sirves?

— Para nada, señor, — contestó el verídico muchacho. — Hasta ahora para poca cosa.

— ¿Y en adelante, *Don Paranada*?

— Para cuanto guste mandar. Soy resuelto y no me duelen las andaderas.

— ¿Sabes llevar libros?

— Nunca llevé otros que los de mi casa á la escuela.

— ¿Tienes buen mostrador?

— Ni bueno ni malo, señor, pues sólo me acercaba á él para pedir la yapa de lo que no mercaba.

— ¡Pero sabrás al menos andar con las lámparas, fregar, atender al despacho de la parroquia!

— En cuanto á lámparas, nunca me encontrará usted una, pues fui limpio de nacimiento. En mi pueblo, fregaba con mis travesuras hasta hacer perder la paciencia á todas las *tías* del barrio. Y en cuanto á la parroquia, ocurría á ayudar la misa mayor, cuando era bueno el garnache quedado en las vinajeras, aunque pocas veces quedaba. Por lo demás soy muy listo, y aunque poco ó nada sé, cualquier cosa que me enseñen, á todo lo que me ocupe, verá usted como doy cumplimiento.

— Ya veo que elogios no te han de faltar mientras vivas, pero en resumidas cuentas, ¿para qué sirves?

— Ya lo he dicho, señor: para cuanto guste mandar, que un joven de bien, trabajador y honrado, dispuesto y con voluntad decidida, para todo puede servir y llegar muy lejos, como repetía señor padre, que en gloria esté.

— En verdad que avisgado parece el rapazuelo, y voluntad atraen sus contestaciones tan á pelo. Lástima que no tenga en qué ocuparte por el momento.

— Bueno, señor, buenas tardes! — dijo Antonillo girando rápidamente y disimulando contrariedad con que tropezó su primer paso en falso, en el camino de la fortuna que salía á buscar. No se le cayó el gozo al pozo, ni las ilusiones en la primera noche fuera de casa, levantando castillos en España sobre los primeros mil duros que soñaba de alguna parte le habían de llover.

Retiróse cariácontecido en su abandono, acordándose por primera vez de la triste despedida que dejara á madre sola y llorando, al acceder con pena á la separación que presentía hasta el Valle de Josafat, como resultó, y fuese á despedir del único ser que en Sevilla conocía, dando el último beso en la oreja, que orejas de burro debería tenerse para oír tanta bellaquería como la mansa mulita de paso, rumiando en la cuadra. Salió rumbeando planes, que entre mulas y mulateros consultaría sobre el mejor partido á tomar en su situación, repitiéndose sin desanimarse el refrancito de los muchachos cristianos de su pueblo: “Ayúdate, que Dios te ayudará”

II

Como al pasar el zaguán, sobre el umbral de la puerta del escritorio volvió á encontrar al burdo patrón discutiendo á gritos con el capataz, sobre cuenta y gastos de puentes y portazgos, cargas, arrias, descargas y alcabalas, por el mozo del ganado, arriero y conductores que el uno había pagado y que el otro no reconocía, fuera justicia ó despecho, comentando la disputa que aún en la calle se oía, dijo al salir Antonillo:

— ¡Pues, claro está; el capataz tiene razón. Desde que ha traído doble carga de la que cada mula carga, doble ganancia le corresponde.

— ¿Y á ti, quién te mete, Juan Copete? — gritó el patrón sulfurándose al ver que la razón que á él le faltaba, se la reconocían á la parte contraria.

— Mire, señor, en estas cosas yo solo me meto, pues á dar la razón á quien la tiene, me han enseñado en la escuela desde chiquito.

El principal fulo y coloradote por muchas cosas que él sabía y callaba delante de acarreadores de frontera, más cuerdo encontró *comprimirse* ante la firmeza del rudo mayoral, que con frecuencia era todo su desempeño en trapisondas de mercaderías de contrabando. Algo amostazado con el desaire á su protegido, y que le alzaba el gallo, apoyado su reclamo por chico tan leído, más, cuando entreveía el relumbrante naranjero de ancha boca, cargado hasta la misma, terciado sobre su calañés, por estas y otras razones, reflexionando un momento y cambiando de tono, agregó el patrón:

— ¿Sabe que puede tener razón el muchacho? À ver, entra al escritorio, toma la de ganso y saca la suma exacta.

— La tomaré, pero no necesito de más contador que éste que Dios da á los pobres. Y recorriendo los dedos, dijo:

— Cuatro mulas de carga, á dos cargas por mula, suman ocho, y multiplicadas á ocho reales vellón cada una, hacen sesenta y cuatro duros, que suman cuatro onzas, como ojos de buey, co-

rrespondiendo á los ojos del capataz que tan bien ha conducido el ganado y sus pertrechos, sin destajo ni merma. Más ocho puentes, desde la frontera hasta el de Triana, y una entrada de puertas al pasar sobre el Guadalquivir, donde se cobra almojarifazgos, suman cuarenta doblones, sin pesetas más ni menos, escribiendo el resultado de su multiplicación.

— ¡ A ver ! ¡ A, ver ! — dijo cabalgando sus gafas sobre larga nariz de ave de rapiña. — ¿ Pero, muchacho, esta letra es tuya ?

— Y de usted también, si de ella gusta servirse.

— Pero si no tengo escribiente ni contador de tan buena letra, en todos mis amanuenses.

— Lo que quiere decir que no sólo en Sevilla escritores hay que no saben escribir, como el Cartulario de mi pueblo, que él mismo no entiende lo que escribe.

Y recapitando el provecho de tan hábil contador :

— Pues me quedo contigo, chico.

— O con mi letra, que todo es trabajar. A ello he salido, y de arriero ó escribiente, en todo oficio se puede ganar la vida honradamente, según decía señor Cura.

— ¡ Cómo te achicas que no sabes nada, si tan hermosa letra no la gasta aquí ningún escribano !

— Sé sólo ser honrado, señor patrón, que mi madre me parió honrado, y en la escuela me han enseñado á dar la razón á quien la tiene, cueste lo que cueste.

— Pues con tales principios bien pronto te abrirás camino. Está bien ; quedarás agregado al escritorio. Ya veremos qué partido podremos sacar de tí.

— ¡ Y yo que pensaba sacar mejor partido ! — murmuraba por lo bajo el joven ya más entonado.

III

Poco tiempo calentó silla Antonio en aquel comercio. En cuentas y balances, llevaba tan bien los asientos el *Mayor y Caja* por partida doble, el *Diario* y los Auxiliares todo al día sobre ellos, que cada vez su patrón más prendado quedaba por seme-

jante adquisición, cuando pasados dos ó tres años, concluido el balance de Caja, satisfecho de los servicios de aquel joven con quien había encariñado, le llamó á cuentas, interrogándole en tono de protección:

— Y bien, don Antonio, ¿qué se propone hacer?

— Hacerme rico.

— Todo el que trabaja á eso debe aspirar. Yo estoy contento con dependiente tan puntual, pero aquí en esta casa donde el giro es limitado, hay tantos! Mañana es día de Año nuevo y estoy satisfecho de su buen desempeño, ¿qué puedo hacer por usted?

— Darme la mano, señor.

— Las dos le daré, de mil amores.

— No es eso, señor: con una manita de ayuda que usted me dé, ni necesito las dos, que yo con las mías me basto.

— ¡Ah! si eso es así, ¿en qué forma quiere le proteja?

— Facilitándome viaje para el otro mundo.

— ¡Pero, hombre, cómo! ¿Que tan desesperado se halla en éste? ¿Tan joven pretende suicidarse? ¿O me pide usted que le pegue un tiro, y como rumboso andaluz le compre caja y mortaja para largo viaje?

— Ni capa para el camino necesito, pero sí el pasaje que usted puede proporcionarme en el *San Ramón*, navío de esta matrícula, que apareja para las Américas, y sale dentro de poco de Sanlúcar de Barrameda.

— ¡Hombre de Dios! ¿ha pensado usted bastante lo que propone?

— Y muy mucho, señor, que por lo mismo que á éste llaman viejo mundo, creo ya está un poquito gastado, y poco mundo es para tantos como los que pretenden hacer fortuna aquí.

IV

Muchos años transcurrieron, y allá por los de 1765 tenderito en auge, el que naciera pobre en Calañas en 1737, rico en Buenos Aires salió de aquí cumplidas sus ochenta y cuatro navida-

des, para reposar en su vecina Iglesia de San Roque, como uno de sus benefactores.

La puerta del hogar que en esta levantó, donde la puso se está, y al llamador subsistente con que llamaba el fundador de una de nuestras familias más numerosas, han seguido llamando hijos, nietos, biznietos y tataranietos por ciento cuarenta años. El de 1580, su bisabuelo, colocaba la puerta que aún hoy se ve en Calañas, bajo el número 14, calle de la Quemada, llamada en recuerdo del gran incendio en ese pueblito.

A poco tiempo de llegado en el mismo barco que don Juan Esteban Anchorena, el señor García Zúñiga, Garay, Gómez y González, por sus recomendaciones y buena conducta, como por su hermosa letra y hábil contabilidad, encontró pronto colocación lucrativa.

Detrás del mostrador, yá sí tenía buen mostrador, se puso en acecho de la Fortuna, por si pasaba. No mucho tiempo transcurrió en que no sólo pasara por su puerta sino que se colara de sopetón apareciéndosele primero bajo muy campante forma de Padre de tantas campanillas como Fray Pantaleón García, nuestro primer orador sagrado, descendiente de una de las familias fundadoras y de muy buena vista, para descubrir los mejores en cada ramo.

Así transcurrieron algunos inviernos alcanzando el mate en su trastienda al Padre Guardián, y habilitado con los mil duros del sueño dorado, su antedicho guía espiritual le habilitó también con una de sus hacendosás primas, que valían mucho más.

V

A poco andar, don Antonio que nunca fué lerdo, y ya en mejor situación, con los mil dures hizo *muchos duros*, y en compañía y sociedad de la prima de Fray Pantaleón dió muchos sobrinitos á éste, dejando hasta su quinta generación, numerosa prole en bienestar general.

Largo por demás sería seguir paso á paso todos los de la fortuna del ingenioso comerciante, cuya casa, como las de Es-

calada, Sarratea, Arroyo, Lezica y Aguirre, compraba tierras por leguas de leguas, como mandaba mulitas al Alto Perú, de donde volvían cargaditas de oro y plata y también de azogue.

Dependiente primero, empleado en las Cajas Reales como contador de Hacienda, Rematador de diezmos del Rey, que entonces se recogían en especie, fué adelantando, prosperando y adquiriendo campos baratos para depositar haciendas. Por su labor incansable y actividad á toda prueba, á la vuelta de los años se encontró con capital que le permitió *varear* la plata. En cuanto á principios económicos, poseíalos tan anticuados y prácticos, que no son hoy para contados. Moneda corriente es, por ejemplo, creer que todo comerciante posee un capital mayor que en caja, en su crédito, y don Antonio tenía por costumbre comprar todo al contado. Aunque amigo de servir á todo el mundo, jamás dió su firma, ni pidió la de otro. Vulgar corruptela es gastar el doble de la renta, y él observaba invertir sólo la mitad. Para él no había economía pequeña, y todo gasto superfluo lo desterraba. Nunca detenía dinero sin redituar, y con tales principios, trabajando con actividad, y acumulando con economía fué muy lejos, llegando á legar cuantiosa fortuna, que puso á cubierto de toda contingencia su primera, segunda y hasta la tercera generación que alcanzó.

Previsor como hemos dicho, compró y conservó cuanto hueco y esquina á su alcance, hasta apodársele *El Señor de las esquinas*, perseverando en su idea de comprar cuanta tierra podía sin vender alguna.

Creía que la subdivisión natural de la propiedad territorial, presentábase más fácil y conveniente á la división testamentaria, valorizada por su simple conservación en el transcurso de una generación á otra, repitiendo éste su principio económico, que *conservar* equivale á *valorizar*.

El remate de las haciendas correspondientes á diezmos de Cajas reales le obligó á adquirir campos hacia los cuatro extremos, y cuando en 1782, por intermedio de Fray Pantaleón García compró el Rincón del Canónigo Andújar, cinco leguas sobre el Río Paraná por cinco de fondo, ya contaba en Arrecifes otra estancia con el señor Andrade y diez años antes había comprado al Sud vastos campos en las Brujas y veinte leguas por Samborombón.

Ingeniosa fué la adquisición de alguna de ellas. No tenemos noticia que indio alguno de la Pampa, llegara á Rusia. Por ambos extremos hemos viajado, extrañándonos la coincidencia de la forma en que hasta el presente se enajena la tierra en algunas estepas moscovitas, por toda la extensión que se alcanzase caminar en el día.

Defendiendo los indios la tierra en que nacieron, y teniendo por intrusos en ella á los españoles, en defensa del principio de propiedad, proponían á los más lejanos pobladores venderles la que necesitaran, y como el precio era ínfimo, los más prácticos estancieros convenían pagarles en yeguas, aquellas que los indios decían pertenecerles.

VI

Viejos hacendados, no siendo únicos, López Osornio, Ramos, Anchorena, el origen de sus fortunas reconocen en pactos semejantes, sin que haya ejemplo que invasión alguna haya dado malón en tierras así adquiridas.

Encontrándose un día don Antonio del otro lado del Salado, con el Cacique Negro, le preguntó qué area de campo le vendería.

— De sol á sol, hermano, por doscientas yeguas.

Y al día siguiente, galopando á la par, desde la salida del sol, el más vaqueano de los lenguaraces, con el no menos ducho de los capataces, fueron á detener riendas lejos, muy lejos del punto de partida.

— Hasta aquí no más, hermano, — dijo el indio ladino, — y plantando estaca.

— Bien, este es el largo, ¿y el ancho?

— El de dos caballos.

— Otri! ¿Y cómo vamos á poblar Estancia así?

— Esto ordenando Cacique, vueltas riendas dió!

No hubo más. Como el trato había sido doscientas yeguas por extensión alcanzada en el galope de un caballo, desde que se levanta hasta que se acuesta el sol, y se había dirigido de

Norte á Sud, otras doscientas yeguas hubo de pagar para cuadrar el campo en segundo galope de sol á sol, de Este á Oeste.

Estas grandes áreas así vendidas sin *papel pintado*, dinero ó escritura, por los indios á los primeros pobladores de nuestra campaña, valieron más que las adquiridas ante cartularios de *ante mí y doy fe*, en cuanto al respeto en invasiones de indios.

Y como aunque las autoridades subsiguientes, no respetaran mucho título tan en el aire, afirmado sólo por el galope de un caballo, el de más antiguo ocupante fué, sin duda, mejor. Con el andar del tiempo mucho se retazearon áreas sin límites fijos, pero la mitad de la mitad ó fracción cualquiera valorizada por la población, ha sido origen de numerosas fortunas, contándose á la fecha así más cuantiosas, no por el mayor número de fincas, sino por el de más leguas de tierra.

Mucho es lo que ha crecido la propiedad urbana, pero más ha centuplicado el valor la propiedad rural.

Como para muestra basta un botón, sobraré recordar que la primera manzana que referimos sobre la Plaza Principal, vendida por una yegua blanca y un traje de paisano, hace tres siglos, acabase de valuar en dos mil nacionales vara. Noventa años ha el valor de la legua al otro lado del Samborombón era de veintiséis pesos, vendiéndose otras á dieciséis, de las cuales la más inferior valúase en más de quinientos mil pesos.

.....

A los ciento setenta y cinco años, doscientos descendientes de ese progresista hacendado, Antonio el calañesito, gozan de más ó menos fortuna, resultado de aquellos primitivos mil duros, que hábilmente sembrados produjeron innumerable cosecha.

Entre ellos hubo Ministros, Gobernadores, Legisladores, Magistrados, Abogados, Médicos, Militares, Sacerdotes, Comerciantes, Literatos, Estancieros y Estadistas, que dejaron su honrado paso marcado en este suelo. Porque don Antonio no fué un simple *pionner*, sino también una inteligencia despejada, alentada en la mejor voluntad de aprender y enseñar cuanto útil encontraba. Así dedicó á cada uno de sus hijos á diferentes carreras é industrias, hasta enviar uno á paso de mula, caminito á Chuquisaca, de cuya Universidad volvió con las borlas doctorales.

Tuvo por divisa este avispado andaluz, que resultó ser verdadera luz en toda empresa: "Persiste y vencerás".

¡Cuánto alcanza el trabajo perseverante impulsado por una firme voluntad! ¡Cuántos como Antonio el Calañesito, pobres en España, convirtiéronse por sus cabales ricos en Buenos Aires!

We see that Dr. Pastor Obligado will publish the fifth series of his book "Tradiciones de Buenos Aires" about the middle of January. Dr. Obligado's work is a history of the people in Buenos Aires, better said in the Argentine Republic. Who has not read his chapter upon Father Faly wich was published in the first series in 1888? His works are written with that particular style wich, from the beginning, arrests all the interest of the reader, and revives the pleasant memories of the past. We congratulate Dr. Obligado and look forward with impatience to the appearance of his latest work.

THE STANDARD.



¡Amigo hasta la muerte!

(TRADICIÓN DEL AÑO DE JUDAS)

A un mi amigo de sesenta años de amistad: Señor General Don José Ignacio Garmendia

Cuán dulce la amistad sincera flor
preciada, más rara hoy que la del tré-
bol de cuatro hojas en jardines mo-
dernos.

I



y, no tener un amigo!

¿De qué sirve pasar una larga vida de hon-
radez, haciendo todo bien á sus semejantes,
desvelarse por sus hijos, sacrificarse por la
Patria, trabajar desde venir el día por cumplir
sus deberes, si al fin de la jornada no queda un amigo?

Así se lamentaba, cual otros muchos que no se lamentan, un
antiguo soldado de la Provincia de Santiago, puesto en capilla
(en 1813) para ser fusilado al toque de diana.

Delito de deserción se le atribuía, cuando en verdad, éste, delito
de amor paternal apenas podía clasificarse.

Cierto que había salido del campamento, pero galopaba no al
enemigo, ó por rehuir servicio militar; sólo daba un galopito

hacia sus hijos. Para vigorizar el ejército y las escaramuzas de indisciplinados gauchos de Güemes, que magníficos guerrilleros de vanguardia eran poco estrictos en cuanto á la Ordenanza, se había dado orden de que todo soldado que se alejara una cuadra del campamento fuera pasado por las armas como desertor.

Agregado á esto susceptibilidades y choques entre jefes de Divisiones que cruzaban las Provincias en marcha para el Alto Perú, y rivalidades de Borjes con Oficiales de Ocampo y Belgrano, no podían los subalternos de éste perder la oportunidad de darse el gustazo de fusilar al primer desertor que caía en sus manos.

Todos los medios de solicitud hallábanse agotados. A la Comisión de notables, siguió desairada la de señoras principales, y á ésta, la de Curas y Cofradías pidiendo gracia por tan patriota y valiente soldado, como Santiago Neiro.

Pero el inflexible Jefe se mantenía en sus trece. La orden se había dado, y en capilla y confesado, con el práctico á bordo, el pobre reo liaba petates para el viaje sin vuelta.

— ¡Cómo ha de ser! Suerte indina! — decía. — Lo único que siento es no dar el último abrazo á mi pobre mujercita y á mis hijos. Aunque nadie tiene la vida comprada, no era así como yo debía acabar, sino de un metrallazo al enlazar algún cañón de los maturrangos. En fin, Dios ayude á la viuda. ¡Ay, no tener un amigo!...

Y en esto, interceptando la luz de la entrada cubierta con un cuero en la miserable choza, la gran silueta de un hombrazo más grande que la puerta asomó, agachándose para entrar junto al reo.

Como en la conversación repitiera éste lo antedicho, de que no sentía morir, pues que lo mismo era hoy que mañana para quien no ha hecho pacto con *la pelada*, sino el no poder ver á sus hijos, cuyo techo divisaba, contestóle el amigo, tan noble y abnegado como él:

— Para eso quedamos los amigos, y se me ocurre una cosa. Dígame al Padre que lo auxilia vaya á proponer al Coronel que yo me quede de personero hasta su vuelta, consintiendo ser fusilado en su lugar, caso de que no haya usted regresado á la hora. Si accede, salte en mi caballo y cumpla su deseo. A qué

diablos sirven los amigos, sino para sacar de apuros en trances apurados!

Sea que le impresionara tan extraña propuesta, ó que supo el hábil sacerdote tocar el corazón del inflexible Jefe, ello es que una hora más tarde se divisaba flotando el poncho del gaucho, á galope en dirección al rancho blanqueado, que á lo lejos aparecía como vislumbre de esa última esperanza.

II

La oración sería, cuando ya entre dos luces metió la cabeza un emponchado por la ventanita trasera de su pobre rancho, sorprendiendo cuadro de lástimas, ayes, llantos y gemidos que partía el corazón, el mismo corazón que no tembló cuando leyeron su sentencia!

De rodillas ante una tosca imagen de San Santiago, entre dos velas amarillentas de baño, cuyo pabito ennegrecido humeaba, vió á su hermana con sus cuatro hijitos, rezando el bendito y rogando al Santo de su pueblo por la salvación del padre en capilla, mientras que en otro rincón más oscuro se ponía su mujer, á quien recién se le anunciaba la tremenda desgracia, el escapulario del Carmen, descolgándolo de la cabecera de la ancha cama de su buen compañero, para llevárselo como único consuelo en su pobreza.

Oyendo entre llantos y Padrenuestros, la voz de la mayorcita: "Tata Dios: salvá te pido á mi tatita", al buen paisano subióle el dolor que se liquida con los jugos del alma, dos lagrimones como garbanzos se le cayeron. Luego, reponiéndose un poco, dió vuelta y entró diciendo:

—Aquí estoy con ustedes; todavía me encuentro entre los vivos. Vengan mis pedazos!

Y abriendo los brazos, cual gallina que cobija bajo sus alas sus polluelos todos, una ponchada de criaturas fué oprimida fuertemente sobre aquel honrado corazón.

Bien pronto se disipó el temor de las criaturas con la impresión del aparecido, pues acababan de oír podían ya dar por muerto al padre.

Acaso la mujer creyó un instante fuera el alma del ajusticiado aparecida á reconvenirle por no haber corrido con más prisa en su socorro.

Sentando sobre las rodillas á los más chicos: — Vengo á despedirme de todos y á darles el adiós!

— Yo te ocultaré donde nadie te descubra, — dijo la mujer, creyendo habría logrado escapar.

— No es eso, hija, sino que mañana debo llegar tempranito al otro mundo. Lo que más sentía era no despedirme de ustedes, ni verlos más. Como la última gracia nunca se niega al sentenciado me han concedido ésta, pero no puedo faltar una hora á la fijada, pues fusilarían en mi lugar á mi buen amigo Ciriaco, y tan bueno, como suelen no encontrarse dos en una vida. Su abnegación llega á ofrecer le fusilen en mi reemplazo.

En apeñuscamiento esposa, hermana, hijos, le estrechaban con la mayor efusión entre lágrimas, besos y abrazos, rogándole por todos los Santos se escondiera, huyera bien lejos; después galoparían tras él hasta el fin del mundo por juntarse.

— Imposible. ¡Mi palabra está empeñada! ¿No comprenden ustedes lo que es un amigo que se ofrece á morir por otro? ¿Cómo puedo traicionar la confianza de mi compadre, y la palabra del Cura, intercediendo por este mi último gustazo?

— Pero si no se han de animar á fusilar á ño Ciriaco, tan buenazo é inocente, que no ha hecho nada para que lo maten! — decía la viuda ó casi viuda, ya de rebozo negro.

— ¿Que nó? ¿Y qué he hecho yo, y sin embargo me fusilan? No saben lo *malazo* que se han puesto ahora con la *redota*. Cuatro tiritos á mi compadre, bien pegados, sin perjuicio de reservarme otros cuatro para cuando caiga, y la felonía de haber dejado colgado á un amigo tan generoso, remordimiento que me perseguirá sin dejarme dormir, llevando la muerte sobre el corazón, por los pocos días que pudiera substraerme á lo inevitable. No, ¡yo no soy felón! Mejor es morir como hombre, que nunca hice asco á la muerte. Vamos; hablemos de otra cosa. No entristezcan el mate, que está muy sabroso.

Luego de repetirles que no se afligieran, y consolarles él, que más consuelo necesitaba: — En lugar de llorar, encomiéndenme á Dios, les dijo, y vamos á rezar juntos, á la Virgen y mi Patrona del Carmen.

Hincados, padre, madre é hijos ante la ennegrecida imagen de San Santiago, no le pedía un blanco caballo como sobre el que se le representa, más ligero que el pampero, para salvar de un galope hasta más allá del confín de una tierra en que se colgaban de los algarrobales á sus valientes defensores, sino que se encomendaba al Santo de su pueblo, salvara su alma pecadora.

Y un poco más tranquilo, después de pedir el auxilio del cielo:

— Se me ocurre una cosa, — agregó mirando al Santo, como si de él viniera la inspiración, — yo no puedo faltar á mi palabra, pero si mi Dios me protege y no debo morir todavía, oye bien lo que te voy á decir, mi hijo. Mañana bien temprano, vos, Perico, que eres el más gauchito, te vas en el parejero de mi compadre, y le dejas con la rienda alzada lo más cerca que puedas detrás del banquillo, que si Santiago me ayuda he de salvarme. Pero hasta entonces silencio y entereza, que lágrimas no ayudan á salir del paso.

III °

Y así refieren los viejos de aquellos tiempos, no sabían qué admirar más: si la abnegación del amigo, exponiendo espontáneamente su vida en un hilo, ó la palabra empeñada del sentenciado que ni en mientes pensó faltar.

Pero este noble ejemplo de nobleza, de abnegación, de amistad, no fué bastante á contagiar en tan generosos sentimientos el empedernido corazón del Coronel. Ya impartida la orden que se llevara adelante el fusilamiento del leal amigo, vióse llegando á todo galope al sentenciado, y desmontando á la puerta del rancho que hacía de capilla, dió un ponchazo al caballo para que enderezara á la querencia, regalándole esa única prenda á su amigo con su último abrazo, y deslizándole tres palabras al oído se preparó á bien morir.

Nuevos empeños de frailes, monjas y notables habían fracasado como la víspera, y los aplausos de la multitud que se apeñuscaba, con que fué recibido el recién venido, esclavo de

su palabra, volviéronse llantos y soponcios del mujerío, viéndole salir entre cuatro sayones, y el Capellán exhortándole con el Crucifijo en la mano, caminito del banquillo, bien corto para caber ilusión de que la fusilatina no iba de verdad.

Cual si misteriosa prevención hubiera combinado á los tristes circunstantes, sólo hacia el lado que se divisaba á poca distancia el parejero, había cancha abierta, interceptando grupos de paisanos curiosos los otros costados.

Y así mientras mandaba pedir con el Oficial de tiradores al Jefe del cuadro, que no era cuadro, según los diseminados soldados que lo formaban, de que se le concediera, como veterano, dar las voces de mando en su ejecución, al desprenderse la chaqueta que daba al Sargento, en un momento de distracción, admirando todos la entereza de este valiente, rápido como relámpago, corrió hacia el caballo que los centinelas no observaron, y cuando éstos salidos de su sorpresa intentaron atajarle el paso ya había saltado sobre el parejero, en carrera hacia el monte, sin ser alcanzado por ninguna de las balas de unas cuantas carabinas. La mayor parte de los de caballería tropezaba con mirones, que parecían estar en el secreto de abrir campo al que el pueblo quería salvar, estorbando á los perseguidores.

De esta suerte escapó del banquillo el que desconfiaba de la amistad, y sin embargo, fué el amigo de última hora quien le salvara la vida exponiendo la suya.

El bravo veterano de Salta y Tucumán, Santiago Neiro, burló así el banquillo, y á milagro del Santo de su nombre, devoción de familia y Patrono del pueblo de su nacimiento, atribuyóse, pues que la inspiración del ardid de su fuga le vino, cuando hincado y absorbido en la oración estaba mirando el caballo blanco de la imagen, por su buena madre heredada.

IV

Pero la persecución continuó. El irascible Coronel no era hombrecito de dejarse burlar por ningún santiagueño, ni creía en otros milagros que en el de su facón. Sabiendo que el amor á la

familia era su virtud predominante, perseguíale á sol y sombra rodeando el rancho de espías.

Algunos años pasaron. Suponiendo el desertor estaban cansados de buscarle entre enmarañados mistoles, atraído por el imán irresistible del cariño, cierta obscura noche que rondaba la nidada, á galope tendido salió un felón de los que pastoreaban sin resultado á la irresistible semiviuda.

Vuelto á caer, por segunda vez fué condenado á muerte. Lo más granado de la sociedad de Santiago se desgranaba en pedidos, comisiones y empeños. Señoras tan principales como las de Navarro, Rueda, Iznardy, Santillán, Achával, Iramain, Ibarra, Alcorta, Gondra, Carranza, Taboada, Olaechea, Gallo, Gorostiaga, Vieyra, Frías, Orgaz, Lascano y Unzaga, volvían desairadas.

— De esta no escapa el desgraciado, — murmuraban sus amigos. No hay ya esperanza de salvarle, ni en *malacara ó plateado* tan ligero como el del Santo de su devoción.

Habían apartado de los alrededores todo animal de cuatro patas, excepto el que tal parecía ordenando la bárbara ejecución del veterano de la Ciudadela. El último caballo que partió á escape fué el *propio* que á la Estancia del vecino más influyente, despacharan en su busca, tentando el postrer empeño.

— ¡ Pero, Coronel, — decía éste; — no es el modo de atraerse popularidad, ni es posible fusilar á este soldado de pena, por demás prescripta. Usted no debe recibir lecciones de humanidad de un infeliz paisano que ofreció su vida ante la del amigo. Y en este sentido insistía tocando sus nobles sentimientos.

Encontrábase ya algo quebrantado por las repetidas súplicas de tanta belleza santiagueña, y á media noche, al sonar la primera del año de la Independencia, rendido al fin y fatigado por tantos empeños, se ablandó el Jefe un poco.

— Bueno, amigo; — contestó medio retobado, — concederé á la amistad, lo que me había propuesto no ceder y de este modo seguirá la relajación de la disciplina, y sin ella no hay ejército posible! . . .

V

Bien se ha dicho que un grande amigo es en la vida la más grande dicha, pues que ese sublime afecto desinteresado que tanto conforta y sostiene, ese otro yo en el que encuentra el hombre su complemento y su imagen, hace que la amistad de dos hombres de bien, sea el vínculo más fecundo en bellos frutos. Los sencillos vecinos de aquella árida zona en que naciera el primer General que habló en *quichúa* é inglés, Taboada, pocos dados eran á lectura de clásicos y nada sabían de Tirteo y Pritóo, Aquiles y Patroclo, Pelópidas y Epaminondas, pero sí sabían de amistad que más sincera se usaba por aquellos tiempos menos falaces.

En la celebrada fábula de Pacubio, ignoraba el Rey quién de los dos era Orestes, y Pílates decía que él era, para morir en su lugar, y Orestes aseguraba era el verdadero. Aplaudían los espectadores siendo fingido, y comentando esto Cicerón agrega: *¿qué harían si fuese cierto y nó pura comedia?*

Llorar! como lo hicieron sencillos corazones emocionados por espectáculo semejante, pero real aquí. El corazón humano palpita por los mismos sentimientos generosos bajo toda latitud, y lágrimas sinceras fueron el mejor aplauso á noble abnegación.

Tan seguro quedaba Iramain de que su amigo no le dejaría en la estacada, como Neirof de que éste su compadre dejaríase colgar en su reemplazo. Vencido por tanta hidalguía, el enérgico Jefe de la reserva en Santiago, á pesar de su omnimoda autoridad, no consiguió contrariar la voluntad unánime del pueblo de Santiago.

¡Amistad! ¡amistad! bendita seas aún en época de versatilidad que si todos desean tener un buen amigo, pocos muy pocos son los que deciden ser verdaderos amigos!

Si el culto á la amistad fuera más verdadero, el amor de los hombres convertiría la tierra en un paraíso.



El primer alambrado

Puesto en prensa el magín del gaucho más perspicaz, nunca hubiera llegado á comprender cómo un tenue hilo de alambre, casi invisible, resistiría la embestida del ganado bravío, á la par que preservára toda disparada y entrevero.

I



PERO al fin, ¿quién extendió el primer alambrado en nuestra campaña?

Tal discusión empezada en el rincón de los viejos, contaminado había á contertulianos del señor Guerrico, una de las noches de auge.

Encontrábanse: don Silverio Ponce, estanciero de verdad, rural por los cuatro costados, frente á don Nicolás Anchorena, rico hacendado que en su vida puso los pies en ninguna de sus estancias; Terrero, Fernández, Iraola, Atucha, Alzaga, Elía, Ramos, Chas, Peña y otros que seguían entrando y llenando la sala, por donde ha pasado todo lo notable en aquellos tiempos.

Las conversaciones se ramificaban en diálogos dispersos, hasta que fueron concretándose en el que vino á absorber los demás.

— No ha de pasar mucho sin que los alambrados se multipliquen, centuplicando riquezas — repitió uno.

Al que ciertq rural de antigua data, replicó:

— Sí, señor; para guardar cochinitos de la India será bueno

ese alambradito, pero tal proyecto es irrealizable. ¿Quién pone puertas al campo?

— Es un error — replicaban otros — seguir con los campos abiertos donde entran, cuerean, marcan, y contramarcan cuantos pasan, aunque les siga la Partida pisándoles los talones.

— Don Juan Manuel de Rozas — agregó Terrero — que entre sus muchos aciertos, no negados por sus enemigos más acérrimos, se reconoce haber sido el más práctico estanciero, empezó á cerrar con tapiales una estancia de cuatro leguas.

La propiedad rural viene valorizándose, y de seguir como año, no sembrero de vacas, sino de pleitos, legaremos á nuestros hijos. Hoy nadie sabe lo que tiene. Basta un cuatrero en la vecindad para que señale y contramarque haciendas alzadas ó aquerenciadas, como acontece á Portugués en Tapalqué.

— Eso estará bueno allá por Prusia, donde las cabañas suelen ser no más grande que poncho pampa. Pero á más de lo costoso de largos alambrados ya tendrá que galoparse en vueltas y revueltas por el campo, para dar con la tranquera de paso. Una simple disparada de yéguas en noche de pamperada los echarán al suelo. ¿Cómo se va á evitar el paso de las tropas? El capataz no ha de respetar que le cierren el camino, usando como adminículo indispensable el cortaalambre colgado del tirador.

En lo más acalorado de la discusión arribó cierto sembrador de ideas, que si bien sólo cultivaba por entonces mimbres en Carapachay, fertilizó muchas inteligencias infantiles y también de grandulitos pradera de su predilección, agregando:

— Señores míos: mientras cada estanciero no cierre bien su propiedad, no sabrá cuántos de los animales que pastan dentro de ella son de su pertenencia — repetía el señor Sarmiento saludando á la reunión.

— Viene usted en mi apoyo — agregó Halbach. — Hacendados rutineros me auguran ruina en los alambrados que implanto, asegurando que ni los postes van á dejar los troperos, arrancándolos para hacer fuego.

— Mi paisano don Domingo poco ha de entender en vacas, que nunca las vió sino pintadas. ¡Hablando de vacunos, aquí estoy yo!

Y como la exclamación de este 2.º don Juan también sanjua-

nino seguía á la de su tocayo, ex ministro de hacienda: "A los pueblos como á los niños, preciso es limpiarles y asearlos, aunque sigan llorando, pues descontentadizos siempre hubo que todo lo encuentran mal y peor. Bien que si se les cuelga patas arriba, no les cae un cuarto, y aunque les llenaran los bolsillos de oro habian de seguir quejándose con que el oro es muy pesado".

Interrumpiendo el contertuliano que entraba, contestó á los dos Juanes contrincantes:

— Puede ser, señor, pero muchos conozco yo, que ya se les ponga patas arriba ó patas abajo, ó se les vuelva por todos lados, de ninguno les cae una idea. Nunca la tuvieron vacunos que en su egoísmo no ven horizonte más allá que el de sus vacas.

Y la acalorada discusión arreciaba entre rurales y estancieros de escritorio, cuando entraba otro Domingo, á quien el Gobernador había dado cita allí, para que le ayudara el conclave de patriotas á convencer al señor Olivera aceptase el Ministerio de Hacienda, vacante por renuncia de don Juan Bautista Peña, antecesor de don Norberto de la Riestra.

Prendida sobre el pucho nueva controversia, sobre si era el señor Halbach el primero ó el tercero en cerrar campos, he aquí lo recordado por el señor Domingo Olivera, ex Oficial Mayor en el Ministerio del señor Rivadavia.

Cual si fuera ayer revemos la tertulia en lo de Guerrico, salón de los cuadros, enfrente al zaguán cruzando el primer patio. ¡Cuántas buenas mejoras se iniciaron y se propusieron! Todos han muerto ya: ¡ninguno queda para catalogar tantas obras benéficas allí iniciadas!

Apenas don Pedro Agote, don Miguel Cuyar y uno que otro estanciero en cesantía. Los jóvenes de la casa, como jóvenes, no siempre pernoctaban alrededor de sus viejos. ¡Qué buenos eran nuestros viejos! ¡Qué no daríamos por volver á saludar aquel grupo de cabezas blancas cuya experiencia transmitía la expresión viva del pasado! Han transcurrido cincuenta años, pero las impresiones de la primera juventud quedan hondamente grabadas. Honrados, sinceros, bien intencionados, cada uno se apresuraba con todo desinterés á llevar su granito de arena á la obra de adelantamiento.

II

En 1844, refiere cronista tan competente como Olivera, viajando don Ricardo B. Newton, visitaba el parque del Condado de Fitzwilliams, con objeto de enseñar á sus hijos todo lo que puede hacer el hombre de fortuna cuando la emplea en beneficio de sus conciudadanos y del país á que pertenece, según lo hace frecuentemente la nobleza en Inglaterra, siempre á la cabeza de todo progreso y mejora social. Llamóle allí la atención un corto tiro de cercado de alambre, cerrando potrero en que pacían ciervos. Inmediatamente comprendió la importancia de cercados semejantes en provincia como la de Buenos Aires, donde la madera es escasa y cuyos ganados pastorean sueltos y sin pastor.

— ¡Eureka! — exclamó alborozado el práctico inglés. — Ya lo encontré. He dado con lo que buscaba y resuelve el problema que tanto me preocupa, garantizando los escasos bosques contra destrucciones por haciendas errantes en nuestros campos.

Al día siguiente entró en la primera fábrica del camino, encargando el envío de una fuerte cantidad de alambre de hierro con sus postes y esquineros correspondientes del mismo metal. Todavía tropezó con alguna demora este primer ensayo. Al arribo del señor Newton á Buenos Aires, supo el naufragio del buque á su consignación. Sin amilanarse ante el fracaso, ordenó por el mismo Paquete, que cobrando el seguro de la mercancía se empleara su importe en una segunda remesa.

Esta es simplemente la historia del origen del primer alambrado, empezándose por cercar un pequeño jardín, luego huerta, quinta, montes, la gran estancia. A los sesenta años de su introducción quedan pocos establecimientos de importancia sin alambrado.

Newton después de cercar, la quinta de su estancia en Sanborombón y montes en sus puestos, multiplicó otros muchos así protegidos; por todas partes estableció corrales de alambre en varillas de hierro, repitiendo grandes pedidos á las fábricas inglesas para muchos de sus amigos y circunvecinos. Debemos reconocer á este incansable *pionner* tan importante introducción,

á más de otros progresos que la ganadería le debe. Desde que fué posible cercar los campos de una manera rápida y barata, la propiedad llega á ser una verdad entre nosotros. La subdivisión de los terrenos resultó fácil y el cultivo de ellos seguro.

Hasta no hace muchos años en su estancia Santa María se conservaban algunos de los postes de hierro que sirvieron para el primer ensayo de alambrado, reemplazados después por ñandubays. Cuántas veces, penetrando en el local de la Sociedad Rural Argentina en Palermo, nos acercamos á tocar el primogénito de ellos allí conservado, viejo Adán, que sostuvo el primer alambrado.

Indudablemente fué el señor Newton uno de los ingleses más útiles á esta su segunda patria, donde levantó su hogar y su fortuna, como su hijo del mismo nombre, el primer argentino que llevó hasta la Australia su planta incansable de investigador y de estudio, en el cruzamiento de razas aclimatadas aquí. Habilitado de Gibson, Newton abrió tienda en Santa Fe, y sabiendo sacar utilidad de todo, estableció el comercio de pieles antes de volver al Tuyú, donde en 1834 compró cuatro leguas sobre el Sanborombón (estancia Santa María). Allí introdujo la máquina de vapor para faenas rurales, la primera prensa de enfardar, propagando plantación de montes con objeto de atraer lluvias, después de haber introducido la raza sajona, y sucesivamente ejemplares de Negrete, Lincoln, Rambouillet y Durham, entre otros vacunos. Ensayó también el pozo artesiano, cavando ciento ochenta varas más que en el abierto por Sourdeaux, en La Piedad.

Nació para hacer bien á la humanidad y á los suyos. Venido al mundo en Londres, feneció el año de la peste en Buenos Aires (1869) y de su unión con la señora María Vázquez, de esta ciudad, en 1830, formó honorable familia, en la que hijos, nietos y biznietos continúan honrando el nombre de uno de nuestros primeros agrónomos, cuyo retrato se ostenta en el salón de la Sociedad Rural.

Al par de él la ocasión sale al paso, y no debemos dejar en el tintero importadores descollantes de la importancia de Shéridam, Hanna, Fair, White, Latham, Harrart, Duggan, Clark, Campbell, Bell, cuyos experimentos pusieron luego en práctica,

siguiendo selección, criollos tan dignos de aplauso como Pe-reyra, Vivot, Cobos, Olivera, Santamarina, Martínez de Hoz, Alzaga, Ramos Mejía, Madero, Saavedra, Llobet, Casares, Acosta, Vilate, Alvear, Unzué, Villafañe, López, Ocampo, Luro, Anchorena, Elía, Ezcurra, Lozano, Güiráldez, Urquiza, Villanueva, Malbrán, Correas, etc., ya que no es posible recordar á todos, europeos y americanos, que introduciendo nuevas razas aleccionó su ejemplo el refinamiento de la ordinaria oveja criolla.

¡No sólo la gloria de la espada ó de la pluma merece recordación!

Fué el señor Newton otro del numeroso batallón de olvidados, como los que hemos exhumado en tradiciones de nuestro glorioso pasado de ayer.

Leo con sumo placer en *La Nación* la tradición de *El primer alambrado*. Don Ricardo Newton, no hay duda fué su introductor en el país. Conviene dejar fijos de una manera precisa en la mente de los pueblos los nombres de personas á quienes deben sus grandes adelantos y mejoras sociales para que esas vidas sirvan de ejemplo á las generaciones venideras. El tradicionalista argentino reconoce los grandes servicios de Newton á la economía rural y á la sociabilidad de estos países, siendo uno de ellos el alambrado como cerco de nuestros campos, creando así riquezas incalculables cuyo monto asombraría al hombre más frío si pudieran reducirse á cifras. Hoy ya, en el ocaso de la vida, tócame sólo estimular á la juventud para que siga levantando bien alto el nombre de los benefactores de la Nación y agradecer al doctor Obligado al aplaudir sus trabajos que me hayan dado oportunidad de volver á escribir sobre esta materia tan importante á la grandeza del país.

EDUARDO OLIVERA,
Presidente de la Sociedad Rural.

(*La Nación*).



¡Qué escapada!

La esperanza es lo último que se pierde. Aun en el trance más extremo, esforcemos toda defensa. Con frecuencia la última chispa de l'ama expirante revivió nuevo incendio.

I



El reo estaba en capilla, si ilusión de tal pudiera formar la dudosa jerga colgada al pie de un ombú, que poco resguardaba del sol, frente al centinela de vista.

Triste y silencioso, resignado pero no abatido seguía el prisionero cuando observando al lancero que lo custodiaba vió corría una lágrima por su rugosa faz bronceada.

• — ¿Por qué estás triste? — preguntó.

Y sin más preámbulo agregó el *tape*:

— Han fusilado á su hermano, señor, y á Usía le van á pegar cuatro tiros...

— Poca cosa, hijo! no te aflijas por mí. Me han tirado tantos...

— Sí, mi *Comedante*; pero de ésta no escapa. Se acaba de ordenar al pasar lista que después del toque de diana debemos formar el cuadro.

.....
El destacamento hallábase acampado á inmediaciones de Villa Colón (Entre Ríos).

Adelante la vanguardia. A retaguardia el Cuartel General. En la gran guardia, bajo el ombú, el incomunicado. Grupos diversos de soldados alrededor de los fogones por todas partes humeando y entre el verdeoscuro de la selva de espinillos y ceibales, blanqueando carpas de oficiales.

Unos milicos churrasqueando, otros tocaban la guitarra, y las banderolas coloradas de la caballería, flameaban en altas lanzas á lo largo hasta la vecina ribera del Uruguay.

Majestuoso y sereno descendía éste, ya algo oscurecido por las primeras sombras de la oración cerca de la costa argentina, mientras que allá, á lo lejos, en la otra banda, la luna llena y hermosa, aparecía tras verdes sauzales plateando la mansa corriente.

Algo alentado al encontrar una gota de afecto humano entre tantos corazones empedernidos, sin perder su sangre el sentenciado dijo al centinela:

— Mirá! tengo necesidad de una *necesidad*...

Con la venia del Sargento de guardia le acompañó algunos pasos hacia la entrada del montecillo inmediato, habiendo observado pastaba cerca un *parejero* atado.

A tiempo que decía á su antiguo soldado: — ¡Date vuelta, ché! ni para esto se puede estar sin testigo, — rápido arrancó la estaca y saltando sobre el caballo, con la agilidad del gaucha más diestro se lanzó á escape...

Al ruido del galope, el centinela dando media vuelta, gritó: — ¡Cabo de guardia, el preso se escapa!...

II

Cuando los soldados desprevenidos se incorporaban, dirigiéndose unos á sus caballos, tomando sus lanzas ó tercerolas otros, el fugitivo ya ganaba delantera.

Perseguido por cuantos tomaron caballo á mano en que saltar, cerráronle un círculo que iban estrechando hacia el río.

Llegado á la barranca poco elevada en aquel punto, desde entonces llamado el "Salto de Hornos", echó éste el poncho á la cara de su *malacara*.

Faltándole la tierra le sobró el agua, y tras de ruidosa *zambullida* reaparecieron nadando caballo y caballero...

Sofrenando sobre la barranca á pique los carabineros de la guardia, inútiles fueron tiros al aire, cuyas balas de caballería daban en cualquier parte menos en el blanco.

Ruma y otro indiazó resuelto, resbalándose el *chiripá*, se azotaron al río en persecución, llevando el *facón* en los dientes. Si las balas de los cazadores del bosque no le habían dado caza, *vaqueanos* pescadores del Uruguay pretendían pescarlo en sus remansos.

Y acaso le dieran alcance, á no nadar más ligero que el hombre, su caballo, de cuyas crines prendido iba el fugitivo, salvado en un hilo ó en un pelo á la cola de un caballo.

Cuando la distancia acortábase, gritaba al perseguidor más inmediato:

— ¡Acércate no más, *guaycurú* desalmado, que te voy á ahogar!

Como diferencia hay entre exponerse á ahogar por salvar la vida, que en ahogarse por comisión, el indio se detenía un tanto, siguiendo después corriente abajo, caballo, fugitivo y perseguidor.

Acalambrado aquél á punto de hundirse, consiguió hacer pie en un pequeño banco á flor de agua.

Ya casi al alcance de Ruma, zabulló de nuevo, y entonces á su vez fué éste el acalambrado.

Tras un momento de resuello siguió la persecución y cuando más se aproximaban oíase el grito: “¡Acércate no más, abrazados iremos al fondo!”

El Uruguay aunque estrecho allí, no lo es tanto como la esperanza de un condenado, y la costa oriental no se alcanzaba.

Suspendido apenas por un cabello sobre el abismo pronto á tragarle, ya desfalleciente y sin fuerzas, desesperante era su situación.

Mientras el audaz fugitivo sigue debatiéndose con el líquido elemento corriente abajo, en medio del Uruguay majestuoso, salvemos el nombre de este olvidado patriota.

III

Era entonces Comandante don Manuel Hornos, uno de esos rudos tipos de soldado, tan valiente como honrado, viva encarnación de la más sana parte del pueblo entrerriano, en aquella heroica provincia que desde Ramírez hasta Urquiza y López Jordán, larga lista de caudillos desfiló de un pueblo viril y perseverante en todo sacrificio.

Allá por los años de 1843, Elía, Hornos, García Zúñiga, del Pino, Montero y lo más exaltado de la juventud liberal de Entre Ríos, conspiraba para cambiar el gobierno del General Urquiza, que desde sus comienzos aparecía un *tántico* ganoso de seguir las huellas del tirano de Buenos Aires.

Como en la revolución de Maza contra éste aquí, no faltó allí un Judas que delatara aquella.

Tiempo tuvieron de ponerse á salvo la mayor parte de los conspiradores; pero Hornos, más confiado sin duda, no se ocultó, y fusilado su hermano Román, quedó don Manuel en capilla, debiendo ser pasado por las armas á la madrugada siguiente! . . .

Y este hombre arrojado, tenaz, constante, inquebrantable en la lucha; en los ejércitos de Lavalle y de Paz; que cruzó con Salas, Ocampo y un puñado de valientes toda la extensión del inclemente Chaco para ir á robustecer en Caaguazú el último grupo en armas contra el tirano; descollante figura después en los sitios de Montevideo, Buenos Aires y en cien invasiones de salvajes que contuvo su lanza; últimamente en el Paraguay; la primera heroica lanza en todas partes donde brillara, ahogándose iba á un paso del más empecinado de sus perseguidores, desfalleciente, sin fuerzas para sostenerse de una cerda del caballo, por todas partes rodeado de inminente peligro de muerte, sin la más leve vislumbre de salvación.

.....
Allá va siguiendo á son de *camalote* y sin rumbo, arrastrado por las corrientes, sin faltar aun la entereza á su corazón, pero sí ya la fuerza á sus brazos.

Como irrisión de un destino falaz, la más espléndida luna desplegando sus rayos como abanico de plata, alumbraba silenciosa agonía de un mártir de la libertad.

Naranjales y aromos saturaban de perfume embriagador la suave brisa impeliendo la ola próxima á sumergirle, y el melancólico grito de alerta de la pava del monte y la gallineta gris invisible en la cercana isla, oíase como tristes adioses de despedida.

Rumor más cercano en sombras llegó, como el eco de la última esperanza, y de una pequeña embarcación que á impulso de seis remos volaba como flecha, salió una voz vibrando:

— ¡Oh! ¡ de la barca!

— No hay barca.

— ¿Qué hay?

— Un hombre que se ahoga.

— No. Un hombre que se salva, — contestaron.

Y en poco tiempo pescado desde la borda, fué subido.

De un buque de la Escuadra Francesa fondeado en la costa baja de Paysandú, habiéndose oído tiros y gritería en la ribera opuesta, desprendieron la lancha más ligera en exploración de lo sucedido, y Hornos, ante todo, pidió le ayudaran á salvar su caballo salvador. Los rencorosos *guaycurús* viendo recibía protección, viraron de rumbo.

III

Muchos años más tarde la escena del reo, que no era reo, se repetía.

A un pacífico estanciero del norte en la provincia de Buenos Aires se le comunicaba prepararse á bien morir.

El General Hornos acababa de impartir la orden.

Sitiado por fuerzas superiores en el Pergamino, le habían presentado una carta firmada por aquel honrado vecino á uno de los jefes contrarios, después de circulada orden general que prohibía, bajo pena de muerte, toda comunicación con el enemigo.

Un nombre ilustre y una conducta intachable le habían hecho

querido de cuantos le conocían, por lo que desde el Cura y el Juez de Paz, de todo lo más granado del vecindario llovían empeños para salvarle.

No hubo forma. El fusilamiento estaba ordenado, el reo se hallaba en Capilla, y pocas horas distaban de aquella en que empezaría para él la de su eternidad. . .

Al caer la tarde un Regimiento de infantería llegó de refuerzo, á cuya aproximación se alejaron las numerosas caballerías de López Jordán, Arnold y Lamela que sitiaban el Pergamino.

En marcha forzada y en medio á un temporal de muchos días, arribaron en poço más de uno, chapaleando barro desde el campamento en el Bajo de Careaga, el Batallón Castro que socorriera á Hornos y sus escasas fuerzas.

Al acampar, y en la hora en que un espléndido arco iris sonrosaba el firmamento con las últimas luces de la tarde, dejando ver después de mucho tiempo el sol poniente, se dirigía un grupo de jóvenes Oficiales de la Guardia Nacional de la Capital al pueblito, cuando á su entrada fueron sorprendidos por la ingrata nueva que don Luis, el bondadoso estanciero de Arrecifes, se hallaba en capilla.

Y ésta era capilla de verdad, no de jerga al aire libre, pues rodeaban el rancho donde se encontró el *pergamino*, que luego dió nombre al pueblo que á su alrededor se formó, soldados de Arredondo, (6.º de línea) y de la compañía de Julio Campos, que no sabían llorar.

Hornos los invitó á su frugal mesa de campaña. Algunos de ellos eran estancieros de la vecindad, todos, más ó menos, amigos del General.

Uno á uno pidieron la vida del encapillado. Hornos se mantenía en sus trece.

— No puede ser, — contestaba á tan reiteradas súplicas. — Estos federalotes nos esconden hasta el último caballo para dejarnos á pie, y siempre tienen de reserva la *tropilla* más gorda para los invasores.

— Pero no mejor que la que acaba de mandarle su compadre Zubiaurre, — contestó Borches.

— Sí, este buen vecino no es *mazorquero*, — repetía don Juan Villanueva, á quien echaban de empeño, como el de más intimi-

dad. *Unitario* viejo de raza, su abuelo fué el fundador del pueblo de su nacimiento de usted, el Coronel Rocamora, en la Concepción del Uruguay.

— Yo no tengo que andar averiguando cuentos de viejas ó abuelos. Se ha dado la orden, pena de muerte al que se comunique con el enemigo, y él ha reconocido ser autor de esta carta...

— Pero léala bien, General (el *pueblero* que se lo pedía ignoraba que éste no sabía leer). Recomienda simplemente al Coronel Arnold, salve las vacas que pueda del *rodeo* que soldados del *chato* Prida le van arriando. ¿Qué tiene, por otro lado, que no piense como nosotros?

— ¿No hemos venido á pelear por la libertad? — agregó un leguleyo.

— Dejen de embromar... Estos *dotorcitos* del diablo aunque cuelguen la espada, no olvidan sus alegatos. Por eso no sirven de mucho doctores en los ejércitos. Siempre traen más argumentos que balas en la cartuchera, y no es con argumentos que hemos de matar al enemigo.

— Mejor es no matarlo.

— Y ¿á qué venimos?

— A vencerlos.

— Déjense de empeños, ya despaché con cajas destempladas la otra comisión de doctores — Chassaing, Argerich, Paz — que me vinieron con esas pamplinas, y á quienes les repitió Arredondo: *las órdenes se dan para que se cumplan*. Y dirigiéndose á los capitanes Tulio Méndez, Manuel Obligado, Almada, López, que eran los más empeñosos, agregó:

— Ustedes han de llegar muertos de hambre y de sueño. Vengan á comer un asado, hoy que será la primera noche que pueda dormir tranquilo.

Y fué á la postre de esta improvisada cena sin postre, que uno de los más jóvenes oficiales de la Guardia Nacional, á quien el General bonachón dispensaba familiaridad desde la ciudad, entre cuentos de sobremesa refirió: “¿Qué escapada!”...

V

Con toque de silencio en campamento que rodeaba al pueblito del Pergamino, (Octubre de 1861), cada oficial regresaba triste y cabizbajo á su campo.

Cuando el narrador recordaba aquella lágrima del rudo centinela de vista puesto á Hornos, á éste se le humedecieron los ojos.

Al retirarse los subalternos invitados á la mesa del jefe, se armó la indispensable mesa de juego con algunos de sus íntimos.

Sobrio y sufrido, desnudo de toda ambición, el patriota General Hornos cedía al juego, pasión que le dominaba. En la ciudad y en el campo, á las carreras y á las cartas, ella le absorbía en única expansión su tan azarosa vida de soldado.

Aquella noche, contra lo habitual, no ganaba una sola partida.

El constante amigo de todas sus *pellejerías*, bondadoso señor don Juan Villanueva, encargado por los amigos de Balcarce no perdiera ocasión de incitarle á la clemencia, la halló al dejar la mesa de juego para decirle:

— Algo distraído le noto, General. Esta noche es la primera vez que lo he visto *sensibilizarse*.

Hornos que no quería dar su brazo á torcer, se alejó diciendo:

— Estos *dotorcitos* del diablo no sirven más que para enredar la lista. Por eso Lavalle, ni Paz los querían en el ejército, que bastante trabajo le daban desde Montevideo.

A la mañana siguiente tristes y pesarosos se interrogaban los Oficiales de Buenos Aires si habían oído alguna descarga...

Uno de los ayudantes del Cuartel General que cruzaba á galope el campamento, detúvose llamado por sus compañeros.

¿Se había demorado la ejecución? A eso de media noche el General se levantó algo agitado, y llamando al ayudante de servicio, mandó:

— Trasmíta las órdenes respectivas para que se suspenda la ejecución. Pero que con gruesa barra de grillos, bajo segura custodia sea el reo remitido al Ministerio de la Guerra.

— Yo mismo corrí á darle la buena nueva á Balcarce, agregó el ayudante Almada. . .

— ¿No podría dormir el pobre? — preguntó Tulio Méndez.

— ¡Como un lirón! Me costó recordarlo. Bien que es de raza de valientes el hijo del ilustre General Balcarce. Quien no pudo pegar los ojos en toda la noche, paseándose inquieto de uno á otro extremo, fué el General.

VI

Luego no más de pasar Arrecifes el Mayoral de la *diligencia*, Pablo Díaz, á quien se encargó su remisión, le alivió los grillos por su cuenta, haciéndole viajar con más comodidad, y cuando llegó á la ciudad, su hermano don José, ya había obtenido permiso para que le dieran por única prisión la de su propia casa, antigua Barraca de Balcarce. . . .

El Comandante Arredondo meñes afortunado, el día que Balcarce, salvado de capilla, llegaba á la ciudad de Buenos Aires, no logró salvar á su pequeño *tamborcito* que al pasar frente al Oratorio Soria, apartóse un poco para llenar la caramañola de agua.

“Pisando territorio enemigo, el que se aleje veinte pasos de la columna, será fusilado sobre la marcha”, habíase leído en la Orden general del día anterior, al vadear el Arroyo del Medio el Ejército que de San Nicolás marchaba sobre el Rosario.

El Comandante Arredondo solicitó venia para excepcionar á ese pequeño soldado que se hallara ausente en la hora de lista.

Por toda contestación oyó del superior: “*Las órdenes se dan para que se cumplan*”.

Y aquel lindo rubiecito de ojos celestes, vivaracho y servicial, que era la alegría del 6.º de línea, no mucho más alto que su caja de guerra, el valiente *tamborcito* que pocos días antes había tocado las dianas de la victoria sobre el campo de batalla, no pudo ya repetir las á la entrada triunfal de sus compañeros.

Destino implacable en los albores de su vida! El único de

los tres sentenciados de esta tradición, que no llegó á estar en capilla, fué el que no salvó.

No era una ilustración, pero Hornos fué por largos años la primera lanza del ejército argentino.

Il dottor P. Obligado ha attinto a tutte le fonti, dal racconto popolare alle vecchie cronache, dai monumenti rimasti agli avanzi di civiltá indigene tutto un tesoro di cognizioni e di fatti è l'ha trasformato in materiale d'arte compiendo un libro di un valore indiscutibile.

Con amore, con potenza d'ingegno e con diligenza somma, ha voluto compiere tale compito anche per l'Argentina, e nella sua incóntentabilitá di notizie comuni incominció ricerche che durarono anni per "tierras y mares, emprendiendo viajes á lo desconocido, preguntando por puertas, calles y plázas á cuanto cronista, bibliógrafo y anticuario hallara".

(La Patria degli Italiani).



Historia de un cañoncito

CONTADA POR SU PROPIA BOCA

Quando la razón calla, el cañón toma la palabra. En el hombre como en la naturaleza, la fuerza prima desde el principio.

I



VOCES sonoras superando el trueno, fueron las de este cañoncito imponente otrora, que el herrumbre descascara, tirado hoy por tierra como otros muchos inválidos. Perdida ya la voz, el oído y punto de mira, apenas percibíamos sordo rumor confuso que su boca de roto labio murmuraba, rezongando comentarios de viejo que no encuentra nada mejor que lo de su tiempo, y hablando sólo como deschavetados que andan por calles y plazas hablando por los codos. Poniendo luego más atención á su despacioso acento entrecortado, sorprendimos su soliloquio á que parecían prestar oídos, campanillas azules que se le enredaban como á cubrirle en su desnudez.

La tradición en voz baja y achacosa del olvidado anciano que rodó tanto, compruébanla inscripciones, fechas y marcas de fábrica grabadas en su propio cuerpo, al de tatuaje de Indostán

semejante, y corte á forma de traje antiguo. Confirman igualmente sus dichos los que alcanzamos al respecto del mismo Almirante Brown y su no menos respetable discípulo Vicealmirante Cordero.

—“Antes de llegar á hierro, fui tierra,—decía,—como el hombre es carne y huesos antes de convertirse en ceniza. Si no siete ciudades se disputaron mi cuna como la de Homero, cuya voz aunque más débil, sigue resonando hace tres mil años, los cuatro elementos se aligaron para darme vida: la tierra y el agua, el fuego y el aire rodearon mi cuna. De las entrañas metálicas en montañas de Vizcaya extrajeron mi entraña, y en fuego líquido corrí al molde evaporando en rápida carrera gases desprendidos hasta que el chorro de agua bautismal me dejó frío, en cañón de hierro transformado”.

“Vine gateando al Ferrol, en cuyo puerto embarcado, tras vuelcos, tumbos y rodar de muchos meses, desembarcáronme en Montevideo. Aún no repuesto de largo mareo, me elevaron á coronar la Fortaleza del Cerro que ese año de 1800 se construía”.

“Tan joven é inmediato á la infancia, se me iba la cabeza en alturas á que nunca aspiré, por lo que en brincos y saltos salí de huella, rodando á orillas del Miguelete. Colocado luego á menor altura, (la Ciudadela, en el centro de la estrecha ciudad) recibí confirmación de sangre y fuego el 3 de Febrero de 1807, deteniendo con tiros certeros á los ingleses asaltantes por la brecha. Salpicado con sangre y destrozos de un mi hermano de tierra que de tanto tronar reventó (cañón de la Real Fábrica en Sevilla) allí quedé cual otros muchos abandonados, mirando el campo con la boca abierta, hasta que abiertas las murallas, cinturón más vistoso de hermosas quintas rodearon la coqueta Ondina del Plata”.

“Transcurridos algunos años, llegó á flotar cerca de mí cierta vistosa camiseta roja, que más tarde denominaron al que la popularizó *Héroe de ambos mundos*, soldado de la Libertad en uno y otro continente, y á su goleta de ese nombre me zungó Garibaldi”.

“Pintado de nuevo, recorrieron el interior del ánimo, purgando el oído y tapándome la boca, no fuera por imprevisión

á prevenir el enemigo que avanzaba, abrigado bajo embreada lona en precaución de resfríos y herrumbre. Saliendo á recorrer costas pavoneábame viendo reflejar mi largo y airoso talle, balanceándose sobre el Plata, el Uruguay y el Paraná”.

“¡Cómo despertamos á cañonazos más de un pueblo que no quería despertar á la libertad! Mi carrera fué breve pero peligrosa, y de combate en combate, con accidentes diversos en que alternaban la buena y mala fortuna, como el destino de todos los que salen á rodar tierras, llegué con los míos á Costa Brava. ¡Qué tronar de cañón entre tantos bravos! Porfiada fué la lucha y lancé bala roja por mi boca echando sapos y culebras, gritos de protesta contra los tiranos, salvas de victoria, granadas, metralla y bala rasa, allí me llevaron media boca otro cañonazo de cuarenta”.

“Resuelto á hundirme con el buque que servía de cureña, el más pequeño guardamarina de mis contrincantes, Bartolo Cordero, me salvó no por mi valer, sino para su gloria. Cuando el bravo Garibaldi quemó sus naves por no entregarlas, revisando al día siguiente los destrozos, dijo Brown á Cordero el mayor: “Eche *La Libertad* á pique y lleve ese cañón á mi quinta”. Y efectivamente, en Costa Brava se fué á pique la libertad, por largos años náufraga en las costas argentinas”.

II

Tal fué la tradición que oímos á este inválido que no ha mucho regresando de colocar blanca lápida de mármol conmemorativo en la antigua morada de Brown, encontramos á nuestra puerta. Desenterrado del antiguo jardín del Almirante este recuerdo histórico que tanto apreciamos, nos era obsequiado por la familia Nowell, propietaria de la casa que Brown se edificó, semejante á inexpugnable fortaleza, en la que falleció y á donde le llevamos como último consuelo, á nuestro vecino, el inolvidable Padre Fahy, capellán de la colectividad irlandesa por muchos años.

La historia de este cañoncito contada por su propia boca á los setenta años de su invalidéz, tiene este apéndice.

Apuntado por Garibaldi contra Brown, fué la única vez que le salió el tiro por la culata, y en estos dos heroicos marinos que se tiraron á matar, surgió luego con sinceridad, admiración y aprecio mutuo que perduró más allá de la tumba.

El Almirante Brown desembarcó un día de la Escuadra bloqueadora, penetrando á la plaza sitiada de Montevideo para abrazar al héroe de San Antonio que partía á la redención de Italia. Muchos años habían pasado, al nacimiento del último nieto, que el heroico defensor de la libertad en todas partes llegó á tener en sus brazos, preguntó la madre:—¿Cómo le bautizamos?—Bajo el nombre de Giusseppe Brown Casio Garibaldi, contestó el heroico soldado, en recuerdo del más bravo y leal de cuantos me han combatido en el Plata.

Durante la inauguración del hermoso monumento frente á la antigua guarida del tirano, singular coincidencia reunió sobre la tribuna oficial los dos últimos descendientes de tan ilustres atuelos, y aprovechando ocasión de presentarlos se abrazaron allí como se habían abrazado sus progenitores. Presente el general Mitre, que muchos años antes había estrechado entre sus manos las del bravo defensor del Río de la Plata y el héroe de la unidad italiana, bendijo la amistad de sus descendientes, profetizando sincera y eterna la fraternidad de italianos y argentinos.

Puesto en batería el locuaz cañoncito sobre el foso, cuando la primavera le cubre con nuevo cortinaje de flores, rojo botón de ceibo refleja el agua bajo el puente levadizo como una gota de sangre que recordara su destino. De su boca ha colgado su pequeño nido el jilguero alado; margaritas del campo trepan revistiendo el largo caño, dentro del que traviesos pequeñuelos vuelan á cobijarse durante la tormenta. Un sauce llorón inclina lánguidamente verde ramaje sobre el veterano en descanso. Fundido para dar la muerte, el hierro más humano que el hombre protege hoy y abriga la vida de pajaritos que cantan y encantan alegrando las nubladas horas de la tarde.



Salineros

(TRADICIÓN DE 1797)

I



COMO al presente se viaja á la región del trigo, al país de la viña, á la región del oro, cruzando por Santa Fe, Mendoza ó la Patagonia, todo el siglo pasado, el anterior y hasta los comienzamientos de éste, cada dos años se hacía un viaje hacia donde la sal se cría.

De Buenos Aires, de Santa Fe y hasta de Mendoza, venían carretas, bueyes y mulada, y en numerosísimo convoy, reunidos con *los salineros de Buenos Aires*, partían luego, unaş veces del Luján, otras de Ranchos, para la travesía del desierto.

• Expedición hubo, como la dirigida por el maestro de campo General don Manuel de Pinazo en 1778, que reunió seiscientas carretas, doce mil bueyes, dos mil seiscientos caballos y mil hombres, á más de la escolta de cuatrocientos blandengues, pardos y milicianos, y hasta cuatro cañones. Vamos, un verdadero ejército con su General y oficiales á la cabeza.

Para la que nos ocupa, bajaron desde Mendoza doscientas carretas, no sin haber cruzado desiertos, no menos desiertos y peligrosos que los que iban á cruzar.

II

La del doce de Julio del año 1797, noche clara, fría y de luna llena, mesa de mantel largo reunía en la Comandancia de la Guardia de los Ranchos á jefes y oficiales de aquella avanzada frontera.

Bien que doble fiesta celebraba el comandante del pueblo (General Paz, actualmente), don Miguel Tejedor, pues al honor que se le hacía de nombrarle segundo jefe de la expedición de los salineros, uníase la satisfacción de dejár á su esposa, doña Manuela Garayo, heroica como lo eran entonces las valientes compañeras de los Oficiales de frontera, fuera de cuidado. Esa misma mañana habíale dado, en su tercer hija, una rolliza Juana, y tan buena, como no la hubo mejor.

Siguiendo la costumbre de aquellos buenos tiempos cristianos, inmediatamente del nacimiento se procedió al bautismo, y al ponerle el óleo sagrado á la recién nacida, llámole el Capellán Castrense de Nuestra Señora del Pilar de la Guardia de los Ranchos don Francisco Javier Acosta y Gómez, con los nombres de Juana María Josefa de la Trinidad del Corazón de Jesús, pues que en día de San Juan Gualberto llegó á la vida.

Y así como era de cajón, cuando varón nacía, en familias de viso, con la presentación del niño al templo mandarlo ofrecer á la Corte, bien fuera desde el desierto anunciando: que "nuestro Rey y Señor tenía un soldado más para su defensa"; para el primogénito, ofrecíase al padrino, cuando chancleta venía al mundo si éste no la creía más conveniente para sí propio, pues no extrañábase casarse una joven con su abuelo, que tal pareciera setentón contra doncellita de quince abriles.

Las conversaciones de sobremesa, en aquella alegre reunión, prolongábase en altas horas de la noche. A la cabecera el anfitrión hacía los honores de la casa. En el puesto de honor don Francisco Balcarce, primer Comandante de frontera, rodeado, con otros oficiales y sus siete hijos. Cuatro de ellos llegaron á Generales, Antonio, Ramón, Diego y Marcos, y si los tres más

jóvenes, José, Francisco y Lucas, no alcanzaron alta graduación, fué porque la muerte cortó en flor vidas tan preciosas durante la primavera de su juventud, en las primeras batallas de la independencia.

En la opuesta cabecera se hallaba el Comandante Olavarría, jefe de Blandengues, rodeado entre otros vecinos, oficiales y paisanos, de don Diego Obligado, más que Teniente de Húsares, recién nombrado, antiguo Presidente del gremio de hacendados, quien, como uno de los ricos estancieros de la vecindad, venía á ofrecer tropilla pareja para los jefes, con el Comandante de la Ensenada don Lázaro Gómez, trayendo un contingente para la misma.

Y los brindis, chistes y agudezas se cruzaban como chispazos ó reflejos de colores, fuegos pirotécnicos al través de las copas de líquidos topacios y rubíes, vinos generosos, que muy buenos habían enviado para los expedicionarios, comerciantes y mayoristas de plaza.

III

Coincidía la partida con la llegada de *el buque del asiento*, sin fondo al parecer, por la multitud de efectos que de sus estrechas concavidades desembarcaban sin agotarse nunca.

Las casas de Sarratea, Escalada, Sáenz Valiente, Alzaga, Lezica, Arroyo, contribuían con vituallas y pertrechos de toda especie, mantas, frazadas y anteojos verdes para los que extraían la sal, amortiguando la blanquísima reverberación encandorada; como los ricos hacendados, Anchorena, Osornio, Otárola, con yeguas amansadas para regalar y amansar á los indios.

La autoridad proporcionaba soldados y armamento, y el comercio, los estancieros, el vecindario todo contribuía gustoso á equipar la expedición de los salineros, que tenía por doble objeto traer ésta de Salinas Grandes y cambalachar viejas cautivas flacas por yeguas gordas, pues jóvenes cautivas no se recuperaban sino cuando ya no daban servicio.

Numerosos fogones animaban el improvisado campamento, alegrando la armonía guitarras vibradoras, bajo las carretas.

Círculos fantásticos agigantábanse en los giros del baile al través del humo y cambiantes de luz. El verde cimarrón y el porrón de ginebra circulaban de mano en mano, y el gaucho cantor dejaba oír décimas interminables entre el zapateo del gato y la media caña antecesores del cielito federal, en bailes de nuestros campos.

Las banderolas de los guías lanceros, flameaban clavadas en línea ó cerca de grupos rodeando el asador, y los fogones llameantes, esparcidos en gran extensión con alternativas de luces más ó menos claras, según se avivaban ó amortiguaban las sombras que en torno se deslizaban. Gritos de arrieros, declaraciones de unos, lamentos de otros, cantos más lejanos, todo un mundo de voces, ruido y confusión poblaba de alegres ecos, llenando de movimiento y vida esos desiertos otrora.

Mocito cantor de la Guardia del Luján dejaba en las trovas de ocasión, á la chinita que pastoreaba, al dejar su pago del Santuario:

Oh! devota Lujanera
Un granito de tu sal
Que cura de todo mal
Derrama en mi limosnera.

A lo que contestaba piscoira que á otro prefería:

Andá con los salineros,
Jactanciosos y embusteros.

Redoblábase el contento antes del último sueño de la partida, fijada para la próxima diana, después de la que muchos de los acompañantes hasta aquel fortín avanzado del otro lado del zanjón de Samborombón volverían á sus pagos.

Y dentro el largo rancho de la Comandancia continuaba el ruido de platos y botellas, y rumor del servicio incesante prolongado después del toque de silencio.

IV

— Esto augura buen resultado en la cruzada, — observaba el Capitán Tejedor, lleno de satisfacción ante el feliz alumbramiento de su esposa en víspera de la partida, que con uno ú otro pretexto demoraba hacía días.

Pues no era nada lo que faltaba!

Como militar pundonoroso y cumplidor, por inconvenientes de familia no podía dejar de estar listo para el día designado, y por otro orden de consideraciones, cuesta, y muy arriba se le hacía alejarse, dejando á la buena compañera de sus más bellos días, en aquel desamparo y en tan crítica espera...

La partida no podía retardarse más.

Pero la esperada fué bienvenida, é hizo obra buena desde su primera, con la gracia andaluza que nunca á sus dichos faltaba, observó el padrino: “Esta hija ha venido haciendo bien desde antes de nacer, pues su primera obra buena ha sido llegar á tiempo”...

Ya el toque de silencio había dado el clarín del Cuartel General, uno que otro esparcido fogón humeaba apagándose, y algún relincho ó bajo eco perdido en la soledad oíase cuando todavía las copas del prolongado festín resonaban.

Entonces el anfitrión; deseando poner fin, por lo avanzado de la hora, alzando la copa y dirigiéndose al padrino, acabó su último brindis, diciendo: “. . . Destinada á su hijo, compadre! porque su primogénito me la haga feliz, á mi recién nacida”.

Sin presentir que tal brindis habría de tener la más cumplida realización (pues el candidato andaba por Chuquisaca ejerciendo oficios de vara alta, como alcalde de primer voto, de donde trajo sobre su cabeza como López y Moreno, sus colegas en los primeros gobiernos de la Patria, las borlas del doctorado), agradeció el padrino entre bromas y chispeantes andaluzadas tan anticipado compromiso.

Con el andar del tiempo, y antes de tres lustros, casada fué la bienvenida con el hijo de su padrino. Vivió hasta más de

ochenta años, en la virtud pasados, derramando obras de caridad en su largo camino, conocida por sus contemporáneos como piadosa filántropa, alcanzó su cuarta generación, dejó numerosa prole educada en el honor y en la virtud de su ejemplo, y murió en otro doce de Julio el día de sus días, haciendo la vispera nó su última buena obra (que después de muerta continuó realizándolas por su ejemplo) y preparando la mesa de sus cien descendientes.

“Y como de novias se trata, bueno es no perder la ocasión”, se dijo para su capote don Lázaro Gómez, vecino de mesa, inmediato al padrino. Ya por entonces requebraba de amores á su linda Paquita, la más pequeña de las tres rubias, y sin esperar más con tres pasadas á la vía-sacra en San Roque, y una semi-aceptación bajo forma de ramo, flores entre sonrojos alcanzadas por la alta ventana, como amor aguijoneaba al valiente Capitán, apechugó con todo y derecho se fué á hablar á señor padre, solicitando la mano de su hija para la vuelta de la expedición, si Dios sacaba á todos con vida.

.....

Con tal motivo el bonachón del padrino al fin de fiestas, después de los postres refirió de sobremesa cuentos más ó menos graciosos, de lo que por su reino de Calañias en bautizos y casorios se acostumbraba, acabando poco más ó menos de esta manera:

“Vean ustedes lo que son las cosas; quién puede leer en el porvenir, ni sospechar el destino de cada cual, ni los enlaces y desenlaces cruzados, ajustes y desajustes, ni presentir lo que resultará con el barajamiento del tiempo en este juego de la vida, donde cada hombre es una carta, si no anda como carta de más en la baraja...”

“Llegamos á los postres de un siglo en cuyas mocedades antes que persona de mi familia pensara arribar á estas Américas, cierto día, ayudaba mi padre á embarcarse en San Lúcar de Barrameda, al Capitán don José Gómez. Procedente, uno de Castilla la vieja, y oriundo el otro de Andalucía, mera casualidad reuniales en un puerto de nuestra España.

“Ya hace más de treinta años, yo era muchacho entonces y recuerdo sus palabras de despedida, como si fueran de ayer:

“Le deseo feliz viaje y toda clase de prosperidades. Que encuentre en el nuevo mundo nueva fortuna, y que si alguno de los míos cae por allá, los suyos y los míos sean tan unidos allá, como hemos sido nosotros acá.

“Yo ni pensaba venir por estos mundos. El padre del señor llegó mucho antes, y si no halló fortuna, tropezó tras brillante carrera con gloriosa tumba, muriendo como un bravo, por su Rey y su bandera. Hoy su hijo quiere formarse nueva familia en la mía. Sea en buena hora, y felices ellos y sus descendientes, tan unidos en el siglo que viene, como lo han sido en éste sus primogénitos”.

Tal habló el alegre andaluz en buen castellano, y los brindis resonaron por última vez entre la algazara de festivas voces que repetían: novios tenemos!

Y así en las evoluciones del tiempo en menos de un siglo, cuatro veces en otras tantas generaciones, entrelazáronse ramas de tan buen tronco.

V

Allá por los años de 1668, errante lujanero don Domingo Isarza, avanzando dentro el dominio de los pampas, descubrió por casualidad (como la mayor parte de los descubrimientos), la celebrada laguna Salinas Grandes, cien leguas distante del otro lado de las sierras.

Tan grande fué la afluencia y continuados viajes de sus expedicionarios que, doscientos años después perdido una noche en medio de la pampa desierta el que esto escribe, volvió sobre la rastrillada á encontrar hondísimas huellas del camino por cientos de carretas tantos años frecuentado.

Y no era chico descubrimiento, si recordamos que hasta entonces la sal consumida en Buenos Aires no procedía de los salitrales del Norte, al parecer más cerca, sino importada de Cádiz.

El mismísimo Rey de España, por Real Cédula, concedió privilegio y exoneración de impuestos al descubridor de la sal en Buenos Aires, y sus descendientes, y las familias de Isarza, de

Colman y de González, avecindadas en el Luján, gozaron por muchos años de ellos, sin que nunca las suyas fueran gravadas con la fanega y cuartilla de sal, con que lo eran las carretas para el consumo. Percibíase esta sisa bajo los portales de Cabildo en Villa Luján, por el recaudador público, al regresar la expedición, que duraba cuatro y aún cinco meses, por bando anunciada en toda la provincia.

Las tres leguas de agua salada que hondas quebradas unían en una depresión del terreno, á cien leguas al Sudeste de la Capital de Buenos Aires, eran cuartel general de los indios pampas, por mucho tiempo sobre el camino á Chile.

Montes seculares de algarrobo blanco rodean la salina, y espinillos, chañares y acacias los limpiones de muy buenos pastos del abra. Barrancas rocallosas y á pique, hasta de treinta metros de elevación amurallan la hoya, y en sus fondos encuéntrase depósitos de sal común elaborada por la naturaleza, hasta de doscientos metros á la ribera del agua salada, y dilatada en sábanas, y más allá sal más fina, como flores sonrosadas, reflejándose sobre mantos de la misma, cuyos cristales chispean al sol cual facetas de brillantes deslumbradores.

Algo más de una legua cuadrada mide la Salina Grande, en cuyas mayores crecientes se extiende cerca de tres...

.....

El pesado convoy adelantaba de cinco á seis leguas por jornada, cuando marchaba, que no era todos los días, por lo que más de un mes retardaba en el trayecto buscando pasos para la tropa en los arroyos.

VI

Todo era soledad y silencio, apenas interrumpido por el chirrido de la pesada carreta tucumana, monótono navío de la pampa, que parece no avanzar en su despacioso giro, pero que marcha, marcha y marcha sin cesar, al paso de hormiga de sus pacientes bueyes; hasta el fin del desierto.

Uno que otro indio bombero rodeado de perros cimarrones,

asomaba de vez en cuando sobre cuchilla lejana, ó el avestruz veloz cruzaba en aquellas soledades, interrumpido apenas su silencio siempre igual por el graznido anunciador del chajá ¡allá va! ¡allá va!

Indios amigos iban de vanguardia exploradora. Las banderolas altísimas de los batidores flameaban á los costados, cuatro cañones rodaban en el centro, y carretas en fila interminable seguían, seguían sin fin unas tras otras, con sus tres yuntas de bueyes, plumeros colgando, largas picas, y el guía conductor adelante. Numerosa caballada cerraba el rodeo, levantando polvareda á la cola.

Y así avanzaba poco á poco largo convoy, pasando sin dificultad ríos, arroyos y cañadas. Cruzaron el Salado, despuntaron el arroyo Las Flores, el Tapalquén, cuando al llegar como á mitad de camino la noche que pernoctaron cerca de la Blanca Grande, el jefe de la expedición se acostó, pero no se levantó.

Sin previo aviso, el Comandante Balcarce amaneció tieso y helado sobre su cama de campaña, que era el propio recado.

Se acercó el físico á tomarle el pulso, y vino el sangrador, y el sanguijuelero, y el Capellán Castrense y todos los que venían, pero ni curas ni sacristanes, ni sinapismos, ni agua bendita le volvieron á la vida, que ya la muerte había dado con él en tierra, volviéndole al polvo de donde salió.

Padecía el achacoso Comandante de oculta y traidora afección al corazón, de la que han muerto la mayor parte de la familia Balcarce, y cuando mejor parecía, dijo ésta, hasta aquí no más.

Lamentable era tan inesperada pérdida. Llorado por sus soldados y sentido por cuantos le conocieron.

Entonces el Capitán don Manuel Tejedor, segundo Jefe de la expedición, reasumió el comando de ella, siendo su primer acto dar cristiana sepultura á los restos del amado jefe, enterrándole con los honores de Ordenanza. Celebróse en el desierto solemne misa de cuerpo presente, á la que las mil quinientas personas acudieron, arrodilladas y contritas en media pampa, bajo la grandiosa bóveda azul, inmenso templo de la naturaleza, con corazón sencillo y lagrimoso semblante. Diósele piadosa sepultura

al Comandante Balcarce, bajo verde sauce á la orilla de una laguna.

Bien marcado dejó Tejedor el sitio de su tumba para rescatar de aquellas soledades, á su regreso, restos queridos, entregándolos á sus deudos en Luján.

Así lo hizo, y al volver por el mismo camino, les exhumó con igual solemnidad, y su familia dióles definitiva sepultura en el campo santo de los Dominicos, que por entonces caía sobre la calle á que posteriormente sus hijos dieron nombre, ubicada la casa paterna en la primera cuadra de la calle Balcarce.

En la segunda columna de la entrada, á la derecha de ese mismo templo se hallan los restos de su hijo, el General Don Diego, cuyas medallas de la Independencia incrustadas sobre su lápida, han posteriormente desaparecido por mano profana de ladrón anticuario.

Así acabó el viaje al país de la sal, con tanto entusiasmo y esperanzas tan lisonjeras emprendido al acabar la noche del doce de Julio de 1797, de imborrable recuerdo para tres de las más antiguas familias del Virreinato.

A propósito de una aparente contradicción en nuestras ideas sobre historia con el señor Palma, como yo no hacía didáctica al decir que "la tradición es la historia de los pueblos sin historia", no podía entrar en distinciones ni ampliaciones de escuela. Pero estamos en lo mismo, y queremos decir los dos igual cosa. No me han llegado sus interesantes relatos que he leído con gran placer en otra época y que me han hecho considerar su labor literaria como uno de los más meritorios y simpáticos en nuestro país. Porque no todos tenemos el coturno tan bien calzado para subir en el templo augusto, sino que me complace oír sus invocaciones exornadas con algo del alma y sentimiento del pueblo, actor siempre atractivo así de las Iliadas como de los Anales é Historias.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

(De *La Prensa*).



Reflejos de antaño

(CARTA ABIERTA)

Junio 11 de 1910.

Después de Mitre, el General Garmendia es el más fecundo escritor de los militares argentinos. Con el brillo de su pluma y de su espada ha dado brillo á su Patria y á su nombre.

Señor General Garmendia.

Querido José Ignacio:



Al fechar esta carta, concluyendo la lectura de tu ameno libro "Reflejos" sobre escenas y personajes en un antaño no lejano diviso otros más remotos, como el que trescientos veintinueve años atrás, en la hora en que escribo, ponía la piedra fundamental de la hermosa ciudad en que ambos nacimos, en cuya tierra se confunden las cenizas de nuestros abuelos y en la que sonríen hoy nuestros nietos.

En el rosario histórico, que si no es trisagio voy ensartando "los olvidados", que forman regimiento innúmero en nuestros anales, resalta como "paternoster" mayúsculo engarzado en oro

el nombre de don Juan de Garay. ¿Celebraremos el centenario de la independencia sin haber erigido monumento digno al fundador de esta ciudad, que ostenta años ha el de un revolucionario extranjero, ó algún caudillo de barrio?

Pero reflejos son de un antaño más inmediato los que traza la pluma incansable del más fecundo de los escritores militares, en su doble propaganda. Con erudición de anticuario formado su museo histórico, prolonga la más viva enseñanza á los que cultivamos el pasado.

.....

Aparece el primero en esta admirable cinta cinematográfica, la descollante figura de "Mitre y el Príncipe Eugenio", desdeñado aquél como éste, en su primera juventud, por el menos malo de los hermanitos del tirano. Hostilizábale á sol y á sombra, porque bajo la más ligera de huérfano arbolito en pampa abierta, descendía del potro arisco de la diaria faena, para entregarse á lecturas, en horas que otros sesteaban. No obstante ese niño endeble y larguirucho, que el General Paz motejó alguna vez, olvidaba repartir "pienso" á las mulas de sus cañones, batería "San José", Nueva Troya, en su distracción de escribir Rimas sobre las cureñas, burló las profecías de don Gervasio Rozas y del manco glorioso, encumbrándose primer argentino entre sus contemporáneos.

En "Causas del heroísmo paraguayo", con abundancia de observación y datos convincentes, destrúyese falso miraje del Abogado guaraní, tu contrincante, que si bien hace en salir por su raza, tú haces mejor en reivindicar para los argentinos los sacrificios y heroísmos de guerra por tantos años prolongada, á que arrastró el déspota descendiente de tiranos.

¡Con cuánta unción y sentimiento descrita: "La tragedia del Monte de la Calavera", en tiempos que rayando va en guapéza confesar la religión de nuestros padres, pues "sabios á la violeta" pretenden haber descubierto que todo ello cuento fué de viejas, acabando de recibir telegramas directamente del cielo, confirmando ser todas las sabias máximas evangélicas, fábula antigua, y el Eterno y el reposo y lo de más allá, consejas para amedrentar chiquilínada.

"El mate del coronel Vázquez", fraternidad del uruguayo

y el argentino al calorcito del fogón del campamento donde en tantas noches heladas mateamos juntos, recuérdame muy á lo vivo otro ramo de azahares que dos de nuestros valientes compañeros reunían bajo el fuego del enemigo; tan á lo vivo descrito por tu brillante pluma de reflejos azulados, como tipo asaz frecuente. "Simulación de valor", no sólo en campamento si también en clubs y comicios, creciendo entre esos tales, que si nunca se baten, reaparecen á diario en actas y periódicos, simulando lo que jamás conocieron: el valor, el honor, la abnegación que va pasando de moda.

En el episodio de "El Mayor Aguilera" recojo conmovido lágrimas de Manuelita, que á punto estuvieron de seguir las propias. Presentía el ángel bueno de Palermo, no lograra suavizar la iracundia del "tatita", desconfiando que la carta cerrada que entregaba éste al valeroso ayudante de Lavalle, fuera "la carta del negro", semejante á la que poco antes dió ese mismo Rozas al Coronel Montero, y que al abrir su otro hermano, Prudencio, en el Retiro, procedió á fusilarle como en ella se ordenaba. ¡Cuán cierto que el que sabe conmover, lo sabe todo!

"La Guardia Nacional". ¡Cómo me hace revivir en nuestros bellos días del Rosario, (primera campaña), cuando según lo rememoras, hermosas rosarinas daban vuelta cara encerrándose tras fuerte portazo, como quien dice dando con la puerta en las narices á los tenorios más audaces, las mismas que luego quedarán lagrimeando al desfile de nuestros batallones! Desvanecido el odio al porteño, fantasmas á lo lejos agitándose por largos años del otro lado del Arroyo del Medio, destilándose al calor del cariño de hermano, observados de más cerca.

Con galantería de antigua estirpe, recuerdas la Rosarito Palacios, Manuelita Freyre, niñas de Ramallo, Ortiz, Williams, Paz, Cullen, Arnold, Rodríguez, Echagüe y otras beldades de mi tiempo. Ay! las contemporáneas!...

En "Hombres de mar", siluetas que no se destiñen sobre los horizontes del Plata, asoman: Brown, Buchardo, Azopardo, Rosales, Espora, Seaver, Ceretti, Thol, Murature, ¡enseñanza y ejemplo de nuestros jóvenes marinos!

Por "Un ramo de flores" el Artagnan de nuestros mosqueteros, Pepe Paz y Pepe Guerra, belicosos en diaria controversia entre

los ayudantes del general Paunero, que el prudente Pividal atemperaba, — así disminuíamos el nombre de este último en letras inútiles en su largo apellido, Hederra, — aviva el recuerdo de otros dos valientes compañeros que tanto amamos, que mi pluma no puede dejar de ofrendarles homenaje, y que en la campaña que describes hacían, como nosotros, sus primeras armas: Gaspar Campos, infortunado y Félix Amadeo Benítez, trepados otrora en el naranjalito á vanguardia de la carpa del General Flores, cortaban azahares para una de las más bellas correntinas Joaquina Reguiyaga, á quien oí pedia el primero, en su última noche de Corrientes: “Cuando pase mi ataúd frente á sus ventanas de esta sala caminito al vecino cementerio, siéntese al piano y toque el “Despertar del león” que acaba de cõnoverme hasta las lágrimas, y tan bien interpretado. Milagro no será me incorpore para oírsele de ultratumba”. Ramito de azahares recogido al través del fuego de las guerrillas, sobre la misma zona del mate que recuerdas al Coronel Vázquez, fué recibido de manos de ese bravo entrerriano que arrebató la primera bandera paraguaya en el cuartel de la batería (paseo Mitre, hoy en Corrientes) envió del amigo ausente, ¡ausente por una eternidad! pues á Gaspar, prisionero de guerra, sacrificado por el bárbaro tirano, le faltaron hasta las cuatro tablas del ataúd. Anoche, á cuarenta y cuatro años del sucedido me refería el doctor Sbiaras, médico del ejército paraguayo, los refinamientos de barbarie con que torturaban á este heroico mártir de la libertad. Pobre Gaspar! tan bueno como valiente!

“Anda Chivato, que te enseñe Napoleón”, espiritual cuento de campamento, avívame la reyerta al toque de diana de los dos más viejos en el cuartel general: “Ché, Napoleón, alcanzá el cimarrón”, diario saludo del iracundo mayor Obregoso, al manso Teniente Manrique, así apodado por el “Corneta de Ayacucho” el grumete de “La Argentina”, referencia del cuento sobre el fogón, que Manrique repetía cómo su Comandante Buchardo, francés, con “La Argentina”, fragata armada en corso, proyectara robarse á Napoleón al cruzar por Santa Elena. Episodio que en los “Cuentos bajo la carpa”, reproducimos bajo beneficio de inventario en los folletines de “La Tribuna”, tal como lo contaba Manrique.

“Un retrato de antaño” es tan poco antaño, que todavía saludamos el original. Paseando su esbelta figura, llevando con su nombre gloriosamente histórico, foja sin mancha, cual en los azarosos días de la campaña, que bajo ese último tema describes.

Y revisada al vuelo la última colección de tus hermosos cuadros á pluma, con no menos luces y colorido que los muy interesantes que adornan tu museo otra enseñanza viva, que por ser del país seguimos desdeñando, como cuanto es de casa, concluyo.

Ambas propagandas entrañan aleccionamientos que tu espada y tu pluma ejemplarizan, pues que, como militar y como escritor desde tu primera juventud descollabas en la generación que nos hermana. Estilo, ideas, tema, todo es una enseñanza. Durante mis viajes me ha sido dable constatar la exactitud de tus descripciones, no sólo en historia á la mano, sino sentado sobre la tumba de Scipión, cuando en mis lejanos vagabundeos por Túnez, contemplaba “El paso de Aníbal”, antes “Sobre las ruinas de Humaitá”, luego y donde “Plewna fué”, siguiendo el itinerario de tus numerosas obras.

Tarde se hará más justicia al estudioso soldado é incansable escritor que ha pasado la mitad de su vida sobre el campamento y la otra mitad describiendo los hechos heroicos de que fué testigo, y también protagonista.

Nuestro primer historiador, doctor Vicente Fidel López, no es el único que como Mitre hace justicia á la erudición histórica que en tan claro y transparente estilo difundes la experiencia atesorada.

Cumples la misión del pseudónimo predilecto: “Fortún de Vera”, siguiendo la fortuna de esparcir la verdad, digno descendiente del que fundara la “Ciudad de Vera de las siete corrientes”. ¡Igualmente simbólica la etimología de “Garmendia”, en vascuence “Monte de las llamaradas ó lumbres”, misión de ambos aceros fué, — pluma y espada hábilmente esgrimidos, — esparcir reflejos y lumbre sobre el camino á seguir.

¡Cuántas enseñanzas se desprenden de numerosas páginas, escritas con amor al terruño! Pero hoy, ¿quién recuerda el pasado?

“¿Para qué sirve?” Acabo de leer con sorpresa en uno de nuestros principales periódicos: “¡Dejad al pasado que entierre sus muertos!”

Creyendo lo contrario, sigo tus huellas, y pareceríamos faltar al amor de los míos, menospreciando los abuelos porque anduvieron en chanclas.

Mil felicitaciones al incansable y laborioso amigo que perdura, teniendo encendida aún la lámpara del trabajo, á cuya lumbre hace tantos años sigue escudriñando antigüedades y presentándonos, como nuevos, cuadros casi descoloridos bajo el doble ve'lo del tiempo y el olvido!

Permite que á una amistad de sesenta años, nacida en los bancos de la escuela, extendiéndose alrededor del vivac del campamento y prolongada en las columnas de la prensa, cuya propaganda nos une, te envíe por ellas aplauso caluroso con que saluda la aparición de tu reciente libro, sin duda no el último!

Con el afecto de siempre, tu condiscípulo y amigo,

P. S. O.

...Es grato ver en medio á nuestra existencia vertiginosa y ardiente haya quien consiga sustraerse á la voráGINE que á todos nos arrastra, para recoger reliquias de los tiempos que fueron, adornando con ellas el altar donde el patriotismo pontifica.

¿Cómo fué usted á remanecer desde su castillo de la Avenida Alvear nada menos que á Troya? Qué extraña si ha dado la vuelta al mundo mirándola sin pestañear de hito en hito! Y no se perdió el viaje ciertamente. Lo atestiguan las joyas de valor que nos regala en sus escritos. ¡Cuán no será el precio de las reservadas á fin de acrecentar su tesoro de literato y de viajero!

CARLOS GUIDO Y SPANO.



Post-Scriptum

Es la tradición eco resonando del pasado.

I



YA ha llovido, como recuerda nuestro maestro y amigo el poeta del Rimac en su introito á *Tradiciones Argentinas*, desde el invierno aquel en que en una de las modernas casas que inauguró la naciente Avenida Alvear se reunían contertulianos de vecindad en sabatinas cual las escolares de Roma y Cartago, si bien resultaron *juevecinas* pues congregábanse en noches del cuarto día.

Principiando por contertulianos del barrio, fueron creciendo y creciendo, ensanchándose el círculo al amor del hogar y de las letras, que de las circunvecindades, y de éstas á las fronteras; pasaron las del terruño á otras más vastas; que no reconoce fronteras el corazón que ama y el cerebro que piensa. En uno y otro invierno luego, agregáronse bienvenidos del Uruguay, Chile, Paraguay y Bolivia, como del Ecuador, Colombia, Méjico é ilustres viajeros de paso, desde Francia, España é Italia.

Con frecuencia pontificaba, fuera de altar, nuestro egregio poeta nacional Carlos Guido y Spano, todos atentos á su suave verba atrayente, no superada ni por la del *Príncipe de la conversación* como llamaban en Chile al publicista Ambrosio Montt,

y Lucio Mansilla en *causeries* llenas de sprit, ó el inagotable Samper, poeta colombiano. A Paz Soldán (Arona), Sáenz, Gamboa, Arnaldo Márquez, De Amicis, rodeaban jóvenes que luego dieron lustre á las letras argentinas, como Argerich, Martinto, Soto y otros. Con frecuencia oíase en un ángulo discusión de los dos Eduardos: el poeta chileno Eduardo de la Barra, con el cáustico prosista Eduardo Wilde, y en el opuesto los dos Rafaeles: Rafael Calvo declamando *Rosa*, poema inédito todavía, del cantor del Paraná, su tocayo Rafael Obligado, himnos de Oyuela y melodías del poeta romano Pablo Tarnassi.

Otra noche que se firmaba solicitud para que esta calle Posadas se rebautizara Avenida General Alvear, que vino á partir por el eje la antigua Quinta los Olivos donde Altolaguirre plantó la primera oliva, y á cuya sombra escribimos de cosas antiguas, cierto Ministro, poco diplomático sin duda y norteamericano por más señas, exclamaba en acalorada discusión con fogoso contrincante tan exaltado como el Coronel Mayer.

— Pero, ¿qué piensan ustedes? ¿Confían los argentinos en algún porvenir si no cambian de rumbo y continúan matándose á diario, que parece es lo único que han aprendido desde su tan decantada independencia?

— ¡Qué hemos hecho! — contestó el más impetuoso de los jóvenes. — Provocar la independencia de media América, enseñando á esa otra media de que usted proviene, no es posible la existencia de una República con esclavos, repeliendo ese otro anacronismo de un Imperio, planta exótica en el nuevo mundo de nuevas ideas. Preparamos una Nación libre convirtiendo en venturosas realidades lo que apenas vislumbraron filósofos más adelantados, y resumiendo todo, virtudes y defectos, glorias y desengaños, venimos formando una nueva y gloriosa Nación libre é independiente para que todos los hombres de buena voluntad lleguen á levantar aquí su tienda de trabajo echando los cimientos de la raza del porvenir.

— ¿Qué va á hacer este híbrido país cosmopolita donde la Europa derrama por barcadas sus heces, especie de Karabancel en cuya extensión de tres millones de kilómetros apenas cuentan otros tantos de habitantes? Es éste un país sin historia, sin pasado, ni tradiciones, y así seguirá, si á influencia de los Estados

Unidos no se infiltra. Sin rumbo fijo, más será el país de todos que de sus propios nativos!

Otros contestaron improprios del yanqui descarrilado como á diario los trenes de su país.

A comprobar no era únicamente playa donde el inmigrante de la víspera se transforma en millonario del día siguiente, y que á este viejo país de ayer no faltan gloriosas tradiciones, vinieron éstas, coleccionadas ya en ocho series.

II

En otra ocasión agregó el Doctor Joaquín V. González que *la tradición es la historia de los pueblos que no tienen historia*, á lo que replicó el tradicionista Palma lo que en carta de esa época nos repetía:

“Un escritor meritísimo, compatriota de usted, don Joaquín V. González, muy señor mío y mi dueño, ha dicho que *la tradición es la historia de los pueblos que no tienen historia*. La frase es bonita y nueva. Aquí sea mi hora, si no es verdad que cuando leí ese concepto, me sentí como sin faja de ombligo, que dice el refrán, y por mucho que en el terreno de mi consideración literaria tenga al señor González bajo toldo y sobre peana, como reza otro refrán, no quiero que se moje la pólvora sin decir al muy galano escritor argentino que su aforismo no tiene para mí valor de tal. Siempre he reconocido que la tradición puede ser una de las fuentes auxiliares de la Historia, pero se me atraganta de que ella alcance á ser la historia misma. Cuatro siglos cuenta ya la América de vida civilizada, y su historia está muy lejos de basarse en tradiciones. El historiador tiene en mucho los documentos, y en poco ó nada los decires del pueblo. Hasta para la historia de los tiempos precolombinos, á falta de escritura cuneiforme, de jeroglíficos como los de los códices maya y mexicano, y de los quipus peruanos, están los monumentos de piedra convidando al investigador á severo estudio sobre la vida y civilización de pueblos, cuyo origen sigue envuelto en la noche

del misterio. Para el que sepa ó alcance á leer en la piedra, como en un documento, no es la tradición la que le habrá servido de gran cosa para reconstruir la Historia”.

A esta siguió la aclaración que de carta del doctor González transcribimos:

“Leí las honorísimas palabras que el señor Palma me dedica á propósito de contradicción en nuestras ideas sobre la historia. Como yo no hacía didáctica, no podía entrar en distinciones ni ampliaciones de escuela, pero estamos en lo mismo y queríamos decir los dos igual cosa”.

Otro erudito historiador argentino resumía la controversia prologando nuestras *Tradiciones*:

“A veces la historia suele padecer omisiones inexplicables que son recogidas y salvadas por la tradición, ese eco simpático que reflejando resucita el pasado, al exhibir sucesos y protagonistas de segunda fila, los cuales por su fácil asimilación hieren con vehemencia á la masa popular que les diera origen”.

“Como es sabido, en la primera edad del mundo, los hombres no escribían; apenas conservaban el recuerdo de los hechos por la tradición oral y cuando faltaba la memoria, era suplida con creces por una imaginación fecundísima y vivaz”.

“Esto demostrará que la tradición entra como parte esencial en las costumbres de los humanos, tan propensos á lo sobrenatural, y siempre ganosos de escuchar y acoger con deleite lo extraordinario, lo maravilloso, aquello que preocupando la imaginación llena el alma de espanto. Por eso eran considerados los *cuenteros* de oficio, distinguiéndose por su traje bermejo en la corte de Florencia, y ha sobrevivido á los siglos lo que relata Virgilio de la noche infausta de Troya...”

“Es, pues, un hecho averiguado que la tradición desarrolla con destreza, cautiva y apasiona”.

A más de que de viva voz replicado fué por periodistas tan ilustrados, asíduos vecinos de aquel cónclave: Calvo, Alvear, de la Barra, y más vehemente Edelmiro Mayer que regresaba de enseñar á los negros y libertos cómo se defiende la libertad humana, quisicosa que por cien años olvidado había la gran República democrática, propios y extraños han demostrado ya debidamente cuanto en nuestro primer siglo hemos adelantado. Después que

plumas brillantadas cual las de Mr. Root, M. Clemenceau, Ferrero, Blasco Ibáñez, von del Goltz y sobre todo Jules Huret el observador más imparcial dejaron expuesto, mayor réplica ha pasado de oportunidad.

III

Guiados por innata curiosidad que lleva al niño á interrogar de dónde venimos, dónde vamos, desde nuestros primeros años fuimos de natural inclinación á escudriñar el *por qué* de las cosas y de los casos, de los dichos y de los hechos. Alcanzamos los últimos restos de los padres de la Patria, y á despertar curiosidades de joven ocasión hubimos oyendo á los Generales Paz, Zapiola, Escalada, cuando Ministros en el Gobierno de nuestro señor padre, como á mayor número años después á ilustres guerreros de la Independencia congregados para protestar del bombardeo por la Escuadra Española en las costas del Pacífico. Nombrado en tal ocasión Secretario del solemne meeting celebrado en el Teatro de Colón (1864), recogimos de labios venerandos interesantes narraciones de ese grupo dorado por la gloria en que descollaban los Generales Martínez, Guido, Zapiola, Olazábal, Pedérnera, Mansilla, Pacheco, Iriarte y otros.

Más adelante, cuando el último de los hijos, parado al pie de la *torre de las balas*, interrogaba:—¿Por qué no quitan aquellos negros parches que afean la torre de Santo Domingo?—Y luego andando, el primero de los nietos:—Gran papá, ¿por qué no tiras ese pedazo de hierro oxidado en que deletreo “30 de Agosto de 1857”? Te regalaré más vistoso apretador de papel!—preguntas en la segunda y tercera generación pie daban para la explicación como negros buracos sobre el frontis de una Iglesia, gloriosas huellas son, recordando al transeunte la primera victoria en nuestras calles, y el hierro de forma poco artística fragmento del primer riel (1854), sobre el que tanto progreso ha rodado en nuestro país, clavado por el bisabuelo del nieto preguntón, en la adelantada administración del primer Gobernador Constitucional de Buenos Aires que tantos otros progresos inició.

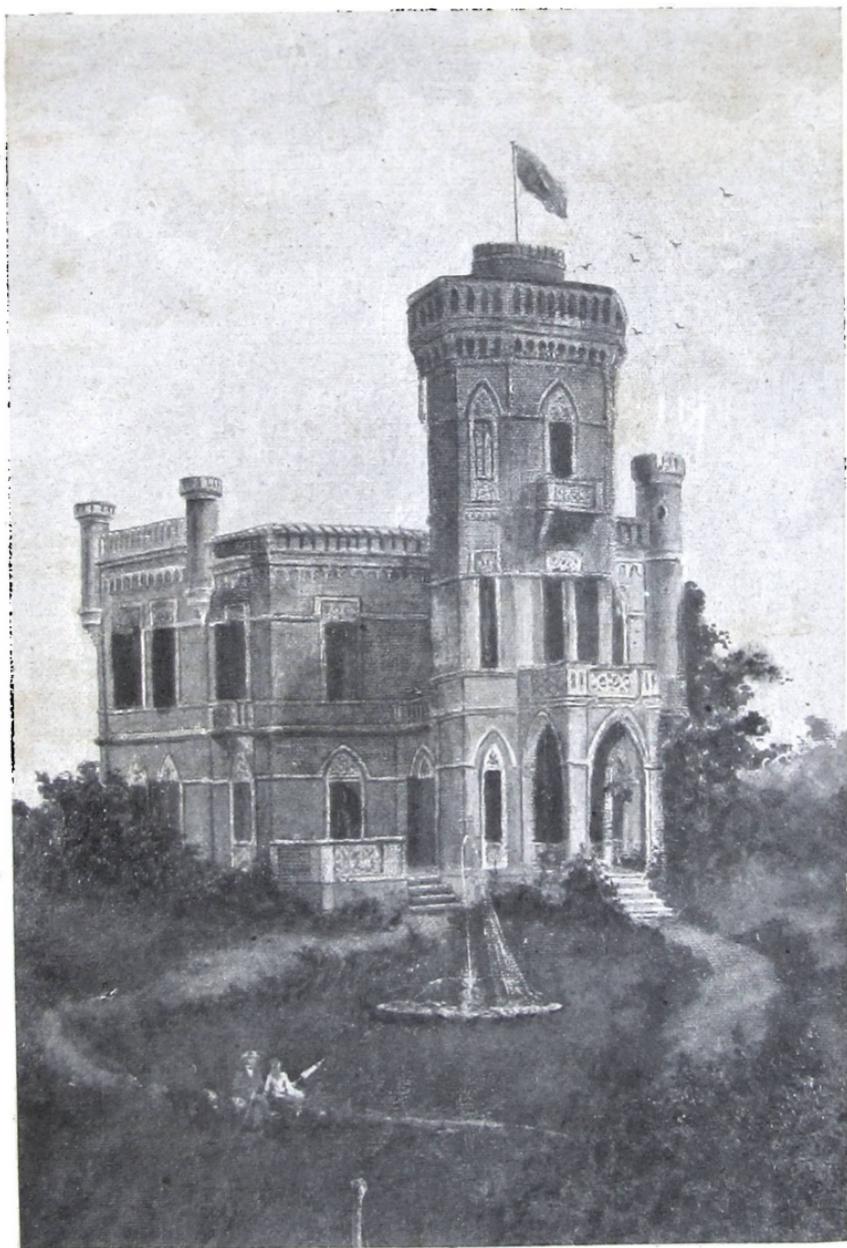
Queda así sencillamente explicado el origen de *Tradiciones Argentinas*. Acaso su plan no sea del todo errado; si su ejecución adolece de defectos, otro vendrá á enmendar la plana.

Agradecemos á cuantos nos han alentado con benévolos conceptos, é igualmente á los que se sirvieron criticar omisiones y defectos.

Para concluir con final de teatro antiguo en libro que todo es viejo como el autor, agregaremos:

Perdonad sus muchas faltas.

Piña Mercedes (Temperley)
y Enero de 1912.



INDICE DE LA 9.^a SERIE

- La feria de Sumalao.
Consistoriales.
Del amor al odio...
Papelito canta!
- Los Castillos en el aire del Rey loco.
Del enemigo el consejo.
Las apariencias acusan.
Reivindicación.
Calañas y calañeses.
Nieves en Nieva.
El Cardenal y la monjita.
¡Ladrón!
- La alpargaterita de Cestona.
Acertijo.
El más pequeño inmigrante.
Palos y baile!
- El hijo pródigo y el rico avariento
No podía llorar.
Muerta de risa.
De Monje á Rey.
Defendido por el nieto.
De mansa índole.
- Tres milagros en un viaje.
Don Poquito Jeremías.
El pastor irlandés.
Tormenta en la sierra.
Perdido en media pampa.
Ab-el-Kader.
- La creciente de los tigres.
El drama de la Pasión.

FINIS